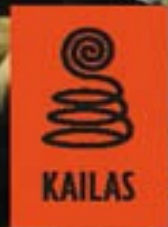


Kailas novela histórica

# MEMORIAS DE ESCIPIÓN EMILIANO



JOSE ENRIQUE LOPEZ JIMÉNEZ



*El general Escipión Emiliano, el más insigne ciudadano de la Roma de la segunda mitad del siglo II a. C., recoge en estas memorias sus cincuenta y seis años de una vida dedicada a la búsqueda del bien común por encima del beneficio personal.*

*Por las páginas de este relato desfilan personajes de la talla del historiador Polibio, el comediógrafo Terencio, el poeta Lucilio, el filósofo Panecio de Rodas y su incondicional amigo, y experto en Platón, Cayo Lelio.*

*Evoca momentos cruentos y a la vez gloriosos, como la batalla de Pidna, la destrucción de Cartago o la conquista de Numancia, pero también recuerdos gratos de su infancia, la belleza del primer amor, su iniciación en los misterios del sexo o su entusiasmo por la cultura griega como regeneradora de la república romana.*

*Culto y versado en variadas disciplinas, habla de filosofía, comedia, tragedia, poética, ética y política, aunque sobre todo del fuerte vínculo que lo une con sus amigos, de su aciago matrimonio con Sempronia y, muy especialmente, de la gran pasión de su vida, su adorada prima Cornelia.*

# Memorias de Escipión Emiliano

José Enrique López Jiménez



KAILAS

*Título: Memorias de Escipión Emiliano*

*© 2018, José Enrique López Jiménez*

*© 2018 de esta edición: Kailas Editorial, S.L.*

*Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid*

*Diseño de cubierta: Rafael Ricoy*

*Realización: Carlos Gutiérrez y Olga Canals*

*ISBN ebook: 978-84-17248-16-1*

*ISBN papel: 978-84-17248-08-6*

*Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.*

*kailas@kailas.es*

*www.kailas.es*

*www.twitter.com/kailaseditorial*

*www.facebook.com/KailasEditorial*

# Índice

- [1. El primer amor](#)
  - [2. La formación del soldado](#)
  - [3. Livia](#)
  - [4. La batalla de Pidna](#)
  - [5. El triunfo](#)
  - [6. Amantes de la cultura griega](#)
  - [7. Cuatro años de tristeza](#)
  - [8. Hispania. La guerra celtibérica](#)
  - [9. El reencuentro](#)
  - [10. Senderos de guerra](#)
  - [11. \*Delenda est Carthago\*](#)
  - [12. Lo que pudo haber sido](#)
  - [13. La censura. Panecio. Otra vez cónsul](#)
  - [14. La guerra Numantina](#)
  - [15. La muerte de Tiberio](#)
  - [16. El sueño](#)
  - [17. Lo que la historia nos ha negado](#)
  - [18. La carta de Lelio](#)
- [El autor](#)

*A mi hija, Leonor.  
Una romántica empedernida*

Publio Escipión Emiliano, un hombre que igualaba en las virtudes las de su abuelo Publio Africano y las de su padre Lucio Paulo, en todas sus cualidades en campaña militar y como ciudadano, el más destacado de su tiempo por inteligencia y preparación, que no hizo, ni dijo, ni pensó nada que no mereciera elogio.

Veleyo Patérculo. *Historia Romana*. I. 12. 3

## El primer amor

Mi nombre es Publio Cornelio Escipión Emiliano. Soy ciudadano romano. He sido censor y dos veces cónsul de la república. Tuve el honor de que el senado me concediera los *agnomina*<sup>1</sup> Africano y Numantino por mis victorias sobre la púnica Cartago y la íbera Numancia. Nací en el seno de la *gens*<sup>2</sup> Emilia durante el consulado de Apio Claudio Pulcro y Marco Sempronio Tuditano, el año 568 de la fundación de Roma<sup>3</sup>. Fui adoptado por mi primo Publio Cornelio Escipión<sup>4</sup>, hijo de Escipión Africano, el vencedor de Aníbal. Mi padre natural<sup>5</sup>, Lucio Emilio Paulo, pensó que era lo mejor para reforzar la alianza política de las dos familias que había comenzado con el matrimonio de mi tía Emilia, la hermana de mi padre, y por los dioses que no se equivocaba, aunque nunca una unión familiar fue más tumultuosa y desgraciada.

En estos momentos tan aciagos para la ciudad de Rómulo<sup>6</sup>, en el consulado de Cayo Sempronio y Manio Aquilio<sup>7</sup>, he decidido dejar constancia escrita de lo que ha sido mi existencia, con el propósito de que las generaciones futuras, alejadas de los odios y rencores del presente, tengan criterios para juzgarme como estimen conveniente, no solo por mis hechos, sino también por mis sentimientos.

Mis padres se divorciaron siendo yo muy niño. Mi madre Papiria era una gran mujer, hija del cónsul Cayo Papirio Maso<sup>8</sup>, una verdadera matrona romana en sentido estricto. Tenía el pelo negro y la tez morena. Ojos amielados. Toda su vida se mantuvo atractiva, pero no volvió a casarse. Y eso que no le faltaron pretendientes.

Dicen que yo heredé los hermosos rasgos de mi madre y las virtudes de mi padre. Dejó nuestra casa antes de que yo hubiese cumplido los tres años, si bien pude visitarla con asiduidad en su nuevo hogar. El día que se marchó, yo no comprendía lo que pasaba. Solo recuerdo que nos dio un fuerte abrazo a mis hermanas, a mi hermano Quinto y a mí y que nos dijo que siempre estaría a nuestro lado. Cuando fui lo suficientemente adulto para comprender aquella separación, mi madre me explicó que había amado a mi padre y él le había correspondido. Sus continuas ausencias en las campañas que capitaneaba fueron secando su amor como el grano de uva, que maduro es dulce y jugoso, después se convierte en uva pasa manteniendo un dulzor diferente y finalmente se pudre y deteriora. En cierta ocasión, unos amigos le preguntaron a mi padre que por qué había repudiado a mi madre.

—¿No es honrada? ¿No es hermosa? ¿No es fecunda? —le decían.

Cansado de tener que dar tantas explicaciones, mi padre, señalando uno de los cálceos que cubrían sus pies respondió con ironía:



—¿No me viene bien? ¿No está nuevo? Pues no habría entre vosotros ninguno que acertase en qué parte del pie me aprieta<sup>9</sup>.

Mi padre se volvió a casar con una buena mujer<sup>10</sup>, mucho más joven y un tanto alocada, que le dio tres hijos: dos varones, mis malogrados hermanos Julio y Lucio<sup>11</sup>, y una niña, mi hermana Emilia Tercia.

Pero no adelantemos los acontecimientos. He de darme prisa. Sé que mi leal Póstumo cuida de mí, pero mis enemigos son poderosos y la muerte me acecha en cada esquina y recoveco de la ciudad. No tengo miedo a morir. Demasiadas veces ha calentado mi nuca el estuoso aliento de Hades<sup>12</sup>. Para escribir esta historia he de superar los propios temores que carcomen mi alma igual que el gorgojo pudre el trigo si deposita sus larvas en el preciado cereal.

Hace un año que murió mi hermano Quinto. Estábamos muy unidos. Era el pilar en el que me apoyaba en circunstancias difíciles. Su desaparición me sumió en una depresión de la que me rescató la compañía de mis queridos amigos Lelio, Lucilio, Panecio y Polibio. Me gustaría que Polibio estuviese a mi lado.

¡Ah, viejo amigo, cuánto te echo de menos!

Me confortan la cercanía de Lelio, los versos de Lucilio, los razonamientos de Panecio, pero tú eres un hermano mayor en el que puedo buscar consuelo y consejo cuando las preocupaciones perturban mi sosiego.

«¿Qué hay más agradable que tener con quien te atrevas a hablar de cualquier cosa, así como con vosotros<sup>13</sup>?».

No quiero ponerme melancólico, puede que no disponga de mucho tiempo y lamentaría dejar inacabado este relato de inquinas y pasiones que han conformado mi deambular por este enrevesado mundo.

Tuve una infancia feliz de la que mi más grata y también más triste evocación es mi burrito Terencio. Por aquel entonces pasábamos largas temporadas en la finca que mi padre tenía en Lavernium, al sur de Roma, a ciento cincuenta kilómetros de la ciudad. Todavía me acuerdo del día que Druso, el esclavo de confianza de mi padre, vino a decirle que Casilda, la burra que usaban los esclavos para ir al mercado, había parido un borrico durante la noche. Ocurrió en el consulado de Publio Mucio Escévola y Marco Emilio Lépido<sup>14</sup>, el año de mi adopción por Publio Cornelio<sup>15</sup> y de mi difunto hermano Quinto por la *gens* Fabia<sup>16</sup>. Apreciaba mucho a mi hermano. Un poco fanfarrón, aunque siempre dispuesto a cubrirte las espaldas. Se hacía querer por quienes le conocían.

Mi padre Lucio nos llevó a las cuadras a que lo viéramos. Era una inmensa bola de algodón de color plateado que apenas se ponía en pie. A mí me pareció una estrella solitaria en medio de un firmamento puro y azulado. Unas largas orejas y unos enormes ojos negros asomaban por encima del lomo de su madre a cuyo lado se había acurrucado buscando calor y protección. Mi padre nos preguntó si habíamos pensado un nombre para el pollino.

—¡Bucéfalo! —grité yo—, como el caballo de Alejandro Magno.

—Me parece que ese nombre le queda grande —corrigió mi padre.

—¿Y tú, Quinto? ¿Has pensado algún nombre?

Mi hermano, sin apartar la mirada del pequeño asno, respondió:

—Yo le llamaría Aníbal. Como el bárbaro cartaginés que mató al abuelo en Cannas.

—Si lo que pretendes es ultrajar la memoria de Aníbal, creo que te equivocas —señaló nuestro progenitor—. Aníbal era un general que luchaba por su patria al igual que mi padre defendía Roma. Vuestro abuelo eligió la muerte en el combate antes que la deshonra que mancilló a Terencio Varrón, que huyó de la batalla y abandonó a sus tropas.

Mi padre admiraba al general púnico. No podía olvidar que tras perecer mi abuelo en Cannas, Aníbal buscó con empeño su cadáver y no permitió que yaciera insepulto<sup>17</sup>. Lo mismo había hecho con Tiberio Graco<sup>18</sup> después de que este cayera en una emboscada de los lucanos. Entregó sus restos a nuestros soldados para que los condujesen a su patria. Y en cuanto a Marco Marcelo, muerto en los campos de Brucio cuando espiaba los movimientos de los cartagineses con más avidez que precauciones, Aníbal permitió que se le incinerara con honores y colocó su cuerpo sobre la pira cubierto con una capa roja y una corona de oro.

—¡Pues que se llame Terencio! —repliqué yo.

—Sí, sí. Terencio me gusta —confirmó mi hermano.

—Que así sea —sentenció mi padre—. Se llamará Terencio.

La historia de la muerte de mi abuelo Lucio en los campos de Cannas<sup>19</sup> nos la había contado nuestro padre infinidad de veces. A él se la había confiado el tribuno militar Gneo Léntulo, que logró escapar de la matanza y a duras penas alcanzó Roma. Según el tribuno, después de la catástrofe, vio a mi abuelo el cónsul cubierto de sangre sentado en una roca.

—Lucio Emilio. El único a quien los dioses deben ver libre de culpa por el desastre de este día, toma este caballo mientras te quedan algunas fuerzas y mientras yo pueda acompañarte, llevarte y protegerte. No hagas más funesta esta batalla con la muerte de un cónsul. Incluso sin esto, son ya bastantes las lágrimas y el dolor —le dijo Léntulo.

—Bravo por tu valor, Gneo, pero procura no perder en compadecerme inútilmente el escaso tiempo que tienes para escapar de manos del enemigo. Vete, encarga oficialmente a los senadores que fortifiquen Roma y antes de que llegue el enemigo la aseguren con defensas, a Quinto Fabio<sup>20</sup> en privado comunícale que Lucio Emilio vivió hasta este momento y muere teniendo presentes sus consejos. En cuanto mí, deja que muera entre los cadáveres de mis hombres para no ser acusado al dejar el consulado ni convertirme en acusador de mi colega Terencio Varrón, a fin de defender mi inocencia culpando a otro<sup>21</sup> —repliqué fatigado mi abuelo, casi sin fuerzas.

—Así lo haré, general —sumido en la congoja, alcanzó a decir el valiente tribuno.

—Dile también a mi hijo que muero como un patriota. Que he elegido la muerte al deshonor y que mi último pensamiento ha sido para él.

Mi padre tenía catorce años, pero cada vez que hablaba de su progenitor y del último día que lo vio partir de la ciudad al encuentro de los cartagineses, sus ojos se humedecían y tenía que hacer un gran esfuerzo para no llorar.

Mi abuelo Lucio había sido elegido cónsul junto a Cayo Terencio Varrón.

¡Qué se puede esperar del vástago de un carnicero!

Él mismo vendía la carne que su padre despiezaba, un oficio propio de esclavos<sup>22</sup>. Nunca he sido contrario a que un plebeyo alcance las más altas magistraturas de la república, pero Terencio había llegado a la cumbre de la élite romana doblándose hacia donde soplaban los vientos igual que hacen los cipreses en otoño. Se dice de él que era un individuo despreciable. Las tácticas que había empleado el dictador<sup>23</sup> Fabio Máximo Verrucoso contra Aníbal habían puesto nerviosos al senado y a la plebe. Fabio no presentaba batalla al temible cartaginés. Prefería gastar y acosarle antes que un enfrentamiento directo. No quería sumar un nuevo fracaso a los de Tesino, Trebia y el lago Trasimeno<sup>24</sup>. El propio Aníbal elogió su comportamiento. Pero Fabio perdió el apoyo del senado y se volvió al mando consular. Dos cónsules dirigirían cada uno el ejército en días alternos. Mi abuelo era reacio a entablar batalla. El día que le correspondió el mando de las legiones a Varrón, este decidió luchar. Hizo caso omiso a cualquier consejo y advertencia de mi abuelo. Suyo era el mando y suya la decisión.

Aníbal dispuso sus tropas en línea con la caballería en los extremos. Varrón hizo lo mismo confiado en la superioridad numérica romana. Terencio tomó el mando del ala izquierda y mi abuelo el de la derecha. Varrón ordenó el ataque y, como un solo hombre, las legiones avanzaron. Al principio, la pugna estuvo muy igualada, hasta que de forma repentina el centro del despliegue cartaginés comenzó a hundirse. El imbécil de Terencio creyó que tenía la victoria al alcance de la mano y metió a sus hombres en la trampa que había diseñado Aníbal. Cuando los legionarios se apelotonaron en lo que creían era una debilidad cartaginesa, Aníbal ordenó a sus extremos que cerraran la bolsa y comenzó la escabechina. Sesenta mil romanos perdieron la vida. Entre ellos, dos procónsules, Servilio y Atilio, dos cuestores, veintinueve tribunos militares, ochenta senadores y mi abuelo, el cónsul Lucio Emilio Paulo. Otros diez mil fueron hechos prisioneros.

Y para vergüenza de la república, mi padre tuvo que presenciar la humillación de ver cómo el senado salió a las puertas de Roma<sup>25</sup> a recibir a Varrón como un héroe por temor a la plebe que lo había elegido.

¡El que debió ser arrojado desde la roca Tarpeya<sup>26</sup> fue tratado como el salvador de la ciudad!

Dos años estuvo el burrito Terencio con nosotros. Me turnaba con mis hermanos para cabalgarlo y era nuestro caballo de guerra en los combates que manteníamos contra unos imaginarios cartagineses que atacaban nuestra casa, que convertíamos en Roma. El burrito soportaba estoicamente nuestros juegos y creo que hasta disfrutaba de las travesuras de unos incansables niños que no cesaban de gritarle piropos del tipo «vamos, caballo» y halagos similares, porque sus alegres rebuznos podían oírse por toda la heredad de Lavernium.

Terencio era una delicia de equino. Más inteligente que muchos caballos que ganaban carreras en el Circo Máximo. Hasta intentaba piafear con sus cortas patas en un vano intento de imitar a sus hermanos mayores. Si se cansaba, befaba graciosamente para anunciarnos que estaba sediento y necesitaba reposo.

Sucedió en las calendas<sup>27</sup> de marzo. Después de batallar, llevamos a Terencio a las cuadras. A mí me había tocado montarlo y me correspondió también darle de comer, cepillar y dejarlo encerrado. Deposité una buena cantidad de alfalfa recién cortada en el establo del abnegado Terencio y comencé a acariciarlo cariñosamente con objeto de limpiarlo y liberarle de las pequeñas hojas y otras impurezas que ensuciaban su hermoso pelaje. Mientras lo frotaba con un puñado de paja seca, le susurraba en sus vastas orejas las hazañas de mis abuelos, las de mi abuelo Lucio y las de mi abuelo adoptivo Publio Escipión.

No había terminado mi trabajo cuando escuché la voz de mi maestro Numerio Craso que me llamaba a estudio. No quería llegar tarde porque Numerio era de los que no tenían escrúpulos en aplicar la máxima romana de que la letra con sangre entra. Al que se le ocurrió tamaña estupidez, seguro que nunca le enrojecieron las posaderas con una rama de sarmiento. Con las prisas, se me olvidó cerrar la puerta de la cuadra. Durante la noche, Terencio escapó. Quién sabe si atraído por el olor de la hierba fresca bañada por el rocío o por las ráfagas de luz de las luciérnagas que centelleaban en la oscuridad. La mañana siguiente fuimos a las caballerizas y no lo encontramos en su establo. Avisamos a Druso a fin de que nos ayudara a buscarlo. El esclavo pidió permiso a mi padre para salir de la casa. Él también nos ayudó en la pesquisa.

—¡Terencio! ¡Terencio! —gritábamos preocupados.

Con el paso de las horas, la preocupación se tornó en angustia y mis hermanos pequeños comenzaron a llorar. Yo me sentía culpable. Había olvidado cerrar el cobertizo, pero jamás confesé mi falta. Mi padre y mis hermanos creyeron que algún esclavo había cometido el descuido y no indagaron lo que había ocurrido. Ninguno nos esperábamos tan funesto final. Druso llamó a mi padre cuando descubrió el cuerpo moribundo de Terencio en medio de una arboleda. Un

reguero de sangre revelaba que el pobre animal se había arrastrado hasta allí buscando refugio y quizá también un poco de sombra que aliviara su dolor.

—¡Aquí, dómine, aquí! —grito Druso.

Corrimos hacia el lugar del que venían las voces. El espectáculo no podía ser más dantesco. Terencio estaba tumbado, casi desangrado. La vida se le escapaba por las heridas que le había causado el ataque de los lobos o de alguna manada de perros salvajes. Terencio nos miró con sus enormes ojos negros, suplicante, sin duda quería que aliviáramos su agonía y sufrimiento. Mi padre se volvió a Druso y le dijo:

—¡Llévate a los niños de aquí!

Druso nos impelió con fuerza. Nosotros gritábamos de espanto por la suerte del pobre Terencio. Fui el único que intuyó lo que mi padre se disponía a hacer.

—¡Padre, no! ¡No lo hagas! Alcancé a decirle cuando Druso nos alejaba de los árboles.

Mi padre sacó la daga que encubría bajo los pliegues de la toga y de un golpe seco le cortó la garganta. El sonido del puñal atravesando el cuello de Terencio es el mismo que a lo largo de mi vida he escuchado muchas veces al clavar mi espada en las entrañas de un enemigo. Un ruido que aún hoy retumba en mis oídos y que no he podido olvidar. El pobre burro no se quejó. Casi parecía que le daba las gracias a mi padre por acelerar su muerte, porque prácticamente no se movió. Por unos instantes pude soltarme de las «garras» de Druso y mirar por última vez a Terencio. Mientras su vida se apagaba, cerró lentamente los párpados y lo último que vio fue mi semblante desesperado. Una lágrima que surgió de sus ojos fue su postrer adiós a unos niños que lo habían tratado como a un dios. Entró en nuestras vidas como una estrella brillante y como una estrella fugaz se marchó.

Durante semanas, el desconsuelo inundó nuestros corazones. El mío más profundamente porque la culpa golpeaba mi pecho. Mis recuerdos de esos días me producen sentimientos encontrados de tristeza y alegría por aquellos maravillosos años que disfrutamos con el bueno de Terencio.

Si bien mi primo y padre adoptivo Publio nos visitaba en numerosas ocasiones, la adopción había sido un mero trámite legal y yo siempre permanecí junto a mi padre Lucio, al igual que mi hermano Quinto. No fui consciente de lo que suponía la adopción hasta que serví por primera vez en el ejército y los soldados respetaban más mi procedencia que mi persona. Era nieto del vencedor de Aníbal, aunque su hijo, mi tutor, no es que hubiese dado mucho lustre al nombre. No era mala persona. Tenía una salud quebradiza que le obligaba a guardar reposo cuando le sobrevenía alguna crisis. Los médicos decían que tenía la enfermedad de los elegidos de los dioses<sup>28</sup>. La verdad es que no sé si era cierto o si era una excusa para encerrarse en su casa. Desde que fue hecho prisionero en la campaña de su tío Lucio<sup>29</sup> contra Antíoco<sup>30</sup>, todo el mundo le reprochaba que no se hubiese suicidado a fin de evitar la vergüenza. Era, según sus críticos, lo que habría correspondido hacer a un hijo de la familia de los Escipiones. Fue tratado por Antíoco como un rey y colmado de regalos. Su padre no tuvo que pagar ningún rescate por su liberación. Ello contribuyó a que sobre Escipión Africano recayeran sospechas de que había cedido demasiado en el tratado firmado con el monarca sirio. Evidentemente, esos reproches no se los decían a él de manera directa, pero estaba claro que murmuraban y cuchicheaban a sus espaldas.

Los meses transcurrieron rápidamente. Pasaron tres años. El niño risueño e inocente de mi infancia se convirtió en un hercúleo adolescente gracias al entrenamiento diario que nuestro preceptor Numerio nos obligaba ejercitar. Corría por el campo emulando a Filípides<sup>31</sup>, con el torso desnudo. Las campesinas y esclavas con quienes me cruzaba volvían la cabeza con disimulo para observarme. Yo me mostraba indiferente porque entre mis planes no estaba yacer con jóvenes de baja condición. Mi preocupación se centraba en cultivar mi cuerpo y mi mente como no se

cansaba de repetirme Numerio. Leía con pasión a Nevio<sup>32</sup>, a Livio Andrónico<sup>33</sup> y, fundamentalmente, a Quinto Ennio<sup>34</sup>. En aquel tiempo, los *Anales* de Ennio constituían mi libro de cabecera. También empecé a estudiar griego. Numerio no estaba muy versado en el idioma de Aristóteles y mis progresos eran muy lentos. Mi padre decía que nos traería a un preceptor griego con objeto de que supiéramos departir y escribir tan bien como Demóstenes<sup>35</sup>.

—No pienso introducir piedras en mi boca para hablar griego —le dije en tono jocosos a mi padre un día que nos aleccionaba sobre la importancia de conocer griego.

—No seas idiota, hijo mío. Demóstenes lo hacía para corregir su tartamudez y logró ser el mejor orador de Grecia —respondió mi padre dando a mi ironía una aureola de convicción—. Si no aprendéis griego, nunca entenderéis la profundidad de la filosofía de Platón, de Sócrates o de Aristóteles, la belleza de las tragedias de Eurípides, Esquilo o Sófocles, la sutileza de las comedias de Menandro y la perfección de la poesía de Homero.

—Ya he leído la traducción de *La Odisea* que hizo Livio Andrónico y prefiero los *Anales* de Ennio —contesté con orgullo de romano.

—Algún día lo entenderás —dijo mi padre mientras salía de la estancia donde Numerio dirigía la formación de sus dos aventajados discípulos.

Mi padre tenía razón. Gracias a Polibio<sup>36</sup> aprendí a desenvolverme correctamente en griego y pude leer *La Iliada* y *La Odisea* en su lengua original. Comprendí entonces la conversación que tuvimos aquel día. Tanto Ennio como Homero alcanzan la belleza, pero Homero roza lo sublime.

Una tarde, a comienzos de verano, yo acababa de cumplir quince años, se presentó en nuestra casa tía Emilia. Mi padre sentía devoción por su hermana y siempre habían mantenido una estrecha relación incluso cuando se casó con Escipión Africano. Trece años hacía que había enviudado, pero no se había vuelto a casar. Venía acompañada de su hija Cornelia<sup>37</sup>. Mi prima tenía tres años más que yo y no sabía nada de ella desde hacía más de diez. Yo estaba en mi habitación leyendo *El soldado fanfarrón* del genial Tito Plauto. Me pareció oír la voz de mi padre que llamaba desde el *atrium*<sup>38</sup>.

Ensimismado en las andanzas de Pírgopolínicos<sup>39</sup>, hice caso omiso a su aviso. Mi padre le dijo a Cornelia que me buscara en mi cubículo debajo de los volúmenes<sup>40</sup> que se amontonaban en mi mesa. No la vi entrar hasta que carraspeó un poco. Levanté la mirada y al reparar en aquella delicada criatura, recordé el primer verso que pronuncia Pírgopolínicos en la comedia plautina en la que estaba absorto: «Más luciente que los rayos del sol en un día de cielo límpido»<sup>41</sup>.

Venus había abandonado el Olimpo y había entrado en mi dormitorio. Era la joven más hermosa que yo había visto en toda mi vida. Un pelo cobrizo y, heredados de su madre, unos inmensos ojos azules que destilaban dulzura destacaban sobre una piel blanca, sin tosquedad ni asperezas, que jamás había maltratado el sol. Era un poco más baja que yo, pero alta entre las doncellas de su edad. Labios sensuales y rojos como pétalos de rosa, nariz griega y una figura esculpida por Fidias<sup>42</sup> para regocijo de los simples mortales. Pechos voluptuosos y firmes, delgada cintura y unas caderas que habrían sido la envidia de la mismísima Helena de Troya. Toda aquella beldad envuelta en una toga de color cerúleo a modo de manto celestial. No pude articular palabra. Debí parecerle un tonto cegado por Atenea<sup>43</sup>. Igual que hizo al adivino Tiresias, a quien castigó desposeyéndole de la visión por haberla sorprendido mientras se bañaba.

—¿Es que ya no se enseña educación a los nobles romanos? ¿No se debe saludar a la familia? —Una tierna melodía dio vida a aquella Afrodita de Praxíteles<sup>44</sup>.

—Lo siento, pero creo que no te conozco —acerté a decir.

—Soy tu prima Cornelia. Hija de tu tía Emilia y de Escipión Africano. Además, se podría decir que también soy tu tía, porque mi hermano Publio te adoptó hace cinco años. ¿No me das un beso?

Temeroso de que fuera una aparición, me acerqué lentamente y rocé con mis labios su mejilla. Ella hizo lo mismo en mi cara pero con más fuerza y, por primera vez, pude notar el calor que desprendía.

—¿Qué estabas leyendo? —preguntó.

—*El soldado fanfarrón* de Plauto —respondí.

—No me digas que lees a ese harinero<sup>45</sup>. ¿Tu padre no te ha hablado de Menandro<sup>46</sup>? ¿Y entre los poetas romanos no te resulta más hilarante Cecilio<sup>47</sup>? Aunque yo prefiero las tragedias. Relatos épicos de amores imposibles y sueños rotos.

—Sí, pero mi dominio del griego no es lo suficientemente fluido como para leer obras tan complicadas. Si te gustan las tragedias, conocerás a Pacuvio<sup>48</sup>. El sobrino de Ennio. Es amigo de mi padre. Algunas veces viene a casa y pasan largas horas conversando.

—Empecé a leer *Hermiona* pero me aburrí enseguida. En fin, qué se puede esperar de un chico que ha vivido tanto tiempo en el campo alejado de Roma y que no sabe hablar griego. Vamos, no hagamos esperar a tu padre.

Ella cogió mi mano y me sacó de la habitación con intención de que saludara a su madre, aunque habría dejado que me condujera a los Campos Elíseos. Yo la seguía avergonzado, humillado por mi desconocimiento del griego y porque una mujer supiera mucho más que yo de los autores helenos.

—Madre, aquí te traigo a tu sobrino. ¿O debería decir nieto? —dijo en tono mordaz mientras volvía con malicia la mirada hacia mí para observar mi reacción.

—Es verdad, casi no me acordaba de que te adoptó mi hijo Publio. Ese hijo mío es un desastre. No se parece en nada a mi desventurado hijo Lucio<sup>49</sup>. Qué te voy a contar que tú no sepas —refirió a su hermano—. Siempre oculto como un búho —continuó—. No sé la de veces que le he dicho que se busque una mujer de buena familia y se case con ella. Pero se excusa en que está enfermo y que el matrimonio sería otra carga. ¿Te imaginas? ¡Qué sería de Roma si todos los hombres pensarán igual!

Mi tía tenía fama de expresar abiertamente sus pensamientos y sentimientos sin tener ningún reparo en ello. Tampoco era recatada en sus gestos. Me escrudiñó durante unos segundos y exclamó:

—¡Muchacho, estás hecho un hombretón!

—Madre, todavía no ha dejado la toga pretexta —continuó mi prima con las humillaciones.

—Pero ¿qué edad tienes? —preguntó mi tía.

—Quince. El año que viene vestiré la toga viril.

—Entonces, te he confundido con tu hermano Quinto. Por cierto, Lucio, ¿dónde están tus hijos? ¿Y tu risueña esposa?

—Quinto pasa unos días en casa de un amigo en Roma. Mi mujer, con los pequeños, está en casa de su padre también de visita. Desde que mi suegro enviudó no levanta cabeza y mucho me temo que no llegue a fin de año.

—No seas pájaro de mal agüero. ¡Vaya! Debí haber avisado antes de venir. Visité a tus hijas<sup>50</sup> en Roma hace una semana. Estaban tan guapas como siempre.

—Hermana, tú siempre eres bienvenida. Tenemos muchas cosas de las que hablar. Últimamente paso más tiempo aquí que en Roma y tienes que contarme los chismorreos que circulan por la ciudad. Parece que las cosas no marchan bien en la guerra con Macedonia.

—Madre, ¿a que no sabes dónde he encontrado a tu nieto? Escondido como un ratoncillo debajo de un volumen de Plauto —espetó, punzante, Cornelia.

—¿Ese obsceno de origen incierto y peor reputación? —replicó mi tía—. Lucio, ¡cuántas veces te he dicho que busques un preceptor de griego para tus hijos!

Por respeto a la hermana de mi padre, no quise responder a esa monstruosidad. A Plauto se le podría criticar por muchas cosas, pero desde luego, no de obscenidad. Cuando introducía algo subido de tono en sus comedias, solo empleaba el latín del pueblo llano que identificaba a sus personajes.

Mi padre me pidió que enseñara nuestra finca a mi prima. Antes de que pudiera decir algo, Cornelia me cogió del brazo y salimos a recorrer las diversas estancias.

La primera semana fue un continuo ir y venir junto a mi prima por la casa y alrededores. Era una mujer con la que se podía hablar de poesía, filosofía, teatro, historia e infinidad de temas que habrían sido la envidia de muchos senadores.

¡Y solo tenía dieciocho años!

Cuando nombré la palabra «historia» me respondió que de todo lo que había leído era lo que más le aburría. Yo le mencioné los *Anales* de Ennio y los *Orígenes* de Catón el Censor a quien, por aquel entonces, apreciaba sobremanera porque era de los pocos romanos que hacía de su vida privada un ejemplo de moral pública.

—¿Marco Porcio Catón? ¿El Censor? ¿Ese viejo loco misógino descendiente de galos? —sentenció Cornelia.

—¿Qué es un misógino? —pregunté contrariado—. ¿Y por qué dices que desciende de galos? —añadí.

—Mi querido Publio. ¿Ves por qué tienes que aprender griego? «Misógino» es una palabra griega que hace referencia al hombre que siente aversión a las mujeres. En cuanto a su ascendencia gala, está claro que lo delatan su pelo rubio rojizo como el fuego y sus ojos claros. Muchas romanas fueron violadas por los salvajes galos cuando saquearon Roma.

—Supongo que te refieres a cuando los gansos sagrados de Juno salvaron a los defensores de la colina Capitolina.

No quise decir nada más, pero me desconcertó aquella respuesta siendo su pelo cobrizo y sus ojos azules como el mar. En la familia había quien aseguraba que descendíamos de Ceres, que enseñó a los hombres a cosechar el trigo y elaborar el pan y que el pelo rubio era una bendición de la diosa que permitía que alguno de sus descendientes tuviera el cabello del color de la mies en verano. Otros, los más, remontaban nuestra ascendencia a Mamerco, el hijo del sabio Pitágoras, preceptor del rey Numa, al que por su elocuencia y gracia en el hablar dieron el sobrenombre de Emilio<sup>51</sup>.

Poco a poco fuimos congeniando. Sus indirectas del primer día desaparecieron y constantemente estaba alegre y con deseos de dialogar. Yo la seguía maravillado, no solo por su belleza, sino por tener a una persona con quien conversar de los libros que había leído o de mis escritores favoritos.

Una mañana, mientras desayunábamos leche de cabra, fruta fresca y tortas de trigo untadas con miel, me preguntó por los planes que teníamos para ese día. Le dije que hacía tiempo que tenía olvidados mis ejercicios físicos y que pensaba ir a nadar a un río cercano.

—A mi regreso —le aclaré—, si te apeteciera, podríamos pasear hasta un pueblecito colindante y visitar el mercado de artesanía que es muy popular.

—¿Y por qué no puedo acompañarte a nadar?

—Bueno, verás, suelo nadar desnudo —le expliqué con timidez.

—¿No tienes miedo de que alguien te vea?

—Es un sitio solitario y apartado donde solo los animales salvajes se acercan a beber a la ribera. Una curva del río rodeada de sauces que me protegen de miradas indiscretas.

—Pero hoy podrías cubrir con un *subligaculum*<sup>52</sup> tus zonas más íntimas y ocultas. —Pronunció lentamente con sensualidad, acentuando cada palabra al tiempo que acariciaba con el pie mi pantorrilla.

No fui capaz de negarme y creo que no quería negarme, así que acepté su oferta. Llegamos al río hacia el mediodía. Cornelia rápidamente se desprendió de su túnica. Solo un fino *intussium*<sup>53</sup> de lino blanco que alcanzaba hasta donde empezaban los muslos, escondía lo que estaba vedado a ojos impíos. Aunque esconder era solo un decir. A través del lino se traicionaban sus pechos firmes y redondos, su espléndida figura y toda aquella grandeza apoyada en unas largas e interminables piernas. Se lanzó de cabeza a la poza horadada en el recodo de la corriente, se sumergió unos instantes y surgió del agua.

¡Estoy convencido que soy el único ser humano que ha visto el nacimiento de Venus!

Una diosa de carne y hueso. Nadaba igual o mejor que yo. Se desplazaba velozmente con largas brazadas, empujada por la fuerza de sus poderosas extremidades inferiores.

—¡El agua está estupenda! ¡Vamos, tírate! —insistió.

No quería desmerecer ante Cornelia. Cogí un fuerte impulso y salté, pero con tan mala suerte que perdí el *subligaculum* y quedé en completa desnudez bajo la superficie. La corriente lo arrastró y cuando saqué la cabeza del agua para respirar, escuché las risas de mi prima.

—¿Qué vas a hacer ahora, Publio?

El rubor encendió mis mejillas. Cornelia nadó hasta la orilla y salió del agua. De espaldas, el *intussium* pegado a su cuerpo, pude apreciar unas espléndidas nalgas. Se giró hacia mí, todavía riendo. Su simulada incuria me desveló sus secretos. La fina camisa húmeda adherida a la piel dejaba al descubierto mucho más de lo que yo habría imaginado en sueños. Ladeó con levedad la cabeza. Recogió su larga cabellera, la apretó con fuerza y escurrió el agua. Se sentó. La sonrisa se dibujaba en su boca.

—Tírame la túnica —grité.

—¿Te has vuelto loco? Volverás a casa mojado y cogerás una pulmonía. ¿Tienes miedo de una pobre e indefensa mujer?

—Yo no le temo a nada ni a nadie —contesté orgulloso, esperando no ofender a los dioses.

Nadé también hacia la orilla, salí del agua tapando con las manos mis partes pudendas, arranqué unos juncos, me senté en el suelo y cubrí con las finas cañas mis genitales.

Ella permaneció en silencio durante el imprevisto ritual. Se acomodó sobre una roca plana cerca de mí y me observó sin decir nada. Unos minutos que me parecieron una eternidad. La sonrisa aún se esbozaba en su cara. Sentada, se giró hacia donde yo estaba. Solo nos separaban un par de metros. Súbitamente, la sonrisa desapareció y una expresión que nunca he podido olvidar, mezcla de deseo y pasión, afloró en su cara. Despacio, fue recogiendo y abriendo sus piernas para ofrecer a aquel muchacho imberbe que tenía delante todo el monte de Venus completamente rasurado y la hendidura del amor aún cerrada que corroboraba su pureza. A punto estuve de apartar la mirada. Pero sabía que no era lo que ella quería. Noté cómo la sangre fluía hacia mi miembro. No pude evitarlo. Príapo<sup>54</sup> lo empujaba para que asomara entre los juncos que lo velaban. Los tallos empezaron a moverse. Mi prima lo notó y yo sentí mucha vergüenza.

—Parece que has visto algo en mí que te agrada —comentó, con las piernas aún abiertas.

Faltaba muy poco para que mi fallo se pusiera erecto. No sabía qué decir ni qué hacer. Me arrastré sobre mis posaderas hasta donde había dejado mi túnica y precipitadamente me vestí.

—Será mejor que volvamos a casa. Es tarde. Tu madre puede preocuparse.



Cornelia se puso de pie. Se giró. Se quitó el *intussium* mojado. Se vistió sin prisas, mostrándome la espalda de su cuerpo desnudo. Dos simpáticas manchas sonrosadas en las nalgas resaltaban sobre su piel blanca y tersa marcando el lugar sobre el que se había apoyado.

Por la noche, durante la cena, no articulé palabra. Cornelia no dejaba de hablar. Le decía a su madre lo amable que yo estaba siendo con ella. Mi padre se mostró contento.

—Es un gran muchacho —dijo—, el año que viene vestirá la toga viril y podrá empezar el *cursus honorum*<sup>55</sup>. Tengo muchas esperanzas puestas en él y en Quinto.

Mi padre se retiró pronto. Tenía algunos asuntos que resolver al día siguiente y deseaba amanecer descansado. Mi tía Emilia también abandonó la mesa. Quería levantarse temprano y visitar el pueblo aledaño adonde yo había querido llevar a mi prima. Cuando me quedé solo con Cornelia, la miré a los ojos y le expliqué que yo también me iba a mi cubículo, porque quería leer un rato antes de acostarme.

—Te acompaño —exclamó—. La natación me ha dejado extenuada.

Noté el calor en mis mejillas. No podía contener el rubor de mi cara recordando lo que había sucedido en el río. Su habitación estaba a escasa distancia de la mía. Caminamos juntos hasta nuestras dependencias, sin decir nada. Delante de la puerta de mi estancia, antes de entrar, le deseé buenas noches. Ella respondió a mi saludo.

—Publio, ¿podrías dejarme alguno de tus libros? La verdad es que no tengo mucho sueño. Aunque sea algo de tu admirado Plauto.

—Puedo prestarte una comedia titulada *El mercader*. Trata de un joven que se enamora de una bella esclava que ha comprado y el padre del joven pretende arrebatársela porque también se siente atraído por ella. Espera un momento y te traigo el volumen.

Cornelia no esperó. Cuando abrí la puerta, me empujó y entró detrás de mí.

—¿Realmente crees que me interesa leer a Plauto?

Me agarró por el pecho, me acorraló contra la pared y pegó su boca a la mía. Su lengua jugó dentro de mí todo lo que quiso. Fue un agradable estremecimiento que nunca antes había sentido. Era la primera vez que una mujer me besaba de aquella manera. El tiempo se detuvo a nuestro alrededor.

Sin apartar sus labios de los míos, bajó la mano derecha hasta mi pene duro y tieso a punto de estallar. Cornelia comenzó a acariciarlo con mucha ternura. Yo puse la mano sobre su seno izquierdo. Estaba rígido con el pezón inhiesto. Enseguida agarró mis dedos y los arrastró hasta su entrepierna. Por debajo de la túnica sentí que estaba húmeda y caliente. Mientras jugaba con lo más íntimo de su ser, apartó la cara. Echó la cabeza hacia atrás y comenzó a gemir. Murmullos y dulces gemidos que me llenaban de gozo. Sus ojos brillaban como el fuego ardiente, como brilla el sol reflejado en el agua.

Si en ese momento no hubiese escuchado la voz de mi padre que me llamaba desde el pasillo, no sé qué habría ocurrido. Temeroso de que mi padre nos hubiese descubierto, salí asustado. Mi padre me dijo que no me olvidara de revisar la carne y las frutas y hortalizas que los esclavos trajeran del mercado al día siguiente. Respiré aliviado. El susto había sido mayúsculo. Cuando mi padre desapareció, regresé a la habitación donde Cornelia estaba acicalándose.

—No tentemos a la suerte —señaló—. Tenemos más días para continuar con... nuestro tropiezo.

Desde aquel día los encuentros con mi prima transcurrieron con mucha más familiaridad si es que se pueden llamar familiares las continuas caricias y besos. Su cuerpo no tuvo secretos para mí ni el mío para ella. Me aprendí de memoria cada centímetro de su piel. Volvimos a nadar desnudos en el río. Tuvimos otros tropiezos como ella los llamó el primer día, pero nunca profané

su virginidad. Me había enamorado de mi prima con la pasión del primer amor. Soñaba con ella, vivía por ella, la necesitaba cerca igual que el aire que respiraba. Me olvidé de mis libros, de mi entrenamiento, de mis ambiciones y esperanzas. Todo era Cornelia y nada más que Cornelia.

La noche antes de su marcha, cuando nuestros padres ya se habían acostado, me deslicé sigilosamente a su habitación. Solo el canto de la cigarra era testigo de mis temores y mis miedos. De nuestros peligrosos juegos. Era difícil que nos descubrieran. Como despedida, mi padre habría ofrecido a su hermana una copiosa cena y ambos no habían escatimado a la hora de saborear el néctar rojo de Baco. La puerta estaba entreabierta. Cornelia me estaba esperando. Al contrario que otras veces que me sorprendía detrás de la cortina pegada a la portezuela por su parte interna, esta vez estaba desnuda tumbada en la cama. Apoyada sobre el codo derecho y con la mano en la mejilla. Su hermosa cabellera le caía graciosamente hacia delante ocultando parte de la cara, otorgándole un halo de misterio. Recorrí su cuerpo con la mirada y pensé en lo afortunado que era porque Venus se hubiese prendado de mí. Me desnudé y me recosté abrazándola por detrás. Mi pecho posado sobre su espalda. Mi miembro acariciando sus nalgas. Presurosa, se giró y se colocó encima. Agarró mis manos y las aprisionó contra la cama. Yo era el esclavo de una diosa y no me importaba.

—¿Te parezco hermosa? —preguntó.

—No puede haber en el mundo nada más bello ni más apetecible.

—¿Qué soy para ti?

—¡Tú que te sientas en trono resplandeciente, inmortal Afrodita! ¡Hija de Zeus, sabia en las artes de amor, te suplico, augusta diosa, no consientas que, en el dolor, perezca mi alma! —recité en griego.

—Así que para ti soy Afrodita. ¿Desde cuándo te has convertido en un poeta griego?

—No es mío. Es de Safo, la poetisa de Lesbos. No te imaginas lo que me ha costado aprenderlo.

Cornelia se tumbó a mi lado, abrió las piernas y me ofreció toda la belleza de su sexo.

—Quiero que me poseas. Quiero entregarte mi virginidad.

Hice lo que me pedía. Me situé sobre ella. Dispuesto a penetrar en el aquel templo del amor y corromper su pureza. Antes de comenzar el ritual sagrado de los amantes, la besé suavemente en el cuello y le dije que la quería. Que nunca podría amar a otra mujer ni desear a ninguna otra.

Entonces, me detuve. A pesar del ardor que sentía, tuve la gallardía suficiente para reprimir mi deseo.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien? —me preguntó conmovida.

—No quiero que nuestra primera vez parezca que hacemos algo malo o prohibido. No seamos dos cazadores furtivos que arrebatan la vida a un cervatillo cuando lo prohíben las leyes. Prefiero esperar a que estemos desposados.

Cornelia se incorporó con brusquedad y me empujó con fuerza. Caí de la cama al suelo y me di un fuerte golpe en la cabeza.

—¿Te has vuelto loca?

—¿Loca? ¡Loco estás tú! Te ofrezco mi virginidad, mi más preciado tesoro, y solo se te ocurre hablarme de boda. ¿En qué estabas pensando?

—Es lo normal si dos personas se aman. El año que viene ya seré oficialmente ciudadano romano y podré comenzar mi carrera política. Pensaba decirle a mi padre que hablara con tu madre y que concertara nuestro matrimonio. Creí que era lo que tú querías —dije desde el suelo.

—Yo ya estoy comprometida con Tiberio Sempronio Graco. Nos casamos dentro de tres meses.

Aquella confesión me dejó sin habla. No pude proferir palabra. Pero mi orgullo estaba dolido y pude reprocharle:

—¿Graco? ¿El cónsul? ¿El enemigo político de tu difunto padre? ¡Pero si es un viejo! ¡Por lo menos te lleva veinte años!

—Veintidós, para ser exactos. Esta unión terminará con las diferencias entre las dos familias. ¿Por qué crees que quería entregarte mi virginidad? Deseaba que la primera vez fuera con alguien que me agradara o me gustara y no con un viejo.

—¡Pero yo te amo!

—¿Y quién ha hablado de amor? Me caso con un antiguo cónsul de la república y uno de los hombres más ricos de Roma. ¿Acaso pensabas que me casaría con un *quidam*<sup>56</sup>? ¿Un niño imberbe a quien hay que explicarle cómo se la tiene que sujetar para orinar? Vamos, levántate y sal de mi habitación o comenzaré a gritar. De lo contrario, diré a todos que has intentado violarme —expresó cruzada de brazos, pero sin mirarme a la cara.

Al principio tuve la sensación de que mentía. Que ella también me amaba. Pero en ningún momento cambió de opinión. Un gesto amable y yo habría caído rendido a sus pies. Le habría perdonado las insidias que me había dicho. Destrozado, descorazonado, casi tembloroso, me levanté. Un nudo me apretaba la garganta y me costaba respirar. Me puse la túnica y los cálceos. Me dirigí apesadumbrado hacia la puerta. Yo había sido un juguete en sus manos. Un divertimento de verano. Ahora me arrojaba de su lado igual que se tiran a la basura los pedazos inservibles de una ánfora rota. Cuando iba a salir, recordé por unos instantes de quién era hijo, el orgullo de mi linaje patricio. Me volví. La miré fijamente. Ella no tuvo el valor necesario para sostener mi mirada. Me había tratado como a un cualquiera y me había insultado.

—Mi nombre es Publio Cornelio Escipión Emiliano. Soy hijo del cónsul Lucio Emilio Paulo. Nieto del cónsul muerto en Cannas por la gloria de Roma y nieto también del cónsul Publio Cornelio Escipión Africano, tu padre, el vencedor de Aníbal. No lo olvides. —Salí y cerré la puerta detrás de mí.

Escuché unos veloces pasos que corrían dentro de la habitación y que mi prima se apoyaba en la puerta. Mientras me alejaba, en la distancia, me pareció oír la voz de Cornelia que entre sollozos decía:

—Publio, perdóname. Te amo. Por favor, vuelve. —Luego, llantos de desesperación, hasta que salí de la casa y se hizo el silencio.

Intuí que mis pensamientos me traicionaban. Si me hubiese amado habría corrido a detenerme.

De aquella noche no recuerdo mucho más. Vagué demente por la campiña, sin rumbo, dolido no solo en mi amor propio sino en lo más profundo de mi corazón. De forma inconsciente, mis aleatorios pasos me condujeron al río. Al remanso donde nadé desnudo junto a Cornelia, donde estúpidamente confundí erotismo con amor. Donde cupido batió sus alas en mis oídos. Quería gritar a las aguas la crueldad de Cornelia, pero no pude. Aún la amaba desesperado. Y cuanto más la amaba, más bella me parecía.

Me tumbé en la orilla sobre la roca en la que Cornelia había estado sentada. Por primera y última vez en mi vida lloré de amor. Un torrente de lágrimas que no cesaban de manar. Lloraba y sollozaba a un tiempo. A la pérfida emoción siguió el abatimiento, después el cansancio. Finalmente, me quedé dormido, deseando que todo hubiese sido un mal sueño.

El frío relente de la madrugada me despertó. Aún no había amanecido. Al principio, había perdido la noción del tiempo y no sabía dónde me encontraba. Gradualmente, como fugaces relámpagos, las imágenes de lo acontecido volvieron a mi cabeza, cual rayos forjados en la fragua de Vulcano. Sentía un fuerte dolor en el pecho. Comprobé que la zona estaba amoratada. Durante

mi huida debí golpearme con la rama de un árbol. Tenía que regresar a casa antes de que mi padre se levantara. Llegué cuando todos aún dormían. Solo el esclavo que hacía guardia durante la noche permanecía despierto. Me vio pasar, pero no me dijo nada. Es posible que creyera que regresaba a hurtadillas de alguna fiesta a la que había asistido sin autorización paterna. Cosas de jóvenes, pensaría. Fui directo a mi habitación. Sin quitarme la túnica manchada de tierra y barro, me recosté en la cama. Volví a dormirme hasta que unos golpes sacudieron la puerta.

—¡Joven amo, joven amo, domine te llama! ¡Quiere que digas adiós a tu tía y a su hija! —gritó con fuerza el esclavo.

—Dile a mi padre que no me encuentre bien. Que me duele mucho la cabeza.

El esclavo se marchó y comunicó a mi padre mis palabras. Se enfadó un poco. Mi tía lo calmó diciéndole que ya me vería en Roma.

—Aún es un chiquillo. No seas muy duro con él. No está acostumbrado a beber y el vino que tomó anoche le habrá sentado mal —me defendió tía Emilia.

Rápidamente subí al piso de arriba, desde una de las ventanas se divisaba el camino que unía nuestra casa con la vía Apia que llevaba hasta Roma. Vi alejarse el carronato en el que viajaban mi tía y Cornelia. Estuve a punto de llorar, pero hice un esfuerzo enorme para contenerme. No obstante, mis ojos se nublaron. Observé que mi prima se giraba y miró hacia la ventana donde yo estaba asomado.

No pude distinguirlo bien, pero me pareció que una lágrima recorría su mejilla.

- 
1. Plural latino de *agnomen*. Sobrenombre que se concedía a un general romano tras una importante victoria.
  2. Tronco familiar que se componía por varias ramas que se identificaban por el *cognomen*. Por ejemplo, para el famoso Cayo Julio César, Cayo sería el *praenomen* que se correspondería con nuestro nombre de pila. Julio sería el *nomen*, el apellido que identificaba a la *gens* Julia, y César sería el *cognomen*, que señalaba la rama familiar.
  3. Los romanos de esta época contaban los años por el nombre de los cónsules que habían ejercido el consulado o por los años transcurridos desde la fundación de la ciudad (*ab urbe condita*, en adelante a. u. c.) que situaban el 753 a.C. El año 568 a. u. c. se corresponde con el 185 a. C.
  4. Era el hijo mayor de Escipión Africano y de Emilia Tercia, la hermana de Lucio Emilio Paulo, padre de Emiliano.
  5. Hijos naturales eran los habidos dentro del matrimonio legítimo.
  6. Mítico fundador de Roma.
  7. 129 a. C. Emiliano tiene cincuenta y seis años.
  8. Cónsul del año 231 a. C.
  9. Plutarco. *Vida de Emilio Paulo*.
  10. Se desconoce su nombre.
  11. Nombres ficticios. Se ignora sus verdaderos nombres.
  12. Dios griego del inframundo.
  13. Cicerón. *Lelio o de la Amistad*. 22.
  14. 175 a. C. Emiliano tenía diez años.
  15. Esta fecha del año de la adopción de Escipión Emiliano es aproximada. Debió ocurrir en algún momento entre los años 179 a. C. y 168 a. C. porque al año siguiente, cuando su padre Emilio Paulo celebró en Roma su triunfo en Macedonia, la adopción ya se había producido.
  16. Su hermano mayor, Quinto Fabio Máximo Emiliano (aprox. 186 – 130 a. C.).
  17. Valerio Máximo. V. Ej. Ext. 6.
  18. Tiberio Sempronio Graco, cónsul el año 215 a. C. No confundir con Tiberio Sempronio Graco, padre de los hermanos Graco, ni con el mayor de estos que también se llamaba Tiberio Sempronio Graco.
  19. La batalla de Cannas (216 a. C.) fue posiblemente la derrota militar más importante que sufrió Roma en toda su historia.
  20. Quinto Fabio Máximo Verrucoso Cunctator. Ejerció la dictadura antes que el consulado de Lucio Emilio Paulo y aconsejó a este cómo debía actuar frente a Aníbal si no quería ser derrotado. Ver nota 23.
  21. Tito Livio. *Historia de Roma desde su fundación*. XXII. 49. 6-13.
  22. *Ibidem*. XXII. 25. 19.
  23. En la antigua Roma, la palabra «dictador» no tenía las connotaciones negativas que hoy presenta. En períodos de crisis se elegía a una persona con plenos poderes por tiempo limitado, hasta que pasaba el peligro.

24. Tres severas derrotas que Aníbal infligió al ejército romano. Las dos primeras el año 218 a. C. y la tercera el 217 a. C.
25. Valerio Máximo. *Hechos y dichos memorables*. III. 4. 4.
26. La Roca Tarpeya era una abrupta pendiente de la antigua Roma, junto a la cima sur de la colina Capitolina. Durante la República se utilizó como lugar de ejecución de asesinos y traidores, que eran lanzados al vacío.
27. Primer día del mes.
28. Epilepsia.
29. Lucio Cornelio Escipión Asiático, hermano de Escipión Africano.
30. Antíoco III el Grande.
31. Corredor que anunció en Atenas la victoria griega en la batalla de Maratón, 490 a. C.
32. Escritor romano de finales del siglo III a. C. Se le considera uno de los iniciadores de la épica romana. Escribió un poema sobre la Primera Guerra Púnica.
33. Escritor romano de origen griego del siglo III a. C. Tradujo al latín *La Odisea* de Homero.
34. Escritor romano de finales del siglo III y principios del II a. C. Es autor de los *Anales*, que fue la epopeya romana hasta la composición de *La Eneida* por Virgilio.
35. Político ateniense del siglo IV. Fue uno de los oradores más destacados de la antigua Grecia.
36. Historiador griego y uno de los grandes amigos de Escipión Emiliano. Su *Historia* constituye una de las fuentes principales para conocer este período de la Historia de Roma.
37. Cornelia Menor. Todas las hijas de las familias de ciudadanos recibían por nombre la forma femenina del *nomen* de la *gens* (en este caso Cornelio) en la que nacían. Si tenían más de una hija se las diferenciaba añadiendo al nombre la forma mayor (*maior*) o menor (*minor*) cuando eran dos, y las formas *prima*, *secunda*, *tertia*, etc. Si eran más de dos. Cornelia Mayor estaba casada con Publio Cornelio Escipión Nasica Córculo.
38. Habitación central de la casa alrededor de la cual se organizaba toda la vivienda.
39. El protagonista de *El soldado fanfarrón*.
40. «Volumen» en latín significa rollo de un manuscrito y hace referencia a la forma cilíndrica que tenían los papiros enrollados que conformaban los libros.
41. Plauto. *El soldado fanfarrón*. Acto 1.º. Escena única.
42. Escultor griego del siglo V a. C.
43. Diosa de la sabiduría.
44. Escultor griego del siglo IV a. C.
45. Plauto trabajó en un molino.
46. Autor griego de comedias. Siglo IV a. C.
47. Cecilio Estacio (230 a. C. – 168 a. C.), poeta cómico romano.
48. Autor romano de tragedias. Contemporáneo y amigo de Escipión Emiliano.
49. Lucio Cornelio Escipión. Se desconoce el año de su muerte, pero debió fallecer antes que su madre.
50. Emilia Mayor, casada con Marco Porcio Catón, hijo de Catón el Censor o Catón el Viejo y Emilia Menor, casada con Quinto Elio Tuberón. Hijas del primer matrimonio de Lucio Emilio Paulo al igual que nuestro protagonista y su hermano Quinto.
51. Plutarco. *Vida de Emilio Paulo*.
52. Especie de calzoncillo o ropa interior que a modo de taparrabos vestían los romanos.
53. Camisa o camiseta de lino que se llevaba debajo de la túnica.
54. Dios de la fertilidad. Se le representaba con un enorme falo.
55. Carrera administrativa y política en la antigua Roma. Establecía el orden y la jerarquía por las que se regían las magistraturas romanas y el modo de cumplirlas.
56. Palabra de origen latino. Persona de poco valer cuyo nombre se ignora.

## La formación del soldado

Una semana después de la partida de Cornelia y tía Emilia regresó mi hermano Quinto. No podía apartar de mis pensamientos a mi prima, pero decidí guardar el secreto en lo más hondo de mi alma. Creía que con el paso del tiempo conseguiría olvidarla y que todo habría sido una vana ilusión. No sabía lo equivocado que estaba. En días sucesivos volvieron mi madrastra con mis hermanos pequeños, y Numerio, nuestro preceptor. Mi padre nos comunicó que ya no se encargaría de nuestra formación. Se ocuparía de mis medios hermanos Julio y Lucio. A Quinto y a mí nos sorprendió su anuncio. Quería que empezáramos nuestro entrenamiento castrense. Hasta ese día, Quinto y yo habíamos ejercitado la lucha enfrentándonos entre nosotros bajo la dirección de nuestro padre, pero él tenía que ocuparse de otros menesteres en el Senado que le exigían entera dedicación.

Diez días habían transcurrido desde que Cornelia salió de mi vida cuando mi padre nos llamó con el propósito de presentarnos al nuevo instructor. Se llamaba Aulo, un antiguo centurión que había servido bajo sus órdenes y que tras abandonar el ejército se ganaba la vida enseñando el manejo de la espada a los hijos de familias pudientes. Era un hombre fornido. Vestía una túnica de lana de escasa calidad. Pelo cano. Muy viejo. Por lo menos setenta años justificaban las arrugas de la cara. Una llamativa cicatriz le cruzaba desde la sien derecha hasta el mentón.

—Hijos míos. Este es Aulo Estacio. Un viejo amigo. Casi un segundo padre para mí cuando murió vuestro abuelo. Ha estado muchos años a mi lado y fue quien me enseñó a combatir — explicó nuestro progenitor.

Atrajo nuestra curiosidad el que nunca nos hubiese hablado del tal Aulo.

—Muchachos —saludó el veterano soldado inclinando la cabeza. Me molestó su familiaridad.

—No seas condescendiente con ellos —le pidió mi padre.

—Así lo haré, general.

Mi padre había ordenado a dos esclavos que situaran una mesa en la parte trasera de nuestra casa y colocaran sobre el tablero una panoplia de armas y escudos que nuestro progenitor guardaba como recuerdos de sus muchas campañas. Gladios, espadas griegas, falcatas íberas, espadas tracias de punta curva, lanzas y jabalinas cortas, pilums y diferentes tipos de cascos. Nuestro padre se retiró y nos dejó con el viejo centurión. Salimos detrás del longevo soldado hacia el particular combate de gladiadores que marcaría el comienzo de nuestra preparación.

—Está bien, muchachos. Veamos lo que sabéis hacer —se dirigió a nosotros—. ¿Quién será el primero que se enfrente a este viejo? —continuó—. Coged el arma con la que os sintáis más cómodos y el escudo que preferáis.

Aulo únicamente se puso en la cabeza un desvencijado casco de legionario adornado con una crin de caballo mugrienta y descolorida. No cogió ningún arma ni escudo con el que defenderse.

—Adelante. ¿Cuál de los dos se decide? —exclamó, socarrón, con los brazos abiertos—. Imaginad que soy un enemigo rendido. El cónsul ha dado la orden de que no se hagan prisioneros y debéis clavarme vuestra espada en las entrañas

Quinto era el mayor y no se lo pensó dos veces. Agarró un gladio romano. Desechó el escudo y el casco porque creyó que sería suficiente para derrotar a un viejo jactancioso. Levantó la hoja de hierro por encima de la cabeza y, desde atrás, intentó golpear en el casco de Aulo. El veterano militar sujetó con la mano izquierda el brazo derecho de Quinto. Empujó con la diestra a mi hermano, lo levantó por el aire y lo lanzó al suelo. El golpe fue tremendo. Quinto quedó tumbado bocarriba con los huesos molidos. Si no hubiese tenido una musculatura desarrollada, producto de nuestros años de entrenamiento, se habría partido por la mitad. Aulo se acercó a él, aproximó su cara a la oreja de mi hermano y le dijo:

—Primera lección. Un enemigo no está vencido hasta que quede tumbado delante de ti con la garganta abierta manando sangre.

Le pedí a Quinto que me dejara intentarlo. Presumí que había derrotado a mi hermano en un descuido. Era imposible que aquel anciano pudiera con dos jóvenes atléticos como nosotros. Quinto, con la ayuda de un sirviente, alcanzó a sentarse en un destartado banco que había al lado de la mesa cubierta de espadas y lanzas.

—Adelante, todo tuyo —me respondió.

Cogí un hoplón<sup>57</sup> griego y una jabalina.

—Vamos, muchacho. Veamos qué sabes hacer. —Fueron las palabras de Aulo, que continuaba rehusando coger un arma.

—No me gusta que me llamen muchacho. Mi nombre es Publio Cornelio Escipión Emiliano —contesté orgulloso y malhumorado.

—Espero que seas digno de un nombre tan ilustre. Vamos, estoy esperando.

—Viejo, voy a ensartarte con mi lanza.

Cargué contra él emulando a un hoplita. Entonces se desplazó hacia la izquierda, apartándose de la trayectoria de mi jabalina. Me agarró por la parte exterior del brazo y clavó la rodilla en mi estómago. El golpe me obligó a postrarme en el suelo. Me costaba respirar y a punto estuve de vomitar. Igual que había hecho con Quinto, se aproximó a mi oído y pronunció:

—Segunda lección. Muchacho, jamás, jamás menosprecies a tu enemigo.

Me costó levantarme. Herido no solo en el vientre, sino en mi orgullo de noble romano. Quinto se ofreció a sustituirme, pero me negué. Aquel viejo sabría quién era Escipión Emiliano. Por Marte<sup>58</sup> que se arrepentiría de llamarme muchacho.

Aulo cogió ahora un escudo redondo celtíbero. Continuó sin asir espada. Yo elegí mi escudo ovalado y un gladio. En casa teníamos un esclavo que dibujaba inspirado por el bello Apolo<sup>59</sup>. Mi padre lo había comprado a fin de que decorara las estancias de la casa. Aproveché su presencia para que pintara sobre mi escudo una Venus naciente con una larga melena roja con la que cubría sus zonas íntimas. Era la misma visión que yo había tenido en el río semanas atrás.

—Bonito escudo, muchacho. Quedaría muy bien colgado en la pared de mi dormitorio. Me serviría de inspiración para meneármela.

¡Una ofensa que no podía quedar sin respuesta!

—Te he dicho que no me llames muchacho. —Con toda mi rabia golpeé al temerario centurión que esquivó el golpe, aprovechó la inercia de mi ataque y me derribó otra vez. Se aproximó a mi lado y en voz alta exclamó:

—Tercera lección. Tu furia es la mejor aliada de tu adversario.

Una vez más, me levanté dolorido. Desistí de instarle a que no me llamara muchacho. Haría que se tragara sus palabras.

Contraataqué con el gladio. Un golpe lateral desde la derecha. Aulo paró el golpe con el escudo y ágilmente lo deslizó contra mi pecho con toda su fuerza incrustándome el borde. Quedé tirado en la tierra. Tuve la sensación de que alguna de mis costillas se había clavado en mis pulmones. El daño era insoportable. Aulo volvió a repetir el mismo ritual.

—Cuarta lección. El escudo no solo sirve para protegernos. También puede ser un arma de ataque.

Quinto quería ocupar mi puesto, pero le pedí, casi le exigí que continuara sentado. Aulo agarró una espada griega. Yo respiraba con dificultad. Me dolía cada milímetro de mi cuerpo. Caminar era un suplicio. Sin embargo, no me iba a rendir. Me puse en guardia, pero el centurión salvó mi defensa y con la parte ancha de la espada me golpeó la cabeza. Comencé a sangrar y casi perdí el conocimiento. Aulo, a mi lado, me dijo:

—Quinta lección. Marte lleva casco para proteger su cabeza, no solo para presumir delante de los otros dioses. Un pequeño golpe en tu cabeza descubierta puede ser mortal. Si llevas el casco, te puede salvar la vida.

Ataqué de nuevo. Aulo se defendía sin escollo, como lo haría ante un oponente sin experiencia. En mi siguiente embestida, fue lo suficiente hábil y me dio un codazo en la cara. Ahora no solo sangraba por la cabeza, sino también por la boca. Tenía el labio inferior completamente hinchado. En todas las ocasiones que era derrotado, Aulo venía hacia mí y sermoneaba una de sus máximas.

—Sexta lección. El que descansa a la espera de un enemigo cansado, alcanzará la victoria.

—Yo no necesito descanso. Viejo loco engreído.

—El engreimiento es producto de la soberbia —respondió.

—Y la soberbia nace de la autoridad —maticé—. Una autoridad de la que tú careces.

—Ni los cabellos blancos, ni las arrugas hacen surgir de repente la autoridad. Los frutos de la autoridad los produce la edad vivida con honradez desde el principio<sup>60</sup> —aclaró.

No quise continuar la conversación. Aulo no era el centurión inculto del estamento plebeyo que yo creía. Renové mi ataque. Traté de asimilar lo que me había dicho. Era como golpear un muro de piedra. Un puñetazo me oscureció el ojo izquierdo. Tirado bocarriba, veía imaginarias nubes en un cielo soleado.

—Séptima lección. El que sabe cuándo puede luchar y cuándo no, conseguirá derrotar a su enemigo.

La sangre que fluía de mi cabeza bajaba rodeando mi oreja izquierda. El mismo goteo rojo surgía de la comisura de mis labios. Nuevamente, me puse de pie. Reanudé la lucha. Aulo no tenía misericordia ni pensaba tenerla hasta que yo renunciara. Quinto empezaba a mostrar cara de preocupación.

—Publio, déjalo ya o pasarás un mes en la cama —me pidió mi hermano.

No respondí, solo quería derribar al viejo que no cejaba de humillarme.

Caí al suelo. No recuerdo de dónde vino el golpe. Bocabajo, mi sangre se mezclaba con la tierra. Barro rojizo, mezclanza de sangre, sudor y arena manchaban mi túnica. Tenía la cara sucia, la vista nublada, esperaba que el anciano centurión dejara de repetir sus máximas.

—Octava lección. Antes de entablar combate conoce tu fuerza y la de tu adversario.

Mis siguientes ataques fueron confusos, veía una silueta a la que trataba de golpear y que tampoco rozaba. La sombra sí respondía. Un pequeño corte hizo que mi brazo sangrara, trabó mi



pierna y caí de bruces. Aulo masculló algo que no comprendí porque aturdido me costó entenderle.

—Novena lección. Si estás en desventaja, rehúye el combate. —Y añadió a continuación—: ¡Déjalo ya, muchacho! —No sé si me lo pidió o me lo ordenó.

La última ocasión que acabé por los suelos exclamó sibilinas frases que no entendí. Me silbaban los oídos y todo me daba vueltas. Haciendo un gran esfuerzo, me recuperé. Mi hermano Quinto me repitió lo que Aulo había dicho pegado a mi oreja:

—Décima y última lección. Sois los peores alumnos que he tenido. Mañana comenzaremos las clases. Lo de hoy me ha servido para tantear vuestra destreza y por lo que veo no sabéis absolutamente nada. Tenemos mucho trabajo por hacer.

No había terminado de pronunciar sus últimas palabras cuando llegó mi padre. Quinto aún no se había levantado del banco. Yo estaba sentado en el suelo, sucio y cubierto de sangre. El centurión se puso firme, colocó el puño cerrado de la mano derecha sobre el corazón y saludó militarmente a su antiguo jefe.

—General.

Mi padre nos miró y vio lo que quedaba de sus hijos.

«Ahora sabrá lo que es bueno —pensé—, mi padre te hará azotar como a un esclavo. —Era mi obsesiva pretensión».

—Aulo, te he dicho que no fueras condescendiente con ellos.

Yo no daba crédito a lo que estaba escuchando. Más incrédula me pareció la respuesta de Aulo.

—No he querido ser muy duro. Aún están muy verdes. Puede que consiga hacer de ellos unos buenos soldados, pero llevará mucho tiempo.

—Habéis tenido suerte. En mi primer enfrentamiento con Aulo acabé con una costilla rota y dos dedos fracturados, vosotros seguís enteros. Gracias, conmlitón.

El veterano centurión se instaló en nuestra hacienda. Comida, cama y techo, más una compensación económica al finalizar la formación, era el acuerdo al que había llegado con mi padre.

Las siguientes semanas fueron tan duras como cabía esperar. A la dureza del entrenamiento tuve que añadir la herida que se volvió a abrir en mi corazón cuando mi padre me reveló que se ausentaría unos días para asistir en Roma a los esponsales de Cornelia con Tiberio Sempronio Graco. Le dije que no iría porque la instrucción era más importante y Quinto fue de la misma opinión.

Repetíamos una y otra vez los mismos ejercicios y movimientos.

—Atacad, retroceded, atacad, retroceded. Escudo arriba, bajad escudo, escudo arriba, bajad escudo.

Si alguno daba muestras de cansancio o debilidad, la punición consistía en correr cargado con todo el equipo y armamento que pesaban más de treinta kilos durante una hora.

También nos enseñó el empleo de la jabalina y del pilum. Construyó una figura de paja y puso delante un escudo. Nos pidió que la derribáramos con una lanza desde cincuenta metros. Quinto lanzó una jabalina que pasó a dos metros del muñeco. Yo quise ser más preciso y apunté a la cabeza con la intención de superar el muro que formaba el broquel. Aunque me aproximé al objetivo, mi lanzamiento no tuvo mejor suerte. Aulo agarró un pilum, la lanza romana con punta de hierro larga y fina y cuerpo de madera. La arrojó con fuerza contra el pavés de la figura y lo atravesó. La lanza quedó enganchada con la punta doblada.

—¿Qué has conseguido con ello? —demandé curioso—. Tu oponente aún conserva el escudo y tú has perdido la ventaja que te daba el pilum. —Quinto apoyó mi afirmación.

—¿Conocéis a alguien que pueda combatir portando un escudo del que cuelga una pesada asta? Ahora tenéis delante a un oponente que ha perdido su protección —explicó Aulo.

No había duda de que Aulo conocía su oficio. Lección diaria, trabajo sin descanso, golpes en la espalda, en los brazos y en las piernas al menor error. Sin embargo, el castigo formaba parte de la instrucción. Los puñetazos nos fueron endureciendo. Aprendimos a interpretar los gestos de Aulo y a poner nuestros músculos en tensión si queríamos amortiguar el golpe cuando se aproximaba con cruentas intenciones. Sin darnos cuenta, los palos fueron desapareciendo para dar paso a las reprimendas verbales, hasta que un día:

—Hoy os habéis ganado el sustento. Os habéis esforzado como genuinos legionarios. —Fue el primer halago que salía de su boca.

—¿Me engañan mis oídos o es que el sol ha turbado tu juicio? —dije con ironía—. Son las primeras palabras amables que escuchamos en diez meses.

—No es amabilidad. Es la verdad. Habéis progresado mucho. Todavía no estáis maduros para entrar en combate, pero el verde amargo de la fruta empieza a adquirir el sabor dulce de la miel. Pronto sabréis tanto como yo. Únicamente os faltará una buena guerra y me habréis igualado —continuó con sus elogios.

Mientras nos limpiábamos el polvo y secábamos el sudor, liturgia que precedía al baño, entablamos conversación con Aulo sobre aspectos de su vida privada. Casi un año oyendo insultos y humillaciones para descubrir que, después de todo, Aulo tenía un corazón como el resto de los mortales.

—Dinos, Aulo, ¿cómo conociste a nuestro padre?

—Estuve en el fatídico día de Cannas. Tenía veinticuatro años y era un joven centurión. Cabalgaba con el grupo que seguía al tribuno Gneo Léntulo y que se topó con vuestro abuelo moribundo. Yo estaba muy agradecido al cónsul porque fue quien me concedió mi rango cuando salvé la vida a un puñado de legionarios novatos en un encuentro fortuito con los cartagineses un mes antes de la batalla. Le dejé mi espada por si se decidía por una muerte rápida y, antes de separarnos, me hizo prometerle que haría de vuestro padre un soldado. Regresé a Roma y visité al general, que entonces tenía catorce años. Le conté lo que me había pedido vuestro abuelo y confió en mí. Un desconocido. Desde aquel día permanecí a su lado cuando mis obligaciones militares me lo permitieron. Vuestro padre es una gran persona y un gran soldado. Luchamos juntos en Hispania y en la campaña contra los ligures.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el ejército? —preguntó Quinto.

—Comencé a los veinte años. He servido cuarenta y cuatro. Desde hace seis me dedico a instruir a muchachos de nobles familias.

—¿En qué batallas combatiste? —Quise saber yo.

—En más de las que puedo recordar. En la batalla de Tesino, en la que tu abuelo Escipión Africano salvó a su padre, en Trebia y en el desastre de Trasimeno. En Cannas como os he dicho y en el Metauro<sup>61</sup>, donde cayó Asdrúbal. Digno hijo de Amílcar y hermano de Aníbal, cuando todo lo tenía perdido, se lanzó sobre nuestra caballería y alcanzó una muerte gloriosa. No se mereció el trato que dimos a su cadáver. Los cónsules ordenaron que lo decapitáramos y enviáramos la cabeza a su hermano. Muy diferente del comportamiento que el general cartaginés había tenido con nuestros generales caídos, incluido vuestro propio abuelo. He visto más muertos y más sangre de la que debería ver cualquier hombre, aunque viviera veinte vidas. Después, como ya os he señalado, batallé con vuestro padre en muchos enfrentamientos.

Terminado el aseo, Aulo se retiró.

Transcurridos unos minutos, apareció nuestro progenitor.

—Dinos, padre, ¿por qué nunca nos has hablado de Aulo? —le interrogué.

—Hacía tiempo que no tenía noticias tuyas. Pensé que habría fallecido. Además, Aulo es muy orgulloso. Si no os he hablado de él, ha sido porque no se presentó la ocasión. Por otra parte, creo que, si os hubiese comentado lo que hizo por mí, habríais querido conocerle y quizá me habríais pedido que lo acogiera a mi servicio. Si le hubiese hecho ese tipo de propuesta, lo habría considerado un insulto porque enseguida se habría percatado de que mis intenciones eran ayudarle. Respeto en demasía su amistad como para ofenderle.

Nuestra formación finalizó dos días antes de que yo vistiera la toga viril en mi dieciséis cumpleaños.

—Un último combate —nos dijo Aulo. Esta vez se engalanó igual que un auténtico centurión romano, con casco, gladio, escudo ovalado y grebas en las piernas. Sabía que no se enfrentaba a los jóvenes inmaduros que conoció meses atrás y no quería sorpresas. Crucé mi espada con la suya. En ocasiones, era yo el que golpeaba y Aulo el que se protegía con el escudo. En otras, yo me defendía de sus ataques. Durante una hora, la lucha estuvo equilibrada. El sudor humedecía nuestras vestiduras, el polvo arecía nuestras gargantas, las venas se marcaban en nuestros brazos. El combate no era a muerte, pero lo parecía.

—¡Muchacho, puedes hacerlo mejor! —repetía continuamente.

Aulo «martilleó» con fuerza mi escudo con el suyo. El golpe fue energético. Me derribó. Se acercó espada en mano. Me apuntó con el gladio y exigió mi rendición. Había caído en la trampa que le tenía preparada. Cuando caminaba hacia mí, le trabé las piernas y lo tiré al suelo, de un salto me puse en pie y fui yo el que reclamó la victoria.

—Undécima lección, viejo testarudo, mi nombre es Publio Cornelio Escipión Emiliano —le recordé en respuesta a todas las veces que me había llamado muchacho.

Le ofrecí la mano para que se levantara. Aulo la sujetó con fuerza. Tiré de él. Al elevarse se quejó del costado derecho.

—¡Ha debido ser la caída! —exclamó.

Después, me miró presuntuoso. Como solo un artista orgulloso mira a su obra maestra finalizada.

—Enhorabuena, Publio. Ya no puedo enseñarte nada más. A ti tampoco, Quinto. Sois unos verdaderos soldados y espero que pronto tengáis ocasión de demostrar que sois dignos hijos de Roma y del nombre que lleváis. —Era la primera vez que pronunciaba mi nombre y el de mi hermano. Los dos quedamos sorprendidos, pero viniendo del centurión Aulo Estacio era la mayor recompensa a la que podíamos aspirar.

Mi padre le ofreció un almuerzo de despedida. La comida de un rey. Aulo se mostró agradecido. Le pregunté que por qué no se quedaba. Al día siguiente saldríamos hacia Roma. Si era su voluntad, podría asistir a los festejos de mi presentación en el foro como ciudadano romano. Me contestó que prefería viajar solo y que en mi cumpleaños habría demasiada gente. Que no le gustaban las multitudes y que un simple plebeyo no encajaría bien entre tanto patricio. Le respondí que por sus venas corría más sangre noble que por las de muchos que presumían de apellido y familia. Me agradeció el encomio.

Por la tarde se despidió. Mi padre lo abrazó con el sentimiento de un amigo entrañable. Le preguntó si tenía trabajo. Aulo le aclaró que tenía un nuevo pupilo, hijo de un senador que vivía en la Campania. A mi hermano y a mí nos embargaba una fuerte emoción.

—Adiós, Quinto.

—Adiós, Aulo. Gracias por todo —le dijo mi hermano.

—Adiós, Publio.

—Adiós, Aulo. Nunca te olvidaré. Espero que nos veamos en Roma.

—Seguro que sí.

Aulo recogió sus escasas pertenencias y salió de casa. Iba a subirse al carro que lo llevaría a Roma. Me asomé a la puerta. Le grité:

—¡Centurión! —Firme, como una estatua, lo mismo que él hacía cuando saludaba a mi padre, apoyé el puño cerrado de mi mano derecha sobre el corazón.

Él se volvió, adoptó la misma posición y correspondió a mi saludo colocando también el puño cerrado de la mano derecha sobre el pecho.

—¡Legionario! —me contestó.

Subió a la carreta. Le dijo al arriero que estaba listo para marchar. Lo vi alejarse. Una vez más, me saludó con la mano y me dijo.

—Hasta siempre, Publio.

Aquella fue la última vez que lo vi. Dos meses más tarde supimos que había fenecido. El dolor del costado era un tumor que los médicos le habían diagnosticado un mes antes de separarnos. Le dijeron que le quedaban cinco o seis meses de vida. No se resignó a una muerte lenta. Escogió la rauda muerte del soldado. El vecino que lo encontró muerto en su humilde vivienda nos detalló que Aulo se había gastado las últimas monedas en una túnica roja muy cara de gran calidad. También en una crin de caballo teñida de igual color con la que decoró su viejo casco. Había limpiado y abrigado la coraza, las grebas y el casco de centurión que aún conservaba. La coraza musculada estaba encima del camastro. El resto lo llevaba puesto. Aulo había apoyado el gladio contra el suelo apuntando a su vientre. Con la misma fuerza que luchaba contra mi hermano y contra mí, se arrojó sobre la espada. Fue quemado en una pira en las afueras de Roma. Apenas cuatro o cinco antiguos camaradas estuvieron presentes en su funeral.

Así terminaba sus días un auténtico romano. Un patriota que había consagrado su vida al servicio de Roma. Y Roma, la desagradecida Roma, le pagaba con la indiferencia.

Centurión Aulo Estacio, ruego a los dioses que hayas alcanzado la paz y el descanso eterno que te mereces.

---

[57.](#) Escudo redondo de la infantería griega.

[58.](#) Dios de la guerra.

[59.](#) Dios de la belleza.

[60.](#) Cicerón. *Sobre la vejez*. xviii. 62.

[61.](#) Batalla del río Metauro o Batalla del Metauro (207 a. C.). El ejército romano, comandado por el cónsul Marco Livio Salinator, derrotó a las tropas cartaginesas dirigidas por Asdrúbal, que había llegado a Italia a reforzar al ejército cartaginés capitaneado por su hermano Aníbal.

### 3 Livia

Llegamos a Roma el día antes de mi decimosexto natalicio. Lo primero que Quinto y yo hicimos fue visitar a nuestra madre Papiria. Todavía la vejez no había arruinado por completo su otrora belleza. Vivía modestamente de una escasa renta. Sin embargo, mantenía la dignidad de una matrona romana como haría hasta el final de sus días. Quería a mi madre, pero la más estrecha convivencia con mi padre, bajo cuyo techo habíamos crecido, había conseguido que la relación con él fuese más cordial.

Mi madre nos abrazó. Sollozó y lloró igual que lo hacen todas las mujeres cuando reconocen que su hijo se ha convertido en un hombre. Dijo que parecía ayer el día que la partera me extrajo de sus entrañas y me depositó sobre su vientre. Que Quinto siempre había sido muy travieso y yo muy tranquilo. Éramos las dos caras de Jano<sup>62</sup>. Me regaló la toga viril que vestiría al día siguiente. La volví a abrazar en señal de agradecimiento. Supongo que, con mucho esfuerzo, había ahorrado lo suficiente para pagarla. Me la probé. Me quedaba impecable. Presumo que, como la mayoría de las madres que observan a sus hijos, sabría mis medidas con solo mirarme. Nos despedimos con la promesa de que volveríamos pronto.

Mi nacimiento tuvo lugar en el mes de las liberalias<sup>63</sup>. Excepto a mi madre, mi padre invitó a comer a toda la familia, por supuesto a mis hermanas con sus maridos, incluso a primos de los que nunca había oído hablar. También se personaron los amigos más íntimos. Mi hermano Quinto se burlaba cariñosamente del hombre de dieciséis años en el que me iba a convertir.

—Ten cuidado —me advirtió—, ahora las damas querrán meterse en tu cama.

Mis hermanos menores me contemplaban con una mezcla de fascinación y envidia. Antes de comenzar la liturgia, esperé ávido la llegada de Cornelia. Solo aparecieron su madre y mi padre adoptivo que me abrazó con sincera afición y me felicitó. Mi tía Emilia sumó al intenso abrazo un pronunciado beso en la frente que me avergonzó, porque esos saludos eran apropiados para los niños y yo estaba a punto de convertirme en un ciudadano de pleno derecho. Mi tía era así de efusiva. Educadamente le pregunté por sus dos hijas con la finalidad de no delatar mi interés por la menor de ellas.

—Querido sobrino —me explicó—, Cornelia Mayor está visitando a los familiares de su marido en no sé qué recóndito lugar de Italia y la pequeña soporta estoicamente su avanzado estado de gestación. Los médicos le han dicho que debe guardar reposo, pero te manda su felicitación y su saludo.

Me dolió saber lo de su embarazo, era la confirmación de que otro hombre la había poseído. Más daño me hizo que, a mi ansiedad por volver a verla, respondiera con un protocolario saludo y

una simple felicitación. Me había hecho ilusiones, que quizá ella ansiaba verme y que no me había olvidado. Fui un imbécil que no quería aceptar que Cornelia no me pertenecía.

Los invitados fueron llegando paulatinamente. Acudió Pacuvio, el autor de tragedias, amigo de mi padre. Me llamó la atención una hermosa joven llamada Livia que mi progenitor me presentó. Era la viuda de un viejo senador cuyo nombre no recuerdo. La muchacha no tendría más de veinticinco años. Destacaba entre todas las féminas, no solo por su encanto, sino por su amable sonrisa y esmerada educación. Me limité a decirle que era un honor conocerla y Livia cumplimentó de igual forma. También vino Marco Pulcro, un magistrado a quien mi padre conminaba su apoyo en un asunto de la asamblea. Intuí que se sentía atraído por Livia porque la escrutadora mirada de Pulcro no dejaba de acecharla.

Cuando yo creía que todos los invitados habían hecho acto de presencia, mi padre me tenía reservada una sorpresa. Se trataba de Quinto Ennio, el escritor predilecto de mi infancia, compositor de los *Annales* y tío de Pacuvio. Aunque las rencillas personales y los celos profesionales habían enfriado su relación. Ennio era muy querido en Roma y un dios para mí. En cierta medida lo sigue siendo. Pero Jenofonte<sup>64</sup> lo sustituiría pronto entre mis preferencias.

Llegó cojeando, padecía gota desde hacía años. Acompañado de dos ninfas, como él las llamaba. Dos preciosas esclavas galas a las que se refería como «mis niñas». Las jóvenes se desvivían por el anciano poeta y no era para menos. Él las compró a su antiguo dueño, que abusaba de ambas y las azotaba por capricho. Nadie se atrevía a cuestionar su modo de vida. Recordé las palabras de Aulo sobre la autoridad. Ennio la había ido adquiriendo a lo largo de toda su vida. Me regaló un poema escrito para la ocasión que aún atesoro en mi archivo personal cual flechas doradas de Cupido. Nos dijo que faltaba un mes para el estreno de la última de sus tragedias, *Tieste*, en la que trataba el conflicto del protagonista, cuyo nombre daba título a la obra, con su hermano gemelo Atreo.

¡Qué poco sospechaba que aquel sería el último de sus grandes éxitos!

Tras los saludos y presentaciones de rigor, comenzó el rito de iniciación. Me quité por fin la bulla<sup>65</sup> de oro y la consagré a Hércules como marca la tradición. Me despojé de la toga pretexta orlada de púrpura y vestí la blanca y lisa toga viril, obsequio de mi bondadosa madre. Ofrecí una moneda a la diosa Juventus, protectora de la juventud, que presidía el festejo. Después, mi padre me acompañó al foro, donde hice el sacrificio exigido a Líber.

De regreso a casa, disfrutamos de los exquisitos platos con los que mi padre agasajó a los comensales. Durante la comida departí con Ennio sobre su trabajo. Le pregunté por qué en los *Annales* no había tratado la Primera Guerra Púnica. Me respondió que habría sido un insulto a Nevio, porque su poema *Guerra Púnica* era una obra maestra difícil de superar. Ennio comía y bebía sin mesura, a pesar de que los médicos le habían aconsejado que lo hiciera con moderación.

—¡Hay que disfrutar de la vida! —decía—. Si la muerte es irremediable, por qué ponerle obstáculos.

La fiesta se fue apagando y los invitados desaparecieron. La jornada había sido larga y estaban cansados. Me colmaron de regalos, todavía conservo alguno. Cuando ya quedaban pocas personas a quienes despedir y agradecer los numerosos presentes, mi padre se acercó a Quinto y a mí y nos pidió que escoltáramos a Livia hasta su casa. Era muy tarde y a ciertas horas de la noche las calles de Roma pueden ser peligrosas. Había venido en una litera que portaban cuatro esclavos. Si algún criminal la asaltaba, los esclavos la abandonarían a su suerte.

—¡Por supuesto! —respondí yo.

Mi hermano no contestó nada. Mi padre dio por hecho que me acompañaría. Mientras Livia se despedía de mi padre, Quinto me dijo que fuera yo solo, que él tenía un compromiso. Los

«compromisos» de Quinto solían tener ojos tiernos y suaves curvas.

—Se lo has prometido a padre —le recordé.

—Te equivocas. No he abierto la boca.

En eso tenía razón. Mi hermano no había asentido al requerimiento de nuestro progenitor. Yo iría con Livia. En el portón de la *domus* apareció reluciente. Igual que había llegado. Era una estrella más entre las que iluminaban el cielo. Me saludó con amabilidad. Se acomodó en la litera. Cuatro esclavos la levantaron. Con paso acompasado la acarrearón hacia su casa. Yo la seguía de cerca. Sujetaba con fuerza en mi mano izquierda la empuñadura de la espada que ceñía al cinto. En la derecha portaba una antorcha que iluminaba el camino. Unos nubarrones ocultaron el firmamento y todo se volvió muy oscuro. Felizmente, no llovió.

El viaje duró veinticinco minutos. Salvo algún beodo que nos cruzamos en nuestro deambular por estrechas callejuelas o alguna descarada prostituta, no sufrimos ningún contratiempo. Alcanzamos su ínsula. Atravesamos la entrada principal. Los esclavos depositaron la litera en un pequeño patio. Livia descorrió la cortina que la ocultaba y bajó del acolchado transporte. Los esclavos se retiraron llevándose la litera. Apagué la resina ardiente de la tea. Nos quedamos en silencio en medio de la espesa negrura.

—Gracias, Publio. Contigo me he sentido más segura —me agradeció con su melodiosa voz.

—Ha sido un honor poder servirte, noble Livia. —Traté de ser correcto y afable. Educado—. Buenas noches. Espero que nos volvamos a ver pronto. Te agradezco tu asistencia a mi fiesta —añadí sin ninguna otra intención.

Por supuesto, no pensaba ni creía que volvería a verla. Mi respuesta fue una sencilla fórmula de cortesía.

—¿No vas a entrar? Tengo un presente para ti. Se me olvidó llevártelo esta mañana.

—No deberías haberte molestado. Es ya muy tarde. Y no querría importunar.

—Insisto en que pases. Me llevaré una mala impresión si no entras a recoger tu regalo.

No quería parecer grosero. Por mis venas corría sangre patricia que me obligaba a ser cordial con las mujeres. Acepté el ofrecimiento. Crucé detrás de ella el umbral de la puerta. Me llevó a su biblioteca particular. Quedé deslumbrado. Multitud de rollos amontonados en larguísimos estantes de madera, clasificados por el nombre del autor. Un tesoro incalculable que solo sabría apreciar una mente cultivada. Había pertenecido a su marido. Infinidad de volúmenes que yo desconocía. Poetas y escritores de los que nunca había oído hablar. Identifiqué algunos. Todas las comedias escritas por Plauto.

Me pidió que me sentara. Salió de la estancia y regresó con una botella llena de lo que en principio me pareció vino de un color claro y dos copas grandes de cristal. Se sentó delante de mí. Nos separaba una mesa de mármol en la que había un busto de su marido con la mirada perdida en el infinito. Le dije que su fenecido consorte no parecía tan viejo. Esbozó una leve sonrisa.

—Es Aristóteles, mi esposo le profesaba una gran admiración. —Se encendió mi cara avergonzada, reflejada en el recipiente de cristal. No pensé que la botella fuese mi regalo.

—No es tu regalo, si es lo que crees —confirmó mis pensamientos—. ¿Has probado el hidromiel?

—No. Me han hablado de él, pero hasta ahora no lo he catado. Creo que se hace con miel y agua. Según dicen, turba más que el vino.

—Exageraciones. Mi marido lo bebía continuamente y murió con ochenta años. Lo llamaba el néctar de los dioses.

Puse cara de asombro. No sabía que la diferencia de edad con su marido fuese tan amplia. Livia se percató.

—Me casé con él cuando tenía quince años. Mis padres tenían diez hijos y poco dinero para alimentarlos. Fue una suerte que un senador de la república se fijara en mí. Enviudé hace diez meses. No tuvimos descendencia. Desde su fallecimiento, estos libros han sido mi compañía.

Llenó las copas hasta rebosar.

—Pruébalo y dame tu opinión —demandó.

Acerqué la copa a mis labios, bebí un sorbo. Tenía un dulzor suave, agradable al paladar.

—Mi esposo se bebía la copa de un tirón. —Esperaba que yo hiciera lo mismo.

No podía ser menos que su marido. Imité al difunto senador. Volvió a llenar mi copa.

—Veo que tienes todos los escritos de Plauto. —Intenté buscar un tema de conversación.

—Me encanta Plauto —respondió—. La vida puede ser demasiado triste y Plauto la llena de alegría. —En eso no se parecía a Cornelia—. «Desde que Plauto encontró la muerte, la comedia está de luto, la escena desierta; desde entonces la risa, la diversión, la chanza, la poesía en verso libre, derraman conjuntamente lágrimas sobre su tumba»<sup>66</sup>. Es el epigrama que reza sobre su lápida mortuoria. Lo compuso él mismo. A veces me gusta pensar que soy una de las heroínas de sus comedias, enredada en la maraña que ha tejido el destino, pero que finalmente alcanza la felicidad. «Muy reducidos son los placeres de la vida, y los que nosotros disfrutamos, en comparación de los pesares que nos agobian. Este es el destino de todos y cada uno de nosotros en este mundo, y esta es la voluntad de los dioses, que no haya rosa sin espina; y es que hasta es mayor el disgusto y la pena que se tiene enseguida a punto, si es que se ha tenido la suerte de disfrutar de un bien. Y esto lo sé yo ahora por experiencia propia; hay que ver, aunque corta, qué grande ha sido mi alegría de volver a ver a mi marido, una sola noche; y luego, de repente, se marcha y me deja, antes del amanecer. Y ahora me veo aquí sola por estar separada del hombre a quien amo sobre todo. Más dolor me ha causado su partida que placer su llegada». Lo dice Alcmena en *Anfitrión*. —Estuvo a punto de emocionarse cuando declamaba a Plauto—. Me lo sé de memoria.

—Es el comienzo de la segunda escena del segundo acto<sup>67</sup> —le recordé.

—Me parece increíble —dijo fascinada—. Tu padre me habló de tu devoción por la lectura, pero pensé que se refería a la historia o a los tratados de temas militares. Nunca me habría imaginado que le gustara Plauto a un muchacho... disculpa mi torpeza, a un ciudadano romano de dieciséis años.

—Por lo que has recitado, debías querer mucho a tu marido.

—¿Amor? Lo respetaba, pero no sentía amor. Tampoco creo que él me amase. Nos separaba no solo la diferencia de edad, también demasiadas cosas. Se casó conmigo porque necesitaba una esposa que le acompañase en determinados actos sociales. Calenté su lecho —dijo con desdén— poco tiempo, la edad no perdona, aunque seas un senador.

Apuré la segunda copa. Los efluvios del hidromiel comenzaron a surtir efecto. Livia la llenó por tercera vez. Bebí hasta la última gota. El mareo iba en aumento. Yo no estaba acostumbrado a la bebida. Bebía vino durante las comidas, el indispensable para una buena digestión. Jamás había estado ebrio y debí parecer ridículo. Livia se levantó, me cogió de la mano y me obligó a seguirla.

—Ven, quiero darte el regalo que te he prometido. —Recuerdo con dificultad que fue lo que dijo. Baco se había apoderado de mí y solo tengo vagas imágenes de aquella noche.

Entramos en su dormitorio. Me llevó a los pies de la cama. No tuvo que hacer mucho esfuerzo cuando me empujó ligeramente para que me sentara. Noté que las plumas de ganso del colchón se hundían bajo mi peso. Delante de mí, de pie, al alcance de mis manos, comenzó a desnudarse. Se



quitó la túnica rosa que hacía juego con el color de su piel. Después la camisa. Se quedó desnuda. Soltó el peine dorado oculto en sus rubios cabellos. Deshizo el peinado. Su pelo era ondulado, semejante a las tibias olas que mueren en la playa de un mar en calma. Ojos negros, cálidos y profundos. Mi embriaguez hacía que no pudiera controlar una fuerza más poderosa que mi voluntad. Me fijé en el pubis. Ni un solo vello lo manchaba. ¿Era Cornelia? No, no era Cornelia. Era Livia. Ella se percató de hacia dónde dirigía la mirada.

—Una vieja esclava egipcia que servía en esta casa me explicó que en su país las féminas se depilan el monte de Venus porque lo hace más deseable a sus amantes.

¿Sería egipcia Cornelia?

¡Qué estupidez!

El hidromiel estaba causando estragos en mi cerebro. Cornelia siempre acechando en mis pensamientos. Creo que Livia me quitó la ropa porque me costaba mantenerme sentado. Me balanceaba de un lado a otro hasta que caí hacia atrás totalmente desnudo posándome sobre unas sábanas blancas y perfumadas. Recordé lo que me había dicho Quinto, ahora las mujeres desearán meterse en tu cama. Erró en su predicción. Era yo el que entraba en el lecho de una mujer.

—¿Sabes que no he dejado de pensar en ti desde que te he visto esta mañana? Tan joven, pareces un atleta de Mirón<sup>68</sup> —elogió mi musculatura.

Livia se echó sobre mí, mordisqueó mis labios. Sin apartarlos, besó con ternura mi cuello. Bajó despacio hasta mi pecho, lamió mis pezones, continuó por mi vientre. Finalmente introdujo el bálano de mi «asta» erecta en su boca. Nunca había experimentado nada igual. Desconocía que aquellos movimientos formaran parte de los misterios del sexo. Livia subía y bajaba humedeciendo mi verga. Los mechones rubios ocultaban su cara. Me sentí Faetón, el hijo de Helios<sup>69</sup>, remontado por el aire transportado por caballos divinos que tiraban del carro de fuego de su padre.

Después gateó sobre la cama hasta colocarse a horcajas sobre mi cara. No sabía lo que pretendía. Con ambas manos cogió mi cabeza y la apretó contra su vagina. Instintivamente comencé a deslizar mi lengua por su ranura mojada. Era evidente que no violaba ninguna inocencia. Livia comenzó a temblar y a gemir. De nuevo, descendió hasta donde Urano fue mutilado por Cronos<sup>70</sup> con una hoz adamantina. Lo relata Hesíodo<sup>71</sup> en el poema *Teogonía*. Yo seguía tumbado bocarriba. Introdujo mi falo en la gruta del amor. Era la primera vez que penetraba a una mujer y me dejé llevar por el deseo. Me cabalgó igual que habría hecho Hipólita<sup>72</sup> montada sobre Pegaso, el caballo alado de Zeus. Por último, dio un grito de placer cuando la agarré por la cintura y percibió que yo derramada dentro de ella todo el torrente de mi pasión. Nos quedamos abrazados largo rato. Luego el sueño nos venció.

Cuando desperté, Livia no estaba a mi lado. Tenía un terrible dolor de cabeza. Parecía que Vulcano la utilizaba de yunque para moldear el hierro. Cerca de la cama había una mesa rebosante de fruta, leche, golosinas de harina y miel, huevos cocidos y vino dulce. Comí hasta saciarme. Me vestí y salí de la habitación. Uno de los esclavos que la noche anterior habían portado la litera me dijo que su ama había ido muy temprano a hacer una ofrenda al templo de Júpiter.

Me sentía culpable. ¿Sospecharía algo mi padre? Por fortuna, al llegar a casa, mi padre se había ausentado. Ordené a los esclavos que me prepararan un baño de agua caliente. Meditaba sobre lo ocurrido. ¿Qué le diría a Livia si la volvía a ver? ¿Si me topaba con ella por la calle o si coincidíamos en alguna celebración? Casi deseé que no ocurriera. Que pasara por mi vida tan rápido como había entrado. Que fuera una brisa repentina. Como debió pasar Cornelia. Me equivoqué y no puedo decir que me arrepienta. Gracias a ella me convertí en un maestro de las artes amatorias y su recuerdo aún perdura en mi corazón.

Tres días habían pasado desde mi secreta aventura cuando un esclavo llamó a la puerta. Uno de mis sirvientes me informó que venía de parte de la noble Livia. Le hice pasar. Me dijo que su ama quería que le prestase un volumen de Plauto, *La cestita*<sup>73</sup>. Sin duda, una de las mejores comedias del eminente poeta. Me extrañó. Livia tenía todos sus libros. Fui a buscarlo. Se lo entregué al esclavo. Me dijo que su ama quería que se lo llevara personalmente. A la hora duodécima<sup>74</sup>.

Treinta minutos antes de la hora señalada salí de casa de mi padre en dirección a la insula de Livia. Bajo el brazo llevaba *La cestita*, el libro que me había pedido. Por el camino me preguntaba si la trama de la obra encerraba algún enigma que yo desconocía. La historia de Selenia abandonada al nacer y reconocida por sus familiares cuando ya es adulta parecía de lo más común dentro de la argumentación plautina.

Llegué a casa de Livia a la hora convenida. El esclavo que me trajo el aviso me recibió y me indicó que su ama me esperaba en la biblioteca. La puerta estaba abierta. Livia de pie en el centro del *tablinum*<sup>75</sup>. Tan espléndida como tres días antes. Un fino rayo de luz que entraba por uno de los altos ventanucos acariciaba su melena de oro trenzada y recogida hacia atrás. Nunca he entendido por qué las mujeres romanas no dejan que el viento meza sus cabellos. Lucía elegante. Me evocó a Juno, la reina del Olimpo. Vestía una túnica gris claro confeccionada con telas traídas de oriente.

La saludé esperando su reacción. No sabía exactamente lo que deseaba de mí. Correspondió a mi saludo. Le entregué el volumen de Plauto. Lo dejó sobre la mesa de mármol en la que departimos durante nuestro primer encuentro. Me refirió que cada vez que quisiera verme, enviaría a unos de sus esclavos a pedirme un ejemplar de Plauto. Sería la señal de que estaba sola y de que podía visitarla. Cuando me marchara, me llevaría el libro de la visita anterior y así lo hicimos siempre.

En los meses que pasamos juntos, Plauto recorrió más kilómetros yendo de mi casa a la suya y viceversa que los que recorrió el poeta en vida. Me cogió la mano. Deseaba que lo hiciera. Fuimos a su cámara. No me acordaba de que la habitación privada de Livia estuviese decorada con magníficos dibujos de los doce trabajos de Hércules. Mi anterior paso por el dormitorio estuvo filtrado por los «dominios» del «néctar de los dioses» y solo recordaba que yací con Livia y un horrible dolor de cabeza en el desayuno que no impidió que comiera hasta reventar. Dos copas con hidromiel descansaban sobre una mesita al lado de la cama. No perdimos el tiempo. Hicimos el amor como dos caballos desbocados y como dos equinos intemperantes caímos rendidos, sudorosos, con la respiración jadeante.

Las citas con Livia se repitieron con asiduidad. Y con asiduidad entrelazamos nuestros cuerpos hechizados por el deseo. De vez en cuando, Cornelia perturbaba mis pensamientos, pero las caricias y besos de Livia conseguían por unas horas borrar de mi mente la imagen de mi prima.

Un mes después de vestir la toga viril, Ennio nos invitó al estreno de *Tieste*. Su anunciada y aclamada tragedia. Asistí con mi padre, su mujer y mi hermano Quinto. Livia apareció acompañada de Marco Pulcro. Reconozco que me habría gustado que me lo hubiese comentado. No eran celos. Livia era libre para tomar sus propias decisiones. Durante un descanso de la función, me saludó levemente. También lo hizo Pulcro. No hablamos nada más.

La representación terminó y toda la concurrencia aplaudió con verdadero entusiasmo a Ennio. Fue un rotundo éxito. Gritaban y loaban su nombre. El poeta estaba henchido de vanidad, pero se lo merecía. Las «ninfas» sonreían colgadas de sus brazos. Me alegré por el anciano.

Dos días más tarde, Livia me pidió otro volumen de Plauto. Respondí a su demanda. No le pregunté por Pulcro. Ella tampoco sacó el tema. Quizá esperaba una recriminación, puede que

enfado, pero yo estimaba que no tenía ningún derecho sobre ella. Retozamos, apreté sus pechos firmes, sus duras nalgas y fui consciente de lo afortunado que era.

En las calendas de diciembre, Pacuvio se personó en casa. Nos dijo que su tío Ennio estaba muy grave y que quería ver al cónsul Lucio Emilio Paulo. Había sufrido un nuevo ataque de gota. Más agudo que los anteriores. Nuestro padre quiso que Quinto y yo acudiésemos con él. Pacuvio regresó a su residencia. No había podido hablar con su tozudo agnado y no quería aparentar ser un buitre esperando el reparto de la presa al lado de la puerta del moribundo.

En la calle, el frío atería sin piedad. Abrigados con capas, nos dirigimos al Aventino, donde Ennio tenía su vivienda. Modesta para alguien tan célebre como el afamado escritor, pero apropiada para quien había preferido vivir con intensidad cada momento, cada instante de su prolongada existencia. En el interior de su morada, los familiares esperaban reunidos en el *atrium*. Nos saludaron amigablemente. El médico salió de la habitación del poeta.

—Ennio desea verte, noble Lucio —le dijo a mi padre.

Un murmullo recorrió la estancia. Un pariente intentó entrar en el dormitorio con el cónsul. El médico le dijo que Ennio no quería ver a nadie más.

—Adelante, cónsul Emilio. —Escuchamos desde el interior. Fue lo último que oímos. El resto del coloquio nos lo relató después nuestro progenitor.

—Que los dioses te bendigan, noble Ennio, maestro de poetas —contestó Lucio.

Las «ninfas» galas estaban de rodillas junto a la cama, recostadas sobre el lecho, llorando desconsoladas. Los pies de Ennio destacaban vendados primorosamente con cintas de lino blanco. La gangrena había oscurecido sus dedos.

—Mis niñas quieren imitar a Aquiles derramando sus lágrimas sobre el cadáver de Patroclo —parafraseó a Homero—. Si no te importa, dejemos las formalidades. Te preguntarás por qué te he mandado llamar. Sé que no somos amigos íntimos, la verdad es que no cuento con ninguno al que otorgar ese título, pero te considero la persona más honorable de Roma. Por ello, los dioses te han bendecido con unos vástagos plausibles herederos de tu nombre y del que han adoptado. Pude comprobarlo hace unos meses, cuando conversé con tu hijo Publio durante la fiesta en la que vistió la toga viril y a la que amablemente me invitaste. Me fascinó el muchacho. Lo has educado bien, al modo tradicional romano en el respeto a la religión y el amor a la patria. Voy a manumitir a estas dos preciosidades y quiero que seas testigo. No deseo que ninguna de esas sanguijuelas que esperan mi muerte detrás de la puerta intervenga en la manumisión. Mancillarían con su presencia la pureza de estas bellezas. He firmado los documentos necesarios y te agradecería que los llevaras a los lictores para finalizar el trámite legal. Además, no he tenido descendencia y quiero que ellas hereden mis escasas pertenencias.

—Me honran tus palabras y tu confianza. Haré lo que me pides sin dilación. Puedes estar seguro —correspondió mi padre.

—No lloréis, florecillas. Les he dicho que las esperaré todo el tiempo que haga falta sentado sobre una roca en la orilla del río Aqueronte. No pagaré al pálido y anciano barquero para que me cruce al otro lado hasta que ellas me encuentren. Que disfruten de una larga vida y, finalmente, llegado el momento, que me busquen en mi solitaria roca componiendo mis postremos versos. Observa a las pobrecillas lo temblorosas que están. Si no tienes inconveniente, cuando exhale mi último aliento, en mi boca reseca coloca una moneda con la que sufragar mi viaje al lúgubre de Caronte<sup>76</sup>. Ahora, si no es mucha molestia, déjame a solas con ellas, quiero despedirme en la intimidad.

El llanto de las ninfas se transformó en congoja. Mi padre salió de la habitación. Contó a los familiares los deseos de Ennio. No consintió que nadie pasara. Transcurrido un tiempo prudencial

entramos en el dormitorio seguidos de los parientes del poeta. La escena que vimos fue la última tragedia que Ennio nos legaba. El cadáver del poeta tendido en la cama. Las dos ninfas a su lado con las venas rasgadas. La sangre manaba abundante por las heridas abiertas. Una dormía ya el descanso eterno. La otra vivió lo suficiente para decirnos entre amargos sollozos que preferían acompañar a Ennio al otro mundo antes que seguir viviendo solas en este.

El cuerpo de Ennio fue incinerado junto a las jóvenes galas. Coincidió un día lluvioso, triste y melancólico. El entierro fue multitudinario. Los tres cadáveres quedaron reducidos a pavesas sobre una pira con forma de altar sobre la que se depositaron los ataúdes. Se les abrieron los ojos para que pudieran observar cómo sus espíritus se elevaban hacia el cielo. Se sacrificaron dos ovejas y se quemaron los despojos en ofrenda a los dioses. Hubo quien arrojó alimentos al fuego. Otros preferimos lanzar flores. El rito concluyó con el vertido de agua y vino sobre los rescoldos. Se recogieron las cenizas y se depositaron en una urna. Ennio quiso ser enterrado en Rudia, su tierra natal. La vasija fue colocada en una carreta. Se cargó también la lápida que cubriría la tumba. En la piedra de mármol blanco pulido, cincelado con esmero, el epitafio que el propio Ennio había escrito a la posteridad: «Que nadie me honre con lágrimas, ni celebre mis funerales con llanto. ¿Por qué? Porque todavía mis versos vuelan de boca en boca»<sup>77</sup>.

No le faltaba razón al bonachón de Ennio. Había desaparecido su cuerpo, pero su alma ya había alcanzado la inmortalidad. Cuando, a la muerte de mi tía Emilia, me convertí en jefe de la casa de los Escipiones, ordené erigir una estatua de Ennio en el panteón familiar. Era mi tributo al que fue el admirado poeta de mi infancia y de mi pubescencia.

Abatido, me excusé ante mi padre y me encaminé a casa de Livia. No llevaba ningún libro de Plauto. Si tenía alguna visita en casa, mi llegada podía ser impropia. Estaba sola. Livia conocía mi fascinación por Ennio. En uno de nuestros encuentros le expliqué que sus cantos me servían de refugio cuando no tenía un amigo con el que hablar. Me dijo que me estaba esperando. Que la tristeza busca consuelo en los brazos de una mujer. Le agradecí que me recibiera. Solo quería dialogar con alguien para quien la poesía significara tanto como para mí. Empezamos conversando de poesía y acabamos sucumbiendo a nuestros irrefrenables deseos.

Terminamos exhaustos. Livia abandonó desnuda la cama y se dirigió hacia una mesa cercana donde había una jarra etrusca con agua. Aplacó la sed. Sin volver la mirada, me confesó la desazón que la afligía.

—Publio.

—¿Sí? —respondí, sentado con las piernas cruzadas sobre el colchón.

—Nada. Es una tontería. —Seguía de espaldas.

—No, te lo ruego. Hay algo que perturba tus pensamientos. Lo he notado desde hace días.

—¿Te parezco hermosa? —Idéntica interpelación me hizo Cornelia.

—Muy hermosa. —No recité los versos de Safo—. Tan hermosa como el suspiro de un recién nacido, la sonrisa inocente de un niño o el primer amor de la adolescencia. —Reconozco que a todas las mujeres les gusta oír que son hermosas. Con esas sencillas palabras muerden el anzuelo cual pez hambriento o caen en las redes de «un pescador» desaprensivo. Pero yo no quería ser ese pescador. Livia era en realidad muy atractiva.

—Eres tan distinto al resto de hombres. Tan joven y tan maduro —me alabó. Lo más comprometido estaba por llegar.

—¿Qué quieres decir? —pregunté intrigado.

—Lo que te he dicho. Eres muy diferente a otros hombres. Tus gestos. Tu forma de expresarte. Tu dulzura. Cómo te diriges a mí. Me he fijado cómo hablas con otras mujeres. Las juzgas iguales a ti. Ya sean patricias o plebeyas. Ni siquiera manifiestas brusquedad con los esclavos.

—He conocido a patricios indignos de la nobleza que presumían y a plebeyos con más señorío que muchos patricios.

—¿Tú me amas? —No me pilló por sorpresa aquella pregunta. No quería admitirlo, pero algo en mi interior me decía que tarde o temprano surgiría—. Cuando hacemos el amor —continuó—, te digo que te quiero, que deseo que estés a mi lado, que no te separes de mí, y tú... tú no me respondes. En el lecho, una mujer puede esclavizar a un hombre, en todos los matices. Contigo siento que domino tu cuerpo, pero no poseo tu espíritu. Es como si estuvieses en otro lugar. Di, ¿me amas?

—Si no respondo a tus demandas es porque considero que son fruto del momento. Que no manifiestas lo que de verdad sientes —me defendí.

—A pesar de tu encanto y de tus innumerables lecturas, qué poco conoces a las mujeres. Aún no has contestado a mi pregunta. —Se giró y me miró a los ojos. Con sus ojos negros y profundos capaces de leer en lo más recóndito del alma de un hombre.

—Te aprecio más que a ninguna otra persona, te tengo un gran cariño, eres mi mejor amiga, pero no es amor lo que siento. —Podía haber mentido, pero Livia no se lo merecía. Podía haberle dicho que la amaba, pero Livia no se lo merecía. Manifestarle que quería compartir con ella el resto de mi vida, pero Livia no se lo merecía. No se lo merecía, me repetía a mí mismo una y otra vez. Vi la desilusión reflejada en su cara.

—Conocía la respuesta, pero quería escucharla de tus labios —agradeció.

—El amor, como yo lo concibo, es el calor de la lumbre en invierno y la sombra de la higuera en un tórrido verano. Es el zarpazo del oso que te desgarrar el corazón hasta que deja de latir, las fauces del lobo en tu garganta que te impiden respirar, las garras del águila que arañan el interior de tu estómago. El amor ha de percibirse en todos los sentidos. Es el sabor de la fruta fresca en la boca, el aroma de las flores en primavera, el canto del ruiseñor en tus oídos, la contemplación de los atardeceres rojos otoñales, la suavidad del plumón del cisne que sedujo a Leda<sup>78</sup>.

—¿Ves a lo que me refería? Ningún romano habla así a una mujer romana. Quizá los poetas, es su trabajo. La mayoría de los matrimonios son concertados entre las familias de los contrayentes. Muchas jóvenes llegan al matrimonio con doce o trece años. Apenas unas niñas. Son tratadas como animales para procrear, bastantes mueren en el parto. Mientras, sus maridos se arrogan el derecho a engañarlas, visitar lupanares o acostarse con jovencitos si les viene en gana. Si se cansan de ellas, son repudiadas. Será una suerte si logran conocer el amor.

—Mis padres estuvieron enamorados.

Me respondió con una pregunta sin hacer mención a mis padres.

—¿Es hermosa?

—¿Quién?

—La mujer de la que estás prendado. La que desvela tu sueño y perturba tu descanso. —Livia lo sabía. Supongo que al igual que mi madre conocía mis medidas, una mujer sabe si el hombre del que está enamorada no le corresponde porque ama a otra—. ¿Me supera en belleza?

—¿Se pueden comparar dos granos de un racimo de uva? ¿Dos rosas de un mismo jardín? ¿Dos gotas de agua de la nube que riega los campos de trigo?

—¿Le has dicho que la amas?

—Se lo dije.

—¿Y qué pasó?

—Se rio de mí y acabé rodando por el suelo.

—Es difícil de entender. Ya ves, Cupido lanza sus flechas y en ocasiones yerra el disparo. Tú enamorado de otra mujer, quizá ella de otro hombre, yo enamorada de ti y Marco Pulcro

enamorado de mí. Formamos una curiosa cadena. Pulcro me ha pedido que me case con él.

—Es un buen hombre. Mi padre le tiene en alta estima.

—¡Quiero que te vayas! ¡Para siempre! —Fue incisiva en su petición.

Me vestí. Livia también se vistió. Caminé hacia la salida. Ella me acompañó. No hablamos nada más hasta que estuvimos debajo del dintel de la entrada. Me besó en la mejilla. Yo le cogí las manos y las besé. Con un prolongado beso de agradecimiento. Las lágrimas afloraron en sus ojos.

—Adiós, Publio. Te auguro un gran futuro. Suplico a los dioses que te premien con el amor que yo no he sabido ganar.

—Adiós, Livia. Que Júpiter ilumine tu vida y te otorgue el amor que no he podido darte.

—Y que no has querido darme —sentenció.

Nos separamos. Me apenó la separación. Me volví una vez más para observarla. Aún lloraba. Despacio, cerró la puerta. Y Livia salió de mi vida.

En los idus de enero se celebraron los esponsales de Livia y Marco Pulcro. Nos invitaron a toda la familia. Regalé a Livia un ejemplar de *Anfitrión* de Plauto, su comedia favorita. Estaba transcrito por el mejor amanuense de Roma y enrollado en un cilindro de oro. Le pedí que lo volviera a leer cuando tuviera tiempo. No se lo dije entonces, pero al final del volumen, había copiado las mismas palabras que pronuncia Júpiter dirigidas a Alcmena en la segunda escena del tercer acto, sustituyendo el nombre de la protagonista por el de Livia:

«Livia, por lo que más quieras, yo te ruego y te suplico, hazme gracia, perdóname, no estés enfadada conmigo».

Estaba deslumbrante, destacaba como una solitaria amapola perdida entre las espigas de cereal. Sonreía constantemente, con una sonrisa triste. De las que se confunden con alegría contenida. Cuando le entregué el libro, me dio las gracias. Después se acercó y me besó en la cara. Me rozó con los labios. Antes de apartarse me susurró al oído:

—Cornelia no sabe lo que se pierde.

Nunca he sabido cómo lo adivinó. Qué confidente le delató el nombre de la mujer que me arrebató el corazón. La volví a ver un par de veces por las calles de Roma. Un ademán con la mano o un simple adiós fueron los únicos saludos que nos cruzamos. Años más tarde, Pulcro presentó su candidatura al consulado. No fue elegido. Frustrado, renunció a la vida pública y se trasladó con su familia a una quinta que poseía en Sicilia. Tuvieron tres hijos.

Livia, espero y deseo que la felicidad te haya bendecido como tú bendijiste mi compungido espíritu los meses que compartimos las comedias de Plauto.

---

[62.](#) Dios al que se representaba con dos caras mirando en direcciones opuestas.

[63.](#) Festividad en honor del dios Līber (divinidad itálica de la fecundidad) que se conmemoraba el mes de marzo. En esta fiesta los jóvenes romanos vestían la toga viril.

[64.](#) Historiador y militar griego del siglo IV a.C. Autor de las famosas *Anábasis* y *Ciropedia*.

[65.](#) Colgante que portaban los romanos durante la infancia.

[66.](#) Aulo Gelio. *Noches áticas*. I. 24. 3.

[67.](#) La división en actos y escenas de la obra plautina se realizó alrededor del año 1500. Es muy probable que todas sus comedias estuvieran escritas de forma corrida. No obstante, y a pesar del anacronismo, a lo largo de la novela mantendremos dicha división para que el lector pueda identificar los textos insertados.

[68.](#) Escultor griego del siglo V a. C. Famoso por sus figuras de atletas como el afamado Discóbolo.

[69.](#) Personificación del sol.

[70.](#) Cronos castró a su padre Urano y arrojó los testículos al mar. De la espuma formada en las aguas, nació Afrodita.

[71.](#) Poeta griego que vivió entre los siglos VIII y VII a. C.

[72.](#) Reina de las Amazonas.

[73.](#) *Cistellaria*.

[74.](#) Seis de la tarde.

[75.](#) Lugar donde estaba el despacho del dueño de la casa. También se utilizaba de archivo o biblioteca y para recibir visitas.

[76.](#) Mítico barquero que llevaba las almas de los muertos de una orilla a la otra del río Aqueronte.

[77.](#) Cicerón. *Tusculanas*. I, 15. I, 49.

[78.](#) En la mitología griega, Leda, esposa de rey Tíndaro de Esparta, fue seducida por Zeus, que había adoptado la forma de un cisne.

## La batalla de Pidna

Mi padre había sido nombrado cónsul de Roma el año 570<sup>79</sup> a. u. c. Derrotó a los ligures en los Alpes y a los piratas en el mar adquiriendo justa fama y prestigio para la *gens* Emilia y gloria para las armas romanas. Había intentado en otras oportunidades volver a ser elegido para tan alta magistratura. No lo consiguió. Hastiado de la ingratitud de Roma, se centró en su familia y en las obligadas ocupaciones del sacerdocio augural. También acudió al senado, pero fue en determinadas circunstancias.

El año que estaba a punto de comenzar<sup>80</sup> fue elegido cónsul por segunda vez a la edad de sesenta años. La Guerra Macedónica iba cada vez peor. Perseo, el rey macedonio, había llegado al poder tras la muerte de su padre Filipo<sup>81</sup>. Este falleció de pena cuando comprendió que había ordenado envenenar injustamente a su hijo Demetrio acusado por su hermano de un falso intento de parricidio y de querer apoderarse del trono. Demetrio era muy querido en Roma donde vivió muchos años. Más como príncipe que como rehén garante del tratado de paz acordado con los romanos después de la capitulación de Filipo en Cinocéfalos<sup>82</sup>.

A la muerte de Filipo<sup>83</sup>, Perseo reclamó al senado la renovación de la alianza que Roma había sellado con su padre. Fue una excusa para ganar tiempo a fin de atraer nuevos aliados a su causa, reforzar el ejército, llenar las arcas del tesoro real al objeto de pagar mercenarios y almacenar suficiente trigo con el que resistir una campaña prolongada. Esta política hostil hacia Roma fue confirmada por nuestro amigo el rey Eumenes<sup>84</sup> de Pérgamo el año 581 a. u. c.<sup>85</sup>, aunque los embajadores de Rodas presentes en Roma le acusaron de seguir en Asia la misma política que Perseo en Grecia. El senado no olvidó esas acusaciones, pero por el momento prefirió honrar a Eumenes, puesto que consideraba más preocupantes las noticias que llegaban de Macedonia. Cuando regresaba a su reino, Eumenes se detuvo en Delfos con la finalidad de ofrecer un sacrificio al dios Apolo. Al salir del templo sufrió un atentado perpetrado por criminales a sueldo de Perseo que a punto estuvo de costarle la vida. Fue el pretexto que Roma necesitaba para comenzar la Tercera Guerra Macedónica.

El verano del año entrante<sup>86</sup>, posterior al de la tentativa de magnicidio, el cónsul Publio Licinio Craso fue derrotado cerca del monte Calicino en Tesalia. Murieron más de dos mil romanos. En lugar de aprovechar esta ventaja, Perseo envió emisarios al cónsul a negociar la paz. Licinio respondió de la única manera que lo puede hacer un cónsul de la república: exigiendo la rendición incondicional del rey y de su ejército. Perseo no solo era un tirano, era también un necio en asuntos militares. El descalabro hizo mella entre los soldados romanos. Desorganizados y desmoralizados, la indisciplina se extendió entre sus filas.



Al año siguiente<sup>87</sup>, las legiones soportaron una nueva humillación bajo el mando del cónsul Aulo Hostilio Mancino. La incompetencia de estos magistrados también alcanzó al cónsul del año 584 a. u. c.<sup>88</sup>, Quinto Marcio Filippo, que penetró hasta Heracleum sin calcular la falta de avituallamiento a la que se vio abocado por alargar en exceso sus líneas de aprovisionamiento. Favorablemente, una vez más, la pusilanimidad de Perseo evitó un desastre total. El infame monarca, preso del pánico al ver al enemigo en suelo macedónico, huyó a Pidna, mientras Marcio hubo de retirarse para poder alimentar a sus tropas.

Aparte de su demostrada incapacidad, la sombra de la corrupción desplegaba su oscuro manto por encima de todos esos generales. La plebe exigía responsabilidades y el nombramiento de un cónsul de reconocido prestigio y honradez intachable.

Pensaron en mi padre, quien, a pesar de lo avanzado de su edad, aceptó el cargo<sup>89</sup> por el bien de Roma. Nada más asumir el consulado, «lo primero que hizo fue solicitar al senado que se enviasen delegados a Macedonia a que inspeccionaran los ejércitos y la flota y volvieran con la información de lo que hubieran averiguado acerca de las necesidades de las fuerzas terrestres y navales. Además, recogerían información sobre las tropas del rey, qué fuerza tenían, qué zona era controlada por nosotros y cuál por el enemigo, si acaso los romanos tenían su campamento en un desfiladero o ya estaban salvados todos los pasos y habían llegado a terreno llano; quiénes eran aliados seguros para nosotros y quiénes indecisos con la lealtad condicionada a tenor de las circunstancias, quiénes parecían enemigos indudables; cuántas provisiones estaban preparadas y desde dónde serían transportadas, por vía terrestre o por mar y qué operaciones se habían llevado a cabo aquel verano por tierra y por mar»<sup>90</sup>.

Los más funestos presagios se cumplieron cuando regresaron los comisionados. Los legionarios de Marcio Filippo, que esperaba la llegada de su sustituto, estaban en un estado de completa desidia, relajada disciplina y total abulia. Perseo no tenía intención de atacar ni Marcio capacidad para hacerlo, a pesar de que los campamentos romano y macedónico estaban a corta distancia uno del otro, separados por el río Elpeo. Marcio disponía de trigo para seis días y la situación de la flota no era mucho mejor. «Numerosos marineros habían muerto por enfermedades y los que quedaban no habían recibido la paga y requerían nuevas vestimentas. Era, por tanto, ineludible cubrir las bajas»<sup>91</sup>.

El informe escandalizó al senado. Mi padre fue autorizado a reclutar las fuerzas que estimase conveniente. Dos legiones consulares, cada una de seis mil ciudadanos romanos y aliados de toda Italia y mil doscientos jinetes. En Iliria se movilizaron otras dos de cinco mil efectivos y doscientos jinetes. El mando de estas últimas se otorgó al pretor Lucio Anicio Galo, gran amigo y hombre de confianza de mi progenitor.

Antes de partir hacia Grecia, mi padre se dirigió a la asamblea de la plebe. No quería que las murmuraciones y rumores empañaran su campaña en Macedonia. Fue claro y directo, como lo son las flechas de Diana<sup>92</sup>. Quinto y yo nos sentamos entre el auditorio, queríamos escuchar sus palabras. Aquella iba a ser nuestra primera guerra. Pronunció su más famoso discurso. Ese día nos sentimos orgullosos de nuestro padre y de haber nacido en el seno de la *gens* Emilia.

Creo haber observado, quirites<sup>93</sup>, que se me dieron más parabienes cuando me tocó en suerte<sup>94</sup> la provincia de Macedonia que cuando fui elegido cónsul o el día que me hice cargo de la magistratura, y la única explicación radica en que creísteis que yo podía dar a la guerra de Macedonia un digno desenlace acorde con la majestad del pueblo de Roma. Espero que también los dioses hayan propiciado este resultado del sorteo y que me asistirán, igualmente, en el desarrollo de las operaciones. Esto puedo en parte vaticinarlo y en parte esperarlo. Lo que sí me atrevo a afirmar

con certeza, es que pondré todo mi empeño para que no resulten fallidas las ilusiones que sobre mí os habéis hecho.

En lo referente a las cosas que se necesitan en la guerra, el senado ha adoptado sus decisiones y, además, puesto que se quiere que mi partida sea inmediata y por mi parte no se va a retrasar, mi colega Gayo Licinio<sup>95</sup>, hombre eminente, hará los preparativos con tanto celo como si fuera él mismo quien fuese a dirigir aquella campaña. Vosotros dad asenso únicamente a lo que yo comunique por escrito, al senado y a vosotros, y guardaos de dar pábulo con vuestra credulidad los rumores de los que nadie se haga responsable. Pues es cierto que, en los tiempos actuales, y lo mismo he notado que ocurre comúnmente en esta guerra, nadie está por encima de las habladurías que puedan minarle la moral.

En todos los conciliábulos y, ¡los dioses nos valgan!, en los convites, hay alguien capaz de llevar los ejércitos a Macedonia, que sabe dónde se debe emplazar el campamento, qué posiciones se deben ocupar con guarniciones o por qué desfiladero se debe penetrar, dónde se deben colocar los graneros, cuáles son las rutas, por tierra y por mar, que facilitan la llegada los avituallamientos, en qué momento procede entrar en combate con el enemigo, cuándo es mejor quedarse quieto. Y no solo dictaminan qué se debe hacer, sino que acusan al cónsul, como si se tratara de un proceso, de todo aquello que se haya hecho de modo distinto a lo que ellos opinaron.

Estos comentarios son un grave inconveniente para quienes están a cargo de las operaciones, pues no todo el mundo tiene la firme y constante actitud que tuvo Quinto Fabio<sup>96</sup>, que prefirió que la ligereza de la gente restringiera su mando antes que prestar un mal servicio al Estado y ganar popularidad.

Yo, quirites, no soy de los que piensan que no hay que hacer recomendaciones a los generales, pero a quien actúe siempre teniendo solo en cuenta su propio criterio lo considero un presuntuoso, más que un sabio. ¿Cuál es, entonces, la conclusión? Los generales han de ser aconsejados en primer lugar por personas competentes, por los expertos en cuestiones exclusivamente militares y por los que han aprendido de la experiencia; en segundo lugar, por aquellos que intervienen en el curso de las operaciones, que ven el terreno, el enemigo, las circunstancias propicias, que comparten el peligro, por así decirlo, en el mismo barco.

Por consiguiente, si hay alguien que esté convencido de poder aconsejarme en lo que es interés del Estado en esta guerra que voy a hacer, que no niegue su colaboración a la república y que se venga conmigo a Macedonia. Yo le proporcionaré nave, caballo, tienda, incluso dinero para el viaje. El que tenga reparos en hacerlo y prefiera el descanso de la ciudad a las fatigas de la milicia, que no maneje el timón desde tierra. La ciudad por sí misma proporciona suficientes temas de conversación. Que limite su locuacidad a esos temas, que sepa que me daré por contento con los consejos recibidos en el campamento<sup>97</sup>.

Salimos de la asamblea escoltando a nuestro padre. En medio de efusivas felicitaciones y palmadas en el hombro por sus elocuentes palabras. Una gran multitud nos siguió hasta nuestra *domus*<sup>98</sup>. Llegamos a casa y ocurrió algo que presagiaba un buen augurio. Nuestra hermana pequeña, Emilia Tercia, estaba llorando. Padre la abrazó y le preguntó por qué estaba triste, y ella, entre los abrazos y muestras de cariño, le dijo que se había muerto su perrito Perseo<sup>99</sup>.

Eran las vísperas de las calendas de abril<sup>100</sup> cuando partimos hacia Grecia. La flota era imponente. Cientos de naves transportaban hombres y caballos. Un inmenso océano de velas romanas casi ocultaba el azul de las aguas. O, mejor diría, el blanco de las aguas debido a la espuma que formaban los miles de remos que rítmicamente golpeaban la superficie. Era mi primer viaje en barco. Aunque la mar estaba en calma, vomité lo inimaginable. Quinto se reía de mis náuseas y de la angustia que estaba padeciendo. Me acostumbré al balanceo. Igual que un polluelo cuando abandona por primera vez el nido y encuentra apoyo en una delgada rama que fluctúa por la fuerza del viento. Sin embargo, agradecí a los dioses pisar suelo firme. La tierra de Alejandro el Grande. Nos recibió el pretor Gneo Octavio, cuya galera había arribado quince horas antes. Y

en pocas semanas nos reunimos con el ejército de Marcio acampado en las inmediaciones del río Elpeo.

El panorama que presentaban las tropas de lo que debía ser el orgullo de Roma era de lo más desolador. Para colmo, el río estaba seco y había escasez de agua. La pericia y experiencia de mi padre salvó la situación. Una montaña cercana cubierta de árboles le dio fundada sospecha de que en su interior debía haber reservas del preciado elemento. Mandó cavar pozos de los que brotaron manantiales<sup>101</sup>, lo que aumentó el prestigio y la reputación de mi padre entre los soldados.

Instauró la más estricta disciplina. Sus disposiciones me sirvieron de ejemplo en mis dos consulados. En la guerra de Cartago y en la guerra Numantina. Entre otras medidas, ordenó que las guardias se realizaran sin armas pretendiendo con ello que los legionarios estuvieran alertas y retiró también a los centinelas el escudo, porque los soldados se apoyaban en él y se quedaban dormidos de pie.

Después preparó el plan de batalla con sus oficiales. Mi hermano y yo asistimos a la reunión. Había mandado traer a dos lugareños que conocían bien la zona y los interrogó por un posible paso que le permitiera rodear el campamento de Perseo. Los asustados aldeanos explicaron a mi padre que había un camino, pero que posiblemente estaría vigilado por destacamentos macedónicos.

El cónsul llamó al pretor Gneo Octavio, quien debía realizar maniobras de diversión con la flota y convencer al rey de que la ofensiva comenzaría desde el mar. A Publio Cornelio Escipión Nasica, que estaba casado con la hermana mayor de Cornelia, y a mi hermano Quinto, les dio el mando de ocho mil soldados y doscientos jinetes. Solo Nasica conocía las verdaderas intenciones del general. Progresar por el Oeste acompañado de los dos campesinos que le servirían de guías y luego hacia el Norte para hacer creer al enemigo que sus tropas iban a embarcar en las naves de Octavio y participar en el ataque principal. Mientras tanto, el cónsul atacaría las avanzadillas helenas a fin de distraer a Perseo.

Valiéndose de la oscuridad de la noche, antes de que el sol brillara en el horizonte, partieron Nasica y mi hermano. Con los primeros rayos de luz, se iniciaron los asaltos a las posiciones de los macedonios que se repitieron durante tres días y cuyo único designio era alejar a Perseo del movimiento de flanqueo de la columna de Nasica y Quinto. Desgraciadamente, un soldado de origen cretense que militaba en las tropas de Nasica desertó al campo macedónico y alertó al rey. Perseo envió contra Nasica y Quinto y sus ocho mil legionarios a diez mil mercenarios bajo las órdenes de un tal Milo. En las montañas por donde transcurría el avance romano se enfrentaron Nasica y Milo. Tras un encarnizado combate, el segundo fue derrotado por aquel.

Cuando Perseo recibió la noticia del fracaso de Milo, comprendió que iba a ser atacado desde direcciones opuestas. Para evitarlo, se retiró hacia el Norte en dirección a Pidna, tomando posiciones en una llanura en la confluencia de dos riachuelos casi secos al sur de Katerina, a escasos kilómetros de Pidna. Mi padre aprovechó el momento, adelantó nuestra posición y contactó con los hombres de Nasica. Reunidos, se encaminaron también hacia el Norte, topándose con el ejército de Perseo en orden de batalla en la llanura que he mencionado.

Nasica era partidario de entablar batalla inmediatamente. Mi padre, más prudente, prefirió dar descanso a los legionarios tras varios días de marcha forzada bajo un cielo abrasador del incipiente caluroso verano. Ante la insistencia de Nasica, mi padre fue tajante.

—«¿En nombre de los dioses! ¿Quién, en unas condiciones así, aunque sea un incapaz y un inepto en la guerra, no vencería al más valeroso de los combatientes? Cuando los enemigos han formado el frente de combate con suma tranquilidad, se han preparado anímicamente, ocupan ordenadamente su puesto cada uno en su fila, entonces ¿debemos nosotros formar de manera

precipitada en orden de batalla y entrar en combate sin estar organizados?[102](#)». —Fue su respuesta al impetuoso pretor.

Ante todo, lo más importante, era levantar un campamento fortificado donde refugiarse y protegerse de cualquier imprevisto. Expuso las razones a sus oficiales.

—«¡Cuántos ejércitos que en la lid tuvieron menos de cara la fortuna y fueron rechazados hasta dentro de la empalizada, después, en circunstancias oportunas, a veces transcurridos unos instantes, no hicieron una salida repentina y repelieron al enemigo que los acorraló! Este recinto es la segunda patria de las tropas, la empalizada hace las veces de las murallas y la tienda es el refugio y el hogar del soldado»[103](#).

Perseo tampoco atacó. ¿Las causas? Mi padre no solo era prudente sino un consumado experto en el arte de la guerra. Emplazó el campamento en una loma cercana, en un terreno poco apropiado para la maniobra de la falange macedónica cuya formación era más compacta en el llano.

Finalizada la construcción del fortín, nos preparamos para la batalla. La noche antes de los combates, la luna se apagó en el cielo. Un eclipse[104](#) ocultó su brillo. Los romanos lo tomaron como un mal augurio; los macedonios, como un mal presagio. Asustados, gritaron a la luna que volviera. Por suerte, uno de los oficiales de mi padre, el tribuno de la segunda legión Cayo Sulpicio Galba, era un estudioso de los movimientos de los cuerpos celestes y explicó a nuestros soldados que lo ocurrido no era un prodigio, sino un fenómeno natural que se producía cuando la tierra se interponía entre el sol y la luna y la sombra de aquella se proyectaba sobre esta última. Los legionarios se calmaron y lo juzgaron algo divino. Mi padre, además, sacrificó un buey a los dioses que contribuyó a serenar a nuestros hombres.

Por la mañana, los dos ejércitos formaron. El enfrentamiento era inminente. Se produjeron los necesarios movimientos con el objetivo de que cada cual ocupase su puesto. El espectáculo era magnífico. Las falanges macedónicas presentaban un aspecto temible con las sarisas[105](#) apuntado al frente por delante de la primera línea y asomando el resto por encima de las cabezas de los que iban detrás para cubrir el hueco del que caía. Dieciséis filas de hoplitas[106](#) que durante siglos fueron el terror de los persas.

Mi padre nos había contado a Quinto y a mí que nos evocarían a un erizo de mar de largas y afiladas púas. Sin embargo, la tonalidad de las túnicas, blancas, granas y negras, el brillo de las armaduras y el colorido de los escudos de bronce griegos decorados con infinidad de extraños motivos, ya fueran caras grotescas, animales imposibles o dioses del olimpo, las asemejaba a un campo de cardos verdes y floridos de púrpura lleno de espinas acechantes, mezcla de belleza y muerte, análogo a la dramaturgia que estaba a punto de empezar.

Perseo colocó la caballería en los extremos. En el flanco derecho a los tracios, en el centro las falanges y en el lado izquierdo a los mercenarios a sueldo. Las legiones romanas adoptaron el tradicional orden manipular. Al frente los hastati, la infantería ligera menos curtida en la lucha, armada con escudos y jabalinas. Detrás, los príncipes, soldados con cierta experiencia en combate que relevaban a los hastati cuando estos comenzaban a flaquear y diestros con el gladio después de arrojar las lanzas al enemigo. Cerrando la formación, los triarios, los soldados más veteranos que constituían el último baluarte de la resistencia romana. Moviéndose con rapidez entre las filas, buscando golpear al enemigo como abejas que defienden el panal, los velites. Varias jabalinas ligeras constituían sus «aguijones» y el pequeño escudo circular que portaban les facilitaba la celeridad.

Muchos ciudadanos adornaban los cascos enganchando a las prominencias que los coronaban plumas multicolores o crines de caballo. La forma ovalada de nuestros escudos era muy diferente

a la redonda de los griegos, pero los motivos que los decoraban tenían cierto parecido. Yo sujetaba el escudo con la efigie de Venus que Aulo inteligentemente insultó para provocar mi furia.

A la hora nona<sup>107</sup>, una de nuestras mulas escapó hacia donde esperaban los macedonios. Tres legionarios trataron de detenerla. Dos tracios quisieron capturar también al testarudo animal, resultando muerto uno de ellos. Esto irritó al resto de los tracios, que se lanzaron a la lucha, siendo imitados por una gran parte de las dos legiones romanas. Ante el ruido, mi padre salió de su tienda para averiguar qué pasaba. Al ver lo que sucedía, pensó que lo mejor sería aprovechar el ardor de los soldados y convertir en una oportunidad favorable de victoria lo que se había iniciado por la terquedad y estupidez de una solitaria mula.

El aspecto de los tracios era aterrador. Hombres de alta estatura. Bajo las blancas y relucientes armaduras de escudos y grebas, vestían negras túnicas, y agitaban rectas por el hombro derecho sus pesadas espadas de hierro. Contiguos a los tracios, progresaron los mercenarios, cuyo armamento era de todo tipo y, a continuación, las tropas de élite, lo más granado por su valor y juventud de los macedonios, resplandecientes con sus armaduras doradas y sus flamantes mantos escarlatas<sup>108</sup>.

Yo estaba cerca de mi padre. Alejado todavía de los primeros encontronazos. Quinto, con las tropas que mandaba Nasica. Cuando vi avanzar las falanges, me dirigí a mi progenitor.

—Padre, este rey no solo no ha leído los *Orígenes* de Catón sino que ni siquiera tuvo la curiosidad de preguntar a su difunto padre Filipo por qué perdió en Cinocéfalos.

—¿Qué quieres decir, hijo mío?

—Si las falanges continúan avanzando, saldrán del terreno llano y se tendrán que desplazar por uno más quebradizo. Romperán su formación. Por los espacios que se abran, podremos penetrar a la manera de cuñas en troncos de árboles secos y obligarlos a combatir a espada. Fue clave en la victoria de Flaminio en Cinocéfalos.

—Puede que tengas razón, Publio, pero ahora lo que me inquieta es que esas *sarisas* están causando estragos entre nuestros hombres.

Mi padre montó a caballo. Sin casco ni coraza, cabalgó entre las legiones para animar a los soldados.

Quedé en medio de los triarios. Donde mi padre me dijo que permaneciera. Sobrecogido con el fragor de los combates. Turbado por si estaría a la altura de lo que se esperaba del hijo del cónsul y de si sería merecedor de mi nombre. La muerte se aproximaba en forma de largas puyas. Pensé en Cornelia. En si ella sentiría mi muerte y en que podría no volver a verla. Los príncipes estaban siendo ensartados por las enormes lanzas enemigas. Entonces, sucedió lo que yo había profetizado. El suelo cambió bajo los pies de nuestros adversarios. La llanura dio paso a pequeñas quebradas. Mi predicción fue certera. Era el momento de atacar. A mi lado estaba un joven tribuno, no mucho mayor que yo, se llamaba Cayo Lelio. Con el tiempo se convertiría, junto a Polibio, en uno de mis mejores y más íntimos amigos. Aunque de origen plebeyo, su padre también había sido cónsul<sup>109</sup> de la república.

—Noble Publio. —Él conocía mi nombre—. Soy el tribuno Cayo Lelio. Aquí corres un gran peligro.

—No sería benemérito hijo de mi padre si permaneciera en la retaguardia. Hemos de aprovechar los huecos abiertos en la formación de las falanges.

Espada en mano, protegido por la pelirroja diosa de mi escudo, dominando mis nervios, me arrojé sobre los macedonios de forma imprudente, temeraria, sin pensar en las consecuencias. Creo que aquel día, Marte dirigió mis pasos, porque aún me pregunto cómo acabé ileso. Lelio me

seguía de cerca. Detrás de Lelio, un puñado de legionarios, quizás un centenar, preocupados por proteger sus vidas y la del perturbado hijo de su general.

Mi primer golpe fue contra las manos de un hoplita que sujetaba a la altura de la cadera la prolongada vara de madera. Profirió un alarido de dolor. Varios dedos ensangrentados volaron al suelo. Soltó la *sarisa*. Desde abajo, elevé con fuerza mi espada contra su barbilla. Casi le sesgué la mandíbula. Cayó fulminado. Algo machacó mi escudo. Parecía que me arrancaba el brazo. Era el incisivo metal xifoideo de un griego ávido de sangre. Lelio me salvó. Clavó su gladio en el costado del soldado heleno que gritó agónicamente antes de morir. Después lo remató en el suelo. Sujetó la espada con ambas manos y atravesó su cara. Dejó de respirar. Me volví con rapidez. Atizando a ambos lados, penetraba cada vez más en la formación enemiga.

—¡En los muslos! —me gritó Lelio—. ¡Dales el tajo en los muslos!

Brazos y muslos eran las partes más desprotegidas de los macedonios. El corte en la cara interna de las piernas cortaba las arterias y la sangre manaba copiosa igual que aflora el agua en la sagrada fuente Castalia del monte Parnaso en la que la Pitia de Delfos se purifica antes de predecir el futuro.

Cuando se arrodillaban sumidos en insoportable martirio, segaba sus cuellos como si en lugar de una espada, acarreará una hoz afilada. De reojo, vi una jabalina que buscaba mi espalda, me giré y la aparté con el escudo, clavé el gladio en el vientre de mi atacante, revolví en el interior de la carne. Al extraer el hierro, las tripas de mi agresor se esparcieron por la tierra.

La sangre me salpicó la cara. Presentaba un aspecto pavoroso, terrorífico. Mi túnica estaba cubierta de sangre roja caliente mezclada con tierra, sudor y polvo. Tenía la garganta seca, me costaba respirar. El calor era bochornoso. Gritaba de rabia y mis gritos se mezclaban con los gritos de los heridos y de los moribundos. Me topé con un soldado griego tirado en el suelo, muy joven, de noble alcurnia a tenor de sus vestiduras bordadas en oro. Tenía varias heridas mortales. Me pidió que ahorrara su sufrimiento. Solté un momento el escudo. Le tapé con la mano izquierda los ojos y le atravesé el corazón al tiempo que rogué a Zeus que lo acogiera en el Olimpo. Me vino a la mente Cornelia. Ella había atravesado mi corazón y el puñal permanecía en mi pecho.

Continué avanzando, dejando tras de mí un reguero de cadáveres y heridos que remataban Lelio y los que me escoltaban. Agradecí al viejo Aulo sus enseñanzas. Su espíritu estaba conmigo. Recordaba sus máximas. Aquellas sentencias que al principio tanto odié, ahora me reconfortaban.

Los macedonios iniciaron la retirada. La matanza se convirtió en una auténtica carnicería durante la persecución. Más de veinte mil griegos regaron con su sangre la llanura de Katerina. Cansado de tanta muerte y destrucción, acorté mi carrera. Mis pasos se volvieron más lentos. Subía una ligera cuesta que me llevaba a una pequeña colina. Lelio apareció detrás de mí. Tan sucio de sangre y tierra como yo. Sin soltar el gladio, apoyó el puño de la mano derecha sobre el corazón.

—Noble Publio —me dijo—. Creo que cualquier quirite te seguiría hasta las puertas del averno y a una orden tuya se enfrentaría al mismísimo can Cerbero<sup>110</sup> de Hades<sup>111</sup>.

No respondí. Me quedé en silencio. Mirando la incesante llegada de los legionarios, jadeantes, cansados, agitados, con la respiración entrecortada, los ojos irrigados de odio, el indispensable para matar y sobrevivir en mitad de una cruenta batalla. Se fueron posicionando alrededor del montículo. Yo estaba en el centro. La tensión se palpaba en el ambiente. Todos me miraban esperando una palabra mía. Elevé mi espada ensangrentada apuntando al cielo. El fluido rojo que manchaba el hierro se escurría por mi mano e impregnaba mi brazo. Solo acerté a gritar:

—¡Roma!

Lelio y los soldados hicieron lo mismo y repitieron sin cesar:

—¡Roma! ¡Roma! ¡Roma!

Después descendí de mi improvisado pedestal. Los legionarios se iban apartando y abrían un estrecho pasillo. Uno de los soldados pronunció mi nombre, luego otro, y otro, mientras golpeaban los escudos al unísono con sus espadas.

—¡Publio! ¡Publio! ¡Publio!

Ese día fue una gran victoria de mi padre, pero no menos un triunfo para mí. Me habría gustado que Cornelia hubiese estado allí. Que viera al quídam imberbe que despreció por considerarlo abyecto para compartir su amor. Había honrado mi nombre, el de mi familia y el legendario nombre de Roma.

El rápido galopar de unos caballos nos alarmó. Por fortuna, era caballería romana que traía animales de refresco arrebatados a jinetes griegos. Lelio y yo montamos en sendos roanos y nos unimos a los centauros en la persecución de los lapitas. Acosamos al enemigo durante ciento veinte<sup>112</sup> estadios<sup>113</sup>, hasta las puertas de Pidna. No entramos en la ciudad. Desconocíamos las fuerzas de reserva que nuestros oponentes mantendrían entre las murallas de la urbe.

El sol buscaba los brazos de Hipnos<sup>114</sup> cuando regresamos al campamento. Cruzamos el campo de batalla. El fastuoso melodrama matutino había dado paso a una tragedia griega de muerte y devastación en la que los actores yacían tumbados bañados en sangre.

Quien no ha visto un campo de batalla no sabe lo que es el infierno. Cadáveres que empezaban a pudrirse por el sofocante calor. Cuerpos desmembrados, aquí un brazo, más allá una pierna descarnada, un poco más lejos una cabeza partida en dos. Las alimañas mordisqueando las entrañas secas de los que abandonaron este mundo, llenas de repugnantes moscas. Campesinos de alguna que otra villa de las inmediaciones saqueando los despojos insepultos. Legionarios participando en tan siniestra recolección. Cortando de las orejas y de los dedos inmóviles los pendientes y anillos de oro. Fútiles riquezas que sus propietarios no podían llevarse a la otra vida.

Y sobre todo el olor, el olor nauseabundo que penetra en la nariz y la anega hasta la asfixia. Pero lo más escabroso de esta tétrica función teatral son los lamentos de los heridos, los gritos de agonía de los que piden la muerte, el llanto del que llama a su madre, a su esposa o busca exasperadamente a un familiar.

Y a modo de comparsa, imitando al coro de una tragedia de Esquilo, el relinchar de los caballos mutilados por una flecha, una lanza o por la punta de una espada. Chillando afligidos que alguien ponga fin a su estertórea respiración.

Era noche cerrada cuando divisamos las tiendas de campaña adornadas con coronas de yedra y laurel<sup>115</sup>. Mi hermano Quinto vino corriendo portando una antorcha nada más reconocer mi silueta.

—Por los dioses, Publio, ¿dónde estabas? Padre está desesperado. Medio ejército te anda buscando. Nos temíamos lo peor.

Bajé del caballo. Lelio hizo lo mismo. Quinto me puso la mano en el hombro.

—Maldito loco. ¡Qué susto nos has dado! —aseveró mi hermano.

Los legionarios que me seguían empezaron a repetir mi nombre como hicieron en el pequeño otero.

—¡Publio! ¡Publio! ¡Publio!

Quinto se sobresaltó. No sabía a qué se debía aquella admiración de los soldados.

—El valor y el temple<sup>116</sup> de tu hermano son reconocidos por la tropa, noble Quinto —explicó Lelio.

—Es el tribuno Cayo Lelio —le aclaré a mi hermano—. ¿Dónde está padre?

Al oír mi nombre aclamado por la soldadesca, nuestro progenitor salió de la tienda. La alegría anegaba su corazón. Corrí hacia él. El viejo cónsul vino hacia mí. Nos fundimos en un prolongado abrazo.

—Por Júpiter, muchacho. —Para mi padre siempre sería su idolatrado hijo menor—. Me tenías muy preocupado —continuó.

—Padre, este es el tribuno Cayo Lelio. Hoy me ha salvado la vida —revelé al feliz cónsul.

—General —dijo Lelio en tono marcial—, hoy tu hijo ha sido el orgullo de Roma. Muchos quirites le deben la vida.

—Gracias, tribuno. Pero venid los dos. Estaréis hambrientos. Contadme dónde habéis estado. ¡Quinto! —gritó a mi hermano.

Narré a mi padre mi avance por el interior de la falange, mi parada en la loma erosionada. Nuestra cabalgada hasta las puertas de Pidna. Y la terrible visión del campo de batalla.

—Así es la guerra, Publio. Hace aflorar lo mejor y lo peor que hay en los hombres. Prometeo<sup>117</sup> nos esculpió demasiado parecidos a los dioses. Somos capaces de las más bellas creaciones y de las más atroces acciones. Ahora debéis descansar. Todavía hay mucho por hacer. No sabemos qué ha sido del rey, que se ha fugado a Pidna.

Perseo huyó de Pidna a Pela, «con la caballería que prácticamente toda había salido indemne de la batalla. Cuando los soldados de infantería lo advirtieron, insultaron a los jinetes tachándoles de cobardes y traidores y los derribaban de los caballos dándoles golpes»<sup>118</sup>. El monarca tuvo que desmontar del caballo y vestir ropas modestas para esconderse de las iras de sus tropas. Fue desamparado por todos los que tenían no solo su ira, sino la venganza de sus aliados a los que también había traicionado. Hasta que él mismo fue traicionado por aquellos a los que había pagado una cuantiosa suma a fin de que lo trasladaran por mar, lejos del alcance de los romanos. Posteriormente, con sus allegados, se entregó a la benevolencia de mi padre en Anfípolis. El cónsul honró al heredero del trono de Alejandro el Grande. Perseo se arrojó a los pies de mi padre, se aferró a sus rodillas y le rogó misericordia. El cónsul le obligó a levantarse, compungido por la escena que estaba presenciando.

¡El rey de Macedonia de rodillas en el suelo implorando clemencia!

Mi padre lo trató como al rey que era. Lo sentó a su lado, pero le reprochó su actitud diciéndole que «por qué le malograba la victoria y le amargaba el éxito, mostrándose un contrincante miserable e indigno de los romanos»<sup>119</sup>.

Después fue enviado a Roma, para que el senado decidiera el destino del último monarca de Macedonia.

Permanecimos casi dos años en Grecia. Mi padre ordenó que se repartiera entre las ciudades griegas el trigo y el aceite que el rey tenía almacenado. En Delfos mandó erigir una estatua suya en lugar de la prevista de Perseo. Reestableció los gobiernos municipales y a costa del erario del rey dio grandes banquetes y celebró fiestas entre todos los habitantes de las metrópolis.

Pero la mayoría del inmenso tesoro real, difícil de cuantificar por la enorme cantidad de oro y plata, fue cedido al pueblo de Roma, que no tuvo que volver a pagar tributos a la república. Él solamente se quedó con la biblioteca personal de Perseo. Para mi padre y para mí, mucho más valiosa que el oro y la plata que fue entregado a los cuestores con el propósito de que lo depositaran en las arcas públicas. Si la biblioteca de Livia me fascinó cuando la vi, la de Perseo no solo me encandiló, sino que casi me hace enfermar de la emoción. Lo que almacenaba Livia no era ni la milésima parte de lo que acumulaban los estantes del monarca heleno.

Miles de volúmenes conteniendo todo el saber de Grecia. Filosofía, historia, poesía, «copias de las tragedias de Eurípides, de Sófocles, de Esquilo, ditirambos de Telestes<sup>120</sup> y Filoxeno»<sup>121</sup>,



comedias, documentos oficiales, tratados militares, de arquitectura, música, las obras de Hipócrates sobre medicina. Incluso una copia de *La Ilíada* corregida por la mano del propio Aristóteles<sup>122</sup> y escritos firmados por Alejandro el Grande.

Todo entró a formar parte del archivo personal de mi padre. Tuvimos que agrandar nuestra finca en el campo al objeto de que cupiera aquella magna sapiencia recogida en antiguos y amarillentos rollos de papiro que han sido mi más preciada posesión a lo largo de estos años. Se necesitaron dos galeras para transportar los libros apilados dentro de cajas a Italia. Se hizo de inmediato.

El senado de Roma exigió rehenes en garantía de la paz lograda en Macedonia. Vinieron de toda Grecia. A la liga Aquea se le exigió mil individuos. Procedían de las ciudades de Acaya. El cónsul les acogió con afabilidad y recibió personalmente a los de elevada posición o que pertenecían a la clase dirigente. Muchos habían alcanzado la madurez. Cuando aparecieron los primeros, Lelio, el tribuno designado para recibirlos, los acompañó a la tienda de mi padre. Quinto y yo, además de otros oficiales, estábamos reunidos con nuestro progenitor. Lelio saludó militarmente al general quien hizo pasar a los recién llegados.

Mientras departían sobre diversos asuntos, dónde se alojarían, obligaciones asignadas, cómo sería su estancia en Roma, etc., uno de ellos, el más joven, un hombre de unos treinta años, puede que tuviera algunos años más de los que aparentaba, de agradables facciones, con una fina barba de vello negro recortada con solícito cuidado, galanamente vestido con una rica túnica blanca, de un blanco apagado, muy del gusto de los griegos, se fijó en la mesa en la que había algunos volúmenes de la biblioteca de Perseo que todavía no habían viajado a Italia entre los cuales descollaban los trabajos de Jenofonte, *Anábasis* y *Ciropedia*. Se dirigió a mí en su idioma nativo, hablaba un griego refinado, culto, producto de una esmerada educación.

—Joven tribuno, ¿has leído a Jenofonte? —demandó con amabilidad.

No comprendí casi nada de lo que dijo. Entendí el vocablo «joven» y poco más. Lelio, a mi lado, tradujo su pregunta. Me sorprendió. No sabía que mi nuevo amigo supiera hablar la lengua de Aristóteles que yo aún no había conseguido aprender. Antes de que respondiera a su interpelación, volvió a exclamar, esta vez en un apolíneo latín.

—Disculpa mi torpeza. Cuando he visto esos libros en la mesa, supuse que los estabas leyendo.

—Los ha mandado traer mi padre. Soy el hijo del cónsul. Y no soy tribuno.

—Entonces te pido doblemente disculpas —volvió a excusarse.

Después permaneció en silencio. Esperando que mi padre terminara de hablar con los más viejos. Finalizada la conversación, fueron conducidos a unas tiendas levantadas en el interior de una empalizada, donde esperarían el momento de su éxodo a Roma. El aqueo me causó una honda impresión. El tono de su dicción, su forma de moverse y expresarse, irradiaban calma y quietud.

Al día siguiente le dije a mi padre que saldría a cazar jabalíes y venados junto a Lelio. Estábamos cansados de carne de vaca cocida y gachas. Llevamos varias agujadas con punta de hierro. Monté el caballo roano que utilicé el día de la batalla. Lelio se subió a un nervioso caballo negro que halló en los corrales. Habían transcurrido tres meses desde la victoria de Pidna. Cabalgamos hacia la entrada del campamento. Pasamos por delante del cercado en el que estaban retenidos los rehenes. El individuo con el que había intercambiado unas palabras el día anterior paseaba por el interior del muro de madera. Le grité desde lo alto de mi montura.

—¡Griego! ¿Sabes usar una lanza?

—Si te refieres a que si he combatido, sí, he intervenido en algunas batallas. Siempre que las obligaciones de los aqueos lo exigían —respondió.

—No se trata de matar romanos. —Esbozó una leve sonrisa—. Vamos a cazar verracos salvajes. ¿Vienes con nosotros?

Lelio no aprobaba mi invitación. Máxime cuando entregué una lanza al heleno. Le dije que no se preocupara, que aquel griego no parecía peligroso. Le pedí a mi amigo que trajera un caballo de las cuadras. Regresó con un jamelgo tordo, flaco, pero de resistentes piernas.

—¿Sabes montar? —le volví a preguntar.

Sin contestar, dio un salto y se situó a horcajadas sobre el equino. Sujetó con fuerza las riendas y galopó unas decenas de metros. Giró con destreza el animal y regresó nuevamente a mi lado. Estaba claro que era un habilidoso jinete.

—Por cierto, mi nombre es Polibio, nacido en Megalópolis.

—Y el mío es Publio. Soy romano. Mi malhumorado coadjutor se llama Cayo, aunque prefiere que le conozcan por el *nomen* de su familia, Lelio. No aprueba que te haya entregado una jabalina.

—Tienes mi palabra de noble aqueo de que esta lanza solo la utilizaré contra los jabalíes.

—Está bien. Confiaré en lo que dices. Aunque a Lelio no le guste. Veremos lo que vale la palabra de un griego —pronuncié con sorna.

Salimos del castro y cabalgamos hasta un cercano bosque de encinas en el que practicar la actividad venatoria. El boscaje lo conformaban árboles de tronco grueso y ramas con hojas puntiagudas y espinosas rebosantes de bellotas. El alimento preferido de los cerdos silvestres. Trotábamos apaciblemente, esperando que un venado o un jabalí se cruzaran en nuestro camino.

Polibio me comentó que le resultaba raro que un joven noble romano no hablara su idioma. Le expliqué que no había tenido preceptores griegos y que mis maestros latinos se preocuparon más de hacer de mí un auténtico romano que de enseñarme griego. Idioma que, por otra parte, ellos tampoco dominaban.

Transcurrió una hora hasta que un ruido procedente de los matorrales atrajo nuestra atención. El primer verraco que surgió entre la maleza fue acosado por Lelio. Era un animal monstruoso de amarfilados y amenazantes colmillos. No tenía nada que envidiar al enorme jabalí de Erimanto<sup>123</sup>, que se alimentaba de hombres y de fuerza tal que con sus colmillos era capaz de arrancar árboles de raíz. Inicialmente, Lelio intentó emular a Hércules. Desde el caballo, arrojó su lanza a la bestia. El hierro de la puya hirió al animal. No lo suficiente para abatirlo, pero lo indispensable para enfurecerlo. Yo erré la lanzada. La fiera se volvió y cargó hacia mí. Mi caballo se asustó, hizo una brusca cabriola y me derribó. Caí tendido de espaldas. Dolorido y magullado. Mirando de frente al verraco que corría hacia mi cara. Dispuesto a destrozarme con las cuchillas afiladas y retorcidas que sobresalían de su boca.

—¡Publio! —gritó, Lelio. Un alarido de impotencia y desesperación.

Polibio actuó con rapidez. Desmontó de su cabalgadura. Se interpuso en la trayectoria de mi peludo enemigo. Con mucha sangre fría, levantó la lanza por encima del hombro derecho. Se contuvo hasta que el animal se aproximó a una distancia calculada.

—¿A qué esperas, griego? Os matará a los dos —le señaló el joven tribuno.

Cuando el asilvestrado cerdo estaba a unos cinco metros, Polibio arrojó la corta aguijada con tanta precisión que la punta atravesó el lomo del animal. Escuchamos un chillido atrabiliario. El impulso de la carrera le hizo dar varias vueltas hasta que rodando se detuvo a los pies de mi salvador que eran lo único que separaba mi nariz de los punzantes dientes del jabalí. Me puse en pie. Ofrecí mi mano al megalopolitano. Él me agarró por el antebrazo. Yo sujeté el suyo.

—Gracias, griego. —Mi agradecimiento era muy sincero.

—Ha sido un honor ayudarte, romano. —Su afirmación también lo fue.

Lelio puso sus manos sobre nuestros brazos cruzados y dijo:

—Vaya susto me habéis dado. Creí que no lo contabais.

Y así nació una probada amistad «en la que nada ha sido fingido, nada simulado, y lo que nos ha unido ha sido verdadero y voluntario»[124](#).

Aprendí griego gracias a Polibio. Conseguí hablarlo sin que mis diferentes contertulios notaran mi procedencia latina. Hubo alguno que incluso pensó que yo era un griego que había traicionado a su patria y se asombraba al conocer mi origen romano.

Por fin pude leer a Homero. Mi padre, el cónsul, tenía razón. Nada que ver con la traducción de *La Odisea* que había hecho Livio Andrónico. Homero era la perfección. Creo que, si la humanidad desapareciera de la faz de la tierra, sus versos seguirían siendo cantados por los vientos liberados del odre que Eolo[125](#) entregó a Ulises. Devoré también *La Ilíada*, la guerra de Troya causada por el amor de Paris y Helena. Solo los enamorados pueden entender este poema. Que un sentimiento apasionado como el amor pueda ser la causa de una brutal guerra.

Pero el libro que más me sedujo y que me ha acompañado en todas mis campañas fue *Ciropedia*. La historia de Ciro el Grande, rey de Persia. Ejemplo de gran estadista, gobernante y militar. Encarnaba las viejas virtudes de Roma. Lo que yo habría deseado descubrir en los dirigentes de la República y que únicamente hallé en mi padre.

Los meses que pasé en Grecia disfruté de la compañía de mis nuevos amigos. Polibio era quince años mayor que yo y Lelio me superaba en tres. La diferencia de edad no fue un obstáculo para que compartiéramos momentos inolvidables, fruto de nuestras comunes aficiones y esperanzas.

Los tres salíamos de caza cada vez que podíamos. Quinto nos acompañaba siempre que sus obligaciones militares se lo permitían. Mi padre quería que fuese tribuno cuando se presentara la ocasión. No obstante, aprendió griego, el necesario para salir airoso de alguna entrevista y el suficiente para leer con soltura cualquier documento. Mis conversaciones con Polibio y Lelio trataron de filosofía principalmente, pero también sobre otros muchos y variados temas, en especial de historia, la pasión de Polibio.

Dos meses antes de nuestra vuelta a Roma, partimos de caza como solíamos hacer. Quinto no pudo acompañarnos. Advertí a mi padre que dormiríamos fuera del campamento y regresaríamos por la mañana. Con certeras flechas, atrapamos dos ánades en una pequeña laguna que había en el centro de la floresta donde solíamos ir. Una para comer y otra para cenar.

El fuego que asaba las aves esplendía las almas de los árboles. En la cena, Lelio mencionó que echaría de menos el bosque. Se había convertido en un amigo que nos daba sustento y compartía nuestras reuniones. Polibio le preguntó si estaba seguro que era el mismo bosque o si era uno diferente.

—¿Qué quieres decir? —inquirió, curioso, Lelio.

—No os he hablado de Heráclito[126](#). —Una nueva lección de nuestro espontáneo maestro griego se avecinaba—. Para Heráclito, el devenir es el principio universal y eterno que rige todo lo que existe. Un devenir guiado por el logos, la razón. Según este antiguo filósofo, todo fluye, todo cambia, nada permanece. Por tanto, no podemos bañarnos dos veces en el mismo río, ni adentrarnos dos veces en el mismo bosque.

—No estoy de acuerdo —intervine en la disertación—. Como yo lo veo, sí podemos bañarnos repetidas veces en el mismo río porque este está en nuestro pensamiento. El verdadero río es el que está en nuestros recuerdos, no cambia, el que contemplamos con nuestros ojos puede ser temporal y corruptible, pero no es el auténtico río.

—Tu razonamiento es bastante platónico —respondió, admirado, Polibio.

—No entiendo nada de lo que estáis diciendo. O sea, que yo tengo un río en la cabeza en el que una vez me bañé, pero en el que tengo delante y moja mis pies, no puedo bañarme porque es ficticio. —Lelio no asimilaba el razonamiento de Heráclito.

Polibio y yo soltamos una sonora carcajada.

—Será mejor que cambiemos de conversación o nuestro estimado Lelio no dormirá tranquilo esta noche —continuó afablemente Polibio.

—Hablemos de algo más comprensible. Por ejemplo, hablemos del amor. El amor sí que te puede quitar el sueño —pidió Lelio.

—Dichoso tú, querido amigo, si comprendes los misterios del amor —le dije a Lelio.

—Alguna vez habréis estado enamorados —afirmó Lelio—. Dime, Polibio, ¿hay una mujer en tu vida?

—La hubo, de eso hace ya mucho tiempo. Yo tenía veinte años y ella dieciséis —entristecido, respondió Polibio—. Estuvimos a punto de casarnos.

—¿Y qué pasó? —curioseó Lelio.

—Dos semanas antes de los esponsales, unas fiebres se la llevaron. Durante un tiempo me sentí perdido. Una parte de mí había muerto con ella. Desde entonces, el estudio ha sido mi refugio y mi consuelo.

—No os lo había dicho antes, pero estoy prometido a una deliciosa muchacha. Se llama Antonia. Cuando volvamos a Roma, celebraremos el matrimonio. Espero que asistáis. Siempre está contenta y sonriendo, es como un jilguerillo de los que revolotean por encima de nuestras cabezas. Me da vergüenza decirlo, pero le escribí algunos poemas. —La felicidad iluminó la cara de Lelio—. Ella no supo apreciarlos. No se lo reprocho, no soy Píndaro<sup>127</sup>, ni Calímaco<sup>128</sup>. Pero a mí no me importa, ella me ama y yo la amo, aunque no le guste la poesía ni la filosofía.

—¿Por qué has mencionado a Calímaco? —interrogué extrañado.

—Bueno, me gusta mucho su poema *La cabellera de Berenice*, me evoca su largo pelo rubio —explicó Lelio—. «El que supo contar las luminarias de los cielos y computar su curso; el que descubrió por qué causa el flameo brillo del sol se oscurece, y anunció los planetas que lo rodean, Conon<sup>129</sup>, que conoció cómo Diana<sup>130</sup> se separa de las esferas celestes, y furtivamente corre a las grutas de Latmia<sup>131</sup> impelida por un dulce amor; este mismo Conon me ha visto resplandecer de brillante luz entre los astros, después de haber dejado de Berenice la cabeza. Esta reina había ofrecido, con los brazos tendidos al cielo, sus rizos flotantes en sacrificio a los dioses para hacerlos propicios a las armas del rey su esposo»<sup>132</sup> —recitó con pasión Lelio.

—¿Qué callado te lo tenías! Nuestro Lelio se nos casa y nosotros sin saberlo. Y, además, es todo un poeta —sentenció Polibio.

Yo miraba fijamente la hoguera, abstraído en mis pensamientos.

—Y tú, Publio, ¿has estado enamorado? —quiso saber Lelio.

—Sí. —Fue mi solitaria respuesta.

—Muy escueta tu contestación. Tu corazón se consume por ella. —Polibio leía mis pensamientos.

—Si es hija de una noble familia, quizá la conozca. —Al contrario que Polibio, el inocente Lelio no entendió las observaciones de nuestro amigo, que la mujer de mis pensamientos no me correspondía.

—La has visto todos los días. Cada mañana al despertar. Cerca de mi camastro. Además, es mi prima —aclaré a Lelio quien compartía tienda conmigo.

—¿Cerca de tu camastro? ¡Claro! ¡La pelirroja de tu escudo! Siempre me he preguntado por qué decorabas tu escudo con el nacimiento de Venus. La mayoría de los romanos dibujan a Marte,

a Hércules o a dioses parecidos. También a animales salvajes, pero rara vez una diosa. Y mucho menos la diosa del amor. Creía que era la diosa protectora de tu familia. Entonces, tendremos boda pronto. —Deliciosa candidez la de Lelio.

Polibio no decía nada temiéndose lo peor.

—La boda ya la hubo.

—¿Estás casado? —Bendita ingenuidad la de mi amigo.

—Lelio, ¿no te das cuenta que su amor no es correspondido? —le explicó Polibio.

—¿Estás enamorado de una mujer casada? —Lelio era feliz en su mundo.

—Cuando yo la conocí, aún no se había casado.

—¿Quién es su marido? —continuó Lelio con sus interminables preguntas.

—Tiberio Sempronio Graco.

—¿Graco? ¿El cónsul? —Lelio repetía mis palabras como lo haría el eco de un angosto valle —. ¿Estás enamorado de Cornelia! La hija de Escipión Africano. Ahora lo recuerdo. Su madre es tu tía, la hermana de tu padre. Y a ti te adoptó su hermano. Un lío. —Por fin, Lelio vio la luz.

—¿Y quién es ese afamado Graco? ¿Tantas buenas cualidades tiene que la tal Cornelia lo eligió antes que a nuestro querido Publio? —quiso saber Polibio.

—Tiberio Sempronio Graco es uno de los hombres más ricos, importantes e influyentes de Roma. Fue cónsul de la república y es posible que pronto lo vuelva a ser. Es mucho más viejo que Cornelia. Su boda fue sonada en la ciudad. Ella es tan famosa como él. Su belleza es legendaria. Habla griego perfectamente y fue educada en el estudio de todos vuestros artistas y filósofos. —La definición de Lelio era bastante ajustada a la realidad.

—¿Y qué pasó, Publio? ¿Quieres contárnoslo? —demandó Polibio.

Les expliqué cómo conocí a Cornelia el verano que pasamos en la quinta de mi padre. Nuestro primer encuentro en mi habitación mientras leía a Plauto. La primera visita al río. Los baños desnudos. Los besos y las caricias robados. Nuestras secretas reuniones nocturnas y cómo me arrojó de su lado. No omití detalles.

Cuando finalicé la narración, Lelio estaba con la boca abierta y con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—Parece que la tal Cornelia es todo un carácter. —Polibio fue prudente en su comentario.

—Lo que sí os pido es que no reveléis mi secreto a nadie. Ni siquiera mi hermano Quinto lo sabe.

—Por lo que a mí respecta, vendrá conmigo a la tumba —prometió Polibio

—Sí, claro, por supuesto. Será nuestro secreto —acertó a decir Lelio—. Amigo mío, no me gustaría estar en tu lugar. Apuntas demasiado alto. Deberías de tratar de olvidarla. Pretender a otra mujer.

—¿Crees que no lo he intentado? Hasta me inició en los misterios de Eros [133](#).

—¿Y qué pasó? —preguntó intrigado Polibio.

—Le hice mucho daño. Es una mujer encantadora. Se llama Livia. No me arrepiento de haberla conocido, pero debí dar por terminada nuestra relación mucho antes. Ahora creo que será mejor que durmamos un poco —corté la conversación.

La mañana siguiente nos despertamos con los primeros rayos de sol que conseguían esquivar las densas copas de los árboles.

El cónsul nos esperaba con un funesto correo del senado de Roma. En la carta, los padres conscriptos concedían permiso al ejército para saquear las ciudades en el Epiro. Las tropas podían quedarse el botín. Mi padre sabía lo que aquello significaba. Muerte y violaciones de inocentes a manos de la soldadesca.

Muchas de esas ciudades eran aliadas de la república, aunque no podía hablarse de una adhesión generalizada. Efectivamente, existía una discordancia entre los diferentes núcleos urbanos de la zona con respecto a la actitud que debían tomar hacia Roma. Estas discrepancias se hicieron evidentes en la guerra contra Perseo. La facción antirromana ganó la partida. Si bien al principio de la contienda había declarado su neutralidad, conforme avanzaba la pugna fue posicionándose a favor de Macedonia, lo que provocó, a su vez, el cambio de actitud del senado hacia la región. El viejo cónsul estaba en contra de aquella monstruosidad, pero no le quedaba otro remedio que acatar las órdenes.

Muchas veces los militares no entendemos las decisiones políticas, pero no nos queda otra solución que obedecer. De ello, yo tendría cumplida cuenta en el futuro.

En el camino de regreso a Roma nos detuvimos en el Epiro como estaba previsto, exigiendo a cada ciudad que depositase extramuros sus fondos de metal precioso en un día y a una hora determinados, a cambio de retirar las guarniciones romanas que los anteriores cónsules habían emplazado. Mi padre envió con antelación a cada municipio un destacamento con el fin de que estuvieran situados al unísono en un momento fijado de antemano. Una vez salieron los principales de cada ciudad con las cantidades acordadas se procedió sin previo aviso al saqueo general del casco urbano.

Más de setenta poblaciones fueron arrasadas a sangre y fuego. El producto de la preda alcanzó para entregar cuatrocientos denarios a cada jinete y doscientos a cada infante. Quien se opuso a la infamia fue asesinado por los legionarios. Fue un día amargo para mi padre y para nosotros. Yo no encontraba palabras que justificaran ante Polibio tamaño oprobio. Sin embargo, a las tropas la rapiña les pareció escasa a pesar de que más de cien mil personas fueron vendidas como esclavas.

La naturaleza moderada y buena<sup>134</sup> de mi padre era contraria a la barbarie pero ¿cómo un general iba a desobedecer las órdenes del senado? Sabíamos que los epirotas, aunque enemigos durante el conflicto macedónico, habían permanecido bajo control romano gracias a la vigilancia que se había apostado en sus inmediaciones. A mi padre le repelía lo que le mandaron hacer. No obstante, siguió las órdenes del senado de fustigar las ciudades epirotas por su apoyo a Perseo.

Tratamos de olvidar lo sucedido en el Epiro, pero era la ley de la guerra. Ya lo dijo el galo Breno cuando ocupó Roma: «*Vae Victis!*»<sup>135</sup>.

Las semanas transcurrieron rápidamente, más rápido de lo que hubiésemos deseado. La vuelta a Roma significaba la separación de nuestro amigo Polibio y un futuro incierto para él.

Navegamos en medio de un fuerte oleaje. Esta vez, Neptuno no consiguió marearme. Al igual que en la ida, Quinto disfrutaba con cada salto de la galera sobre el mar. Las olas surtían en la cubierta. Me agradaba mojarme. La fuerte brisa del mar me mantenía vivo. Al contrario, Lelio estuvo todo el viaje con la cabeza metida en un recipiente que le servía de vomitorio. Polibio embarcó en otra nave, con parte de los rehenes aqueos que fueron distribuidos en varios barcos. Nos despedimos con un dilatado abrazo. Le prometí que intercedería ante mi progenitor con la intención de que el senado lo alojara en Roma y no lo enviara a alguna perdida ciudad itálica. Fueron palabras de consuelo porque algo en mi interior me decía que los padres conscriptos no accederían a mis deseos. Rogué a los dioses por su seguridad y porque nos volviéramos a reunir pronto.

---

<sup>79</sup>. 183 a. C.

<sup>80</sup>. 168 a. C. El año consular comenzaba en los idus (el día 15) de marzo. Marcaba también el comienzo del año en el calendario

romano.

- [81.](#) Filipo V. Rey de Macedonia desde el 221 hasta el 179 a. C.
- [82.](#) 197 a. C.
- [83.](#) 179 a. C.
- [84.](#) Eumenes II.
- [85.](#) 172 a. C.
- [86.](#) 171 a. C.
- [87.](#) 170 a. C.
- [88.](#) 169 a. C.
- [89.](#) 15 de marzo del 168 a. C.
- [90.](#) Tito Livio. *Historia de Roma desde su fundación*. XLIV. 18. 2-5.
- [91.](#) Tito Livio. *Historia de Roma desde su fundación*. XLIV. 20.
- [92.](#) Diosa de la caza protectora de la naturaleza.
- [93.](#) Ciudadano de la antigua Roma.
- [94.](#) Hace referencia a que le tocó por sorteo el mando y gobierno de Grecia. En la República romana, una vez elegidos los cónsules, se les asignaban por sorteo las provincias bajo su jurisdicción. Según Tito Livio, a Emilio le tocó en el sorteo Grecia. Sin embargo, Plutarco señala que le fue asignada directamente sin sorteo previo (*extra ordinem*).
- [95.](#) Gayo Licinio Craso. El otro cónsul del año 168 a. C.
- [96.](#) Ver nota 20. Capítulo 1.
- [97.](#) Tito Livio. *Historia de Roma desde su fundación*. XLIV. 22.
- [98.](#) Palabra latina con la que se designa a las casas que ocupaban las clases altas.
- [99.](#) Plutarco, *Vida de Emilio Paulo*; también en Cicerón, *De divinatione* (Sobre la adivinación). 1. 103; y en Valerio Máximo. *Hechos y dichos memorables*. I. 5. 3.
- [100.](#) 1 de abril del año 168 a. C.
- [101.](#) Tito Livio. *Historia de Roma desde su fundación*. XLIV. 33.
- [102.](#) Tito Livio. *Historia de Roma desde su fundación*. XLIV. 38. 11.
- [103.](#) *Ibidem*. XLIV. 39. 4-5.
- [104.](#) El eclipse de luna tuvo lugar la noche del 21 al 22 de junio del año 168 a. C., lo que permite conocer la fecha exacta de la batalla que aconteció la mañana siguiente.
- [105.](#) Lanzas largas de 6 metros de longitud que se sujetaban con ambas manos.
- [106.](#) Infantería griega.
- [107.](#) Tres de la tarde.
- [108.](#) Plutarco. *Vida de Emilio Paulo*.
- [109.](#) Cayo Lelio. Cónsul del año 190 a. C.
- [110.](#) En la mitología griega, perro de tres cabezas que vigilaba las puertas del infierno.
- [111.](#) Dioses del inframundo.
- [112.](#) Veintidós kilómetros aproximadamente. Un estadio contaba unos 185 metros.
- [113.](#) Plutarco. *Vida de Emilio Paulo*.
- [114.](#) En la mitología griega, dios del sueño.
- [115.](#) Plutarco. *Vida de Emilio Paulo*.
- [116.](#) *Ibidem*.
- [117.](#) En la mitología griega, Prometeo es un titán creador del primer hombre al que esculpió en arcilla.
- [118.](#) Plutarco. *Vida de Emilio Paulo*.
- [119.](#) Plutarco. *Vida de Emilio Paulo*.
- [120.](#) Telestes de Selinunte y Filoxeno, poetas griegos (siglos IV – III a. C.).
- [121.](#) Plutarco. *Vida de Alejandro*.
- [122.](#) *Ibidem*.
- [123.](#) El cuarto trabajo de los famosos doce que llevó a cabo Hércules, consistió en matar a este jabalí.
- [124.](#) Cicerón. *Lelio o de la Amistad*. 26.
- [125.](#) Dioses del viento.
- [126.](#) Filósofo griego (siglos VI - V a. C.).
- [127.](#) Poeta lírico griego de finales del siglo VI y principios del siglo V a. C.
- [128.](#) Poeta griego del siglo III a. C.
- [129.](#) Astrónomo griego de la isla de Samos. Siglo III a. C.
- [130.](#) Diana Cazadora. También fue diosa de la Luna.
- [131.](#) Gruta en la que habitó el cazador Endimión, de quien Diana estaba enamorada.
- [132.](#) Estos versos están basados en la traducción que el poeta romano Catulo (siglo I a. C.) hizo del poema original de Calímaco del cual solo se conserva un pequeño fragmento.
- [133.](#) Dios griego del amor y del sexo.
- [134.](#) Plutarco. *Vida de Emilio Paulo*.

[135](#). ¡Ay de los vencidos!



## El triunfo<sup>136</sup>

Arribamos a Roma remontando el Tíber, «en la nave del rey, de gran tamaño, impulsada por dieciséis bancadas de remos, decorada con los despojos macedonios tanto de armas fuera de lo común como de tapicerías reales. Las orillas de río estaban abarrotadas por el gentío que se había desbordado para recibirnos»<sup>137</sup>.

Nos esperaba una desagradable sorpresa. La diosa Fortuna no quiso concedernos la completa felicidad. Recordé los versos de Plauto que Livia pronunció en nuestra primera cita. La lapidaria sentencia que profiere Alcmena al comienzo de la segunda escena del segundo acto de Anfitrión:

«Este es el destino de todos y cada uno de nosotros en este mundo, y esta es la voluntad de los dioses, que no haya rosa sin espina».

Toda alegría conlleva entrelazada una desgracia. Mis hermanos pequeños estaban gravemente enfermos. Los médicos no acertaban con el mal que los atormentaba. Además, una gran parte de los soldados, encabezados por el cobarde y mezquino tribuno Servio Galba, enemigo acérrimo de mi padre, se oponían a que el senado le otorgara el triunfo al que se había hecho acreedor, alegando el trato despótico y la rígida disciplina que habían recibido del cónsul. Una villanía impropia de un militar romano.

Las indecentes maquinaciones ocultaban los verdaderos motivos del descontento. Estimaban ridículo lo que habían recibido en el reparto del inmenso botín arrebatado a Perseo y a las ciudades del Epiro y que mi padre había cedido al pueblo de Roma. A Quinto y a mí nos hubiese gustado rebanarle la garganta. Pero el pago por librar a la sociedad de este miserable habría sido nuestras vidas. Lelio se ofreció para realizar el trabajo sucio durante la noche. Acompañado por tres o cuatro legionarios leales asaltarían al ruín de Galba en una estrecha callejuela y le darían su merecido. El bueno de Lelio. Tan fiel y devoto como acostumbra. Ni qué decir tiene que rechazamos su ofrecimiento.

Por otro lado, desconocíamos el paradero de Polibio. La galera en la que venía con otros rehenes aqueos llegó a Roma una semana antes que nuestra nave. Nada más desembarcar, los exiliados griegos fueron repartidos por Italia. ¿Cuál habría sido su destino? ¿Recibiría un buen trato? ¿Soportaría un elevado espíritu como el suyo las posibles humillaciones a las que quizás se vería sometido? Estas dudas y la quebradiza salud de mis hermanos acuciaban mis pensamientos.

Para más insidia, los tribunos<sup>138</sup> de la plebe permitieron que Galba «escupiera» en los comicios tribunados<sup>139</sup> su putrefacta bilis contra su antiguo general. Mientras, mi padre permanecía en casa. Pegado junto a su esposa a la cama de sus aquejados vástagos. Mi madrastra

estaba desconsolada. Sujetaba en brazos a mi hermanita Emilia Tercia, a la que había bañado con su llanto desesperado.

Tras las mentiras de Galba en los comicios exigiendo la denegación del triunfo, se procedió a la votación. La primera tribu votó en contra. Cuando la segunda iba a emitir su voto los senadores entraron en la asamblea. Por toda la ciudad se había difundido la voz de que los comicios de las tribus, cohibidos por la soldadesca, estaban cometiendo una injusticia. La plebe veía con disgusto que se ofendiera al cónsul e incitó al senado a intervenir.

Los padres conscriptos llegaron a tiempo para suspender el sufragio y requerir el uso de la palabra a los tribunos. Se hizo un mutismo helador. Si alguno de los pérfidos soldados hubiese desenvainado la espada se habría producido una masacre. En medio del denso silencio surgió el valiente senador «Marco Servilio, varón consular, que en desafío había muerto a veintitrés enemigos»<sup>140</sup> y señalando con el dedo a la canallada, intimó a Galba y a sus cómplices en los siguientes términos:

—«Ahora conozco, cuán grande general es Emilio Paulo, viendo que con un ejército en que no se advierte sino indisciplina y maldad ha podido ejecutar tan grandes y tan singulares hazañas y me maravillo de que el pueblo, que tanto se honra con los triunfos alcanzados sobre los ilirios y los ligures, no quiera honrarle con el triunfo después de haber apresado vivo con las armas romanas al rey de los Macedonios, y haber sido traída en cautiverio la gloria de Alejandro y de Filippo».

Y no se detuvo ahí Servilio. Acusó de hipócritas a los que se oponían a la recompensa de mi padre, que habían realizado ofrendas a los dioses cuando se conoció en Roma la victoria en Pidna y ahora se negaban a que el vencedor obtuviera el justo reconocimiento.

—«Pero la malignidad —continuó Servilio— ha tomado tanto ascendiente entre vosotros, que un hombre sin heridas y con el cuerpo brillante por su lisura —habló refiriéndose a Galba—, como criado a la sombra, se atreve en materia de mando militar y de triunfo a llevar la voz ante vosotros mismos, que habéis aprendido con tantas heridas a discernir entre la virtud y la inutilidad de los generales.

Y, al decir esto, se rasgó la toga, mostró en el pecho una multitud increíble de cicatrices. Luego se giró y descubrió ciertas partes del cuerpo que no parecía decente desnudar en público y dirigiéndose a Galba le dijo:

—Tú, sin duda, te burlas de estas viejas suturas, mas yo las luzco con orgullo ante los ciudadanos, pues por ellos las he recibido, cabalgando de día y de noche, y no siento por ello ninguna vergüenza, puesto que no me ha impedido servir debidamente a la patria en la paz o en la guerra. Yo, soldado veterano, he mostrado a los soldados jóvenes este cuerpo repetidas veces maltratado por el hierro, que Galba muestre el suyo, lustroso e intacto. Pero, vamos, llévalos a votar que yo bajaré y los seguiré, y con esto conoceré quiénes son los traidores y desagradecidos, y los que en la guerra quieren más alborotar que obedecer y mantener la disciplina»<sup>141</sup>.

La amenazante gavilla, arrepentida, comenzó a retirarse, hasta que Galba se quedó solo. Para evitar que la turba lo despedazase, fue escoltado por varios senadores fuera de las murallas de la ciudad. No querían que un derramamiento de sangre enturbiara las celebraciones. Las otras tribus votaron a favor de la concesión del triunfo a mi padre y se decretó que tuviera lugar el día veintisiete del mes en curso. Faltaban cinco días. La plebe exultó con exclamaciones de júbilo. Servilio fue llevado en alza hasta su *domus*. La noticia corrió por toda Roma.

Mis hermanas<sup>142</sup> y yo no nos habíamos separado de nuestro padre. Quinto y Lelio vinieron apresuradamente a comunicarnos la buena nueva. Nos relataron lo que había ocurrido. La gallardía del senador Marco Servilio. Por unos instantes el cónsul apartó la mirada de sus hijos.

Con un liviano gesto les agradeció los comentarios. Unas gotas de alegría entre las lágrimas que encharcaban sus avejentados ojos y los gritos de desesperación de su apesadumbrada esposa: mi hermano pequeño, recién cumplidos los doce años, acababa de fallecer. El mayor, que tenía catorce años, lo siguió en su triste viaje a los Campos Elíseos tres días después de que finalizara el desfile.

Me pregunté si aquello era un castigo de los dioses o el precio que tuvo que pagar mi padre por someter a la culta Grecia. Mis pobres hermanos murieron demasiado jóvenes. «Se les tendría que haber visto vestidos con la toga pretexta desfilando en el carro al lado de mi padre, soñando con triunfos similares para ellos mismos»<sup>143</sup>. Estoy convencido que sus espíritus acompañaron al viejo cónsul en el desfile y que en el cielo dos inocentes almas brillan jugueteando con el resto de estrellas.

Era la mañana del 29 de noviembre del año 586 a. u. c.<sup>144</sup> cuando mi padre se subió al carro cubierto de oro, engalanado de rojo y púrpura y del que tiraban cuatro pujantes y fogosos caballos albinos que habrían rivalizado en belleza con el mismísimo Arión<sup>145</sup>. Nunca Roma había conocido tres días continuos de desfiles. La cantidad de argentíferos y áureos metales, armas, obras de arte, rehenes y prisioneros era tan grande que se necesitaron varios días para mostrarlo al pueblo de Roma. El cónsul, compungido, trataba de disimular su pena.

Vestía una armadura dorada finamente labrada con escenas de la batalla que había ganado y rematada con la cara de Marte que observaba los combates entre griegos y romanos. Debajo de la coraza, llevaba puesta una túnica de diversos colores bordada en oro. El auriga, ricamente ataviado, agarraba con fuerza las riendas. Mi padre, sentado detrás, sujetaba una corona de laurel en la mano derecha y el cetro de marfil con el águila de Júpiter en la izquierda. De pie, un esclavo sostenía encima de la cabeza de mi padre otra corona de laurel y le repetía constantemente:

—¡Recuerda que solo eres un hombre!

Quinto y yo le seguiríamos, caminando a cierta distancia. Nuestros cascos y corazas reflejaban los rayos de sol. Dos capas escarlatas caían en cascada sobre nuestras espaldas.

«El primer día apenas alcanzó para que pasaran los carromatos arrastrados por doscientas yuntas, cargados con innumerables estatuas de bronce, las pinturas arrancadas de las casas de la nobleza griega y los colosos de mármol arrebatados a sus ciudades rendidas.

El segundo día desfilaron en muchas carretas las armas más hermosas y acabadas de los macedonios, espadas y lanzas relucientes con el hierro pulido. La distribución montada con sutileza y orden parecía casual, las celadas sobre los escudos, las corazas junto a las grebas; las adargas cretenses, los escudos redondos de Tracia, las fundas de flechas mezcladas con los frenos de los caballos, a su lado espadas desnudas, y contiguas a estas las agujadas macedonias, habiéndose dejado volitivos huecos entre esas armas, con lo que en el recorrido, dando unas con otras, formaban un eco áspero y desapacible, que aun con provenir de armas vencidas hacía que su vista inspirase miedo.

En pos de estos carros de las armas marchaban tres mil hombres, acarreando las monedas de plata en setecientas cincuenta espuelas de a tres talentos<sup>146</sup>, y a cada uno de estos le acompañaban otros cuatro. Seguían luego los que cargaban salvillas, vasos, jarros y tazas de plata, muy bien colocadas todas estas piezas para que pudieran verse, primorosas en sí, por lo grande y doble que parecían.

En el tercer día, muy de mañana, abrieron la pompa *cornicines*<sup>147</sup> soplando cornos largos y curvados, que tocaban, no una marcha compasada y propia del caso, sino aquella con que se incitan a los romanos en medio de la batalla, y en seguida eran trasladados ciento veinte bueyes cebones, a los que se les habían dorado los cuernos, y que habían sido adornados con cintas y

coronas. Los jóvenes que los llevaban, ceñidos con fajas muy vistosas, los dirigían al sacrificio, y con ellos, otros más efebos con jarros de plata y oro para las libaciones.

Andaban luego los que transportaban las monedas de oro, repartidas en setenta y siete esportillas de a tres talentos de plata. Tras estos seguían los que portaban el ánfora sagrada, que Emilio había hecho adornar con pedrería de hasta diez talentos, y los que exhibían las copas de los antígonos<sup>148</sup>, de los seléucidas<sup>149</sup> y del artista Tericles<sup>150</sup> y la vajilla que usaba Perseo en sus banquetes. Inmediatamente iba el carro de Perseo y sus armas, y la diadema puesta sobre estas.

Después, con algún intervalo, eran conducidos como esclavos los hijos del Rey, y con ellos el grupo de camareros, de maestros y de ayos, bañados en lágrimas, y que tendían las manos a los espectadores, adiestrando a los niños a pedir y suplicar. Eran estos dos varones y una niña, poco atentos a la magnitud de sus desgracias a causa de la edad, y por lo mismo esta simplicidad suya en semejante mudanza los hacía más dignos de compasión; de manera que estuvo en muy poco el que Perseo se les pasase sin ser visto, tan fija tenían los romanos la vista por caridad sobre aquellos inocentes que muchos lloraron. No hubo ninguno para quien en aquel espectáculo no estuviese mezclado el pesar con el gozo hasta que los niños hubieron pasado.

No venía muy distante de los hijos y de su servidumbre el mismo Perseo, envuelto en una capa gris, calzado al estilo de su país, con el aspecto de quien, por la magnitud de sus desgracias, estaba completamente anonadado y había perdido la razón. A este le seguían muchos amigos y parientes, anegados sus rostros en llanto y que, con su mirada fija en Perseo, inspiraban a los espectadores la idea de que lamentaban más la suerte de aquel, apreciando muy poco la propia desventura.

Perseo había rogado a mi padre que no lo incluyera en el desfile triunfal. El cónsul, condecorador de las artimañas del rey y de su consabida cobardía y apego a la vida le respondió:

—Eso está en tu mano, si lo deseas, como lo estuvo tras tu derrota.

Perseo no tuvo el valor de quitarse la vida antes de padecer la humillación de ser expuesto a la vista del pueblo de Roma entre los despojos que figuraban en los carros.

A continuación desfilaron cuatrocientas coronas de oro, que las ciudades habían enviado con embajadas a Emilio. Las coronas eran el premio por su victoria»<sup>151</sup>.

Finalmente venía mi padre. Montado en el carro magníficamente adornado que he referido al principio. El rostro pintado de rojo que expresaba su vitalidad divina. Con la rama de laurel y el cetro de marfil en sus manos y el alma destrozada por la muerte de mi hermano y por el fatal destino que presagiaba el otro. Quinto y yo nos mirábamos abatidos. Haciendo un gran esfuerzo para no llorar. Apartando a las jóvenes que nos abrazaban y nos lanzaban guirnalda de flores y aprovechaban la cercanía para pedirnos yacer con ellas cuando finalizara el desfile. Los lictores trataban de protegernos. Intentando que no decayéramos por el peso y los continuos besos y abrazos de las mujeres que se colgaban de nuestros cuellos.

Me consolaba el recuerdo de Cornelia. Pensar que ella estaría observándome desde alguna de aquellas ventanas saturadas de gente arreglada con blancas túnicas.

Unos pasos detrás, Lelio venía al frente del primer manipulo. Mi padre le había concedido ese honor por salvarme la vida. Hubo un momento en que una hermosa doncella lo agarró del brazo y caminó a su lado unos instantes. Miré hacia atrás al objeto de comprobar el estado de la formación y Lelio señaló con el dedo a su acompañante mientras esbozaba una enorme sonrisa. Era Antonia, el «jilguerillo» que había robado el corazón a nuestro amigo. Atractiva y risueña como la describió Lelio.

¡Qué importaba si no le gustaba la poesía o no era un portento en filosofía!

Hacía feliz a Lelio y eso era suficiente.

Iguales ramos de oloroso y perfumado laurel que portaba mi padre, llevaban la mayoría de los soldados, cantando canciones patrióticas, serias y jocosas, e himnos de victoria y alabanzas hacia su general invicto.

Anduvimos durante mucho tiempo. Habíamos partido del Campo de Marte. Después de callejear por Roma, pasamos por la Puerta del Triunfo y nos encaminamos hacia el Circo Flamínio. De allí nos dirigimos al Circo Máximo. Desde aquí giramos por la colina Palatina y avanzamos por la Vía Sacra hacia el Capitolio. Llegamos a los pies del Monte Capitolino. Mi padre descendió del carro triunfal y subió las escaleras que le guiaban al templo de Júpiter. Nosotros le seguíamos con marcialidad, sin pestañear.

Tras las ofrendas a Júpiter Capitolino regresamos a casa. Los festejos continuaron en la ciudad. Tres días más tarde feneció mi hermano de catorce años. La fortuna y la desgracia se habían cebado con mi padre. «No hay rosa sin espinas». Profundamente lacerado, mi padre soportó el dolor con estoicismo. Creo que la pena por las muertes de sus dos hijos, que suponía el final de su nombre puesto que mi hermano Quinto y yo habíamos sido adoptados por los Cornelios y lo Fabios, lo debilitaría sin remisión en años venideros y lo llevaría a la tumba durante el consulado de Lucio Anicio Galo y Marco Cornelio Cetego<sup>152</sup>.

Casi sin tiempo para que se consumieran los castos cuerpos de mis hermanos en la pira funeraria, mi progenitor habló en la asamblea del pueblo una semana antes de retirarse a nuestra finca en la campiña donde se almacenaban en montones de cajas los volúmenes de la biblioteca de Perseo esperando para ser no solo clasificados, sino también «engullidos» por mí.

En el discurso dirigido al pueblo de Roma, el «viejo león» no buscó consuelo por su infortunio sino que consoló a los quirites que estaban apenados por la adversidad que había sufrido mi familia. Les recordó los servicios prestados a Roma y la desdicha acontecida a su linaje con la muerte de sus hijos y con los otros dos entregados en adopción. Detalló cómo en quince días terminó con la guerra en la que tres cónsules antes que él habían fracasado, logró la rendición de Macedonia y el apresamiento del rey Perseo y del tesoro real que entregó a las arcas públicas. Pero el cónsul temía que aquella ventura tuviera su contrapunto. Mi padre era un patriota y por ello rogó a los dioses que ese lado nefasto que acompaña a la suerte recayera sobre su casa y no sobre la república. Los dioses oyeron sus plegarias. Roma consiguió la gloria. Mi familia, la muerte de mis hermanos.

Perseo fue recluido en Alba Fucens. Al principio en una celda sombría. Después fue trasladado a una cárcel más limpia y luminosa en la que se le trató con más humanidad. Pasó en prisión dos años antes de quitarse la vida. Se dejó morir de inanición. Hay quien dice que ofendió a sus celadores y que estos le provocaron la muerte impidiéndole conciliar el sueño hasta que falleció. El senado pagó el sepelio. Los padres conscriptos quisieron que el último ocupante del trono de Alejandro tuviera un entierro decente.

Antes de volver a la hacienda de mi niñez y lugar de encuentro del amor de mi vida, Quinto y yo visitamos a nuestra madre. Estaba afectada por la fatalidad acaecida sobre la *gens* Emilia, pero orgullosa de que sus hijos fueran los nuevos Cástor y Pólux<sup>153</sup> de Roma. Nos preguntó si habíamos considerado casarnos. Nos dijo que las mujeres casaderas de Roma estaban a nuestros pies. Quinto se rio. Yo le respondí que aún no había encontrado a la mujer adecuada. No podía explicarle a mi madre que amaba a la esposa de un antiguo cónsul de la república, el afamado Tiberio Sempronio Graco.

Adelantamos a nuestro padre en el retorno a la vieja finca del agro. Él permaneció en la ciudad hasta concluir los asuntos relacionados con la guerra de Macedonia y con la dación y recuento del

oro traído de Grecia. Nos despedimos de Lelio pidiéndole que viniera a vernos a la primera oportunidad que se le presentara y que en la medida de lo posible se interesara por el paradero de Polibio. Le dijimos también que cuidara el «jilguerillo» que ocupaba sus pensamientos ahora que podía contemplarlo revolotear todos los días. Lelio sonrió y nos abrazó efusivamente prometiendo que nos reuniríamos pronto.

En la heredad, muchos recuerdos afloraron en mi cabeza. Cada rincón, cada esquina, cada estancia de la casa me evocaba la imagen de Cornelia. Las caricias, los besos, los abrazos, hasta los sueños que estúpidamente forjé sobre un futuro en común.

Afortunadamente, estaban los libros de Perseo para distraer mi atención. La biblioteca arribó semanas antes de que dejáramos Grecia. Los custodios de los textos partieron con la orden de mi padre de que se edificara una nueva sala adosada a la casa con la entidad suficiente para acoger los volúmenes. El recinto estaba finalizado. El techo adornado con imágenes de la vida de Atenea<sup>154</sup>. Destacaba por su colorido el nacimiento de la diosa surgiendo de la cabeza de Zeus. Los armarios artísticamente decorados aún vacíos, alineados y apoyados contra la pared. Habían sido encargados por Druso, el esclavo de confianza de mi padre, a los mejores carpinteros de Roma.

Había mucho trabajo por hacer. Comencé a abrir cajas de madera en mi afán por extraer y archivar la infinidad de rollos de papiro que contenían. No esperaba la ayuda de Quinto. Conocía las preferencias de mi hermano. Eché de menos a Polibio. Él habría sabido clasificarlos.

Decidí separar por materias. Filosofía, historia, música, comedias, tragedias. La lista era infinita, como infinito era el principio de todas las cosas según decía Anaxímenes<sup>155</sup> en el libro que tenía entre las manos. Si el principio era el aire como afirmaba el filósofo, era otra cuestión, pero en aquellos momentos no tenía tiempo para discernir si Tales<sup>156</sup>, Anaximandro<sup>157</sup> o Anaxímenes se equivocaban o estaban en lo cierto. El trabajo era abrumador y desconcertante. ¿Dónde encajaba la cosmología de Parménides<sup>158</sup>? ¿Colocaba sus obras junto a las de Anaxágoras<sup>159</sup>? ¿Y la teoría de este último que hablaba de las semillas infinitamente pequeñas que dotan de cualidades diferentes a la multiplicidad de objetos que percibimos? Polibio me había explicado que para Anaxágoras nada nace ni nada perece, solo hay reunión y separación de los elementos existentes, por lo cual, nacer es una agregación y morir una separación. Le dije a mi amigo que algo de razón tenía. La separación de Cornelia me hacía morir de amor. Polibio rio mi declaración.

—No creo que Anaxágoras —respondió— se refiriera a los designios del amor.

En una caja encontré el poema de Empédocles<sup>160</sup> titulado *Sobre la Naturaleza*, en el que reduce el universo a cuatro raíces o elementos: aire, agua, tierra y fuego. Empédocles opinaba que todas las formas y materias son combinaciones cambiantes de esos cuatro elementos en los que el amor y el odio juegan un papel estabilizador similar a fuerzas de unión y separación. Siempre el amor y el odio. ¿Tendría razón Empédocles? ¿No serían estas las fuerzas que mueven el mundo?

Abrí otra caja y apareció un busto de Sócrates. Se lo había comprado por unos pocos sestercios a un soldado que lo llevaba bajo el brazo tras el saqueo de una de las ciudades del Epiro. Era de bronce. El legionario intuía que era de oro por cómo brillaba. Yo desconocía quién era hasta que Polibio me lo señaló.

—Mira, Publio. Ese legionario lleva a Sócrates entre los objetos que ha robado.

La filosofía de los griegos cambió completamente después de Sócrates. Al contrario que la mayoría de los pensadores anteriores a él, que centraron sus estudios en la naturaleza, Sócrates se fijó en el ser humano. Se preocupó por la moral y porque la educación de los niños, de los jóvenes y también de los adultos se subordinara a la ética.

¡Cuánto cambiaría el pueblo romano si los maestros enseñaran a sus alumnos las doctrinas de Sócrates!

Me costó convencer al legionario que el busto no era de oro sino de bronce. Accedió a vendérmelo. Hay quien piensa que la cara es el espejo del alma. Si fuera cierto, viendo el rostro de Sócrates lo relacionaríamos con un criminal o con un delincuente. Sócrates era feo de solemnidad. Habría competido con Hefesto<sup>161</sup>. Su faz evocaba las grotescas caras que algunos hoplitas muertos en Pidna llevaban dibujadas en sus escudos. Sin embargo, su ideal y su alma, como las de Homero, eran sublimes. Hasta su muerte fue digna de una tragedia de Eurípides. La educación que propugnaba debía estar en íntima consonancia con las leyes de la república. Cuando fue condenado a beber el jugo de la cicuta, acusado de corromper con sus teorías a los jóvenes atenienses, sus amigos le pidieron que huyera de la ciudad. Sócrates, fiel a sus principios de obediencia a las leyes del Estado, acató la sentencia.

No había terminado de situar al admirado Sócrates sobre una ménsula cuando escuché envuelto en alegría el grito de mi hermano Quinto.

—¡Publio! ¡Padre ha llegado!

Sin dilación, dejé mis quehaceres para saludar a nuestro progenitor. Ansiaba comprobar cómo le habían afectado las muertes de mis hermanos. Se había entretenido en la ciudad más tiempo del que hubiera deseado. Hacía tres semanas que no lo veíamos. Me esperaba en el *atrium*. Lo abracé. Una mezcla de felicidad y tristeza se reflejaba en su ánimo. Alegría por volver a ver a sus hijos mayores, pena por la añoranza de los hijos perdidos. Mi madrastra estaba muy aquejada. Vestía luto. Con una túnica gris oscura adornada con cintas del mismo color<sup>162</sup>. No lucía joyas ni ornamento alguno. Mi hermanita Emilia Tercia cogida de su mano. Mi padre le había regalado un nuevo perro. Todavía un cachorro. Me agaché para besarla.

—¿Te gusta, Publio? Se llama Catón. Padre escogió el nombre. Dice que ladra igual que un senador amigo suyo. Yo no sé quién es. ¿Tú lo conoces? —¡Qué maravillosa es la pureza de la infancia!

—Sí, lo conozco. Es un nombre muy bonito.

Mi hermana Emilia tenía cinco años. Era el único consuelo de sus padres. Quinto la cogió en brazos. Le comentó que el animal parecía un lobezno. El cónsul solicitó nuestra atención. Lelio apareció de la oscuridad del vestíbulo, con su característica sonrisa y aureola de despreocupación.

—¡Lelio! —Mi grito resonó por toda la casa.

—¡Publio!, ¡Quinto! ¡Qué alegría volver a verlos! —manifestó nuestro amigo.

—Pero ¿y el «jilguerillo»? ¿Qué ha sido de él? —inquirí curioso.

—En Roma. Organizando la boda. Me caso dentro de un mes —aclaró—. Como lo único que yo hacía era estorbar, palabras textuales de mi futura suegra, le pregunté al general si podía pasar unos días con vosotros. Y aquí estoy. Creo que vuestro padre os tiene preparada otra sorpresa.

—Por fin os he conseguido un preceptor griego. Os ayudará a entender todos esos libros que amablemente el rey Perseo nos regaló —expresó el cónsul.

—Padre, más que un preceptor de griego, habría necesitado a alguien que me ayudara a ordenar los volúmenes. A mí solo me llevará años —protesté a mi progenitor.

—¿No te ayuda Quinto?

Puse la mano derecha sobre mi nuca, bajé la mirada.

—Sí, claro. Su ayuda es inestimable —dije con ironía—. Sócrates ya no tiene secretos para él.

Mi hermano me golpeó cariñosamente en la cabeza. Mi padre se rio. Conocía perfectamente a Quinto.

En la penumbra de la entrada, el preceptor griego pronunció mi nombre.

—Hola, Publio. Si me lo permites, te ayudaré con tu ardua tarea.

Conocía aquella voz, la habría identificado entre cientos de voces. Era mi estimado amigo Polibio.

—¡Polibio! ¡Por Júpiter! ¿Dónde te habías metido? —Abracé a mi amigo con fuerza. Como si temiera que fuera a escapar. Una lágrima estuvo a punto de rodar por mis mejillas. Su sola presencia me llenaba de sosiego.

—En Roma —contestó—. Algunos senadores habían dispuesto que varios aqueos enseñáramos griego a niños romanos en las escuelas. A Catón casi le da un infarto. Ya sabes el aprecio que nos tiene. Tu padre preguntó quiénes eran esos maestros. Al enterarse de que yo era uno de ellos, pidió al senado que me dejaran bajo su custodia. Y aquí estoy. Dispuesto a lo que haga falta. Soy un rehén de la república —explicó, satisfecho, Polibio.

—En esta casa serás uno más de la familia. ¿Verdad, padre? Y tú también Lelio. Para Quinto y para mí, sois nuestros hermanos mayores.

—Por supuesto, hijo mío —confirmó mi padre.

Fue uno de los días más felices de mi vida. Pues Polibio iluminó mi espíritu y durante estos años de amistad que hemos compartido, él me ha ayudado a convertirme en el hombre que soy.

Mostré a Polibio la biblioteca y, al verla, quedó extasiado, sin habla. Tuvo que sentarse para superar la impresión. Lelio ya la conocía. Estuvo presente cuando la embalamos en Grecia.

—¡Por Hércules!, Publio. Es una maravilla. Toda Roma debería tener acceso a la omnisciencia contenida en estos libros. —Polibio creía en la bondad de los hombres. La petición que hacía era un rasgo de la grandeza de su carácter.

—No seas ingenuo, amigo mío. Eso que pides es un imposible —le señalé.

—¿Por qué? ¿No comprendes lo importante que sería para Roma? ¿El avance cultural que supondría para el mundo romano? —insistió Polibio.

—¿Qué poco conoces a las gentes de Roma! Además, en primer lugar, dudo mucho que mi padre aprobara esa medida. No creo que acogiera con agrado que cientos de extraños desfilaran por su casa. ¿Cómo controlaríamos quién entra o quién sale? ¿Cuidarían adecuadamente de los volúmenes? ¿Vendrían con honestas intenciones o con la idea de robar alguno de estos rollos y venderlo al mejor postor? Aquí hay libros muy valiosos. Y, en segundo lugar, ¿qué crees que haría Catón si supiera que ciudadanos romanos están estudiando filosofía griega? Exigiría de inmediato la quema de la biblioteca.

—Publio tiene razón —me apoyó Lelio—. En Roma hay gente poderosa que, como Catón, opinan que la influencia de la cultura y costumbres griegas son perniciosas. Serían capaces de hacernos beber la cicuta como los dirigentes de Atenas obligaron a Sócrates.

—Espero que no —interrumpió Quinto—, yo prefiero el vino. —Todos reímos el jocoso comentario.

—Está bien. La aprovecharemos nosotros —manifestó, complaciente, Polibio al tiempo que se levantaba de la silla que ocupaba—. ¿Por dónde empezamos?

—Antes de que llegais estaba tratando de colocar los libros en los armarios y en las ménsulas. Me hacía un lío con los filósofos de la naturaleza. Los anteriores a Sócrates.

—Adelante, entonces. Id abriendo cajas. —Demandó mi amigo aqueo.

Empezamos a quitar los clavos de los listones de madera que cubrían los rollos de papiro. Como quien busca un tesoro enterrado. Aparecieron las obras de Platón, sus famosos diálogos. Su trabajo sobre *La República*. Libros de sus discípulos y continuadores. Escritos de su sobrino Espeusipo<sup>163</sup>. Volúmenes de Polemón<sup>164</sup>, Jenócrates<sup>165</sup> y otros pensadores desconocidos para



mí. Polibio nos explicó que Jenócrates solía decir que el fin de la filosofía es conseguir que los hombres hagan espontáneamente aquello a lo que están obligados por las leyes.

Las *Historias* de Heródoto<sup>166</sup>, las *Guerras del Peloponeso* de Tucídides. Rompí un pequeño cajón en el que hallé un rollo con la *Ciropedia* de Jenofonte. Lo aparté a un lado. Quería tenerlo siempre cerca. Abrí un arcón que contenía las comedias de Aristófanes<sup>167</sup> y Menandro. En otro, los *Elementos* de Euclides<sup>168</sup>. Próximo a este, uno con los principios matemáticos de Pitágoras.

—Mira, Publio —exclamó Polibio—. Los discursos de Lisias<sup>169</sup>. Te fascinarán sus discursos contra los tiranos.

—¿A alguno le interesa la *Política* de Aristóteles? —preguntó Quinto.

—Aquí tengo rollo de un tal Mim... Mimermo o algo así —señaló Lelio.

—¡Mimermo<sup>170</sup>!, el poeta Mimermo de la ciudad de Colofón en Jonia. Casi todos sus poemas estaban perdidos —explicó con asombro Polibio.

—Pues en esta caja hay uno, dos y... déjame ver... tres, hay tres rollos del tal Mimermo —contó Lelio.

—¡Lelio, has hecho un descubrimiento extraordinario! —Polibio incrementaba su deleite por el hallazgo—. Deberías leerlos. Seguro que con sus versos aficionas a Antonia a la poesía —aconsejó a Lelio—. «Enseguida bajo mi piel fluye un inagotable sudor, y me espanto al contemplar la flor de la misma edad agradable al mismo tiempo que hermosa, ¡y todavía más, mi deseo es que dure!, pero poco subsistirá, es como un sueño, la preciosa juventud, y la penosa e informe vejez sobre la cabeza en seguida cuelga, odiosa al mismo tiempo que despreciada, y lo que desconocido hace al varón, y daña ojos y mente, en torno vertida» —leyó, divertido, Polibio—. Mimermo adoraba la juventud y odiaba la vejez. Prefería la muerte a la senectud. Declamaba sin ambages la necesidad de amar. Escribía para su amante, a la que llamaba Nano.

—Bueno. A mí me gustaría envejecer junto a Antonia —dijo Lelio preocupado.

—Por supuesto, Lelio. Mimermo solo expresa melancolía por la juventud pasada y por la pérdida de energía que ello implica.

Lelio no pareció muy conforme. Prometió a Polibio leer la poesía de Mimermo y decidir después si se la recitaría a Antonia.

Nuestro trabajo de ordenación duró meses. Era raro el día en el que no hacíamos un nuevo descubrimiento para satisfacción de mi amigo.

Lelio nos dejó pasadas dos semanas. Los esponsales estaban preparados. Me confesó que había copiado algunos poemas de Mimermo para leérselos a Antonia. Esperaba que la complacieran. A él le habían llegado al corazón. Me comentó que nos avisaría la fecha de la boda. Todos estábamos invitados.

Después de marcharse Lelio tuve con Polibio el único roce discrepante, pero que en ningún momento ensombreció nuestra mutua simpatía. Ocurrió a finales de diciembre. Llevábamos quince días clasificando los libros de la biblioteca. Me acuerdo como si fuese ayer. Después de comer solíamos pasear alrededor de la casa. Nos gustaba observar el trabajo que hacían los esclavos con los animales de la hacienda y caminar por el bosque hasta el río que llamé Cornelia en homenaje a mi prima. No quería molestar a Polibio, pero tenía que sacar de mi interior el enfado que me pesaba. Íbamos caminando cuando ligeramente enfadado me dirigí a mi amigo «con voz reposada y tranquila, aunque mi rostro reflejaba el malestar:

—Polibio —interrogué—, ¿por qué, si mi hermano y yo utilizamos la misma mesa, tú hablas continuamente con él, le haces todas las preguntas y le respondes, y a mí me das de lado? ¿No será claro que también tú opinas de mí lo que, según sospecho, piensan los demás ciudadanos? Que siempre estoy abstraído y ensimismado en mis asuntos, a lo que oigo, cosas que no concuerdan

con el carácter enérgico que se espera de un romano. Y todo porque no me gusta hablar a una audiencia. Aseguran que la familia de la que procedo no busca un protector como yo, bien al contrario. Y eso es lo que más me ofende.

Polibio se quedó helado ante mis palabras, y repuso:

—No, por los dioses, Publio, no hables así, ni pienses así en absoluto. No hacía esto porque te desprecie o te quiera dejar de lado, ni muchísimo menos. Pero tu hermano es el mayor y, por eso, en nuestras conversaciones me dirijo primero a él y en él concluyo. En mis réplicas y en mis consejos le hablo a él porque creo que tú compartes sus opiniones. Y ahora, realmente, te admiro cuando crees que es ofensivo para ti ser más tratable de lo que conviene a los vástagos de una familia como la tuya, lo que es prueba evidente de tu grandeza de alma. Yo te ayudaré a que domines el arte de la oratoria y a que estés a la altura de tus antepasados. Pondré más empeño en vuestros estudios de filosofía y literatura que es lo que más os atrae. Y, aludiendo a lo que ahora, según me dices, más te ofende, no creo que encuentres un colaborador, un compañero de lucha y un amigo más apropiado que yo mismo»[171](#).

Desde aquel día, nuestra amistad se acrecentó. La sinceridad y la ausencia de secretos son la norma por la que nos regimos, y ello ha sido nuestra ley hasta el presente.

---

[136](#). El triunfo era la más esplendorosa celebración de la antigua Roma. Al general vencedor de una campaña el senado le concedía el honor de desfilar por las calles de la ciudad seguido de todo el ejército. El desfile finalizaba cuando el general subía al templo de Júpiter Capitolino y realizaba los pertinentes sacrificios.

[137](#). Tito Livio. *Historia de Roma desde su fundación*. XLV. 35. 3 – 4.

[138](#). No se debe confundir esta magistratura con los tribunales militares.

[139](#). Los comicios tribunados o asamblea de las tribus eran las asambleas de los ciudadanos de Roma reunidos por cada una de las tribus a las que pertenecían. Cada una emitía un solo voto.

[140](#). Plutarco. *Vida de Emilio Paulo*.

[141](#). *Ibidem*.

[142](#). Emilia Mayor y Emilia Menor. Ver página 25, nota 50.

[143](#). Tito Livio. *Historia de Roma desde su fundación*. LXV. 40. 8.

[144](#). 167 a. C.

[145](#). Caballo mitológico hijo de Poseidón y de su hermana Deméter.

[146](#). Un talento equivalía a 32,3 kilogramos.

[147](#). Palabra latina. Plural de *cornicen*. El instrumento en forma de trompa en espiral que se utilizaba en el ejército romano para transmitir las órdenes en el campo de batalla. Por extensión, el soldado que tocaba dicho instrumento también se le llamaba *cornicen*.

[148](#). Dinastía a la que pertenecía Perseo.

[149](#). Dinastía fundada por Seleuco. General de Alejandro el Grande.

[150](#). Alfarero griego del siglo V a. C. originario de Corintio, famoso por sus copas que gozaban de gran prestigio.

[151](#). Plutarco. *Vida de Emilio Paulo*. El texto original ha sido adaptado por el autor.

[152](#). 160 a. C.

[153](#). Héroes mitológicos. Eran hermanos mellizos e hijos de Zeus y Leda.

[154](#). Diosa griega de la sabiduría.

[155](#). Filósofo griego del siglo VI a. C.

[156](#). Filósofo griego del siglo VI a. C.

[157](#). Filósofo griego que vivió entre los siglos VII y VI a. C.

[158](#). Filósofo griego del siglo VI a. C.

[159](#). Filósofo griego del siglo V a. C.

[160](#). Filósofo griego del siglo V a. C.

[161](#). En la mitología griega, dios del fuego y de las fraguas. Famoso por su fealdad.

[162](#). Las *vitae caeruleae*. En la antigua Roma el luto no tenía que ser necesariamente el color negro. Se llevaban vestimentas de colores muy oscuros y se adornaban con cintas del mismo color.

[163](#). Filósofo griego del siglo IV a. C.

[164](#). Filósofo griego de los siglos IV-III a. C.

- [165.](#) Filósofo griego del siglo IV a. C.
- [166.](#) Historiador griego del siglo V a. C. Considerado el padre de la Historia.
- [167.](#) Autor de comedias griego de los siglos V- IV a. C.
- [168.](#) Matemático griego de los siglos IV-III a. C. Considerado el padre de la Geometría.
- [169.](#) Orador griego de los siglos V-IV a. C.
- [170.](#) Poeta griego. Siglo VII a. C.
- [171.](#) Polibio. *Historias*. XXXI. 23-24.

## Amantes de la cultura griega

A la boda de Lelio asistimos Polibio, mi hermano y yo. Cuatro días después de los idus de enero. Durante el consulado de Quinto Elio Peto y Marco Junio Penno<sup>172</sup>. Mi padre y mi madrastra mantenían el luto por la muerte de mis hermanos y declinaron la invitación. Mandé a un escribano copiar lujosamente los tres rollos que contenían los versos de Mimnermo. Era nuestro regalo para el mejor y más leal amigo. Cuando se lo dimos le hizo mucha ilusión. A Antonia, los primeros versos le habían encantado, en especial el que empezaba así:

«¿Qué clase de vida o qué placer al margen de la áurea Afrodita? Que me muera cuando ya no me importen caricias furtivas ni melosos regalos, ni lecho, flores de juventud por hombres y mujeres anhelados».

Ahora Lelio tendría a su adorada Afrodita. Pobre de mí que no podía gozar de mi diosa. Él la abrazaría y compartirían sábanas todos los días. En cierta medida, tenía envidia de mi amigo. Me alegré por él. Lelio es un meritorio ciudadano romano y una excelente persona.

Tras los esponsales se celebró el banquete. Quinto, Polibio y yo departíamos entre los invitados. Inesperadamente, nos reencontramos con el tribuno de la segunda legión Cayo Sulpicio Galo. El que explicó a los soldados de mi padre el eclipse de Luna que aconteció antes de la batalla de Pidna.

—¡Noble Sulpicio! —le llamé—. ¡Qué agradable comprobar que disfrutas de buena salud!

El tribuno se acercó a donde conversábamos y degustábamos los magníficos vinos que Lelio había proporcionado para complacencia de los convidados.

—Saluciones, Publio. Quinto. Creo que no nos conocemos —exclamó dirigiéndose a Polibio.

—Es nuestro amigo Polibio. Aqueo de la ciudad de Megalópolis. Reside como invitado en casa de mi padre —expliqué a Sulpicio.

Sulpicio continuó la conversación como si nada. Como si no hubiese advertido que «griego aqueo invitado», al abrigo de mi padre el cónsul, no fuese sinónimo de rehén de la república. El tribuno se mostró afable. Saludó educadamente a Polibio.

—Es un honor, noble Polibio —refirió.

—Que los dioses protejan tu casa y tu persona, Sulpicio —correspondió mi amigo.

—¿Sigues observando los cielos? —interrogó curioso Quinto.

—¿Te refieres al estudio de los astros? —corrigió el tribuno.

—Bueno, sí. A eso me refería —respondió, avergonzado, Quinto.

—Sí. La cosmología es una ciencia que siempre me ha fascinado. Igual que a otros que me han precedido. Por ejemplo, los griegos Parménides, Anaxágoras o Filolao<sup>173</sup>. Es una lástima que sus

libros no se hayan traducido al latín. Favorablemente, mi padre se preocupó de que sus hijos aprendieran la lengua de Homero. ¿Sabéis que Filolao afirma que la tierra es esférica y que junto al resto de astros giran alrededor de una inmensa estrella de fuego? —nos preguntó sin esperar respuesta—. Me gustaría tener las alas de Pegaso, volar hasta las estrellas y escudriñar sus misterios —continuó con su disertación.

—Tus conocimientos nos vendrían muy bien para un trabajo que estamos realizando en la heredad que mi padre posee en Lavernium —expresó Quinto con sinceridad.

Polibio y yo nos miramos al instante. Sin ser consciente, Quinto había dado con la solución a nuestros problemas con la biblioteca del rey.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —dije a Polibio.

—¡Claro! Busquemos en Roma a quienes sean expertos en las diferentes ciencias —expuso mi amigo.

Sulpicio no entendía nada de lo que hablábamos.

—¿Qué queréis decir? —demandó extrañado.

—Apreciado Cayo Sulpicio Galo. ¿Hay algo importante que te retenga en Roma? —le inquirí.

—Estoy preparando mi próximo consulado. Ya sabéis que fui elegido en los comicios consulares del pasado año [174](#).

—Eso sí que es importante. Que los hados te sean propicios.

—Sin embargo, creo que necesito unos días de descanso para alejarme un poco de esta vorágine. Así que, aparte de una ínsula vacía, dos esclavos impertinentes y varios libros... absolutamente nada me retiene.

—¿Te gustaría poder leer las obras de los cosmógrafos que has mencionado y las de otros muchos que ni siquiera conoces? —pregunté ansioso esperando una respuesta afirmativa.

—Por Júpiter. Sería un sueño —manifestó Sulpicio.

—Únete a nosotros en un trabajo que estamos elaborando en la hacienda de mi padre en Lavernium. Te esperamos en las calendas del mes que viene.

—Allí estaré.

—¿Conoces a alguien que además de hablar griego sea un experto en alguna de las artes conocidas?

—Bueno, no sé si se le puede llamar arte, pero mi amigo Manio Manilio es un aventajado jurista.

—Que venga también. Cualquier ayuda nos será de mucha utilidad.

—Podemos avisar a Pacuvio —comentó mi hermano.

—No te quepa la menor duda de que en cuanto regresemos a Lavernium, le escribiré para que se una a nosotros —asentí.

Mientras departíamos y explicábamos a Sulpicio la causa de nuestra invitación, se acercó Lelio. Era ya un hombre dichosamente casado. Los ojos le brillaban. Pero había preocupación en su semblante.

—Publio. ¿Puedo hablar contigo? En privado —me pidió Lelio.

—Por supuesto, estimado amigo.

Nos retiramos a un rincón de la sala donde nadie nos oiría ni molestaría.

—¿El brillo de tus ojos se debe al amor que te consume o es que has bebido más de la cuenta? —le censuré afectuosamente.

—Un poco de ambas cosas —confirmó Lelio.

—No deberías tomar vino. Enturbia la mente y tienes una esposa esperando en el lecho nupcial. No obstante, puesto que a mí no me espera ninguna novia, alzo mi copa por tu felicidad —le

reproché como lo haría un hermano mayor, aunque él me superaba la edad en tres años.

—Tengo que confesarte algo —continuó con el misterio al tiempo que yo acercaba el hidromiel a mis labios—. ¡Nunca he estado con una mujer!

Cuando dijo aquello, la dulce bebida salió disparada de mi boca sin que pudiera evitarlo.

—¡Por los dioses, Lelio! ¿Ahora se te ocurre revelar tu secreto? ¿Y qué esperas de mí? Supongo que sabrás lo que tienes que hacer.

—¡Claro que sé lo que tengo que hacer! Pero desconozco cómo tengo que enfrentarme a ello. Tengo miedo de asustarla, de no actuar como se espera de un amante y abnegado esposo.

—¿Y por qué me lo preguntas a mí? Polibio tiene mucha más experiencia y Quinto rivalizaría con Júpiter en mujeres conquistadas.

—Polibio es griego. No sabe nada de mujeres romanas. Y Quinto... Quinto no sabe nada de amor. Habrá yacido con muchas mujeres, pero no amaba a ninguna. Por otro lado, tú eres mi amigo más querido —explicó Lelio.

Le agradecí sus palabras.

—Yo tampoco me he acostado con una mujer de la que estuviera enamorado.

—Ya lo sé. Pero tú estás versado en los poetas. Citas continuamente a Ennio o a Plauto.

—¿No has aprendido nada de Mimnermo? —pregunté ansioso.

—Ya le he recitado a Mimnermo. ¿Quieres que se lo repita en nuestra primera noche?

—No, es evidente que no te puedes pasar toda la noche recitando a Mimnermo. Los testigos de la consumación del matrimonio terminarían aburridos de tanto esperar. —Tuve que hacer esfuerzos para no reír—. Te puedo contar lo que yo haría.

—Adelante —pidió Lelio esperanzado.

—Ante todo, no seas un halcón que sujeta entre las afiladas uñas a una paloma herida. Ni seas el toro que raptó a la virginal Europa. Trátala con ternura. No la obligues a hacer nada que ella no quiera hacer.

—Mi primo Marcelo me refirió que la primera noche su mujer le dijo que podía ordenarle lo que quisiese, que ella no se opondría a sus deseos —enunció, solemne, Lelio.

—¿Y qué hizo tu primo? —demandé curioso.

—Será mejor que no te lo cuente. Si le pido esas lascivias a Antonia, saldría volando de la habitación igual que un jilguerillo asustado.

—¡Por Himeneo [175](#), Lelio! ¡Que no es una hetera! Si mi esposa me dijese que le mandase cualquier cosa yo le diría que me amase de día y de noche, que soñara conmigo, que pensara en mí, que se deleitara por mí, que estuviera conmigo con todo tu ser por toda la eternidad. Que fuera siempre mía, que yo lo sería de ella.

—Ves. Tú sí que sabes hablar a las mujeres —me elogió Lelio.

—De nada me ha servido.

—Tienes que quitarte a Cornelia de la cabeza.

—Lo intento. Pero me resulta imposible. Hablemos de ti. ¿Has entendido a lo que me refiero?

—Creo que sí. Pero ¿qué hago con los testigos de la consumación?

—Dile a Antonia que grite. Detrás de la cortina no sabrán lo que ocurre en realidad. Creerán que habrá sido el momento de la pérdida de la virginidad y se marcharán.

—Gracias, Publio. Has sido de mucha ayuda. —Me abrazó efusivo.

Quince días más tarde llegó un correo a Lavernium con una carta de Lelio. En ella me decía que Antonia y él se acostaron abrazados y vestidos la noche de sus esponsales. El jilguerillo temblaba asustado. Como yo le aconsejé, le pidió a Antonia que gritara para que los testigos de la consumación quedaran complacidos. Después hablaron de los planes que emprenderían juntos y

de los hijos que tendrían. Finalmente se durmieron. En la misiva, Lelio me narraba que se despertó un poco antes de la hora prima<sup>176</sup>. Antonia, desnuda, en silencio lo observaba. Él la miró plétórico de amor. Me declaraba que era lo más hermoso que había contemplado en su vida. Acercó su boca a la de Antonia y la besó amorosamente. El resto, decía, lo dejaba a mi imaginación.

Respondí a su epístola invitándoles a que vinieran a Lavernium. Antonia podría entretenerse visitando las aldeas vecinas y los mercados que en ellas se celebraban o leyendo a poetas del estilo de Mimnermo. Lelio nos sería muy útil en la ordenación de los libros de la inmensa biblioteca. Y, además, le señalé, «ahora eres un avezado maestro de la lírica y de las artes amatorias».

Dos días después de los idus de marzo del nuevo año<sup>177</sup>, se presentaron en Lavernium Lelio, Antonia y un individuo amigo de su padre. Lelio también había entablado con esta persona una estrecha amistad.

Los estrenados esposos rebosaban alegría. Era difícil dilucidar si el jilguero comía en la mano de Lelio o mi amigo picaba en la del jilguero. Antonia es bajita, pero bella y risueña. Su simpatía se contagia a los que tenemos el privilegio de disfrutar su cercanía.

La biblioteca estaba prácticamente ordenada y clasificada. Mis coadjutores y yo pasábamos largas horas discutiendo de las más diversas e insondables cuestiones. Cayo Sulpicio Galo había iniciado su consulado junto a Marco Claudio Marcelo. Le envié una nota con mi felicitación y la de todos los que continuábamos en Lavernium. Añadí mis deseos de que Júpiter le bendijera con el éxito.

El acompañante de Lelio se llamaba Publio Terencio Afer<sup>178</sup>. Tendría una edad parecida a la de Polibio. Era alto, garboso y adamado. De pelo negro y piel morena, muy oscura, que delataban su nacimiento entre las tribus que habitan el norte de África. Luego supimos que había sido esclavo del senador Terencio Lucano, quien le dio su nombre. Su amo lo compró cuando era un imberbe adolescente. Su dueño se encaprichó de él y le dio una esmerada educación. Pronto le concedió la libertad. Sabíamos lo que eso significaba para un efebo cautivo. Nunca tratamos el asunto de su manumisión con Terencio.

Lelio se disculpó por aparecer en mi casa con un desconocido sin avisar. Le dije que los amigos de Lelio eran mis amigos. Me explicó que Terencio escribía comedias y que nos podría sugerir la disposición de este tipo de libros en los estantes. Todavía me pregunto cómo afloró a mis labios aquel comentario que pronuncié. A punto estuvo de costarme un disgusto con mis invitados.

—¡De niño tuve un burrito que se llamaba Terencio! —exclamé sin meditarlo.

Terencio entendió que lo comparaba con un asno. El enfado y la ira se manifestaron en su cara. Lelio contuvo la risa cuando me vio en la apurada situación. Tuve que excusarme rápidamente y explicarle que mi burrito Terencio era el recuerdo más hermoso de mi infancia. Al acólito de Lelio le satisficieron mis explicaciones. Incluso se sintió complacido de que su nombre me despertara tan gratas evocaciones. Ordené al viejo Druso, el jefe de los esclavos, que acomodara a mis recientes visitantes en sus habitaciones. En la comida, presenté a Terencio a Polibio, a mi hermano Quinto y a todo el elenco de intelectuales y amantes del arte y cultura griega que había en nuestra casa de Lavernium trabajando con la biblioteca de Perseo.

Tras el almuerzo, Antonia se retiró a descansar. Estaba agotada del viaje desde Roma.

—Han comenzado los vómitos —me dijo Lelio.

—¿Vómitos? —pregunté extrañado a mi amigo.

—Sí, vómitos, Publio. —Tardé unos instantes en darme cuenta de lo que pasaba. Antonia estaba encinta.

Honramos a Lelio con el mejor vino que atesoraba mi padre. El cónsul lo habría aprobado. Bebimos invocando la bondad de Júpiter y oramos a Lucina<sup>179</sup> porque la gestación se desarrollara sin infortunios. Después pasamos a la sala que desde el techo presidía Atenea. Nos sentamos haciendo un círculo para departir sobre cualquier lectura, inquietud o duda que nos hubiese surgido mientras laborábamos con los volúmenes almacenados en los armarios. A veces, sobre filosofía, otras, sobre historia, cualquier tema que nos viniera a la mente.

Terencio estaba callado. Admirado por lo que estaba contemplando. Le expliqué que era la biblioteca de Perseo y le pregunté por las comedias que había creado.

—Bueno, en realidad, solo he escrito una. Se representará el mes que viene durante los juegos megalenses<sup>180</sup>. Los ediles curules<sup>181</sup> ya me la han comprado. Ruego a los dioses que sea un éxito —contestó, apurado, el comediógrafo.

—¿Y cómo se titula? —le pregunté inquieto.

—*La Andriana*<sup>182</sup>.

—¿Cuál es el argumento? —inquirió Polibio. Terencio estaba cohibido y le costaba articular palabra.

—La acción transcurre en Atenas. El protagonista se enamora de una muchacha a la que deja en estado. El padre del joven no aprueba el matrimonio de su hijo con su amante porque esta es extranjera. Quiere que se case con la hija de su vecino a la que ama otro hombre. Al final, con la ayuda de un esclavo, todo se resuelve felizmente. La he escrito basándome en dos obras de Menandro, una que se titula igual y otra que se llama *La Perintia*.

—¿Te importaría leerla para nosotros? —insistí.

—Una obra de teatro no se escribe para ser leída sino para ser representada. No tenemos actores ni un escenario. —Terencio trataba de escabullirse.

—Nos podemos imaginar el escenario si tú lo describes, y en cuanto a los actores, creo que será suficiente si al inicio de cada verso nos indicas qué personaje es el que habla. —Perseguía mi presa como un cazador incansable.

Terencio, viendo que no tenía escapatoria, aceptó leernos su comedia.

—Como he dicho antes, estamos en una calle de Atenas. A la derecha de los espectadores, los actores saldrían hacia el foro, y a la izquierda del público, los histriones se dirigirían hacia el campo, fuera de la ciudad —aclaró—. Está bien. *La Andriana* —empezó a leer—. Comedia de Publio Terencio Afer.

Terencio leyó su escrito pausadamente, cantaba cada verso, vivía cada sílaba, acariciaba cada sonido. Su dicción era meliflua. Su voz, una melodía. Un regalo de los dioses. Como poeta no superaba a Plauto, no era tan hilarante ni derrochaba la misma comicidad. Pero su latín era culto, me atrevería a decir que aristocrático. Un latín que en Roma se circunscribía a unos pocos eruditos entre los que figuraba el improvisado auditorio que conformábamos. Dudé si al público romano atraería una obra como aquella, en la que hasta los esclavos parecían instruidos.

Permanecimos en silencio hasta que terminó. Estábamos hechizados, más por la forma que por el fondo. Aplaudimos. Nuestro homenaje era sincero. Acabábamos de ganar un nuevo amigo.

Terencio nos agradeció las alabanzas. Luego hicimos corrillos. El comediógrafo se acercó a Quinto. Le interrogó sobre cuál era la volición de nuestras reuniones. Mi hermano se volvió hacia mí. Elevó la voz a fin de que yo le escuchara. Estaba alejado unos diez metros.

—Publio, Terencio pregunta por el motivo de nuestras reuniones.

—¿Y tú no lo sabes, Quinto? —Había reprimenda en mi respuesta.



El resto del grupo se volvió hacia mí. Parecía que todos tenían la misma duda. Se hizo el silencio.

—Pues ahora que lo dices... —Tal que buen autor de tragedias, Pacuvio fue el primero en «salir a escena».

—Yo juraría que el pábulo por el que estamos aquí es el de cultivar nuestras almas —se atrevió a afirmar Manilio.

—Amigos míos, estamos aquí por el bien de la república —aclaré.

Expresiones de asombro afloraron en las caras de mis ilustres colegas.

—¿Por el bien de la república? —repitió Polibio.

—Sí, por el bien de la república y la salvación de Roma —confirmé.

—¿De qué o de quién hay que salvar a Roma? —ahora era Lelio el que demandaba una explicación.

—Roma está al borde del precipicio. Las virtudes de la vieja república, el legado máspreciado de nuestros antepasados, están desapareciendo. El respeto a la religión de nuestros mayores, las antiguas tradiciones, la sacralidad de la familia, la importancia del hombre por el hombre en sí mismo y no por otros intereses mundanos, se están diluyendo en nuestra sociedad. Ahora prima el lucro, la corrupción, la concupiscencia, la envidia, la ambición desmesurada, la traición, la hipocresía, al ansia de poder, la usura, la intolerancia, la arrogancia y el desprecio por todo lo bueno que hay en los seres humanos. Yo quiero la Roma de Junio Bruto, de Publícola, de Camilo, de Escévola, del Cincinato que labraba sus campos empujando una yunta de bueyes cuando los emisarios del senado le avisaron de que había sido elegido dictador para defender la república, del Torcuato que ajustició a su hijo por desobedecer sus órdenes durante la guerra, de mi abuelo Escipión Africano, incluso de mi padre, que como único botín en Pidna escogió esta biblioteca, en fin, de todos aquellos que han puesto el bienestar de la patria por encima de su propio beneficio.

—Hermosas palabras —dijo Terencio.

—¿Y qué relación tiene lo que hacemos aquí con el logro de ese noble ideal? ¿Dejamos que cualquier romano acceda a estos libros? ¿Crees que eso les hará cambiar? —demandó Quinto.

—Tu propuesta ya me la hizo Polibio y le respondí que ello era imposible.

—¿Entonces? —continuó Quinto con sus dudas.

—Entonces seamos nosotros los mensajeros que trasladen este saber al pueblo de Roma. Pero no tal cual lo hemos aprendido aquí, es decir, cojamos la ética griega de la virtud, la de Sócrates, la de Platón, la de Aristóteles y tantos otros, la que los filósofos griegos llamaban «areté». Filtrémosla por la añeja moral romana, la que nosotros conocemos como «virtus», y si queréis también por la «humanitas», que yo defino como la integridad del ser humano que se comporta con probidad en sus relaciones sociales y expandámosla por el mundo romano. Y esto solo lo conseguiremos si perseveramos en nuestros estudios de filosofía, de poética, de historia, de matemáticas, o de cosmografía si fuera necesario. Sulpicio apoyaría mis palabras si estuviera aquí.

¡Mis contertulios estaban embebidos con mi arenga!

—¿Y eso cómo se hace? ¿Nos convertimos en maestros de los niños romanos? Catón nos fustigará en el senado con su lengua viperina —afirmó Polibio.

—No se trata de ser maestros de los niños, sino maestros de Roma. No en el sentido literal del término. Lo que quiero es que incluyamos la nueva y renacida «virtus» en nuestros discursos en el senado. Pronto, algunos de nosotros comenzaremos el *cursus honorum*.

¡Sulpicio acaba de ser elegido cónsul de la república!

Y no solo en el senado. En nuestros coloquios en la calle, en las charlas con los amigos, critiquemos los vicios y alabemos los comportamientos virtuosos. Terencio, por ejemplo, podría incluir mensajes moralizantes en sus comedias. Y Pacuvio en sus tragedias. Tú, Manilio, en los juicios en los que comparezcas, aboga por tus defendidos con referencias a las viejas tradiciones, a las virtudes de nuestros antepasados, lo que se os ocurra será válido para nuestra empresa. Es por el bien de Roma —pronuncié una soflama apasionada.

—No pretenderás que ahora también converse con Antonia de ética, historia o filosofía — afirmó Lelio espantado.

—¿Por qué no? —me reí—. Es una broma, amigo mío. Pero tu vida puede servir de ejemplo a otros jóvenes. Respeta a tu esposa, cuida de tu familia, educa a tu futuro hijo en la honradez y en el amor a la patria, como hicieron nuestros ancestros. La *humanitas* incluye todo eso, pero también nuestra forma de actuar, de vestir, la sobria riqueza de nuestras casas y especialmente la exaltación de la belleza que encontramos en la naturaleza, en el arte, y en el alma de todos los hombres. En nuestro trato diario, sirvamos de modelo a otros romanos. No es posible ética sin estética. Consigamos que nuestros dirigentes se asemejen al Ciro de la *Ciropedia* de Jenofonte. Nos crearemos muchos enemigos, pero si permanecemos unidos y perseveramos, seguro que lo lograremos.

—¡Y decías que te daba miedo hablar en público! ¡Convencerías a cualquier tribunal de que el más avieso criminal de Roma es una virgen vestal! —señaló mi embobado hermano Quinto.

Polibio se acercó. Parafraseando a Filipo, el padre de Alejandro el Grande, después que su hijo consiguiera dominar a Bucéfalo, me dijo:

—Estimado amigo, búscate otra ciudad, porque Roma se ha quedado pequeña para ti.

Al mes siguiente, durante los juegos megalenses, asistimos en Roma a la representación de *La Andriana*, la comedia de nuestro nuevo amigo Terencio. Vinieron mi padre y su mujer. Yo los invité. Confiaba en que un poco de alegría reconfortaría sus afligidos corazones. La obra tuvo un relativo éxito. Como yo supuse, era demasiado elevada para el público romano. Pero gustó a una gran parte de los espectadores y, lo más importante, agradó a los ediles que eran quienes pagaban y podían encargarle otro trabajo.

Terencio había añadido un prólogo que había obviado cuando nos leyó la obra o que había escrito después. Argumentaba que lo escribía en respuesta a las maledicciones de un viejo y malvado poeta. Por Lelio supe después que se refería a Lusio Lanuvino, lírico mediocre, peor persona.

Regresamos a Lavernium. El estado de Antonia obligó a Lelio a permanecer en Roma. Terencio nos acompañó. Sabíamos que tenía una hija en la ciudad a cargo de una nodriza, aunque ignorábamos si estaba soltero, viudo o había repudiado a su esposa. Nunca se lo preguntamos. Era muy reservado en lo referente a su vida privada. Otros apasionados de la sapiencia griega se unieron al grupo. Como Lucio Furio Filo<sup>183</sup>. Apreciado amigo y tenaz erudito en religión y derecho sagrado, excelente orador y casi más amante que yo de la literatura griega. Algunos iban y venían. Pero todos con un objetivo común, la regeneración de Roma.

Una tarde, cuando finalizaba el verano, discutimos sobre Platón y sobre lo que este filósofo consideraba la auténtica realidad: el Mundo Inteligible o el Mundo de las Ideas. Lelio estaba presente. Se había escapado una semana de Roma a fin de no tener que soportar a su insufrible suegra, que se había trasladado a su *domus* ante el avanzado estado de gestación de Antonia, a la que faltaba un mes para encomendarse a los designios de Lucina. Sulpicio cosechaba éxitos en su campaña contra los ligures. Terencio acababa de llegar después de pasar unos días con su hija

ejerciendo de padre. Polibio, mi hermano Quinto, Manilio y Furio Filo, completaban la tertulia. Fue Polibio quien trajo a colación el tema.

—¿Conocéis el mito de la caverna de Platón? —preguntó Polibio.

—Yo he leído sobre eso —respondió Lelio que cada vez que nos visitaba demostraba un importante progreso en el arte de la retórica. Practicaba en casa, delante de Antonia, a la que trataba de hacer olvidar el sofocante calor que adolecen las mujeres encintas los meses de estío.

—¿Y qué has aprendido? —demandó curioso Polibio.

—Bueno. Lo cuenta Platón en el libro VII de *La República*. —Yo estaba fascinado. El «poeta» Lelio dando una clase de filosofía platónica—. Trata de unos hombres encerrados desde niños en una caverna en la que están amarrados con cadenas por las piernas y el cuello y obligados a mirar únicamente hacia delante sin poder girar la cabeza. A sus espaldas, la caverna tiene una prolongada apertura por la que entra la luz de un fuego que arde lejos y entre la hoguera y los encadenados hay un camino a lo largo del cual se ha construido un muro y por encima de este sobresalen unos hombres que caminan transportando diferentes objetos. Unos hablando entre ellos y otros en silencio. Los cautivos de la cueva solo ven las sombras de los hombres y de los objetos proyectadas por el fuego sobre la pared de la caverna que tienen enfrente. Además, el eco de los que conversan detrás de los encerrados hace creer a estos que quienes hablan son las sombras. Para ellos, ese sería el mundo real.

El algún momento los prisioneros son liberados. Salen de la cueva, ven los objetos y los hombres reales quedando perplejos por el descubrimiento, pero aún creen que lo real eran las sombras que contemplaban en el interior de la cueva porque la luz cegadora del sol les molesta y les impide ver la verdad con sus ojos doloridos. Sin embargo, después de acostumbrarse a los rayos del sol, verán reflejados los hombres y los objetos en el agua, y durante la noche, podrán mirar más fácilmente el cielo, y vislumbrar la luna y las estrellas.

Por último, pueden ver el propio sol y comprenden que es el que produce las estaciones y los años, gobierna todo lo visible y es el autor de lo que ven.

Ulteriormente, comprenden su error y se alegran por haber cambiado su comprensión de la realidad. Creo que Platón termina su historia diciendo que, en el mundo inteligible, lo último que se percibe es la idea del bien y que ella es la causa de todo lo recto y lo bello que hay en el universo, es la que produce la verdad y el conocimiento y quien ambicione proceder sabiamente en su vida privada y pública, tiene forzosamente que verla. Supongo, entonces, —añadió Lelio— que el mundo visible, el que se muestra a nuestros sentidos, es el interior de la caverna, pero este es el mundo irreal. —Casi me caigo de la silla al terminar Lelio su disertación.

—Bravo, Lelio —dijo Polibio—. Ni el mismo Platón lo habría explicado mejor.

—Lelio, ¿desde cuándo te interesa la filosofía? —pregunté.

—Nos dijiste hace unos meses que aprendiéramos filosofía y otras materias. Es lo que he estado haciendo mientras oía los lamentos de mi pobre Antonia. Estoy deseando que nazca el niño y que termine su sufrimiento. Me parte el corazón verla así —aclaró Lelio.

A mi pensamiento vino la imagen de Cornelia. Lelio por lo menos tenía a su lado al amor de su vida. Yo, sin embargo, navegaba en solitario por el mar de la impotencia.

—Tienes razón, Lelio —continuó Polibio—. Para Platón, el mundo inteligible o el mundo de las ideas es la auténtica realidad. A ese mundo no se puede acceder con el uso de los sentidos, sino que se llega a él a través de la razón, la parte más excelente del alma. En el mito de la caverna, el mundo inteligible es el mundo exterior al que acceden los prisioneros cuando pierden las cadenas y salen de la cueva. Platón, además, establece una jerarquía en las ideas que residen en este mundo. Por encima de todas las ideas encontramos la idea del bien. A continuación, la idea

de belleza y la idea de verdad. Después, ideas fundamentales como las de unidad, multiplicidad, ser y no ser. Tras estas, las ideas matemáticas y, finalmente, el resto de ideas. Como ha explicado muy bien Lelio, el mundo sensible o el mundo visible es todo aquello que se muestra a los sentidos, fundamentalmente las cosas físicas. Por eso se caracteriza por su carácter temporal, espacial, cambiante y corruptible. Nuestro cuerpo, por tanto, se incluye en el mundo sensible del cual no cabe la ciencia sino la mera opinión.

—Y en esos mundos, ¿qué papel juegan los dioses? —inquirió Furio, nuestro experto en religión.

—No creo que a Platón le importaran mucho los dioses. A veces, en sus libros, la idea del supremo bien se confunde con la idea de Dios —aclaró mi amigo griego.

Nos quedamos callados, meditando. ¿Podría un solo Dios ser el origen del mundo? No hallamos respuesta, ni creí tampoco que urgiera una solución. Quinto fue el primero en hablar. Cambió el tema. Los senderos a los que nos podría conducir el pensamiento de Platón podían ser muy peligrosos. Más distendido, Quinto nos anunció una inesperada noticia.

—Mi padre ya lo sabe y quiero que vosotros seáis los siguientes en saberlo. Me caso dentro de tres meses. —Si la alocución de Lelio sobre el mito de la caverna me había dejado atónito, el anuncio de Quinto me causó estupor.

—¿Cómo que te casas? ¿Y quién es la afortunada? ¿Por qué has callado hasta ahora? —Tenía montones de preguntas que hacerle a mi hermano.

—Publio, deja que se explique. Lo estás atosigando —me pidió Polibio.

—¿Es que no puedo casarme? Todo joven romano debe sentar la cabeza algún día —replicó Quinto.

—¡Claro que puedes casarte! Pero por tu lecho han pasado tantas mujeres que me cuesta creer que una te haya convencido para que abandones tu errabunda vida amorosa.

—Padre concertó el matrimonio cuando permaneció en Roma después del triunfo. Al principio me opuse. Sin embargo, la conocí cuando asistimos a la representación de la obra de Terencio durante los juegos megalenses y quedé prendado de ella. Es muy hermosa. Y dulce como la miel.

—Entonces, me alegro por ti, hermano. ¿Por qué no lo has comentado antes?

—Me tenéis por un seductor incorregible. Me daba un poco de vergüenza confesar que este mujeriego había caído en las redes del amor.

—Del amor solo hay que avergonzarse si no es puro —intervino Terencio.

—¡Enhorabuena, Quinto! —le felicitó Lelio—. Espero que tu matrimonio sea bendecido con muchos hijos.

—Gracias, Lelio. Ahora comprendo por qué te iluminas como el sol cuando estás junto a Antonia.

—Esto hay que celebrarlo —dijo Pacuvio.

—Por supuesto —respondió Quinto—. Druso —llamó a nuestro esclavo de confianza—, trae el mejor vino.

—Un momento, ahora que lo pienso, aún no sabemos su nombre —refirió de nuevo Terencio.

—Marcia, su nombre es Marcia.

Llenamos nuestras copas con un excelente vino afrutado que trajo Druso y brindamos por la felicidad de Marcia y Quinto y porque Júpiter santificara los futuros esponsales.

La boda aconteció en Roma en noviembre. Marcia era en verdad muy bella. Su figura me recordó a la de Livia, si bien la cara era más redondeada y los labios más pequeños. El pelo era también algo diferente. Más oscuro, análogo al oro envejecido, aunque, lozano y lleno de vigor. A mi padre se le veía orgulloso.

La familia de adopción de mi hermano, la *gens* Fabia, asistió al completo. Su padre adoptivo, Quinto Fabio, era hijo del general Quinto Fabio Máximo Verrucoso, antiguo dictador y cónsul de la república. La relación de mi hermano con su padre adoptivo era excelente. No era muy difícil llevarse bien con mi hermano mayor. Su carácter abierto y extrovertido era de agrado de todos y tenía una legión de seguidoras dispuestas a alabarle y a defender su comportamiento. Yo ignoraba si Marcia conocía la fama de mi hermano, pero si era consciente, nunca le importó. Se mantuvo a su lado hasta que Quinto falleció hace un año<sup>184</sup>, lo hizo muy feliz y por ello le estaré eternamente agradecido.

Los esponsales se celebraron con entera solemnidad. Terencio recitó poemas de amor que elogiaron los invitados. Lelio bebió más de la cuenta. Me reí con sus comentarios jocosos sobre el amor y con los intentos de Antonia de arrebatarme la copa cada vez que un esclavo se la llenaba de vino. Polibio se pasó toda la ceremonia eludiendo a una vieja y presumida viuda que se había encaprichado con él. Me pidió ayuda, pero era demasiado divertido verle huir de su petulante hostigadora. A Quinto no hubo que explicarle lo que debía hacer en el lecho nupcial. Era un aventajado alumno de Eros que sin ninguna duda sabría desenvolverse cuando llegase el momento.

Los cuatro años que siguieron a la boda de mi hermano están entre los más felices de mi vida. Solo me faltó el amor para que mi dicha hubiese sido plena.

¡Qué razón tenía Plauto cuando escribió que el amor supera a todos los obstáculos de este mundo y es la maravilla de las maravillas, no hay nadie que pueda nombrar algo que sea al mismo tiempo más picante y más encantador<sup>185</sup>!

Lelio tuvo otra hija o, mejor dicho, Antonia alumbró otra niña y Marcia dio a mi hermano dos hijos varones. Nuestras reuniones en Lavernium continuaron, no siempre nos reuníamos todos. Pese a lo cual, estuvieron presentes de forma continua Polibio, que vivía en nuestra casa y Terencio, cuya soltería y oficio de escritor le daban libertad para asistir. Esto acrecentó nuestra amistad.

En los juegos megalenses del año entrante<sup>186</sup> se estrenó la nueva obra de Terencio. Se titulaba *La suegra*<sup>187</sup>. Una comedia palmariamente sentimental, seria, melancólica, e incluso de tono lacrimoso. Muy alejada de las preferencias cómicas de los romanos que buscaban en el teatro una manera de evadirse de sus rutinarias vidas. Yo, al contrario, creo que es la más bella composición de las seis que nos dejó Terencio. Es la única en la que el argumento principal no gira en torno a una pelea entre amantes, sino que son los enamorados los que tratan de separarse por distintos motivos. Es una obra carente de comicidad y de acción, pero llena de hondas reflexiones morales.

La representación tuvo que suspenderse porque la mayoría de los espectadores se marchó a mitad del tercer acto cuando se enteraron que un funámbulo<sup>188</sup> actuaba dos calles más abajo de donde estaba el teatro. Terencio quedó muy afectado. Sus amigos tratamos de animarle. Pacuvio le dijo que no se preocupara. A él una vez incluso le habían silbado. Forma parte de los riesgos del comediógrafo. Acompañé a mi amigo a su casa. La sonrisa de su hija le serviría de incentivo.

Agradezco a los dioses que Terencio superara el trauma con entereza. Las estancias en Lavernium le ayudaron a olvidar el fracaso de *La suegra* y le animaron a escribir otra comedia.

Sulpicio había terminado con éxito su consulado y había obtenido el triunfo tras su victoria sobre los ligures. Polibio había comenzado a redactar una historia de Roma. Su principal preocupación era explicar cómo Roma había alcanzado el dominio del mundo. En uno de nuestros múltiples cenáculos nos glosó su teoría de que todo Estado es similar a un ser viviente. Nace, crece, alcanza la madurez y muere. En ese proceso vital se dan o se pueden dar diferentes formas de gobierno. En algunos Estados por las decisiones de un legislador y, en concreto en Roma, por el acuerdo de los diversos estamentos sociales existe una posición de equilibrio armónico entre la

monarquía, la aristocracia y la democracia. Es indispensable conocer el origen de cada una de estas formas de gobierno si queremos comprender su desarrollo, su florecimiento, su decadencia y su fin y ser conscientes de cuándo, dónde y cómo terminarán. Según mi amigo griego, la constitución romana se puede definir mixta porque participa de las tres formas buenas de gobierno que estableció Platón y por ello no se puede encontrar una forma mejor. En esto radica la supremacía de Roma sobre el resto de pueblos a los que se había enfrentado.

Para los que le escuchábamos era difícil rebatir sus palabras y puede que no le faltara razón. Pero yo le insistí en la importancia de los grandes hombres. De los eruditos que en la pluralidad de naciones han conducido a los pueblos hacia la gloria, así como los mediocres los han llevado al desastre. No solamente la gloria en la guerra, sino también la gloria en el arte, la poesía, la filosofía y en todos los géneros del conocimiento humano. Polibio estuvo de acuerdo conmigo, aunque con la salvedad de que los grandes hombres son producto de las sociedades en las que vienen al mundo. En una sociedad enferma, negadora de su grandeza, pasado y tradiciones, es difícil que surjan individuos que rijan el destino de sus pueblos con sabiduría y templanza. Los mediocres son el resultado de una sociedad necia e ignorante.

Todos los presentes apoyaron mi disertación y la de Polibio. Lelio, con unas oscuras ojeras fruto de la falta de sueño que le provocaban sus hijitas, Furio, Manilio, Terencio y Sulpicio aprobaron mi juicio. Roma estaba necesitada de grandes hombres que la sacaran del letargo trágico en el que se había sumido.

La contumacia de Catón en defender lo estrictamente romano era digna de encomio, pero hacía falta algo más para salvar a la república. Quienes nos reuníamos en Lavernium creíamos con firmeza que el legado griego debía ser la tea ardiente que alumbrara el renacer de la nueva Roma.

En los juegos megalenses del año del consulado de Manio Juvencio Talna y de Tiberio Sempronio Graco<sup>189</sup>, el viejo esposo de Cornelia, Terencio ofreció a Roma su tercera comedia. Se titulaba *El atormentado*<sup>190</sup>. Una obra que trata de las relaciones entre padres e hijos. Fue un clamoroso éxito. El continuo juego de engaños y el aprovechamiento de recursos cómicos la hicieron mucho más divertida que *La suegra* y más aceptable a las preferencias del aficionado al teatro. Nuestro amigo africano comenzaba a hacerse un lugar entre los grandes de la literatura romana como Plauto, Ennio o Livio Andrónico. Además, cada vez era más patente en sus trabajos la idea de *humanitas*. Terencio no olvidaba mi discurso del día en que nos conocimos. En la primera escena del primer acto, Cremes, el padre del protagonista, pronuncia la siguiente frase:

—Hombre soy, y nada de lo humano considero que me sea ajeno<sup>191</sup>.

Le reconocí la contribución que había hecho y que seguiría haciendo para aleccionar a la sociedad romana sobre sus deberes cívicos.

Con el dinero ganado con las ventas de sus obras pudo comprarse una pequeña heredad de veinte huebras<sup>192</sup> de tierra próxima a Roma. Se trasladó allí con su hija, a la que pudo facilitar una educación propia de la nobleza romana. El triunfo de Terencio significaba la humillación de Lucio Lanuvino. Su ponzoñosa crítica hacia aquel no descansaba. Terencio era un alma noble y únicamente respondía a los ataques en los prólogos de sus comedias. Y, aun así, jamás mencionó el nombre de quien le culpaba continuamente de plagio. Pero la hediondez acusatoria de Lanuvino no terminó ahí. Concedor de la amistad que me unía a Terencio, tuvo la osadía de hacer correr el rumor de que Terencio había escrito sus obras con mi ayuda y la de Lelio, algo que siempre he desmentido y de lo cual los dioses son testigos de que digo la verdad.

---

<sup>172</sup>. 17 de enero del año 166 a. C.

- [173.](#) Filósofo y matemático griego del siglo V a. C.
- [174.](#) Cayo Sulpicio Galo inició su consulado el 15 de marzo del año 166 a. C.
- [175.](#) En la mitología griega, dios de los esponsales. Su nombre se invocaba para traer la felicidad a los contrayentes.
- [176.](#) Siete de la mañana.
- [177.](#) 15 de marzo del 166 a. C. Hasta el 153 a. C., el año romano comenzaba el 15 de marzo, cuando los cónsules elegidos asumían el cargo.
- [178.](#) Autor latino de comedias (aprox. 194 a. C. – 159 a. C.).
- [179.](#) Diosa romana auxiliadora de las mujeres en los partos.
- [180.](#) Se celebraban el mes de abril en honor de la diosa Ceres.
- [181.](#) Entre otras tareas, eran los responsables de organizar los juegos.
- [182.](#) Andria.
- [183.](#) Cónsul del año 136 a. C.
- [184.](#) Quinto Fabio Máximo Emiliano murió el año 130 a. C.
- [185.](#) Plauto, *Cásina*. Acto 2.º. Escena 3.ª.
- [186.](#) Abril del 165 a. C.
- [187.](#) Hecyra.
- [188.](#) Terencio. *La suegra*. Prólogo.
- [189.](#) 163 a. C.
- [190.](#) *Heautontimorumenos*.
- [191.](#) Terencio. *El atormentado*. Acto 1.º. Escena 1.ª. Es la más famosa de las sentencias de Terencio y posiblemente la más repetida a lo largo de la Historia.
- [192.](#) Superficie de tierra que puede labrarse en un día.

## Cuatro años de tristeza

El año 591 a. u. c.<sup>193</sup> se produjeron otras dos grandes tragedias en mi familia desde la muerte de mis hermanos. En mayo murió mi padre adoptivo Publio Cornelio Escipión<sup>194</sup>, el hermano de mi querida Cornelia. También era mi primo. Su madre era la hermana de mi padre natural, Lucio Emilio. Lamenté profusamente su muerte.

Si coincidíamos en alguna reunión familiar o en alguna celebración, me trataba con mucha cordialidad. Yo sentía que estaba contento de que su joven primo llevara el *nomen* y el *cognomen* de su familia y de su padre, el gran Africano vencedor de Aníbal. Si nos cruzábamos por las calles de Roma, no permitía que nos separásemos sin apurar antes unos vasos de vino. Era un buen hombre. Me había dado su nombre del que yo presumía con orgullo y honor. Su enfermedad le impidió dedicarse por entero a la república y le mantuvo apartado de la política. Fue hallado por su propia madre en el suelo de su casa cuando fue a visitarle porque hacía días que no sabía nada de él. Vivía sin esclavos en una pequeña ínsula. Le gustaba la soledad. A veces comía en una taberna y otras se presentaba sin avisar en la *domus* de su progenitora, quien se alegraba de recibir (y alimentar) a su único hijo varón. Había tenido otro de sus ataques y había vomitado. Posiblemente, el ataque espasmódico lo había dejado inmobilizado y se había ahogado con el vómito. Fue un durísimo golpe para tía Emilia.

La funesta noticia nos sorprendió a mi padre y a mí en Roma. Avisamos a mi hermano Quinto y fuimos a confortar a la afligida madre. Polibio nos acompañó. Lelio llegó minutos más tarde. No encontramos lenitivas palabras que aliviaran su dolor. Y como las desdichas nunca vienen solas, su hija predilecta, mi añorada Cornelia Menor se encontraba de viaje fuera de Roma con su marido Sempronio. El año anterior había sido elegido cónsul y aunque había finalizado el consulado, el senado le había pedido que concluyera algunos temas pendientes que él había iniciado. Yo contaba con volver a verla. Pero una vez más, los hados me negaron la fortuna. Para mí habría sido un halo de luminaria en medio de la adversidad.

A mi padre le embargó una profunda tristeza cuando vio a su querida hermana totalmente desconsolada. Mi tía, que siempre había sido una mujer de fuerte carácter, estaba postrada en silencio junto al cadáver de su hijo. Solo levantó la cabeza para pedirle a su hermano una moneda que introdujo en la boca del finado. Era el pago de Caronte.

A su lado, en dos sillas, mi prima Cornelia Mayor y su esposo Publio Cornelio Escipión Nasica Córculo<sup>195</sup>. El cuerpo estaba sobre la cama. Rodeado de flores multicolores y vestido con una toga blanca, símbolo de honradez y pureza. Con la mano acariciaba el rostro inexpresivo de mi padre adoptivo, con ternura, con el amor que solo una madre sabe ofrecer.



Mi progenitor comprendía por lo que estaba pasando. Ambos habían perdido dos hijos. Polibio, cerca de mí, me susurró al oído que ningún padre debería enterrar a sus hijos. Quizá sea el mayor infortunio que pueda vivir una persona. Es como si te arrebataran el aliento. Creo que Polibio tenía razón. Los hijos son producto del amor y si alguno fallece, una parte de ese amor se marchita.

Al entierro acudió toda Roma. A mí me lo pareció. En su mayoría, hipócritas que en vida le habían negado el saludo y ahora se desvivían por dejarse ver en el funeral del hijo de Escipión Africano. Muy pocos sentían de verdad la desaparición de mi padre adoptivo. Tuve que soportar falsas soflamas de pesar de aquellos miserables. Y todo porque yo era ahora el jefe y heredero de la casa de los Escipiones.

El féretro lo transportamos entre mi hermano Quinto, Polibio, Lelio y yo. Terencio nos siguió próximo por si alguno hubiésemos necesitado ser relevados. No hizo falta. Mi tía, detrás, agarrada del brazo de su hija y de mi padre, no dejaba de repetir:

—¡Pobre hijo mío!, ¡pobre hijo mío!

Igualmente, asistieron mis hermanas Emilia Mayor y Menor con sus respectivos cónyuges. Se trajo del templo de Júpiter en el Capitolio la máscara de cera pintada de colores de Escipión Africano, el padre del finado, para que presidiera el cortejo fúnebre<sup>196</sup>. La pira funeraria estaba erigida con gruesos troncos de pino aún no resecos que rezumaban una olorosa resina que ahogó la fétida pestilencia de la carne quemada. Las lágrimas de mi tía habrían apagado el fuego. Las cenizas, todavía calientes, fueron recogidas en un arcón adornado con motivos florales. Rematado en los extremos con las proas de dos galeras cartaginesas que recordaran al mundo que dentro descansaba el hijo de Publio Cornelio Escipión Africano, el vencedor de Cartago en la Segunda Guerra Púnica. Después, el cofre fue llevado al panteón de los Escipiones, donde le esperaban su padre Publio y su tío Lucio Cornelio Escipión Asiático.

Mi tía no superó la muerte de su hijo. Seis meses más tarde, Quinto se personó en Lavernium. Comunicó a nuestro padre que su hermana estaba muy enferma y quería vernos a los tres. Nuestro esclavo Druso ensilló los caballos. Mi padre requirió a Polibio que se quedara en casa para proteger a mi madrastra y a mi hermana pequeña, Emilia Tercia, de cualquier contingencia.

—¡General, si algo les ocurre, es porque yo estaré muerto! —Fue su sincera respuesta.

El viejo cónsul le agradeció su lealtad a pesar de ser un rehén de Roma. Mi padre lo apreciaba como a un hijo al igual que yo veía en él a un hermano mayor.

Llegamos a la *domus* de mi tía cuando el sol se ocultaba en el poniente. Me preocupaba el estado de mi tía, pero durante todo el camino me preguntaba si volvería a ver a Cornelia, cuál sería mi actitud al verla, qué le diría, cómo reaccionaría ella. No obtuve respuestas a mis dudas porque Cornelia se había marchado. Había regresado a su casa a fin de atender a su familia y volvería horas más tarde. Casi lo preferí. No habría soportado su indiferencia y peor habría sido su desprecio.

Mi tía estaba recostada en el lecho. El médico le dijo a mi padre que su querida hermana no veía la salida de Helios. La muerte de su hijo, mi padre adoptivo, la había consumido lentamente las últimas semanas. Prácticamente había dejado de comer y solo la pena la alimentaba.

El viejo cónsul no quería aceptar lo que escuchaba. La mujer que yo había conocido llena de fuerza y vitalidad se había cansado de vivir. Mi progenitor se abrazó a su hermana. Lloró igual que un niño. Únicamente he visto a mi padre llorar así en dos ocasiones, cuando fallecieron mis hermanos y en aquellos aciagos últimos momentos de mi tía. Nos ordenó que saliéramos de la habitación. Cornelia Mayor y su marido, el médico, Quinto, algunos esclavos y yo abandonamos el dormitorio. Quería despedirse de mi tía, solo.

No supimos de qué hablaron, pero supongo que dos hermanos tan queridos recordarían su infancia y los instantes de felicidad que disfrutaron en la niñez. Pasados treinta minutos, escuché la voz de mi padre que me llamaba y pedía que entrara en la habitación. Tía Emilia quería comentarme varios asuntos. Como único representante masculino de la *gens* Cornelia, yo era su heredero directo.

—Joven Publio —me dijo—, sé que eres un gran hombre. Mi difunto hijo te tenía en alta estima. Mi hermano ha sabido educaros a Quinto y a ti para que sirváis con orgullo, pero también con humildad a Roma.

—Lo sé, tía.

—Me queda poco tiempo...

—No digas eso, tía —la interrumpí—. Ya verás como te vas a recuperar y te vendrás con nosotros a Lavernium. Gozarás del silbido de los pájaros, del murmullo del agua serpenteando por el cauce de los arroyos y de la belleza de las flores.

—Gracias por tus deseos, pero preferiría que me dejaras terminar. Eres el heredero de una gran familia. Tú adopción por mi hijo dará continuidad al nombre de los Cornelios y por ello me congratulo, pero también en parte me entristece porque tu hermano Quinto fue adoptado por los Fabios y cuando mi hermano perdió a sus hijos, él fue el que se quedó sin un heredero varón que prosiguiera el linaje de los Emilios. Recibirás mis posesiones. Si eres la persona que creo, harás buen uso de ellas. Trata bien a mis esclavos, me han servido con lealtad y nunca me han dado motivos de quejas.

—No te preocupes, tía.

—Una última cosa. Todavía debo a mis yernos Sempronio Graco y Escipión Nasica la mitad de la dote. Te agradecería que te ocuparas de la dación —me demandó sin apenas fuerzas.

—Ahora, díles a tu hermano y a mi hija que pasen. Espero que mi otra hija no se retrase o me irá de este mundo sin decirle adiós.

Mientras mi tía se despedía de mi hermano, de su hija mayor y de la familia de esta, mi padre me rogó que organizara lo necesario para el funeral. Me ausenté unas horas. Fui a casa de Lelio y Terencio. Les pedí que me ayudaran en tan penosa tarea. No lo dudaron. Cuando terminamos, volví a casa de mi tía. Ya había fallecido. Rogué a los dioses por que su noble alma tuviera un apacible periplo hasta los Campos Elíseos. No quise ver a mi amada diosa desolada por la muerte de su madre. Por otro lado, supuse que estaría acompañada de su marido Sempronio.

El funeral fue multitudinario. Concurrieron los tribunos de la plebe y el senado en pleno, incluido Catón, que en tiempos acusó a Escipión Africano de enriquecerse ilícitamente. Querían rendir un último homenaje a la viuda del vencedor de Aníbal. Cedí la presidencia de los actos lúgubres a mi padre. Le entregué la oración fúnebre que compuse en honor a mi tía. En el foro, con los restantes ornamentos, delante de la tribuna mortuoria, con todos los duelistas alrededor, mi progenitor subió al estrado, leyó mi oración y habló de las virtudes de su querida hermana y del honorable comportamiento que llevó en vida. Después, la enterramos en el panteón familiar, cerca de los restos de sus hijos y de su glorioso marido.

Yo permanecí alejado, oculto detrás de una de las columnas que rodean el foro, observando a una afligida Cornelia que descansaba su cabeza sobre el hombro de Sempronio, su marido. Vi su rostro adorado entre el gentío a escasos metros de distancia. Estaba tan hermosa como siempre. Las heridas sangrantes de mi amor volvieron a abrirse, como cuando me arrojó de su lado hacía ocho largos años. La amé entonces, aquel tórrido verano, más que a la vida misma y, al volver a verla, comprendí que ella sería el primer y único amor que conoceré jamás. El frío era tan intenso que nadie reparó en mí. No quise saludarla. Ni se percató de que yo la miraba.

«¡No permitas que mi corazón deje de quererte, a pesar de tu indiferencia y de tu ausencia!», fue mi pensamiento, en una fútil tentativa de que Mercurio<sup>197</sup> lo recogiera y se lo hiciera llegar a Cornelia.

En Lavernium, mi padre colocó una estatua de su hermana Emilia dentro de una hornacina de madera en un lugar preeminente de la casa. Mi tía dejó muchas riquezas. Y yo fui el beneficiario de todas. «Emilia era verdaderamente espléndida en los días que salía de su mansión para las ceremonias que atañen a las mujeres. Había participado del patrimonio de Escipión Africano cuando este estaba en la cumbre de su prosperidad. Además de los aderezos que lucía en su cuerpo y de los adornos del carro, los cestillos, los vasos y todo lo restante, ya de oro, ya de plata, requerido en el sacrificio de esas ocasiones citadas, lo cual la precedía en la pompa solemne, la seguía un número adecuado de esclavos y de criados. Celebrado el entierro, regalé todo ese aparato a mi madre Papiria que, como señalé más arriba, vivía de una parva renta y llevaba una vida impropia de la alcurnia de su nacimiento»<sup>198</sup>.

Mi madre lloró de alegría por mi generosidad. Hasta entonces, ella se había abstenido de los cortejos lujosos, pero luego, cuando por casualidad hubo un sacrificio público y mi madre salió con el boato y magnificencia de la familia Emilia, disponiendo, entre otras cosas, de los muleros, de la yunta y el carro de mi tía Emilia, me llegaron noticias de que las mujeres que la vieron elogiaron mi comportamiento y mi nobleza de carácter.

No puedo decir que mi vanidad no se sintiera alagada, porque «las mujeres hablan hasta hastiar si tratan algo concreto»<sup>199</sup> y mi conducta fue destacada en toda Roma, dando fama y lustre a mi nombre. Ignoro si a Cornelia y a su hermana les sentó bien el que yo regalara las joyas procesionarias a mi madre. Tampoco me habría importado. Ellas habían contraído matrimonio con hombres acaudalados y la madre de Escipión Emiliano debía recuperar su posición en Roma.

Lo que sí hice fue adelantar el pago de la dote a los maridos de mis primas. Se lo había prometido a su madre. La mitad de la dote que les debía tía Emilia sumaba veinticinco talentos a cada uno. La ley romana me permitía diferir el pago en tres años entregando anualmente un tercio de lo adeudado. Di instrucciones a mi banquero para que el dinero se liquidara en diez meses. Cuando Sempronio Graco y Escipión Nasica fueron a retirar el pago, convencidos de que solo recibirían un tercio, quedaron confundidos y preguntaron al banquero si no estaba cometiendo algún error. Este les aclaró que era la orden que había recibido de su cliente. Sin embargo, no quedaron conformes con las explicaciones del banquero y vinieron a mi casa a cerciorarse. Les dije que, en efecto, esas eran mis instrucciones. Me preguntaron si desconocía las leyes de Roma que me permitían diferir el montante adeudado en tres años. Les respondí que era consciente de la ley, pero que «la estricta observancia de la misma, la reservaba para otros. A los parientes y amigos quería tratarlos con la mayor munificencia posible»<sup>200</sup>.

Se marcharon agradeciéndome mi liberalidad. Creo que aquel día me gané su simpatía. En especial la de Tiberio Sempronio Graco, el hombre que compartía el calor de Cornelia todas las noches, que siempre se había mostrado crítico con mi padre por renunciar a muchos de los privilegios de los patricios y por dejarlos en entredicho cuando entregó al erario público las riquezas que consiguió en sus innumerables campañas.

La pérdida de su hermana hizo mella en la envidia de mi padre. Mi progenitor, que ya arrastraba una salud quebradiza desde la muerte de mis hermanos, agravó su estado con la más terrible de las enfermedades: el sufrimiento por la pérdida de un ser querido.

Con la intención de animarle, le llevé a la representación de la nueva comedia de Terencio. Fue adquirida por los ediles curules para los juegos megalenses<sup>201</sup> al precio de ocho mil sestercios. La obra se titulaba *El eunuco*<sup>202</sup>, tal vez la más plautina de sus composiciones, donde prima la

trama sobre las reflexiones morales, aunque en ella sea más importante la ironía que la risa. Todavía recuerdo las palabras del esclavo Parmenón:

—«En el amor residen todos estos inconvenientes: desplantes, sospechas, enemistades, treguas, la guerra y otra vez la paz. Si quisieras manejar estas incertidumbres según razón certera, no sacarías otra cosa que si te empeñaras en enloquecer siguiendo a la razón»[203](#).

¡Qué perspicacia la de mi querido amigo!

Ahora, después de tantos años sin Terencio, aún me pregunto cómo era capaz de descifrar con tanta sutileza la complejidad de las pasiones humanas. Estuve reflexionando durante toda la función sobre los misterios del amor. Sobre los desencuentros y las incomprendiones entre dos personas que se quieren, sobre lo que dos enamorados se deben decir y no se dicen y sobre lo que se dicen cuando deben callar. ¿Dónde encajaba esto en lo que yo sentía por Cornelia? ¿Acaso mi amor era una sinrazón que no atiende a razones? ¿No ocurre siempre así en esa loca e irreflexiva pasión que nos embarga cuando sentimos el roce de la persona amada? Mis pensamientos me ocuparon toda la representación.

Finalizó el trabajo de los actores y aplaudí instintivamente. Mi padre y su mujer estaban contentos. Habían disfrutado con la obra. Terencio se acercó hasta nosotros y nos preguntó qué nos había parecido. Mi progenitor le felicitó. Yo le dije que me había encantado. En cierta manera no le mentí, porque cuando tuve ocasión de leerla, quedé muy complacido.

En septiembre, durante los juegos romanos en honor a Júpiter, una nueva comedia de Terencio fue llevada a los escenarios. A pesar de encontrarse en Roma, mi padre no quiso ir. Por ese tiempo ya me tenía preocupado. Aunque rondaba los setenta años, aparentaba muchos más. Ni siquiera su mujer ni mi hermana pequeña Emilia Tercia conseguían animarle. Yo asistí con Polibio, mi hermano Quinto, Lelio y sus respectivas esposas. La obra se titulaba *Formión*[204](#), el nombre del único de los personajes de las comedias terencianas que transgrede la ley y la manipula a su favor o en beneficio de los jóvenes protagonistas. Formión es un parásito[205](#) que se hace simpático a los espectadores con sus argucias y ocurrencias para conseguir lo que se propone. Nos divertimos muchísimo.

¡Qué poco sospechaba que las siguientes representaciones de las obras de mi amigo se producirían en unos días tan luctuosos de mi vida!

En junio del nuevo año, durante el consulado de Lucio Anicio Galo y Marco Cornelio Cetego[206](#) mi padre nos dejó de forma repentina. No habíamos vuelto a Lavernium a fin de evitarle el trasiego del viaje. Yo me había levantado temprano. Inspeccioné el trabajo de los esclavos y me dispuse a desayunar. Pedí que me trajeran de la cocina leche, miel, higos secos y tortas de harina. Mientras esperaba, aparecieron Polibio y mi hermano Quinto junto a su esposa Marcia. Toda la familia había pasado la noche en la *domus* que poseíamos en Roma. Habían traído a sus hijos, pero aquella mañana prefirieron dejarlos dormir un rato más. Eran dos chiquillos agotadores, como la mayoría de los niños de su edad. Quinto había venido a interesarse por el estado de nuestro padre. Yo le había enviado una nota comentándole que me preocupaba su salud.

Escuchamos el grito lacerante de mi madrastra desde la habitación del viejo cónsul. Mi hermana Emilia Tercia salió llorando de su cubículo. Me preguntó qué ocurría. No fue necesario responderle. Nos siguió a Quinto y a mí en nuestra frenética carrera hacia el dormitorio de nuestro progenitor. Mi padre yacía tumbado en la cama. Átropos[207](#) había cortado con sigilo la hebra de su vida. La parca le había «apuñalado» mientras dormía. A traición. Como si temiera enfrentarse a él durante la vigilia. Quinto y yo nos abrazamos entre lágrimas. Luego, Polibio se sumó a nosotros

en la desesperación. Mi hermana Emilia envolvió a su madre por la espalda con un gesto de cariño.

Enviamos a nuestro esclavo Druso a comunicar la triste noticia al senado y al pueblo de Roma. Le encargamos que expresamente avisase en primer lugar a nuestras hermanas, a Lelio, a Terencio y a los amigos más allegados, Pacuvio, Furio, Manilio y Sulpicio. Mis hermanas Emilia Mayor y Emilia Menor, Lelio y Antonia fueron los primeros en comparecer. Enseguida, Terencio y el resto de los más íntimos. Sus emotivas palabras trataron de consolarnos. Después se personaron un gran número de senadores encabezados por Catón. E igualmente, muchos veteranos de Pidna, que querían honrar a su general. Incluso antiguos enemigos de Hispania, Liguria y Macedonia, que se hallaban en Roma resolviendo en el senado diversos asuntos de sus respectivos territorios, asistieron al sepelio. Con su ayuda, levantamos la pira funeraria entre mi hermano, Lelio, Terencio, Polibio y yo. Mi padre se merecía aquel esfuerzo. También, los cinco depositamos el cadáver encima del altar de leña. El silencio únicamente fue interrumpido por los llantos de mi madrastra y mis hermanas y por el crujido de la madera quemándose bajo el cuerpo del que yo consideraba el más grande de los romanos.

Como hijo mayor, Quinto fue el encargado de homenajear a mi padre. Habló del hombre que solo vivió para servir al pueblo de Roma. Del hombre que llenó de oro las arcas públicas de la ciudad mientras él solo quiso enriquecer su espíritu con los libros de la biblioteca de Perseo. Del hombre que pidió a los dioses que cualquier desgracia reservada a Roma recayese sobre su familia, lo que le costó la vida de dos de sus hijos. Lágrimas de dolor recorrían mis mejillas. Me sentí orgulloso de mi hermano. Polibio y Lelio colocaron sendas manos sobre mis hombros. Un gesto de ánimo que supe reconocer. Las cenizas las depositamos en un ánfora funeraria griega. Decorada con dibujos de *La Iliada* de Homero. Ulteriormente, la llevamos al mausoleo familiar que mi padre había ordenado levantar en Lavernium para el descanso eterno de los restos de sus hijos menores.

La muerte de mi padre fue un amargo trance. Estaba muy unido a él y he de reconocer que yo era su hijo predilecto. Ciertamente es que a Quinto no le importaba mucho. Aceptaba con resignación las preferencias de nuestro progenitor. Además, nuestro padre nunca benefició a uno de sus hijos en detrimento del otro.

A pesar de contar en casa con el apoyo de Polibio, Quinto, Marcia, mi madrastra y mi hermana Emilia Tercia, la finca de Lavernium me parecía vacía. Habían venido a dar el último adiós a mi padre. No me di cuenta de lo mucho que su entusiasta personalidad colmaba aquellas salas hasta que se marchó para siempre, ni había sido consciente de lo que para mí representaba hasta que no lo tuve a mi lado. La vida es muy breve y la desaprovechamos continuamente. La llenamos de preocupaciones mundanas sin ser capaces de percibir la felicidad que nos rodea. Preocupaciones que el paso del tiempo terminará enterrando y nuestra muerte será la lápida que las cubra definitivamente.

La herencia de mi padre fue exigua en dinero. Ni siquiera alcanzaba para devolver la dote a mi madrastra. La heredad de Lavernium, la *domus* de Roma y otras tres casas que mi padre tenía arrendadas en uno de los barrios más pobres de la ciudad eran todo su legado. La modesta riqueza dejada por el viejo león no se correspondía con la nobleza de nuestra familia ni con todo lo que mis antepasados habían hecho por Roma. Tuvimos que malvender las casas que tenía alquiladas al objeto de reintegrar la dote a mi madrastra. El resto de las propiedades, nos las teníamos que dividir mi hermano Quinto y yo. La muerte de tía Emilia me había convertido en un hombre rico y no tenía esposa e hijos que dependieran de mí.

Habían pasado diez días desde que mi padre descansaba en la cripta familiar cuando llamé a mi hermano. Pretendía que se reuniera conmigo en la biblioteca. Pedí a Polibio que nos dejara solos porque íbamos a tratar un asunto particular. Nos sentamos uno enfrente del otro. Nos separaba una sencilla mesa de palo de enebro sobre la que se erguía el busto de Sócrates que compré al legionario tras el saqueo de la ciudad epirota. El filósofo iba a ser el testigo mudo de nuestra conversación. Ordené a Druso, nuestro leal esclavo, que nos trajera una botella de vino.

—Quinto —hablé en primer lugar—, ¿intuyes por qué te he llamado?

—Supongo que para tratar el tema de la herencia. —Quinto era más listo de lo que aparentaba.

—Padre apenas tenía dinero líquido y el que ha quedado escasamente alcanza para pagar la dote a nuestra madrastra —le expliqué.

—Venderemos lo que haga falta. Ha sido una buena mujer y una segunda madre para nosotros. Por otro lado, tiene que ocuparse de nuestra hermana Emilia. Solo tiene doce años y hasta dentro de tres o cuatro no tendrá edad para casarse. El resto lo dividiremos a partes iguales como exige la ley.

—Veo que coincidimos. Pero yo quería decirte algo más y espero que no te ofendas. —Quinto me miró extrañado.

—Habla, Publio.

—Quiero que lo demás lo recibas tú. Yo no necesito nada. Lo que sí te agradecería es que en lugar de entregarte esta finca y la *domus* de Roma, me permitas que te abone lo que cuestan. —Yo sabía que Quinto estaba pasando apuros económicos.

Mi hermano permaneció en silencio. Dejó sobre la mesa el vaso de vino que sujetaba. Apoyó el codo en el tablero de madera y ocultó sus labios con la mano. Dos finos hilos acuosos salieron de sus ojos.

—No lo puedo aceptar. —Un nudo en la garganta casi le impidió hablar—. Es demasiado. Tú tienes tanto derecho como yo.

—¡Claro que lo puedes aceptar! Somos hermanos y es mi decisión.

—Eres el mejor hermano que pueda desear un hombre —me dijo entre lágrimas de emoción. Nos estrechamos las manos. Quinto apretó la mía entre las suyas.

—Yo no tengo una familia que dependa de mí. Tampoco me espera ninguna mujer enamorada y difícilmente encontraré una que pueda amar y que ella me corresponda.

—¿Cuándo olvidarás a Cornelia? —Ahora era yo el sorprendido.

—¿Cómo lo has sabido?

—Solo había que ver la expresión de tu rostro cuando nos visitaba tía Emilia. Tu cara de ansiedad esperando que viniera con su hija y tu cara de decepción cuando Cornelia no la acompañaba. Eres igual que uno de estos cilindros de papiro desenrollado, dispuesto para ser leído. El día que incineramos a tía Emilia, mirabas hacia donde estaba Cornelia junto a su esposo. Dudo mucho que el objetivo de tus miradas fuera el feo de Sempronio. ¿No crees que ha llegado el momento de olvidarla?

—No puedo. Lo he intentado, pero me ha sido imposible. Es una obsesión que me martiriza. Que me sobrecoge el alma cuando pienso en ella y de la que únicamente me consuelan nuestras reuniones aquí en Lavernium y todos estos libros.

—¡Por Hércules, Publio! Vas a volverte loco. Ruego a los dioses que te ayuden a olvidarla.

—Gracias, Quinto. Cuento con tu discreción.

—Tu secreto está seguro conmigo. Ni siquiera Marcia lo sabe.

—Por ti, hermano. —Alcé mi copa de vino—. Por ti, Publio —correspondió Quinto—, el mejor de los hermanos.

—Le he escrito a Terencio y le he pedido que su próxima obra se represente en los juegos fúnebres que me gustaría celebrar en honor a nuestro padre. Me ha respondido que acaba de finalizar la redacción de una comedia que ha titulado *Los hermanos*<sup>208</sup>. Yo correré con los gastos. Me hará un precio especial y me ha ofrecido de regalo y homenaje a padre el reestreno de *La suegra*. Esperemos que esta vez el público no le haga otra jugarreta y huya a mitad de la función.

—Terencio es una gran persona —dijo Quinto—. Reservado, pero fiel y leal con sus amigos.

En *Los hermanos*, Terencio trata el tema de la educación de los hijos. Con esta comedia, nuestro recordado amigo llegó a su plenitud artística. Se ganó al público y hasta sus envidiosos críticos tuvieron que reconocer la calidad de su trabajo. Pero la alegría de Terencio duró poco. Una semana más tarde tuvo lugar la segunda representación de *La suegra*. Y como si los hados del infortunio quisieran hacer burla de Terencio, mis palabras fueron proféticas. Otra vez los espectadores se ausentaron de la sala cuando se corrió el rumor de que se iba a celebrar una lucha de gladiadores<sup>209</sup>. Ni siquiera respetaron que la función era un tributo a mi padre, Lucio Emilio, el vencedor de Perseo.

Felizmente, en los juegos romanos de septiembre<sup>210</sup>, *La suegra* fue un formidable éxito. Yo sabía que a esa obra solo había que darle una oportunidad. Terencio estaba henchido de orgullo. Un mes antes había casado a su hija con un adinerado individuo del orden ecuestre. Se me acercó para abrazarme. Yo le había dicho en contadas ocasiones que tarde o temprano le sonreiría la gloria con su maltratada comedia. Y por fin la gloria había llegado. Polibio, Lelio y Quinto también acudieron a la función. Todos nos alegramos por Terencio.

Aquella misma noche, mientras cenábamos en casa de Lelio, nos comunicó la nueva que iba a marcar su destino. Tenía pensado ir a Grecia a perfeccionar su estilo de autor de comedias y a estudiar los trabajos de Menandro que no habían llegado a Roma, pero de los que teníamos conocimiento por viajeros griegos que visitaban la ciudad. Traté de disuadirlo. No queríamos separarnos de nuestro amigo. Le dije que en mi biblioteca de Lavernium había suficientes comedias que le servirían de inspiración. Intentamos que desechara aquella idea de su cabeza. Pero fue inútil. Terencio lo tenía decidido.

Dos semanas después, Terencio abandonó Roma. Fuimos a despedirlo al puerto. Quinto y Marcia, Lelio y Antonia, Polibio, Manilio, Pacuvio y Cayo Sulpicio que le auguró un satisfactorio viaje. Su hija no estaba presente porque Terencio se despidió de ella en su casa y le pidió que no fuese al ancladero. Resulta curioso, pero nunca conocimos a la joven. Lo abrazamos efusivamente, uno tras otro, yo fui el último. No sé por qué presentí la tragedia. Algo tenebroso acechaba en el horizonte. Pensé que serían figuraciones mías. Que la muerte de mi padre me habría afectado más de lo que yo creía.

¡Mis negros presagios se cumplieron!

Terencio subió a la galera que lo llevaría a Grecia. Se le escapó alguna lágrima. Nos dijo que aquella era la despedida de un rey. Que nadie en este mundo tenía amigos más fieles. Que no debíamos apenarnos porque volvería después del verano del año próximo. La nave se fue deslizándose plácidamente sobre las aguas. En la cubierta, Terencio agitaba la mano diciéndonos adiós. Conforme se retiraba del muelle, su figura se fue empequeñeciendo, alejándose como una gaviota errante. Fue la última vez que lo vimos con vida.

A finales de agosto, durante el consulado de Cneo Cornelio Dolabella y Marco Fulvio Nobilior<sup>211</sup> recibí una carta de Terencio. En ella me decía que se encontraba bien de salud y que en una semana partiría hacia Roma. Estaba contento porque había descubierto en la biblioteca de Pérgamo algunas comedias de Menandro desconocidas que le ayudarían en su trabajo.

Transcurrieron varias semanas. Terencio nunca regresó. Nos llegaron noticias de una terrible tempestad en el Adriático. El barco en el que venía mi amigo se había hundido sin remisión. Neptuno lo arrastró al fondo del mar. Durante días, acompañado de Lelio, fuimos al muelle a esperar las galeras que arribaban de Grecia. No queríamos reconocer que Terencio nos había dejado. Para la posteridad, legó sus seis comedias y un refinado latín que solo hablan los dioses.

La última tarde que fui al puerto, permanecí dos horas deambulando sin una dirección concreta. Lelio estaba enfermo y no había podido venir conmigo. Cuando apesadumbrado recorría las calles de Roma camino de mi casa, me topé con un grupo de gente alrededor de un joven. Tendría cuatro o cinco años menos que yo. Subido a un inestable pedestal de madera, que había erigido con cajas ruinosas, recitaba de memoria unos poemas.

Al principio, presté más atención a las risas del espontáneo auditorio que a los versos del artista. Me fijé en él. Era bien parecido. Vestía ricamente. Con telas demasiado caras para un poeta callejero. Los ademanes educados no se correspondían con lo que salía por su boca. Pero a los oyentes les encantaba lo que oían porque no cejaban de reír. Las risas se debían a que la concurrencia le decía el nombre de una personalidad de Roma, ya fuera magistrado o senador, noble o plebeyo, rico o pobre y el muchacho recitaba inmediatamente una estrofa cargada de inectivas contra la persona mencionada sin escatimar en insultos y groserías para ridiculizarlo. No tenía nada escrito. Todo lo que declamaba era intuitivo.

Alguien pronunció el nombre de Catón. El lenguaraz jovencuelo hizo una crítica mordaz del viejo senador que fue aplaudida por los presentes. Finalizadas las poéticas diatribas, me acerqué a él. Me presenté con afabilidad.

—Soy Publio Cornelio Escipión Emiliano, hijo del cónsul Lucio Emilio Paulo Macedónico. He disfrutado mucho con tu elocuencia —le dije cortésmente.

—¡Felicidades! Yo no soy hijo de ningún cónsul. —Terminada la frase, se dio la vuelta y se marchó.

—Podrías mostrar un poco de cortesía romana —comenté enfadado.

—Para ser hijo de cónsul has dicho una mentira —respondió mientras se alejaba.

Aligeré el paso a fin de ponerme a su lado. Irritado, le pregunté qué mentira había pronunciado.

—Has dicho que yo debería mostrar un poco de cortesía romana. La cortesía romana no existe, salvo que poseas una gran fortuna y procedas de una ilustre familia. Sin ir más lejos, hoy he visto a un mesonero darle una paliza a un pobre desgraciado porque no tenía sestercios suficientes con los que pagarle la comida que había tomado. Yo me he ofrecido a abonar la cuenta, pero el mesonero y la gentuza que visionaban la escena han escogido la paliza. Ahí tienes una demostración de la cortesía romana. Ahora se hace tarde, tengo un poco de prisa.

—No puedo decir que no tengas razón. Mi amigo Terencio sufrió también la incomprensión de esa gentuza como tú la llamas cuando despreciaron en dos ocasiones la representación de su comedia *La suegra*.

—¿Terencio? ¿Conocías a Terencio? —se detuvo a preguntar.

—Sí, éramos muy buenos amigos.

—Soy un gran admirador de su trabajo. Me gustó mucho *La andriana*. Esa pandilla de ignorantes prefirió ver a un idiota caminando sobre una cuerda antes que cultivar la mente y la nobleza de espíritu. He lamentado su muerte. Hasta he compuesto unos versos en su honor: «Tú también, el único que, con una lengua selecta, Terencio, nos presentas convertido y rehecho en lengua latina a Menandro, con los afectos apaciguados, hablando con cortesía y diciendo todo con dulzura»<sup>212</sup>.

—¿Puedo saber tu nombre?



—Lucilio. Cayo Lucilio<sup>213</sup>.

—Te agradezco tus palabras, Cayo Lucilio. Si lo deseas, mañana puedes venir a mi *domus* y podremos departir sobre Terencio.

Aceptó mi invitación. Le expliqué a mi joven contertulio cómo se llegaba a mi casa. Pasamos una jornada agradable. Polibio, Quinto y Lelio también vinieron a conocerle. A pesar de su juventud, Lucilio razonaba con más lucidez que muchos adultos y por supuesto que la mayoría de muchachos de su edad.

Nos contó que era natural de Suesa Aurunca en el Lacio, cerca de la Campania. No era de origen noble, pero su padre poseía una gran fortuna. En Roma, residía en la Velia, la casa construida a costa del erario para que viviera en ella el hijo del rey Antíoco mientras fue rehén de la república. Lucilio hablaba y hablaba sin parar e improvisaba versos con los que apuntalaba su discurso. Era un experto en el arte de las musas. Le pregunté si había escrito algún libro y me respondió con un sencillo no.

—La humanidad —añadió— no se merece mi talento. —Irónico hasta el final.

Cuando volvimos de Hispania, tras la victoria contra los numantinos, cambió de opinión. Ha escrito muchos poemas que son como cuchillos afilados lanzados contra sus adversarios políticos que también son los míos.

Por supuesto, Lucilio se sumó a las reuniones de Lavernium. Su descaro no era del agrado de todos, y aunque yo también fui blanco de sus diatribas, acepté sus críticas que me sirvieron para corregir mis defectos. Incluso en cierto momento, se rio de mi pronunciación con unos hirientes versos:

—«A fin de mostrarte más gracioso y más inteligente que los demás, decías que el género humano estaba *pertisum*<sup>214</sup>, no *pertaesum*»<sup>215</sup>.

Con el tiempo llegamos a comprenderle y ha sido, igualmente, uno de mis grandes amigos.

Le referí el motivo de aquellas reuniones.

—Nuestra intención es recuperar de algún modo las virtudes de la Roma eterna. Los valores sagrados de la república. Sin olvidar la *humanitas*, la preocupación del hombre por el hombre. El individuo honrado que sirve al bien público.

—Interesante tarea. Pero dudo mucho que en Roma haya muchos hombres honrados —respondió Lucilio.

—De eso se trata. De educar de algún modo a los romanos —le señaló Polibio.

—¿No crees en las virtudes humanas? —le preguntó Furio Filo un tanto malhumorado.

—Virtudes humanas es un oxímoron. Creo en la virtud, pero soy demasiado escéptico en cuanto a la bondad de mis congéneres.

—¿Y qué es para ti la virtud, esa que no encuentras en las personas? —quiso saber Manio Manilio.

Lucilio improvisó entonces unos preciosos versos sobre la virtud:

—«La virtud es poder pagar el precio verdadero a las personas con quienes convives, y sobre las cosas de que vivimos; virtud es saber qué utilidad tiene una cosa para el hombre; virtud es conocer lo que es recto, útil y honesto para el ser humano; qué es bueno y qué es por el contrario malo, qué resulta inútil, torpe o inhonesto; virtud es conocer el fin y el modo de hallar las cosas; virtud es poder apreciar en lo que valen las riquezas; virtud es conceder al honor lo que se debe, oponerse frecuentemente a los hombres malos y a las costumbres depravadas; ser indiscutible defensor de los hombres buenos y de los buenos modales; tenerlos en consideración, consentir con ellos y sentirse amigo; apreciar sobre todo los bienes de la patria, luego los de nuestros padres y en tercer lugar los nuestros propios»<sup>216</sup>.

Después de oírle, nadie dudó que Lucilio reunía las cualidades que buscábamos en los que participaban de nuestro ideal romano.

En noviembre de ese mismo año falleció mi madre Papiria. Demasiadas personas queridas se marcharon en poco tiempo. Aunque se divorció de mi padre siendo yo muy niño, siempre sentimos su cercanía. La última imagen llena de vida que tengo de ella es luciendo las joyas procesionarias de tía Emilia que le cedí.

¡Que orgullosa se sentía!

Se encontró mal al volver de una de esas celebraciones. Quinto y yo llegamos a tiempo para darle nuestro último adiós. La enterramos en la más estricta intimidad. Solo acudieron nuestros amigos. No queríamos más hipócritas merodeando alrededor de nuestra familia. Una semana más tarde mandé recado a mis hermanas. Les demandé que vinieran a verme a mi *domus* de Roma. Yo no necesitaba las joyas de tía Emilia que había regalado a mi progenitora. Tras su muerte decidí repartirlas.

Emilia Tercia, la pequeña, no era hija de mi madre Papiria, pero los ornamentos procedían de tía Emilia y mis tres hermanas eran sus sobrinas. Mi gesto las llenó de felicidad, esencialmente a mi hermana menor, que con tan solo trece años se estaba convirtiendo en una linda jovencita. He de reconocer que siempre he sentido una mayor inclinación hacia mi hermanita Emilia Tercia. Tres años más tarde contrajo matrimonio con un joven de familia plebeya que ayudaba a su padre en el comercio de las especias traídas de oriente. No es una familia acaudalada, aunque el negocio produce lo suficiente para vivir sin estrecheces. El día de la boda estaba exultante. Pagué la dote y les regalé una vajilla de plata labrada que muestran a todos los que se acercan a su casa.

—¡Me la regaló mi hermano, el cónsul Escipión Emiliano! —alardea orgullosa.

Su esposo se desvive por mi hermana y ella lo ama con locura. Y, si hay amor, ¿qué otra cosa pueden necesitar dos enamorados? Tienen cuatro hijos maravillosos y yo presumo de sobrinos cada vez que tengo ocasión. En una de mis visitas le comenté a mi hermana que me tendría a su lado en cualquier eventualidad, que, si alguna vez necesitaba algo, únicamente tenía que pedirlo. Lloró de emoción. Le manifesté que no debía llorar. Era mi hermana y mi obligación era ayudarla.

—Sabes, Publio, hace unos días vino Quinto con su familia y me dijo lo mismo. Lloro de alegría porque los dioses me han dado dos hermanos como vosotros.

Nos despedimos en el umbral de la puerta, la besé en la frente y abracé a mi cuñado. Antes de partir, un pequeño perro lanudo apareció moviendo alborozado el rabo solicitando una caricia de sus dueños.

—¿Y este quién es? —pregunté a Emilia.

—Se llama Terencio —respondió risueña—. Como el burrito de tu infancia. Ese del que tanto me hablaste cuando yo era una mocosa.

—Entonces será un buen perro. Además, también es el nombre de un gran poeta.

---

[193](#). 162 a. C.

[194](#). Se desconoce la fecha de la muerte de Publio Cornelio Escipión, padre adoptivo de Escipión Emiliano. Debió ocurrir antes que la de su madre Emilia porque, al morir esta, Emiliano fue el heredero y se convirtió en jefe de la familia de los Escipiones.

[195](#). Elegido cónsul el año 162 a. C., tuvo que dimitir junto con su colega Cayo Marcio Figulo a causa del dictamen de los augures, que pronosticaron que los auspicios no eran favorables. Volvió a ser elegido el 155 a. C.

[196](#). Valerio Máximo. *Hechos y dichos memorables*. VIII. 15. 1.

[197](#). Mensajero de los dioses.

[198](#). Polibio. *Historias*. XXXI. 26. 6-7.

[199](#). *Ibidem*. XXXI. 26. 10.

[200](#). Polibio. *Historias*. XXXI. 27. 14.

- [201.](#) Abril 161 a. C.
- [202.](#) *Eunuchus*.
- [203.](#) Terencio, *El eunuco*. Acto 1.º. Escena 1.ª.
- [204.](#) *Phormio*.
- [205.](#) En la comedia clásica, el parásito se asemeja al pícaro de la novela y el teatro del siglo de oro español.
- [206.](#) 160 a. C.
- [207.](#) La mayor de las tres deidades hermanas. Las otras eran Cloto y Láquesis. Cloto hilaba, Láquesis devanaba y Átropos cortaba el hilo de la vida de un hombre.
- [208.](#) *Adelphoe*.
- [209.](#) Terencio. *La suegra*. Prólogo.
- [210.](#) 160 a. C.
- [211.](#) 159 a. C.
- [212.](#) Aunque hemos puesto estos versos en boca del joven poeta, en realidad es el único fragmento conservado de un poema de Cicerón.
- [213.](#) Poeta romano del siglo II a. C. Se le considera el creador de la sátira latina.
- [214.](#) La palabra latina correcta es *pertaesum*, que significa cansado o aburrido.
- [215.](#) Cayo Lucilio. *Fragmentos*. 674.
- [216.](#) Cayo Lucilio, *Fragmentos*. Verso 1326.

## Hispania. La Guerra Celtibérica

El año de la muerte de Terencio y de mi madre Papiria murió el rey Eumenes<sup>217</sup> de Pérgamo, que continuamente había jugado al gato y al ratón con Roma. En ocasiones se mostraba fiel aliado, pero en otras se enfrentaba a pueblos amigos de los romanos. Era un hombre amante del arte y la cultura que creó una biblioteca en Pérgamo que rivalizó con la prestigiosa biblioteca de Alejandría. Le sucedió en el trono su hermano Átalo II<sup>218</sup>, que mantuvo la alianza con la república a la que apoyó en las guerras que combatimos en Asia.

El año 595 a. u. c.<sup>219</sup> llegaron a Roma embajadores de Isa que denunciaron los atropellos que sufrían de los dálmatas. Como los daorsos de Iliria formulaban acusaciones semejantes, el senado despachó al legado Cayo Fannio a inspeccionar la situación en aquellas tierras. Regresó de Iliria con la noticia de que los dálmatas no se avenían a razones y afirmaban que «ellos no tenían nada ver con los romanos»<sup>220</sup>. El senado declaró la guerra a los dálmatas<sup>221</sup> para proteger a nuestros aliados y los intereses de Roma.

Entre los años 598 y 599 a. u. c.<sup>222</sup> tuvo lugar la guerra de Liguria. Los padres conscriptos enviaron ayuda a los masalotas, que estaban siendo hostigados por los ligures. Inicialmente a tres legados, pero tras los reveses que estos sufrieron, mandaron al cónsul Quinto Opimio<sup>223</sup>, que derrotó a los ligures, se adueñó de sus tierras y las entregó a Masalia.

Todos estos años me mantuve apartado de la vida pública en Roma. Prefería mis ratos de ocio en Lavernium, mis estudios de arte y filosofía griega con mi maestro Polibio y disfrutar de la compañía de mi hermano Quinto, Lelio, Manilio, Furio y el sagaz Lucilio.

No éramos conscientes de que unos negros nubarrones se cernían sobre Roma. El año que finalizó la guerra de Liguria, durante el consulado de Quinto Opimio y Manio Acilio Glabrión<sup>224</sup>, estalló la Segunda Guerra Celtibérica. La «Guerra de Fuego»<sup>225</sup>, como la llamó Polibio por lo cruento de los enfrentamientos y porque se extendió rápidamente igual que llamas candentes. El año no había comenzado con buenos augurios. El cónsul elegido en primer lugar junto a Quinto Opimio fue Lucio Postumio Albino, que murió siete días después de partir hacia la provincia que le había tocado en suerte, al parecer, envenenado por su mujer, Publicia, que fue estrangulada por decisión de sus familiares sin esperar a un juicio público<sup>226</sup>. Le sustituyó el mencionado Manio Acilio Glabrión.

Hispania había permanecido en relativa calma desde que Tiberio Sempronio Graco, el marido de Cornelia, firmara un tratado de paz con los celtíberos, en el consulado de Quinto Fulvio Flaco y Lucio Manlio Acidino Fulviano<sup>227</sup>. El detonante de la confrontación entre romanos y celtíberos

fue la intención de los habitantes de Segeda<sup>228</sup>, la ciudad de los belos, de ensanchar sus murallas para hospedar a un mayor número de habitantes procedentes de poblaciones vecinas.

Cuando el senado fue informado de tales pretensiones, juzgó que las ínfulas de los segedenses contravenían lo estipulado en el pacto firmado por Graco. Según estos acuerdos, era necesario el consentimiento de Roma si los celtíberos querían erigir nuevas ciudades. Por otro lado, estaban obligados a proporcionar tropas auxiliares al ejército romano y al pago de un tributo anual. Los belos respondieron que el compromiso prohibía la fundación de nuevas ciudades, pero no decía nada de la fortificación de las ya existentes, y que habían sido eximidos en el propio pacto de pagar tributos y del envío de tropas.

Aunque eran ciertas las afirmaciones de los belos en cuanto al pago de tributos y al envío de mercenarios, no era menos cierto que cuando Roma firma un tratado con algún pueblo se reserva el derecho de modificar lo estipulado en el convenio. La negativa de los segedenses a detener la construcción de la muralla defensiva fue considerada por el senado una ruptura del tratado. Declaró la guerra a los belos que habían acogido entre sus muros a los titos, otro pueblo celtíbero.

Uno de los cónsules del año 600 a. u. c.<sup>229</sup>, Quinto Fulvio Nobilior, fue enviado a Hispania con un ejército de treinta mil hombres a someter a los belos ante el temor del senado de que la rebeldía de Segeda sirviera de ejemplo a otras ciudades. El comienzo del año consular tuvo que ser adelantado a las calendas de enero<sup>230</sup> para dar tiempo a las legiones a alcanzar los territorios más alejados. Nobilior llegó a Segeda en verano, cuando los trabajos de fortificación no habían finalizado, obligando a los belos a huir hacia el territorio de los arévacos y a buscar amparo en Numancia. Los numantinos dieron protección a belos y titos en función de los pactos de amistad y apoyo mutuo contraídos por las ciudades celtíberas. Designaron jefe a un guerrero belo, Caro, que tres días después de su nombramiento y al frente de veinte mil infantes y cinco mil jinetes emboscaron a los soldados de Nobilior en un desfiladero cercano, dando muerte a seis mil romanos e iniciando la persecución de los que huían.

Envalentonado con la victoria, Caro no se percató de nuestra caballería, que escoltaba los víveres y se mantenía en retaguardia. Los jinetes romanos sorprendieron a Caro, y en la lucha que siguió, dieron muerte a no menos de tres mil enemigos, incluido el propio Caro, que destacó por su valor, retirándose a Numancia el resto del ejército celtibérico. Esta batalla aconteció el día que en Roma celebramos la fiesta de la Vulcanalia en honor al dios Vulcano<sup>231</sup>. Han pasado veinticuatro años de aquel desastre y, desde entonces, ningún general romano ha querido comenzar una campaña ese día<sup>232</sup> por estimarlo un mal presagio.

Nobilior acampó a cuatro kilómetros al Este de Numancia con la intención de reorganizar su ejército. Por su parte, los arévacos nombraron jefes a Leucón y a Ambón. La llegada de trescientos jinetes númidas y diez elefantes enviados por Massinisa, el amigo de mi abuelo adoptivo y aliado de Roma en la guerra contra el cartaginés Aníbal, animó a Nobilior a entablar batalla esperando en la poderosa fuerza de los elefantes, a los que ocultó lejos de la vista del enemigo.

Cuando se inició la contienda, los romanos abrieron la formación, aterrorizando a los arévacos, que nunca habían visto unos animales como aquellos. Los celtíberos huyeron a la ciudad en busca de refugio. Nobilior lanzó a los elefantes contra las defensas de Numancia. Se emprendió un violento combate hasta que un paquidermo fue herido en la cabeza por una piedra arrojada desde la muralla. El elefante, exasperado por el dolor, comenzó a barritar enloquecido y a llevarse por delante a cuantos estuviesen a su alrededor, sin distinguir entre amigos o enemigos.

Los otros elefantes, asustados por el agónico barrito del paquidermo herido, hicieron lo mismo, pisoteando y lanzando por los aires de los romanos que trataban inútilmente de calmarlos. El

peligro de morir despedazados por los enormes colmillos hizo huir a los legionarios en completo desorden, lo que fue aprovechado por los arévacos y sus aliados para dar muerte a cuatro mil hombres, a tres elefantes y apoderarse además de numerosas enseñas y armas.

Fue una masacre y una de las muchas iniquidades que Roma soportaría a manos de los numantinos. A pesar de la victoria y de la difícil situación en la que se encontraba Nobilior, con el frío y el hambre haciendo mella entre sus filas y la traición de la ciudad de Ocilis<sup>233</sup>, que se pasó al enemigo, los arévacos ofrecieron al cónsul un arreglo pacífico con el que poner fin a las hostilidades. Como no podía ser de otra manera, Nobilior rechazó cualquier acuerdo de paz que no implicara la rendición incondicional de los celtíberos. Muchos en Roma le acusaron a su regreso de haber tenido en sus manos la consecución de la paz en Hispania, pero yo creo que el precio habría sido demasiado alto: la humillación de la república.

A Nobilior le sucedió en el mando uno de los cónsules del año entrante<sup>234</sup>, Marco Claudio Marcelo, hombre valiente de gran prestigio que había vencido a los galos durante su primer consulado<sup>235</sup> y a los ligures durante el segundo<sup>236</sup>.

La ley exigía que debían transcurrir diez años entre dos consulados ejercidos por una misma persona. Fue necesario modificar la legislación para que Marcelo pudiera ser elegido cónsul. Estos cambios ya se habían hecho en otros momentos de gran peligro para nuestra querida patria, pero sentarían un mal precedente en los acontecimientos futuros que hicieron temblar los cimientos de la república.

El consulado de Marcelo y Lucio Valerio Flaco marcó mi entrada en el senado junto a mi hermano Quinto. El prestigio de mi familia facilitó la elección. Yo tenía treinta y tres años<sup>237</sup> y me convertí en uno de los senadores más jóvenes de Roma. «Tu padre se sentiría orgulloso» fue la frase que más oímos aquellos felices días en que pisamos por primera vez la asamblea de los padres conscriptos. Polibio estaba henchido de alegría al ver a sus pupilos vestir la toga senatorial adornada con las dos laticlavias de color púrpura y los cálceos negros en los que la hebilla había sido sustituida por una letra C plateada en recuerdo de los cien primeros senadores instituidos por Rómulo. Lelio nos abrazó con tanta fuerza que mis costillas crepitaron. Por unos instantes la congoja ahogó su garganta al recordar a Terencio y la tristeza embargó también mi corazón. Prometí a mi amigo que desde mi nuevo cargo pelearía por él con la intención de se uniera a nosotros en el más alto honor que pueda recibir un ciudadano romano.

Al ser de familia patricia lo habíamos tenido fácil, pero Lelio necesitaba ejercer el consulado o el tribunado de la plebe para poder formar parte del orden senatorial. Lucilio, el siempre descarado Lucilio, nos dijo que estábamos «resplandecientes como el hierro hirviendo acabado de sacar en la colada»<sup>238</sup> y que el senado había ganado en calidad.

¿Y Cornelia? ¿Qué pensaría mi idolatrada Cornelia? Mi acceso al senado se sabía en toda la ciudad y ella debía estar al tanto. Hacía un mes que había enviudado y yo no había asistido al entierro de Sempronio. No me pareció prudente. Desconocía cuáles eran sus sentimientos, su estado de ánimo, hasta dónde alcanzaba su aflicción por la muerte de su esposo. ¿Se acordaría de mí o estaba perdidamente enamorada de su viejo marido? Cornelia había heredado una inmensa fortuna y se había convertido en una de las personas más ricas de Roma.

¡Qué le importaba, pensé, un primo que se había convertido en senador!

Pero sigamos con los acontecimientos de la Guerra Celtibérica.

Marcelo partió hacia Hispania con ocho mil soldados de infantería y quinientos jinetes<sup>239</sup>. El nuevo cónsul era una persona inteligente que supo atraerse a la órbita romana algunas de las ciudades que habían desertado durante la campaña de Nobilior. Marcelo concedió el perdón a

muchas poblaciones a cambio de rehenes y de una determinada cantidad de talentos de plata y firmó con ellas acuerdos de paz.

Sin embargo, las ciudades que habían permanecido leales a Roma se opusieron a las pretensiones de Marcelo, alegando que habían padecido los embates de quienes ahora se mostraban sumisos. El cónsul envió a Roma a embajadores de ambas partes. Los emisarios de las tribus amigas entraron en la ciudad y fueron agasajados por el senado. Los enviados de las que habían traicionado a la república acamparon como era usual fuera de las murallas. El senado rechazó la petición de cese de hostilidades de estos últimos reprochándoles que no se rindieran a Nobilior cuando este lo demandó. Yo fui uno de los que más se opuso a los deseos de Marcelo de que el senado ratificara los tratados que había firmado. Era un lujo que la república no podía permitirse, porque otros pueblos a los que habíamos sojuzgado se habrían levantado contra Roma.

Se decidió reclutar un nuevo ejército para el cónsul Licinio Lúculo<sup>240</sup>. Las noticias que llegaban de Hispania aterrorizaban a la juventud romana. La fiereza de los celtiberos, el número de muertos de nuestro ejército, los rigores del clima, la muerte acechando detrás de cada roca, de cada árbol o matorral asustaron tanto a los jóvenes que tenían que engrosar las filas de las legiones que no hubo hombres suficientes con los que completar siquiera los cuadros de mando. Esta vergüenza no había ocurrido en Roma desde que fue fundada por Rómulo. «Se propagó la idea de que quien tenía que ir a luchar a Hispania, se le consideraba ya perdido»<sup>241</sup>.

Para incentivar los alistamientos se recurrió al sorteo en lugar de a las habituales levas y se redujo el tiempo de servicio a seis años. Muchos alegaron que su negativa a enrolarse se debía al trato de favor que los cónsules concedían a conocidos y allegados a quienes encuadraban en los puestos de menor riesgo y fatiga.

Estos sucesos acrecentaron en mí el convencimiento de que Roma necesitaba una regeneración y de que nuestra idea concebida en Lavernium sobre una nueva *virtus* era acertada y apremiante.

Desde mi nombramiento como senador no había intervenido en la asamblea salvo en las votaciones de determinadas cuestiones. Había sido elegido para viajar a Macedonia a dirimir una disputa entre dos ciudades de esa provincia. En medio de las acaloradas discusiones sobre la falta de hombres para el ejército, de la actitud de los jóvenes romanos de la que unos culpaban a otros, pero nadie asumía responsabilidades y de si eran acertadas o no las medidas tomadas por los cónsules o de si había existido trato de favor, me puse en pie, y con un sonoro grito que retumbó en la asamblea y enmudeció a los presentes exclamé:

—¡Padres conscriptos! ¡Pido la palabra!

Los senadores callaron y se volvieron hacia mí. Incluso Quinto quedó sobrecogido. Supongo que muchos pensaron que era muy osado que un senador particularmente joven y recién llegado a la curia senatorial se atreviera a interrumpir con tan estrepitosa voz. Yo estaba nervioso. Por un momento me arrepentí de mi determinación. Pero ahora tenía que proseguir, no podía permanecer en silencio como una estatua del foro. Más pausado, continué.

—Padres conscriptos, senadores, he pedido el uso de la palabra para manifestar mi desaliento por la conducta de los jóvenes romanos. Nunca antes, cuando nuestra patria había necesitado el auxilio de sus ciudadanos, habían faltado voluntarios que listaran las filas del ejército. Hasta ese punto ha llegado la degeneración de Roma. Las virtudes de la vieja república, las antiguas tradiciones y el culto a los antepasados, que fueron modelo de tantas generaciones, han dado paso al lucro, el lujo, la molicie y la lascivia. Vencimos a nuestros enemigos en los campos de batalla y ahora esos adversarios muertos se ríen desde sus tumbas porque importamos sus vicios que se han apoderado de nuestra gloriosa ciudad y están acabando con nuestro bien máspreciado, nuestros jóvenes. Ellos son el futuro de Roma.

Los senadores me interrumpieron con aplausos. Hasta el mismísimo Catón, ya muy anciano, golpeaba con su bastón el marmoleo suelo del recinto.

—Gracias, padres conscriptos, agradezco de todo corazón vuestros aplausos, pero dejadme continuar. —Aún no había finalizado—. Hace unos días se me nombró con la instancia de que viajara a Macedonia, el reino que mi difunto padre Lucio Emilio arrebató a Perseo, a que mediara en la disputa habida entre dos ciudades griegas que enturbian la paz y la tranquilidad de aquella provincia. Pero yo os digo, padres conscriptos que, desde este momento, Publio Cornelio Escipión Emiliano se ofrece voluntario para ir a luchar a Hispania como legado o tribuno y, si fuera necesario, como simple legionario. Espero con ello que la juventud romana siga mi ejemplo y que mañana, en el Campo de Marte, las legiones llenen sus filas de ciudadanos dispuestos a proteger la república.

Los senadores, en pie, aplaudieron frenéticamente. Hasta los más ancianos vitoreaban mi nombre. Algunos incluso se acercaron a mi asiento para darme palmadas en la espalda y felicitarme por mi alocución.

Salí del senado en olor de multitudes. Seguido de mi hermano y de muchos ciudadanos que habían oído mi discurso. Ahora solo faltaba que mi soflama surtiera efecto.

Cuando llegué a mi casa, Quinto cerró la puerta detrás de mí. No me había desprendido de la toga senatorial cuando me dijo:

—¿Te has vuelto loco? ¿Es que quieres que te maten? Tú ya te jugaste la vida por Roma en Pidna. Has hecho más por esta «bendita» república que la mayoría de esos viejos seniles.

Polibio se acercó a nosotros preocupado. No sabía a qué se debían los reproches de Quinto. Mi hermano le contó mis intenciones.

—Este loco —le dijo— está dispuesto a ir a Hispania como simple legionario. —Polibio me miró con cara de preocupación.

—Publio, eso es una locura. Roma te necesita aquí. Los hispanos son un pueblo aguerrido y belicoso. Ya le ha costado mucha sangre a Roma —espetó Polibio.

—Querido amigo —respondí a Polibio—, mi decisión está tomada. Mañana a primera hora me dirigiré al Campo de Marte a alistarme.

—Pues yo iré contigo —contestó mi amigo—. No irás solo a Hispania.

—¡Por supuesto!, ¡iremos contigo! —exclamó Quinto—. A fin de cuentas, lo único que puede ocurrir es que nos maten.

—Vosotros dos os quedaréis en Roma. Tú, Polibio, eres griego. Y tú, Quinto, tienes una familia que te necesita. El año que viene, tu hijo mayor vestirá la toga viril. Necesita a su padre.

Llamaron a la puerta. Aún estábamos en el umbral de la casa. Abrí a mis inesperados visitantes. Eran Lelio y Lucilio.

—Me acabo de enterar —dijo Lelio con la voz agitada por la carrera que había mantenido desde su casa—. Supongo que será una broma.

—No es ninguna broma. Mañana estaré en el Campo de Marte —aclaré al bueno de Lelio.

—«Yo quisiera que hubiésemos asistido nosotros a esa asamblea que decís que tuvisteis los dioses celestiales»<sup>242</sup> —recitó Lucio—, para quitarte esa idea de la cabeza.

—Entonces, iré contigo —afirmó Lelio.

—Nunca me han gustado las armas, pero no pretenderéis dejarme solo en Roma —confirmó Lucilio.

—Es lo que yo le he dicho —explicó mi hermano—, pero se niega.

—Yo iré contigo. —Lelio fue rotundo.



—Mi fiel y leal Lelio, cómo agradezco a los dioses tu amistad, pero tienes una familia que cuidar y una mujer que se moriría si te ocurriese algo. Además, una de tus hijas se casa dentro de un mes. Y tú, Lucilio, necesito que ayudes a mi hermano aquí en Roma a defender nuestros intereses. Seréis mis ojos y mis oídos cuando yo esté ausente.

—Retrasaré la boda. Publio, no sabes dónde te has metido. Ese Lúculo, el nuevo cónsul, es una mala persona. Un individuo miserable al que únicamente le preocupa llenar de oro sus ya de por sí rebosantes arcas —exhortó Lelio.

—Te quedarás en Roma y organizarás una magnífica boda a tu hija —le insistí.

Lelio no me dejó decirle nada más. Se despidió con un sencillo:

—Mañana nos veremos, tengo muchas cosas que preparar.

—Quinto, por favor, te necesito en Roma. Y a ti también, Lucilio —pedí a mi hermano y a mi amigo poeta.

—Está bien, Publio. Haré lo que me pides. Pero sigo pensando que esto es una locura.

—Yo te acompañaré —interrumpió Polibio.

—Esta guerra no va contigo. Te volverás a Lavernium y cuidarás de la biblioteca. A mi vuelta, me mostrarás los nuevos libros que hayas descubierto. Hay muchos volúmenes de los que todavía desconocemos su contenido.

Polibio no respondió. Mi hermano me abrazó con semblante de preocupación. Se despidió de mí, apesadumbrado.

—Cuidate, hermanito. Rogaré a los dioses que vuelvas sano y salvo.

—No seas temerario —me pidió Lucilio mientras me abrazaba—. Prometo escribirte para contarte los chismes de Roma.

Nos quedamos en casa Polibio y yo. Cenamos pronto. Tenía que preparar mis armas y el equipo. Él también se retiró expedito a su habitación. Me dijo que quería rezar a los dioses.

Limpié mi gladio y engrasé el *pilum*. Abrillanté el escudo ovalado con la imagen de la diosa Venus Cornelia. Los arañazos que le produjeron mi entrenamiento con Aulo y los combates en Pidna estaban reparados desde hacía tiempo. Parecía un escudo recién salido de las manos del artesano armero. Me quedé un rato mirando la cara de Cornelia dibujada en el broquel. Quizá encontraría la muerte en Hispania y no volvería a verla. Al menos, pensé, terminaría mi desesperanza. Habría encontrado la paz. Por fin saldría de mis pensamientos.

Una hora antes de la hora prima<sup>243</sup> ya estaba en pie. Vestí una túnica blanca de lana y me puse la cota de malla. Calcé las cáligas. Ajusté la espada al cinto y llamé a un esclavo para que me trajera el desayuno. Apareció Polibio. Totalmente equipado para la guerra. Parecía un dios griego. Me recordó a Hércules, con un enorme *hoplón* en su brazo izquierdo y una jabalina en el brazo derecho.

—No digas nada —me pidió—, voy contigo.

No me opuse. Insistirle habría sido ofenderle. Comimos poco. Algo de vino caliente con miel y frutos secos. Le dije a Druso, mi servicial esclavo, que cuidara de la *domus*. Vi lágrimas en sus ojos. Druso estaba ya viejo y nos había visto crecer a mi hermano y a mí. Nos quería a pesar de su condición. Una hora más tarde salí a la puerta de la ínsula. Lelio estaba esperando. Venía armado hasta los dientes. No le hablé, simplemente le sonreí. Imaginé el drama en su casa cuando le comunicó a Antonia sus intenciones.

Los primeros rayos de luz asomaban por el horizonte. Aún no había amanecido. Nos dirigimos al Campo de Marte. Los encargados de inscribir a los voluntarios estarían esperando. Seguido de Polibio y Lelio, callejé por Roma. Observé que muchas ventanas de los edificios estaban

entreabiertas. Pude escuchar los murmullos que salían de las sombras que se ocultaban detrás de las cortinas.

—¡Es el senador Publio Escipión! —decían algunos.

—¡Es el hijo del cónsul Lucio Emilio! —comentaban otros.

Nos sobresaltó una puerta que se abrió inesperadamente. Un muchacho de apenas veinte años y completamente equipado para combatir se unió a nosotros. Unos metros más allá aparecieron dos hermanos luciendo las viejas armas de su padre. Mientras caminábamos, el grupo fue engordando. Todos eran hijos de familias patricias.

Caminamos por los barrios en los que vivía la plebe. La calle principal estaba abarrotada de jóvenes que no habían tenido la suerte de tener un padre de noble linaje. Portaban escudos, espadas y lanzas. Abrieron un pasillo y nos dejaron pasar. Marcharon detrás. Llegamos al Campo de Marte. Lúculo, montado en su caballo, nos miraba perplejo. Me situé frente al estandarte de la primera Legión. A mi lado, Polibio y Lelio. A continuación se fueron posicionando el resto de los nuevos reclutas. Un centurión, sentado al lado del estandarte, anotaba en un rollo de papiro desplegado sobre una mesa el nombre de los que nos íbamos presentando.

—Soy el senador Publio Cornelio Escipión Emiliano. Nacido en el seno de la *gens* Emilia y adoptado por la *gens* Cornelia. Vengo dispuesto a dar mi vida por la república si es la voluntad de los dioses, en el nombre del senado y del pueblo de Roma.

—Está bien, senador —dijo un altivo Lúculo desde su caballo—, aquí no hacemos distinciones. —No obstante sus riquezas, Lúculo era de origen plebeyo y no simpatizaba con el patriciado—. ¡Por Júpiter! ¿Un griego? —Preguntó mirando a Polibio.

—Mi nombre es Polibio, de Megalópolis, hijo de Licortas. Soy rehén de Roma acogido en la casa de Escipión Emiliano. Vengo a servir a Roma —pronunció mi amigo.

—Está bien, encajarás entre las tropas auxiliares —señaló Lúculo.

—¿Y tú? —Ahora era Lelio el blanco de sus inoportunas preguntas.

—Cayo Lelio. Sediento de sangre enemiga. —Insolente, Lelio no se amedrentaba ante nadie.

El altanero Lúculo calló cohibido. Sobre su caballo, cabalgando al paso, estudiaba a cada hombre que pronunciaba su nombre para que fuera inscrito por el centurión. Se completó la primera Legión. Gracias a mi distinguida procedencia, Lúculo me nombró tribuno y tuve bajo mi mando a Polibio y a Lelio.

Por la tarde embarcamos en las naves que nos trasladaron a Hispania. Descendimos el Tíber. Creo que desde que soltamos amarras, Lelio comenzó a vomitar y no paró durante todo el trayecto. El viaje fue apacible, el mar estaba en calma. Junto a Polibio, pasé mucho tiempo en cubierta. Los delfines seguían la espumosa estela que formaba la proa a babor y a estribor. Bajaban y subían a la superficie de forma acompasada como las armoniosas notas que brotan de las delicadas manos de una citarista. La jarcia que sujetaba la vela sobre nuestras cabezas emitía un extraño sonido cuando era tensada por el viento. El ruido de los remos al penetrar rítmicamente en el agua completaba aquel cuadro marino que habrían inspirado alguna bella composición a nuestro amigo Lucilio. Pero también, esos largos palos de madera que impulsaban la galera eran la prueba fehaciente de que, bajo nuestros pies, cientos de condenados cumplían la pena impuesta por la justicia romana.

Arribamos a Emporium<sup>244</sup> transcurridos diez días desde que salimos de Roma. La antigua villa griega fue la ciudad donde por primera vez un ejército romano puso pie en Hispania. Ocurrió durante la última de las guerras púnicas. Comandaba las tropas Publio Cornelio Escipión, el padre de Escipión Africano, mi abuelo adoptivo. Acampamos tres días en las afueras de la urbe con la finalidad de dar descanso a los soldados y que se recuperaran de los efectos del mareo.

Hispania es una tierra de extraordinaria belleza a la que los griegos llaman Iberia. Una tierra fértil con abundante caza. Gigantescos venados con ciclópeas cuernas que romperían de un solo golpe las costillas de un caballo y osos cuya altura dobla la de un hombre. Bosques fagáceos interminables de sombrío verdor en los que los árboles alcanzan los treinta metros de altura formando una copa redonda y espesa de hojas pecioladas de punta aguda y borde atarazado. La fragancia a castaño viejo, frambuesa y artemisa conforman una mixtura de aromas dulcorados que inundan la mansa brisa en el relente de la noche. De entre las grietas pedregosas que confinan sus angostos valles germinan perfumados groselleros que litigan en lindeza con los lirios que aspergean el suelo. Si los dioses decidieran vivir con los mortales, sin duda elegirían Hispania como morada.

Abandonamos Emporium en dirección a Numancia. Divisamos la fiera ciudad arévaca tras una tortuosa marcha de dos semanas. Pasar cerca de unos riscos era paso obligado. Desde las rocas, varias flechas, seguramente lanzadas por exploradores enemigos, cayeron sobre nosotros. Grité a los hombres que se protegieran con los escudos. Los más infaustos presagios vinieron a mi mente cuando vi que Lelio caía derribado de su caballo.

—¡Lelio! —grité con tanta fuerza que sentí un dolor agudo en la garganta.

Bajé de mi montura y corrí hacia mi amigo. Polibio se puso a nuestro lado levantando el escudo para evitar que otra lluvia de flechas nos alcanzara. Pero los batidores habían huido tras disparar sus arcos. Lelio tenía un venablo clavado en el muslo. Un charco de sangre advertía que la herida era grave.

—No te asustes, Publio, presumiré de cicatriz en Roma.

Apreté con fuerza la pierna de mi amigo en un vano intento de cortar la hemorragia. Los médicos le atendieron rápidamente. Sus informes fueron alentadores y calmaron mi preocupación. El dardo no había seccionado la arteria. Creo que todos suspiramos de alivio. Sacaron la flecha y cauterizaron la herida. Lelio necesitaba un mes de reposo. Lúculo, siguiendo mi consejo, lo envié de vuelta a casa junto a varios soldados enfermos.

—Verás pronto a tu «jilguerillo» y podrás organizar la boda de tu hija —dije contento a mi amigo.

—Me duele más dejarte que la herida de la pierna —me respondió—. ¿Sabes lo que más temo?

—Tú no te asustas de nada.

—Excepto a navegar por los dominios de Neptuno con la cabeza metida en un cubo vomitando continuamente. —Reí su ocurrencia—. Polibio, cuida de él. Roma necesita a hombres como Publio Cornelio Escipión Emiliano.

Nos despedimos de Lelio con tristeza, pero también con alegría. Estaría seguro en Roma alejado de la acechona muerte que nos rondaba permanentemente.

Mientras nos dirigíamos a Numancia, Marcelo firmó un tratado de paz con los arévacos sin contar con la autorización del senado. El acuerdo fue tan beneficioso que nadie se opuso cuando Marcelo lo presentó en Roma. Los celtíberos tenían que entregar rehenes y afrontar el pago de seiscientos talentos de plata. Mentiría si dijera que en mi interior no sentí un gran regocijo al contemplar la cara del vil Lúculo roja de ira porque le habían arrebatado la posibilidad de saquear las ciudades de los arévacos, belos y titos. Pero una persona tan ruin como Lúculo no se conformaría fácilmente. Nos ordenó penetrar en territorio de los vacceos sin conocimiento del senado, alegando que ese pueblo celtíbero no estaba acogido al pacto refrendado por Marcelo.

Cruzamos el río Tagus<sup>245</sup> y acampamos a las puertas de Cauca<sup>246</sup>. Sus pobladores enviaron emisarios a Lúculo para preguntarle por qué les hacía la guerra si ellos no habían ofendido a los romanos. Lúculo tenía la excusa perfecta. Les respondió que venía en defensa de los

carpetanos<sup>247</sup>, que habían sido atacados por los caucenses. Los embajadores se retiraron a la ciudad cuyos habitantes estaban dispuestos a resistir.

Cuando se enfrentaron en campo abierto a nuestros legionarios, fueron derrotados de forma contundente. Al día siguiente llegaron parlamentarios de Cauca con demandas de paz. Lúculo les exigió rehenes, cien talentos de plata y que su caballería combatiera a nuestro lado el resto de la campaña. Aunque satisficieron todas sus exigencias, el pérfido cónsul ordenó al ejército entrar en la ciudad. Yo desconocía sus planes, pero recelaba de sus propósitos. Los caucenses, desarmados, recibieron confiados a nuestras tropas. Lúculo, entonces, conminó a los «cornicines» tocar la señal convenida. La estridente música salió de los retorcidos cornos dando comienzo a una traicionera y criminal carnicería en la que perecieron todos los varones adultos en edad de combatir. Solo unos pocos de los veinte mil que residían en Cauca consiguieron escapar por unas puertas de difícil acceso en la muralla<sup>248</sup>.

Aún no he olvidado los gritos de los que clamaban piedad y respeto a la palabra dada, los intentos de las mujeres que se ponían delante de sus esposos e hijos para frenar con sus cuerpos las espadas y las lanzas de los soldados, los llantos de los niños que no entendían lo que pasaba. La ignominia no solo cubrió a Lúculo, sino que llenó de infamia el sagrado nombre de Roma.

Por aquel oprobio me enfrenté a Lúculo. Si Polibio no me hubiese detenido, le habría atravesado con mi gladio. Le dije que informaría de aquella afrenta al senado. Se puso blanco y trató de justificar la traición a los caucenses. Tras su regreso a Roma, el cobarde de Lúculo fue investigado y juzgado por sus fechorías, pero su riqueza le permitió sobornar a muchos magistrados que absolvieron sus crímenes.

Finalizada la matanza, nos encaminamos a Intercacia<sup>249</sup>, villa en la que habían buscado protección los pueblos celtíberos de la zona, temerosos de que se repitiera en sus ciudades la masacre de Cauca. La estupidez de Lúculo no tenía límites. Invitó a sus habitantes a firmar un tratado después de quebrantar su juramento a los caucenses. Los vacceos y sus aliados respondieron al miserable cónsul si les invitaba con las mismas garantías que prometió a los hombres de Cauca<sup>250</sup>. Lúculo, ahogado en la iracundia porque le arrojaban la verdad a la cara, ordenó cavar fosos y levantar empalizadas rodeando la ciudad. También puso las tropas en formación de batalla esperando en que los caudillos de Intercacia aceptaran la provocación. Me vino a la cabeza la sentencia que el esclavo Sosia pronuncia en la tragicomedia Anfitrión de mi admirado Plauto: «La peor de las desgracias es el tener que experimentar que la verdad es vencida por la violencia»<sup>251</sup>.

Desde los muros de la ciudad no cesaban de lanzarnos flechas que acabaron con la vida de muchos legionarios. Los tres primeros días estuvimos a merced de las burlas de los celtíberos. Cada mañana, Lúculo desplegaba las legiones confiado en entablar combate y cada mañana nos replegábamos al campamento sin desenvainar las espadas.

Envalentonados por la inoperancia de nuestro jefe, un colosal guerrero salió a las puertas de la pertinaz urbe y retó a una lucha a muerte al romano que consintiera su desafío<sup>252</sup>. Alto como una montaña, parecía venido desde la isla de Trinacia que gobernaba Eurimedonte<sup>253</sup> y dispuesto cual Lestrigón<sup>254</sup> a devorar al soldado que aceptara la pendencia. Los legionarios se miraban unos a otros y agachaban la cabeza avergonzados, soportando los insultos del Eurimedonte vacceo. Uno de nuestros aliados celtíberos nos traducía lo que salía de su boca. «Perros e hijos de zorras amancebadas en un lupanar» era lo más liviano que nos gritaba.

Como descendiente de Eneas<sup>255</sup>, me sentí un nuevo Héctor desafiado por Aquiles a las puertas de Troya<sup>256</sup>. Di un paso al frente entre las aclamaciones de los soldados. Vi alegría en la cara de

Lúculo porque reputó que mi decisión era un suicidio. Se libraba sin hacer ningún esfuerzo de su principal acusador en Roma. Polibio trató de detenerme.

—Por los dioses, Publio, es casi dos veces más grande que tú. No cometas esta locura —me dijo, preocupado, mi preceptor.

—Amigo mío, hay momentos en los que la vida de un noble romano no vale nada si no es merecedor del linaje que presume y sus acciones no son un ejemplo para sus hombres —le expliqué—. Además, «es que quiero consolar a mi espada, que no se lamente ni desespere de que la lleve ya tan largo tiempo sin oficio, cuando está la pobre infeliz ardiendo en deseos de hacer picadillo a los enemigos»<sup>257</sup>. —Sonreí rememorando a Plauto.

Polibio asintió. Entendía lo que yo quería decir. Me pidió que por lo menos utilizase su *hoplón*, más resistente que mi escudo ovalado decorado con la figura de Venus. Acepté su ofrecimiento.

—Que Marte guíe tu brazo.

—Gracias, hermano. Te agradezco tus enseñanzas y tu fidelidad. —Polibio era más un hermano que un amigo—. Si no salgo de esta, dile a Quinto que he muerto honrando el nombre de la *gens* Emilia y de la *gens* Cornelia. Despídeme de nuestros camaradas. Solo te pido un favor, entrégale a mi querida Afrodita mi escudo con su retrato. Espero que le evoque los mismos recuerdos que a mí durante esta fatigosa travesía de desamor que he vivido. Coméntale que mi último pensamiento fue para ella.

Nos abrazamos. Polibio hizo un gran esfuerzo por no llorar. Era la despedida de dos amigos que sabían que no volverían a verse.

—No olvides, mi griego preceptor, que «quien muere heroicamente, no perece»<sup>258</sup>.

Me puse el casco y ajusté las carrilleras a mis mejillas. Recorrí la distancia que me separaba del Aquiles celtíbero. Supongo, pensé, que lo que siento ahora es lo mismo que sintió Héctor. Repasé una a una las máximas de mi entrañable instructor Aulo Estacio. No temía la muerte. Temía no ver una vez más a mi amada Cornelia.

Vadeé un pequeño arroyo de aguas opalinas que lindaba nuestro campamento y la ciudad. El agua estaba helada. Refrescó mis doloridos pies, cansados de tantos días de campaña. En mi brazo izquierdo sostenía el *hoplón* de Polibio y en la mano derecha una lanza que utilizaría en el primer ataque sobre mi monstruoso enemigo. Yo vestía una cota de malla confeccionada con cientos de pequeñas anillas de acero. En la espalda, sujeto a la cintura, escondía un puñal. Las nubes ocultaban el sol y una ligera lluvia empapó mi túnica. Moriría sin decirle a Cornelia que seguía amándola. Me habría gustado ver su cara cuando Polibio le entregara el escudo. Saber por fin si me quería o si inútilmente había estado persiguiendo un sueño imposible. Mi contendiente me dijo algo que no entendí. Desde las murallas de Intercacia, un vacceo que había servido en el ejército romano me tradujo lo que exclamaba.

—¡Romano!, pregunta quién fue el asno que desvirgó a tu madre. También dice que te va a partir por la mitad y que con tu carne dará de comer a los perros.

Mi adversario era tan grande como el derruido coloso de Rodas. Pero a mi colosal antagonista no lo iba a destruir un terremoto. Entre sus piernas habría pasado una galera igual que tenían que hacer los barcos que querían entrar en el puerto rodio. Llevaba puesta una coraza musculada de bronce y un característico casco íbero. Escudo redondo pequeño y espada tan larga como sus robustas piernas. Pelo negro enmarañado y abundante barba rizada.

Traté de sorprenderle. Le arrojé la jabalina, pero el gigante esquivó la trayectoria del *pilum*. Desenvainé mi gladio. El vacceo corrió hacia mí y descargó su furia en mi escudo. El golpe estuvo a punto de derribarme. El brazo se me quedó dormido. Notaba un desagradable hormigueo desde el hombro hasta la punta de los dedos. Me costaba sostener el *hoplón* griego. Comprendí

que un segundo ataque me haría perder el equilibrio. Con dificultad, soslayé la espada de mi adversario. Rozó mi hombro izquierdo porque me había quedado sin fuerza en el brazo. Rompió la malla y cercenó la carne.

El líquido bermejo manchó mi túnica. Me alejé del alcance de su afilado hierro. Podía escuchar los gritos de ánimo que desde las murallas de la ciudad dirigían los habitantes de Intercacia a mi oponente. Del lado romano, únicamente se percibía un angustioso silencio. Con todas mis fuerzas, sacudí el broquel de la bestia humana. La picadura de una abeja le habría dañado más.

Su siguiente ataque se dirigió a mis piernas. Las grebas evitaron que me rompiera los huesos, pero no me salvaron de un profundo corte en la pantorrilla derecha. La sangre circulaba velozmente por mis venas, empujada por los airados latidos de mi corazón. Cesó la llovizna. El cielo se cubrió de celajes. Helios, con timidez, hizo su aparición. Los gritos de sus partidarios arrecieron. No pude impedir que con el canto de su escudo machara mi cara. El lado izquierdo se me inflamó y la hinchazón me dejó sin la visión del ojo. Escupí sangre. Me hincé de rodillas. Sin fuerzas, caí hacia atrás y quedé tumbado en el suelo sobre el barro formado por el agua de lluvia, mi sudor y el fluido rojo que derramaba. Miré al cielo azul. El color que más resaltaba la belleza de Cornelia. Por mi ojo sano observé a los habitantes de Intercacia abrazarse de alegría y haciendo gestos de júbilo. Un agudo sonido en mis oídos me entorpecía escuchar los alaridos.

Entre las nubes, vi el adorado rostro de Cornelia. No sé si fue su visión o las ganas de vivir lo que me ayudó a pensar con prontitud. En nuestro último enfrentamiento, derroté a Aulo con una estratagema. Cuando el vacceo se disponía a descargar toda su rabia sobre mi cabeza, saqué fuerzas de donde no las tenía. Le di una patada a la altura de los tobillos que lo barrió y derribó como una torre a la que le fallan los cimientos. El peto metálico le dificultó levantarse. Antes de que lo consiguiera, di un saltó al tiempo que sacaba el cuchillo que, disimulado, pendía del cinturón en mi espalda. Aproveché el impulso del salto para agacharme rápidamente sobre mi enemigo y clavarle el puñal en la garganta. Lo agité a un lado y a otro del cuello del vacceo. Le dije con ira:

—¡Tu furia es la mejor aliada de tu adversario!

Un violento caño de sangre impregnó mi cara. Cogí mi espada con ambas manos. La levanté con dificultad. Hércules debió ayudarme en mis intenciones porque de un solo tajo separé la cabeza del tronco del gigante. La agarré por los pelos. La sangre caía del cuello descarnado y los ojos aún se movían descontrolados. La arrojé contra la puerta de la ciudad. Los íberos, que se divertían con el combate, habían enmudecido. Les grité la primera máxima del viejo Aulo:

—¡Un enemigo no está vencido hasta que esté tumbado delante de ti con la garganta abierta manando sangre!

El desertor celtíbero tradujo mis palabras. Me volví y empecé a caminar hacia el campamento romano. Vi figuras borrosas que, emocionadas, vitoreaban mi nombre y corrían hacia mí. Si algún arquero de Intercacia hubiese querido imitar a Paris<sup>259</sup>, el hijo del rey Príamo, habría logrado su propósito fácilmente. Pero empezaron a golpear con sus espadas los escudos y las murallas. Mientras me alejaba, el antiguo auxiliar de nuestro ejército exclamó:

—¡Romano, hoy te has ganado el respeto de los hispanos y por eso alaban tu valor, pero mañana encontrarás la muerte!

¿Mañana?

¡Qué me importaba a mí lo que ocurriera mañana!

Roma había salido victoriosa y Escipión Emiliano había alcanzado la gloria. Llegué al arroyo de agua fría y transparente. Me sumergí. Bebí de bruces. La pérdida de sangre había encendido mi

boca. El agua me supo tan dulce como los labios de Cornelia. Después se hizo la oscuridad.

Desperté sobre mi camastro, bajo el techo de mi tienda de campaña. Me dolía la cabeza y el hombro. La hinchazón había disminuido y había recuperado la visión de ambos ojos. A mi lado, Polibio sujetaba mi mano.

—Amigo mío, nunca he visto nada parecido. Os habéis enfrentado «como dos leones hambrientos que en el monte pelean furiosos por el cadáver de una cierva»<sup>260</sup>. Tu gesta será contada por los libros de historia y Roma se sentirá orgullosa de ti. Te traje en brazos hasta aquí. Todos querían abrazarte y elevarte por los aires. A empujones, tuve que abrirme paso entre la multitud.

—¿Cuántos días llevo inconsciente? —pregunté a Polibio.

—Cinco días. Los médicos dicen que necesitas una semana más de descanso.

—¿Hemos tomado la ciudad?

—Todavía no. Lúculo está desesperado. Hace tres días conseguimos entrar en Intercacia, pero fuimos rechazados.

—Tengo que levantarme. Las tropas necesitan a su jefe.

—Por los dioses, Publio. Quédate donde estás o se te abrirán las heridas. Ha llegado carta de Lucilio. Hay descontento en el senado por cómo marcha la campaña. Muchos senadores piden la cabeza de Lúculo por la traición a los caucenses. Tu hermano se ha convertido en el líder de tus partidarios. Defiende con ahínco tus ideas en la curia. Dice también que Quinto te escribió una carta, pero cree que la galera que la traía se hundió en el Mediterráneo. Los dos fueron a la boda de la hija de Lelio. Se ha recuperado completamente de su herida en la pierna. Te echan de menos. Pacuvio ha estrenado una nueva tragedia y ha sido un resonante éxito. El público lo sacó en volandas del teatro. El pobre Pacuvio pedía que lo dejaran en el suelo porque sus huesos no están para tanto trote. ¿Qué edad tiene? Por lo menos setenta años. Manilio, Filo y Sulpicio siguen con sus estudios. Te mandan saludos. No dice nada de Cornelia.

—Lo que siento por Cornelia solo lo he revelado a ti, a Lelio y a Quinto. No lo sabe nadie más.

Polibio acababa de explicarme la carta de Lucilio cuando entró uno de los médicos.

—En una semana —me dijo— podrás volver a combatir. Que siga la dieta que le he marcado y que solo se levante para aliviar la vejiga y devolver a la naturaleza lo que el cuerpo no retiene.

No esperé una semana. Con la oposición de Polibio, a los cinco días ya estaba en pie. Las tropas me recibieron pronunciado repetidamente mi nombre como ocurrió en Pidna. Lo que más me alegró fue que el negro corazón de Lúculo se pudría de envidia. Me lo haría pagar caro. Dos días más tarde me ordenó que al frente de mis soldados intentara un nuevo asalto a la ciudad. Polibio trató de evitarlo. Le dijo a Lúculo que aquello era enviarme a la muerte. Que no estaba totalmente recuperado y le preguntó si no había hecho ya suficiente por Roma. Lúculo le espetó que por Roma nunca se hacía lo suficiente, aunque aquellas palabras no se las aplicaba a sí mismo. Faltó poco para que ordenara azotar a mi amigo. Se sintió muy ofendido porque un griego hablase en ese tono a un cónsul de la república. Salvé la situación excusando a Polibio. Le insinué que un griego desconocía las costumbres romanas.

La mañana del ataque amaneció soleada. Helios quería ser testigo de la batalla. Polibio rogó a los dioses porque volviera sano y salvo. Maldijo a Lúculo y a toda su ordinaria ascendencia. Al frente de mis legionarios, me lancé contra los muros de Intercacia. Nos recibieron con una lluvia de flechas, piedras y lanzas que no impidieron que apoyáramos las escalas en la muralla. Detrás de dos soldados, comencé a subir el lienzo de protección. El primero de los legionarios fue alcanzado por una piedra en la frente que lo mató en el acto y al segundo lo derribó una jabalina que lo hirió mortalmente en el costado.

Aún me pregunto cómo llegué arriba incólume. Miré a ambos lados y me percaté de que estaba solo. Ninguno de mis hombres me seguía porque los celtíberos se lo impedían. Me vi rodeado por una docena de vacceos. Logré escabullirme con la ayuda de las saetas y lanzas que mis legionarios arrojaban desde abajo. Nuestro envite fue rechazado. Nos costó la vida de cien ciudadanos y decenas de heridos, algunos de gravedad. Para acallar las críticas y por ser el primer soldado en alcanzar las defensas de la ciudad, el cónsul me concedió la corona mural. Fue la primera recompensa que recibí en mis muchos años sirviendo a Roma.

La paz con los habitantes de Intercacia solo fue posible cuando aceptaron un arreglo pacífico a condición de que fuera yo quien prometiera que los tratados se respetarían. Juré que el acuerdo no sería quebrantado. Gracias al prestigio que había ganado a ojos de los vacceos, conseguí terminar con el sufrimiento de romanos y celtíberos. «Los de Intercacia entregaron diez mil sagos a Lúculo, una cierta cantidad de ganado y cincuenta rehenes. En cambio, no obtuvo el oro y la plata que había pedido y por el que precisamente hacía la guerra, al creer que Hispania era rica en esos metales preciosos»[261](#). El avaricioso de Lúculo codiciaba una riqueza que ninguna ciudad celtíbera poseía ya que los hispanos no dan al oro y a la plata el valor que les damos los romanos:

—«El oro y la ambición tienen un aspecto de virtud. Cuanto tienes tanto eres y en tanto eres tenido»[262](#). —¡Ah, Lucilio! ¡Qué agudo eres!

Partimos de Intercacia con el orgullo herido, pero con la honra de la república intacta. No dirigimos a Palantia[263](#), afamada ciudad por el valor de su gente que Lúculo se empeñó en asaltar. Falto de víveres y agua, hostigados por la caballería palentina y con muchos legionarios enfermos por el intenso frío, el contumaz Lúculo tomó la única decisión sensata de toda la guerra. Una guerra que nunca debió haber iniciado. Ordenó que nos retiráramos hacia el sur, al país de los turdetanos, a pasar el áspero invierno.

A principios de mayo del año 603 a. u. c.[264](#), Lúculo me envió a África en busca de refuerzos nómadas. Primordialmente elefantes de guerra. El cónsul quería librarse de mí para evitar mi acusación en el senado. Confiaba que una tormenta en el mar o una flecha cartaginesa acabaran con mi vida. Le dije a Polibio que no se preocupara. Que, si había vencido al gigante vacceo, era porque los hados de la fortuna me tenían reservado otro destino. De ello hablaré más adelante cuando trate la guerra de Cartago. Ahora solo referiré que regresé a Hispania a mediados de julio, cuando esa bellísima tierra se cubre de vigorosos colores y del canto de muchas aves que parecen recitar deliciosas poesías que apaciguan los corazones.

Volvimos a Roma a finales de agosto. Lúculo no fue condenado por sus fechorías, pero desapareció para siempre de la vida pública. Mis amigos esperaban en el puerto mi llegada. Quinto dejó escapar lágrimas de alegría. Encontré a mis sobrinos hechos unos hombretones y Marcia estaba guapísima.

Mis hermanas estaban contentas. Me reconfortó ver el rostro de Emilia Tercia. Lelio era abuelo de una hermosa niña.

—¡Y tú también eres abuela! —le dije a Antonia.

Lelio me abrazó con vehemencia. Como solía hacer el bueno de Lelio. Era tribuno de la plebe, una de las magistraturas más importantes de la república. Quinto me señaló que Lelio se había convertido en todo un erudito en la filosofía de Platón. Que muchos jóvenes iban a su casa a consultarle dudas sobre los preceptos platónicos.

¡Qué feliz me sentí al saberlo!

Lucilio le dijo que me soltara o haría conmigo lo que no había conseguido el guerrero vacceo. El pueblo de Roma conocía mi hazaña. Pero ¿y Cornelia? La busqué por los muelles y entre el



gentío que no cesaba de aclamar mi nombre cuando pasaba por delante de sus casas cabalgando hacia mi *domus*. No la descubrí.

Quizá se había olvidado de mí.

---

- [217.](#) Eumenes II. Murió el año 159 a. C.
- [218.](#) Reinó desde el 159 a. C. hasta el 138 a. C.
- [219.](#) 158 a. C.
- [220.](#) Polibio. *Historias*. XXXII. 13.
- [221.](#) Años 157-156 a. C.
- [222.](#) Años 155 y 154 a. C.
- [223.](#) Cónsul del año 154 a. C.
- [224.](#) 154 a. C.
- [225.](#) Polibio. *Historias*. XXXV. 1.
- [226.](#) Valerio Máximo. *Hechos y dichos memorables*. VI. 3. 8.
- [227.](#) 179 a. C.
- [228.](#) Belmonte. Provincia de Zaragoza.
- [229.](#) 153 a. C.
- [230.](#) 1 de enero del año 153 a. C. Esta fecha se ha mantenido hasta la actualidad.
- [231.](#) 23 de agosto
- [232.](#) Apiano. *Iberia*. 45.
- [233.](#) Medinaceli.
- [234.](#) 152 a. C.
- [235.](#) 166 a. C.
- [236.](#) 155 a. C.
- [237.](#) No se tiene constancia de cuándo Emiliano formó parte del senado, pero debió ocurrir aproximadamente el año 152 a. C. o en fecha cercana, ya que al año siguiente intervino en la asamblea, como veremos a continuación.
- [238.](#) Cayo Lucilio. *Fragmentos*. Verso 291, según la ordenación de Marx.
- [239.](#) Apiano. *Iberia*. 48.
- [240.](#) 151 a. C.
- [241.](#) Floro. *Epítome de Livio*. II. 18.
- [242.](#) Cayo Lucilio. *Fragmentos*. Verso 27, según la ordenación de Marx.
- [243.](#) Seis de la mañana.
- [244.](#) Ampurias.
- [245.](#) Río Tajo.
- [246.](#) Coca. Provincia de Segovia.
- [247.](#) Apiano. *Iberia*. 51.
- [248.](#) Apiano. *Iberia*. 52.
- [249.](#) Aunque se desconoce su emplazamiento exacto, la mayoría de los historiadores actuales la identifican con Paredes de Navas, en la provincia de Palencia.
- [250.](#) Apiano. *Op. cit.*
- [251.](#) Plauto. *Anfitrión*. Acto 2.º. Escena 1.ª.
- [252.](#) Apiano. *Op. cit.* 53.
- [253.](#) En la mitología griega, gigante que nació de la sangre de Urano.
- [254.](#) Gigante antropófago.
- [255.](#) Héroe troyano que escapó de la destrucción de Troya según relata Virgilio en la Eneida. En la mitología romana, era un antepasado de Rómulo. Por tanto, los romanos se consideraban descendientes suyos.
- [256.](#) Homero. *La Iliada*. Canto XXII.
- [257.](#) Plauto. *El militar fanfarrón (Miles gloriosus)*. Acto 1.º. Escena 1.ª.
- [258.](#) Plauto. *Los cautivos (Captivi)*. Acto 3.º. Escena 5.ª.
- [259.](#) Paris, el príncipe troyano, mató a Aquiles disparándole una flecha sobre el talón, la parte vulnerable del héroe griego.
- [260.](#) Homero. *La Iliada*. Canto XVI.
- [261.](#) Apiano. *Iberia*. 54.
- [262.](#) Cayo Lucilio. *Fragmentos*. Verso 801.
- [263.](#) Palencia.
- [264.](#) 150 a. C.

## El reencuentro

Me extrañó recibir una nota de Cornelia después de tanto tiempo. Acababa de regresar de Hispania y estaba estudiando filosofía tras un abundante desayuno que alejara de mi memoria las raciones de la legión. La comida en el ejército es horrible, pero forja el carácter, sirve para mantener la disciplina entre los legionarios y evitar comportamientos disolutos. Era septiembre del año 603<sup>265</sup> a. u. c. Aprovechaba unos meses que tenía de asueto en mi casa de Roma.

Me hallaba solo en mi biblioteca leyendo a Platón. Lelio me había recomendado su estudio en los momentos de apatía y depresión. Según él, era el mejor remedio para cualquier patología del espíritu. Un acervo filosófico con un potencial de terapia inconmensurable. Mi entrañable Lelio no dejaba de asombrarme. Había descubierto en el viejo filósofo discípulo de Sócrates lo que Polibio y yo nunca habríamos imaginado.

Mi siervo de confianza vino a decirme que había un esclavo en la puerta con una nota. Le dije que lo despidiera y que volviera dentro de unos días. No tenía ganas de ver a nadie.

—Dómine, me ha pedido que te diga que la misiva es de Cornelia. La viuda del cónsul Tiberio Sempronio Graco.

—¡Hazle pasar enseguida! —Di un respingo en mi asiento. Mi rauda respuesta contrarió al esclavo.

El mensaje decía que quería verme al objeto de tratar un asunto. Que me esperaba al día siguiente si yo no tenía ningún compromiso. Tuve que leerlo varias veces para dar crédito a sus palabras.

—Mi ama espera una respuesta.

—Dile a tu ama que iré por la tarde, cuando termine unas cuestiones en el senado.

—Se lo diré, dómine —confirmó el esclavo.

El tema que tenía que resolver en el senado me ocupó poco tiempo. Pronunciar el discurso en el que pedía la liberación de los rehenes aqueos que llevaban diecisiete años de cautiverio, desde nuestra victoria en Pidna. Entre ellos a Polibio, que al igual que yo, se había jugado la vida en Hispania. Habían llegado más de mil a Roma y solo sobrevivían trescientos. Con el apoyo de Catón, conseguí mi propósito.

—«¡Como si no tuviéramos otra cosa que hacer, estaremos aquí sentados todo el día, ocupados en examinar si unos cuantos griegos ya ancianos han de ser llevados a enterrar por nuestros sepultureros o por los de Acaya!»<sup>266</sup>. —Fue su irónico comentario.

Supongo que el hecho de que el viejo senador fuera el suegro de mi hermana Emilia Mayor influyó en su decisión. Finalizada la discusión, volví a casa para cambiarme de ropa y vestir mis

mejores galas. Una toga blanca, nívea, que me diera un aspecto más juvenil. Me dirigí a la antigua mansión de los Graco, donde vivía Cornelia. Una enorme *domus* en el barrio más lujoso de la ciudad. Inseguro, llamé a la puerta. Si la curiosidad no me hubiese vencido, probablemente me habría dado la vuelta. Me preocupaba cómo sería nuestro reencuentro. Superé mis temores y golpeé con fuerza. El esclavo que me había llevado la nota me abrió y me invitó a pasar.

—Adelante, dómine. Mi ama te espera.

Me condujo al *tablinum*. La puerta estaba abierta.

—Ama. Es el senador Publio Cornelio Escipión. Tu sobrino —anunció el esclavo.

—Que pase. —Oí desde el interior.

Entré despacio. No sabía cuál sería mi reacción ni la de ella. Al fondo de la habitación, de pie, junto a una mesa llena de rollos de papiro, estaba Cornelia. Un ligero desvanecimiento circuló por mi cuerpo y tuve que hacer serios esfuerzos para no desfallecer. Estaba más hermosa si cabe. Vestía una túnica del mismo color que la que llevaba el día que entró con descaro en mi cubículo. Mientras yo leía *El soldado fanfarrón* de Plauto. Ahora era una mujer de treinta y ocho años, pero conservaba la belleza de la madurez. Había tenido doce hijos, pero solo tres habían superado los primeros meses de vida: Sempronia, Tiberio y Cayo. Sus perfilados y almendrados ojos azules brillaban como antaño. Su figura era magnífica y había ganado majestuosidad. Unos cordones verdes, de un verde cardenillo, cruzaban el torso y resaltaban sus senos. Unos pechos grandes, todavía firmes, confirmaban que había amamantado a varios infantes. El pelo rojo cobrizo fulguraba más oscuro. Seguía siendo la diosa Venus que yo vi nacer en el río de Lavernium hacía una eternidad. Se acercó y me besó amistosamente. Con un gesto me ofreció asiento a su lado en un cómodo sillón de estilo griego. Sentí el calor que desprendía. Ese calor que me asfixiaba en las frías noches de invierno y que ha sido mi consuelo bajo las gélidas tiendas de campaña.

—Hola, Publio. Ha pasado mucho tiempo. —Fue lo primero que dijo.

—Veinte años.

—¿Tanto? No recuerdo la última vez que nos vimos —mentía descaradamente—. No has cambiado. Sigues igual de atractivo. Más fuerte quizá.

—Gracias por el cumplido. La vida en la legión te hace envejecer y alguna que otra cicatriz «decora» mi cuerpo. Tú, sin embargo, sigues resplandeciente.

—Y tú siempre tan adulator. En algunas fiestas y reuniones he oído a muchas hijas de buenas familias hablar del soltero de oro al que todas quieren atrapar.

—Habladurías. Estoy demasiado atareado para ocuparme de esas minucias. En eso me parezco a mi padre adoptivo.

—No viniste a mi boda. —Afirmación con la que descubría su mentira anterior. No había olvidado este detalle y pasaba por alto nuestro último encuentro cuando acabé volteando por el suelo.

—Tampoco tú estuviste en las celebraciones de mi toga viril.

—No viniste al entierro de mi pobre madre, tu tía Emilia<sup>267</sup> —continuó reprochándome desencuentros.

—Ni tú al de mi padre, tu tío Lucio<sup>268</sup>. Yo sí fui al entierro de tu madre. Acompañaba a mi padre que estaba desolado. Permanecí detrás de una columna. Aunque yo era el heredero de los Escipiones, no quería restar protagonismo al viejo león.

—El gran Lucio Emilio Paulo Macedónico. El vencedor de Perseo en Pidna. Estuve en el triunfo de tu padre. A él se le veía triste por la muerte de tus hermanos, pero tú estabas plétórico. Las muchachas te tiraban flores y se acercaban para abrazarte y besarte. —¿Eran celos lo que percibía?

—Fue un día feliz y desgraciado. Todo en mi vida ha sido feliz y desgraciado. «Es la voluntad de los dioses, que no haya rosa sin espina». —Plauto, una vez más, me ayudaba a mostrarle el sufrimiento que había padecido.

—Estuve al tanto de tus hazañas. Cómo los legionarios te aclamaron en Pidna. Ahora eres un héroe en Roma y un senador de la república. El único de nuestros soldados que aceptó el reto de un gigante celtíbero que humillaba con sus insultos y diatribas a las armas romanas. Lo derrotaste en combate singular<sup>269</sup>.

—Aquel brabucón ladraba más que mordía y soy senador por herencia de sangre. Sabes perfectamente que mi familia es de las más antiguas de la ciudad.

—No seas modesto. La modestia nunca ha sido una de tus virtudes. ¿Por qué no te acercaste a saludarme en el entierro de mi madre?

—No quería molestar. Además, tu esposo confortaba tu desconsuelo.

—Tampoco viniste a su entierro<sup>270</sup>. Era tu tío, aunque fuera por adopción. Él te apreciaba. Adelantaste el pago de mi dote y la de mi hermana.

—Ni tú al de tu hermano Publio. Mi padre adoptivo. Era de tu misma sangre.

—Me encontraba fuera de Roma. Fue muy duro no estar junto a mi madre en tan amargo trance.

—Lo sé. No veas reproche en mis palabras.

—Parece que es lo único que hemos estado haciendo desde que has llegado a mi casa —sentenció—. A tu edad y sigues soltero.

—Alguna vez me han ofrecido una buena dote para que aceptara casarme. Siempre me he negado. Por lo que tengo entendido, a ti te pidió matrimonio el rey Ptolomeo<sup>271</sup> y lo despreciaste. Creo que tu respuesta fue que preferías ser la madre de los Gracos antes que reina<sup>272</sup>.

—Todos conocen esa historia en Roma. También es verdad que era un hombre feísimo y tremendamente gordo. Casi no cabía por la puerta que has entrado. No hablaba bien latín y expelía saliva cuando pronunciaba algunos vocablos. Era algo asqueroso.

—¿Por qué no te has casado? —continuó Cornelia—. ¿No serán las influencias de ese griego que te acompaña a todas partes? ¿Cómo se llama...? ¿Palibio, Placinio?

—Polibio. Y no han sido sus influencias.

—Eso, Polibio. ¿Sabes? Si apareciera ahora mismo un buen hombre que me quisiera y me amase como yo a él, me casaría sin dudarlo. A veces me siento muy sola.

—Si entrara una mujer con esas condiciones, yo haría igual que tú.

—¿Nunca te has enamorado?

—Una vez. Pero de eso hace ya mucho tiempo.

—¿La querías mucho?

—Me habría dejado arrancar el corazón por ella.

—¿Y qué pasó? ¿No se lo dijiste?

—Se lo dije, incluso le dije que quería que fuera mi esposa, pero me rechazó.

—Sería una estúpida.

—Prefiero pensar que no me amaba.

—¿La sigues amando?

No quise responder. Permanecí en silencio. Cornelia conocía la respuesta antes de preguntar. Ella decidió continuar con las incómodas preguntas cuya contestación sabía de antemano.

—¿Te hizo mucho daño?

—Más del que puedas imaginar.

—Cometió el error de su vida. Es difícil conocerte y no amarte. La plebe te adora, el senado se desvela por ti, no hay ninguna mujer soltera en Roma y seguro que muchas casadas que no corriera

a tu lecho a una palabra tuya. Detrás de esa muralla de orgullo y arrogancia que has levantado a tu alrededor se esconde un hombre tierno y maravilloso. Deseoso de que alguien lo ame como él se merece.

—¿Cómo estás tan segura de ello? Han pasado muchos años desde que nos conocimos. He podido cambiar.

—Bueno, es la impresión que yo me llevé.

—Como te he dicho, de eso hace veinte años. El verano que pasamos juntos en la finca de mi padre.

—De aquel verano solo recuerdo que no saliste a decirme adiós. También recuerdo que recitaste durante la cena de despedida unos versos de la poetisa Safo —volvía a mentir sin remisión—. Seguro que lo has olvidado.

—¡Tú que te sientas en trono resplandeciente, inmortal Afrodita! ¡Hija de Zeus, sabia en las artes de amor, te suplico, augusta diosa, no consientas que, en el dolor, perezca mi alma! —recité de nuevo, en un griego impecable, los versos que veinte años atrás me costó pronunciar.

—No me puedo creer que aún te acuerdes. Y en todo este tiempo ni una carta, ni una nota, me habría gustado saber de ti.

¡Después de cómo me había tratado...!

—Yo podría decir lo mismo de tus cartas que nunca recibí. Sin embargo, del verano que nos conocimos, me acuerdo de cada momento, de cada segundo, de cada minuto, de cada hora, de cada día.

—Vaya, no pensaba que te hubiese causado tanta impresión —mentía una vez más—. Graco, mi marido, era un hombre culto, pero aprendió griego porque le era útil en sus gestiones diplomáticas. Odiaba la poesía y no soportaba a los filósofos.

—Algo verías en él que te atrajo. Amor, supongo. —Ahora era yo el que mentía.

Ella me miró y sonrió. Pero era una sonrisa afligida, apagada, que reflejaba arrepentimiento.

—¿Amor? El amor...

—El amor —la interrumpí— es un sentimiento que hay que vivirlo tal cual te lo ofrecen los dioses. «Conviene que los mortales no se excedan nunca al pedir algo a los dioses. No hay que olvidar la propia naturaleza y el propio destino. ¡Oh alma mía no aspire a la vida eterna y agota todos los medios que la prolongan en este mundo!»<sup>273</sup>. Es de Píndaro.

—¡Píndaro! Es curioso que te guste Píndaro. Sus poesías me sirven de acicate cuando estoy deprimida. Tu griego es perfecto. Pasarías por un ciudadano heleno en la Acrópolis de Atenas. ¿Crees que yo dejé escapar el amor que me ofrecieron los dioses?

—No lo sé. Dímelo tú.

—Comprendí lo mucho que quería a mi primer amor cuando lo aparté de mi lado.

—¿No amabas a tu esposo?

—¿A Sempronio? Le tenía en gran estima y le respetaba. Sentía cariño, era el padre de mis hijos, pero nada más. El amor es como los dioses. Todos hablan de ellos, pero pocos los han visto.

—Entonces debo ser un hombre con suerte.

—¿Por qué lo dices?

—Porque yo vi el nacimiento de Venus en un río que había cerca de la hacienda que tenía mi padre en el campo. La misma en la que tú y yo nos conocimos. Fue en el verano de nuestro encuentro. Aún conservo esa heredad.

—Solo tenías quince años. Debió ser un sueño.

—Te aseguro que fue muy real.

—¿Y cómo era? Me refiero a la diosa.

—Hermosa. Igual que un amanecer. Con un cuerpo esculpido para el pecado.

—¿Habló contigo? ¿Te dijo alguna cosa?

—Me mostró sus encantos. Fue suficiente.

—¿Esa diosa fue tu primer amor?

—En cierta manera, se puede decir que sí.

—¿La que te rechazó?

—Efectivamente. No obstante, no le guardo rencor. Las diosas rara vez se mezclan con simple mortales, y mucho menos con un adolescente.

—Dicen que el amor todo lo vence<sup>274</sup>.

—En mi caso no ha sido así. Llevo muchos años luchando con este desamor y todavía no lo he vencido.

—A lo mejor si dejaras de luchar lograrías la victoria que tanto anhelas. Donde tú solo ves desafecto, puede que haya un amor intenso y verdadero. ¿Sabes por qué te he llamado?

Tuve la impresión de que ella quería cambiar los derroteros de nuestra conversación.

—No se me ocurre nada que la gran Cornelia, la insigne viuda de Tiberio Sempronio Graco, pueda necesitar de un primo al que no ve desde hace veinte años.

—Contéstame a una pregunta.

—Es lo que llevo haciendo desde que he llegado.

—¿Te casarías con un mujer como yo? No me malinterpretes, me refiero a que si te casarías con una mujer educada como yo lo fui, que pueda amarte y darte muchos hijos.

La pregunta me desconcertó. ¿Me estaba proponiendo matrimonio? Ella era el amor de mi vida, la razón de mi existencia, quería abrazarla, besarla, acariciar sus cabellos, sentir una vez más el calor de sus senos sobre mi pecho desnudo, decirle que estos veinte años no habían existido, que ayer fue el día que me echó de su habitación y que yo había vuelto para perdonarla, que cogiera mi amor en ese mismo instante como se lo ofrecían los dioses y cantaba Píndaro.

Transcurrió un minuto. Los dos permanecemos en silencio. Mirándonos a los ojos. Hablando solo con la mirada, con el corazón, nos lo decíamos todo y no decíamos nada. Tuve la sensación de que Cornelia esperaba que yo le preguntara si quería casarse conmigo. Iba a responderle que aceptaba su propuesta y nuestras palabras se cruzaron. Comenzamos a hablar al mismo tiempo. Ambos nos interrumpimos.

—Perdona. ¿Ibas a decir algo? —pregunté.

—No, habla tú. ¿Qué ibas a decir? —respondió.

—No, por favor. Continúa con lo que estabas diciendo —añadí.

—Bueno, verás, creo que para estrechar lazos entre nuestras dos familias....

Yo estaba ansioso, esperando oír lo que llevaba suspirando veinte años.

—¿Te ofrezco a mi hija Sempronia en matrimonio!

—¿Qué? —respondí exaltado mientras de un brinco me ponía de pie—. ¿Tu hija Sempronia? Pero ¿qué edad tiene? ¿Dieciocho, diecinueve años? Podría ser mi hija, o quizá mi nieta.

—No exageres. Tiene dieciocho. Los que yo tenía cuando me casé con su padre. A su edad, las mujeres romanas casaderas llevan cuatro o cinco años disfrutando las mieles del matrimonio.

—Debe ser una costumbre en tu familia. Casarse con hombres que le doblan la edad.

—¿Qué hay de malo en ello? Por nuestras venas corre la misma sangre. No creo que encuentres en Roma a una mujer mejor preparada y más virtuosa.

No sabía qué decir ni qué hacer. ¿Era de verdad lo que ella quería o yo había interpretado mal sus palabras y sus gestos?

—¿Y cuándo tienes pensado que se produzcan los esponsales?

—Si llegamos a un acuerdo en el precio de la dote, podríais casaros dentro de un mes.

—Olvídate de la dote. ¡Qué me importa a mí la dote! Cuando venía hacia tu casa no dejaba de darle vueltas a la cabeza preguntándome qué era lo que querías. Se me habría ocurrido cualquier cosa, pero nunca que me pidieras que me casara con tu hija.

Percibí un rasgo de abatimiento en su expresión. No sabía si Cornelia pretendía que yo le respondiera que no, que con quien quería casarme era con ella o si deseaba que desposara a su hija.

—Al menos, podré conocerla —afirmé.

—Por supuesto. Está aguardando en su habitación. ¡Boecius! —llamó a uno de sus esclavos—. Dile a mi hija que venga.

—Enseguida, ama —obedeció el esclavo.

—Ya verás cómo te agrada. Se parece mucho a mí —Cornelia trató de calmarme.

Durante unos minutos esperamos la llegada de Sempronio. Cuando hizo su aparición, comprobé que solo era amor de madre el parecido con mi prima. Sempronio era un poco más baja que su progenitora. Vestía una túnica de lino color azafrán que hacía juego con su pelo amarillento teñido del mismo color. Sus ojos eran verdes, tristes y, desde luego, Afrodita no se había preocupado por ella. Me pareció ver al feo de Sempronio, su padre, pero con las facciones más delicadas. Si hubiese sido la viva imagen del padre, habría rechazado la boda nada más verla entrar. La figura tampoco la había heredado de su madre. Los pechos eran más pequeños y las caderas más estrechas, pero lo que más atrajo mi atención era que cojeaba ligeramente. Una tara de nacimiento según supe después.

—Es un honor conocer al gran Publio Cornelio Escipión Emiliano —dijo en correcto griego.

—Para mí también es un honor conocer a la hija del gran Tiberio Sempronio Graco —hice una ligera reverencia con la cabeza y respondí igualmente en griego, pero con mucho mejor acento.

Sempronio pareció sorprendida. Miró a su madre al escuchar mi respuesta buscando una explicación.

—Verás, Publio. Le dije que casi no sabías hablar griego. Era lo que yo recordaba. Ha sido una sorpresa —aclaró Cornelia.

—Espero no haberte defraudado —manifestó Sempronio continuando nuestra charla en latín.

—Tu belleza me conmueve, querida Sempronio —mentí para no ofenderla.

—Gracias, Publio. Mi madre ya me habló de tu cortesía.

—Solo expreso lo que siento.

—Sempronio, si no te importa, déjame a solas con Publio. Debemos tratar el tema de la dote —interrumpió Cornelia mi entrevista con su hija.

Sempronio salió de la habitación, tratando de disimular la cojera. Me volví hacia su madre a quien no le habían gustado mis elogios a la joven.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Cornelia.

No quería ser descortés, pero la situación era de lo más paradójica. La mujer a la que amaba y de la que estaba seguro que me correspondía, me pedía que me casara con su hija.

—Una muchacha muy agradable. ¿He de responder ahora a tu propuesta? —Intenté escapar de la encrucijada a la que me veía abocado.

—No necesariamente. Tómate una semana para pensarlo. Pero no olvides que tiene muchos pretendientes —me advirtió mi prima.

Estaba convencido de que tenía muchos pretendientes. Pero la generalidad buscaba la fortuna de Sempronio. Yo, en cambio, no era un cazadotes y a quien quería era a Cornelia.

Me marché ofuscado. Muy enfadado. Llegué a casa a la hora de cenar. Polibio me esperaba. Cuando me vio entrar dando portazos, sabía que algo perturbaba mi ánimo.

—¿Malas noticias? —preguntó.

—Las peores —contesté—. Vengo de ver a Cornelia.

Polibio sabía quién era el amor de mi vida. Él, Quinto y Lelio eran las tres únicas personas a las que había confiado mi secreto.

—Después de tantos años, ¿un nuevo desencuentro? —volvió a preguntar.

—¿Desencuentro? No te imaginas lo que me ha propuesto. Pensaba que ahora que era viuda por fin podríamos sacar a la luz nuestro amor. Que en Roma se supiera que Publio Cornelio Escipión ama a su prima Cornelia y ella le corresponde. Que nos diríamos todo lo que no habíamos podido decir durante veinte años. Pedirnos perdón si es que ella tiene algo que perdonarme.

—¿Y qué ha pasado?

—Me ha sugerido que despose a su hija. «A mí me pareció que me decía: sal corriendo y ahórcate. ¿Crees que pude responder una palabra o poner alguna excusa por tonta, falsa o injusta que fuera?»<sup>275</sup>. Lo dice Pánfilo, en *La Andriana*. ¡Ah! Terencio. ¡Qué bien afinabas en cuestiones de amor!

—Por lo menos no te ha vuelto a insultar.

Lancé a Polibio una mirada inquisitoria.

—Perdona, Publio. Imagino por lo que estás pasando —se disculpó mi amigo.

—No, Polibio. Ni te imaginas por lo que estoy pasando. Maldita mujer, por qué los dioses no la apartan de mis pensamientos. ¿Tan caro les resulta? Parezco el protagonista de una comedia de Plauto. Si no me falla la memoria es Lisídamo el que se pregunta: «¿Bajo qué auspicios me ha entrado a mí este enamoramiento o cuál es la falta que he podido yo cometer contra Venus que se me ponen tantas dilaciones a mi amor?»<sup>276</sup>.

—Míralo por el lado bueno. —Polibio siempre veía el lado positivo de las cosas—. Si te casas con su hija, podrás estar más cerca de la madre. Además, es como si poseyeras algo de Cornelia.

—¿Te acuerdas lo que dice Fedrias en el primer acto de *El eunuco* de nuestro añorado Terencio? «¡Vaya canallada indigna! Ahora me doy cuenta de que ella es una bruja y yo un desgraciado. De un lado, estoy asqueado y, de otro, me consumo de amor. Y a sabiendas y en mi juicio, vivo y todavía viviendo, me muero y no sé qué voy a hacer»<sup>277</sup>.

—Terencio te habría aconsejado mejor que yo. En cuestiones de amor, tenía la palabra adecuada —recordó Polibio.

—Me ha dado una semana para pensarlo. Pero está bien, si es lo que quiere, que así sea. No necesito una semana. Mañana iré a verla y le diré que acepto su proposición. Si quiere meter a su hija en mi cama, adelante, no se lo voy a impedir. Y si me ama como yo creo que me ama, que conozca el sufrimiento que yo sentí cuando la sabía en brazos de otro hombre. Mañana nos veremos en el desayuno —me despedí de mi amigo.

No pude pegar ojo. Solo pensaba en Cornelia y en lo que me había planteado. En mi infortunio y en cuál sería el agravio que había ofendido a los dioses para que me trataran de aquella manera en cuestiones de amor. En el desayuno, Polibio me vio excitado. Me dijo que me calmara, que bebiera una copa de vino caliente y que aplacara mi ira. Le hice caso, pero el vino acrecentó mi rabia. Fui otra vez a casa de mi prima. Con paso acelerado. Llamé a la puerta, con más fuerza que el día anterior. Cornelia no me esperaba. El esclavo me acompañó a la sala donde había estado. Aguardé media hora. Mi prima, alterada, finalmente se presentó. Aún se estaba arreglando cuando



le avisaron de mi llegada. Estaba radiante. No necesitaba mucho para que los rayos de sol que entraban por la ventana sintieran envidia de su belleza.

—Supongo que, si has tomado una decisión tan rápido, es porque rechazas mi propuesta.

—Te equivocas, querida Cornelia. Acepto casarme con tu hija.

No fue alegría lo que vi en sus ojos. Más bien decepción. Nunca sabré si era lo que ella quería o si hubiese preferido que le dijera que no. Que rechazaba a la hija porque amaba a la madre. Pero el daño ya estaba hecho.

La unión se celebró por todo lo alto. Un mes después de nuestro primer encuentro.

El día de los esponsales parecía que Roma entera estaba invitada a la ceremonia. La celebración se llevó a cabo en la casa de Cornelia y se contaban por cientos los asistentes. La sala donde tuvo lugar la boda estaba presidida por una estatua de la diosa Juno<sup>278</sup>. Infinidad de rebosantes platos de los más diversos manjares adornaban las mesas para beneplácito de los comensales.

El vino corría en abundancia. Varios músicos no dejaban de tocar las habituales melodías del rito nupcial. Menos mal que Cornelia insistió en correr con la mitad de los gastos. Aun así, a punto estuve de arruinarme. Yo solo invité a mi hermano Quinto y a su familia y a mi círculo de allegados. Manio Manilio, el viejo Cayo Sulpicio Galo, Furio Filo, el anciano Pacuvio y, especialmente, los tres camaradas a quienes más respeto: Lelio, que vino acompañado de Antonia, su bellísima esposa, Polibio y el siempre agudo Lucilio. También, por supuesto, a mis hermanas y a sus familias. Emilia Tercia, la pequeña, me dio un larguísimo beso mientras me agarraba el cuello con ambos brazos. Echamos de menos a Terencio, pero estaba en el pensamiento de los que fuimos sus amigos.

Cornelia alumbraba resplandeciente. Lucía una túnica color celeste.

¡Qué bien le sienta el color azul en todas sus tonalidades!

Atendía con una sonrisa y amabilidad el cansancio que suponía saludar a los invitados que se le acercaban a fin de darle la enhorabuena y decirle la suerte que tenía su hija de casarse con Escipión Emiliano. El heredero de los Cornelios<sup>279</sup> y de los Emilios, el hombre con mejor porvenir de Roma. A veces nos cruzábamos miradas subrepticias o eso creía yo hasta que se acercaron Lelio y Polibio.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —me preguntó Polibio.

—Vamos, viejo amigo, no me vengas con esas. Tú mismo me recomendaste esta boda para estar más cerca de Cornelia —respondí.

—Lo sé. Pero he observado cómo miras a tu futura suegra, y lo que más me preocupa, cómo te mira ella —explicó Polibio.

—Polibio, deja que disfrute un poco el día de su boda —interrumpió, cortante, Lelio—. Te deseo lo mejor, querido amigo —continuó.

—Gracias, Lelio —valoré sus palabras.

—Yo también te deseo lo mejor —aclaró Polibio—. Y si te digo que me preocupa, es porque te aprecio como a un hermano. No me gustaría que un escándalo mancillara el buen nombre de Escipión Emiliano.

—Te agradezco tu preocupación, Polibio. Sé que tu afecto es sincero. Pero no tienes por qué alarmarte. Sois mis mejores amigos y no sabéis cómo estimo que hayáis estado siempre a mi lado.

—¿Sabes que estás muy guapo con esa corona de flores multicolores en tu cabeza? —dijo Lelio con cierta ironía para terminar con la seriedad de nuestra conversación.

—La verdad es que tienes un gran parecido con Apolo<sup>280</sup> —añadió Polibio en tono burlón.

—Dejaos de bromas. ¿Habéis visto a la novia? —pregunté.

—No. Aún no hemos tenido ese honor. No te preocupes. Estará tan hermosa como todas las novias —contestaron ambos—. Hemos saludado a tu futura suegra. Rivalizaría con las ninfas en juventud y belleza. Los años no han mermado su encanto —alabó Lelio a Cornelia.

No habían terminado su jaculatoria cuando apareció Sempronia. Venía tan cargada de maquillaje que en lugar de resaltar su poca belleza la afeaba aún más. La seguían sus hermanos, Cayo, de cuatro años, y Tiberio, de trece. Vestía una túnica talar de fina lana cándida, ceñida con un cinturón de color amarillo fabricado en cuero curtido abrochado con una hebilla de oro. A pesar de su delgadez, un corsé<sup>281</sup> se adivinaba pegado a su piel. Quizá para resaltar sus pequeños senos. También era perceptible el *intussium* blanco de lino debajo de la túnica.

¡Era de agradecer que hubiese intentado estar lo más deliciosa posible!

Dos pulseras de oro circundaban cada brazo desnudo desde los hombros. El pelo, con el mismo color azafrán del primer día, lo había recogido hacia atrás alguna diestra esclava y quedaba sujeto con dos agujas de oro. Iba cubierta con un velo del color del fuego<sup>282</sup> incandescente que simulaba sus rasgos. Si no te quedabas largo tiempo mirándola a la cara, podía ser una novia hermosa como habían vaticinado Lelio y Polibio.

Caminó, tratando de disimular su ligera cojera, hasta las sillas de los contrayentes que cubrían sendas capas de lana roja sustitutivas de las tradicionales pieles de cordero. Lucilio empezó a recitar un epitalamio subido de tono que sonrojó a más de una joven y provocó risitas nerviosas entre muchas matronas.

La ceremonia fue rápida. Hubiera deseado que el flamen dial<sup>283</sup> no terminara nunca. Juré amar eternamente a mi nueva esposa y firmamos el contrato dotal. Ella lo recogió. Acompañada de su madre, se dirigió hacia el *tablinum*<sup>284</sup>, donde se había preparado el lecho nupcial. Los invitados las dejaban pasar formando un pasadizo al tiempo que elogiaban la belleza de la novia y la felicitaban por su nuevo *status*. Juntas entraron en la estancia. Solo salió Cornelia. Una cortina ocultaba la habitación de miradas intrusas.

Agradecí a los dioses que la antigua costumbre romana de consumar el matrimonio delante de testigos se hubiera atemperando con el paso de los años. Yo permanecí en la sala de la celebración, soportando besos y abrazos de gente que no conocía y que me deseaba todo tipo de parabienes. Creo que las únicas felicitaciones sinceras fueron las de mis amigos. Lucilio, solterón empedernido, añadió a su saludo un pequeño poema satírico que había compuesto para la ocasión. No lo recuerdo muy bien, pero empezaba más o menos así:

«Seca tus lágrimas e invoquemos a los dioses con incienso, habiendo declarado nuestro propósito, para ver si te permiten entregarte impunemente al amor»<sup>285</sup>.

Cornelia se acercó a donde yo estaba. Cogió mi mano y me apartó de aquellos cargantes excusándose con que la novia me esperaba. Me llevó a una pieza apartada. Nos quedamos solos.

—Te preguntarás por qué te traigo aquí —dijo de inmediato.

—Espero que no sea para pedirme otros miles de denarios —respondí con sarcasmo.

—Quería hablarte de Sempronia —continuó el misterio.

Yo hubiese preferido que me hablara de ella, de nosotros, pero insistió en hablar de su hija.

—Sempronia nunca ha estado con un hombre. ¿Comprendes lo que quiero decir? No quiero que seas una bestia con ella. Tú habrás conocido a muchas mujeres. Sé cómo es la vida en los campamentos de las legiones, llenos de prostitutas dispuestas a satisfacer los más bajos instintos de los soldados y más de una habrá calentado tu cama.

—Intuyo que lo de tratar a una mujer como una bestia la noche de bodas lo sabrás por experiencia.

Noté el malestar en su cara. Había golpeado donde más le dolía. Pronto deploré la crueldad de lo que había dicho.

—¿Crees que es el momento de hablar de nosotros, de comenzar con nuestros mutuos reproches, de aflorar tu resentimiento?

¡Y cuándo llegaría ese momento!

¿Resentimiento? Resentimiento era un lujo que no me podía permitir. En mi corazón únicamente había sitio para el amor que sentía por ella. Dudé si explicarle que por lo menos las meretrices no te arrojan con brusquedad de su lado salvo que no pagues sus servicios, pero le respondí la verdad. Me habría gustado mentirle.

—Nunca he utilizado los servicios de una prostituta. He estado con mujeres, es cierto, pero jamás he traicionado a un marido o a una doncella. Si alguna ha calentado mi cama como tú dices, ha sido una divorciada o una viuda —me justifiqué. Me acordé de Livia—. Cuando me encuentre a solas con tu hija, no ocurrirá nada que ella no quiera que ocurra.

—Gracias, Publio. Sabía que podía confiar en ti. Ahora, márchate. Sempronia te espera —apuntó desolada.

Me había arrojado en brazos de su hija y parecía arrepentida. La dejé sola, bañada por la nostalgia. Enmudecida igual que el canto de una calandria encerrada en una jaula. Atravesé el bullicio de los insoportables invitados ahogados en vino y me dirigí al *tablinum*.

Mis amigos ya se habían retirado. Sempronia estaba sentada en la cama, nerviosa, temblorosa. ¿Por qué tenía la sensación de que iba a deshonorar a una virgen vestal? Me senté a su lado. Le cogí la mano para calmarla, a ella le costaba mirarme a la cara. Todo lo que estaba aconteciendo me parecía una locura. Una burla de Momo<sup>286</sup>. Yo estaba enamorado de su madre, que era mi prima, después fue mi tía y ahora mi suegra. Traté de evitar lo inevitable. Tampoco quería que mi flamante esposa creyera que se había desposado con un hombre al que le atraían los efebos.

—Sempronia. No va a suceder nada que tú no desees. Si prefieres esperar a que nos conozcamos mejor, no seré yo quien se oponga —intenté sosegarla.

Ella apartó la mano que yo sujetaba, se puso de pie, se alejó dos pasos caminando hacia atrás, levantó la cabeza, me miró a los ojos y sacando todo su orgullo exclamó:

—Yo soy Sempronia, hija del cónsul Tiberio Sempronio Graco y sabré comportarme como se espera de una mujer romana de noble estirpe.

Aquella escena me resultaba familiar, muy familiar. Comenzó a despojarse de sus vestiduras. Primero soltó la pretina de cuero que ceñía la cintura. Después retiró la túnica deslizándola desde los hombros. Siguió con el *intussium* blanco de lino. Confirmé la presencia del corsé. Finalmente, quedó desnuda. No puedo decir que su efigie hubiese sido esculpida por la mano osada<sup>287</sup> de Lisipo<sup>288</sup>, pero era un bocado sabroso para saciar el apetito carnal de cualquier hombre.

Si despertó mi pasión o mi deseo de venganza, no lo recuerdo. La venganza es dulce y amarga. Dulzura en la boca, amargura en el estómago. Le pedí que se aproximara. Se acercó con miedo. La arrogancia manifestada cuando mencionó su linaje duró el tiempo que tardó en pronunciarlo. El monte de venus lo tenía cubierto por un frondoso bosque de vello rizado y negro. Por fin conocía cuál era el color de su cabello. Me puse de pie. Casi nos rozábamos. Con delicadeza retiré las agujas que fijaban el peinado. Le pedí que no se volviera a teñir el pelo. El pelo negro le daría distinción. Ella se sonrojó porque discernió cómo había descubierto cuál era su verdadero color. Se tumbó en la cama y abrió las piernas para ofrecerme su sexo inmaculado.

Aún se escuchaba la música y el vocerío de los incansables comensales. Me despojé de la vestimenta. Ella se fijó en mi miembro erecto. No cesaba de temblar. No quería pensar en Cornelia. Si lo hubiese hecho, habría huido de la habitación. Le pedí que se diera la vuelta. Que

se alzara y se apoyara sobre las rodillas y las manos. Que se colocara en el borde del lecho. Sería más fácil si no la miraba a la cara. No deseaba ver reflejado en su rostro el más mínimo rasgo de su madre. Demasiadas imágenes, demasiadas punzadas, demasiada presión sobre mi cerebro.

No opuso ningún reparo. Vi los dos voluptuosos labios rollizos que cerraban la muralla de su virginidad. Ataqué con mi ariete su fortaleza. Ni siquiera Eneas<sup>289</sup> habría podido concebir un plan para evitarlo. Lentamente, entré en la cueva del amor. Un finísimo hilo de sangre confirmaba la pérdida de pureza. Al principio, Sempronia soltó un liviano quejido de dolor, pero después comenzó a gemir y jadear con aspaviento. Introduje mi gladio hasta la empuñadura. Sempronia alargó hacia atrás la mano y me agarró la nalga. Sin articular palabra, me suplicaba que no me despegara. Me incliné hacia delante. Pasé mi mano por delante de su muslo derecho. La resbalé por el vientre. Se le erizó la piel. Deslicé mis dedos hasta la pequeña protuberancia que las mujeres ocultan entre pliegues mullidos. La acaricié con suavidad. Los jadeos se transformaron en ligeros espasmos. La respiración era más agitada. Acompasada con la mía. Me asusté. Pensé que le hacía daño. Retiré mis dedos. Me rogó que siguiera con lo que estaba haciendo. Obedecí. Y así, al unísono, alcanzamos el éxtasis. Gritó. Intuyo que su grito sirvió para que los testigos de la consumación del débito conyugal quedasen satisfechos. Todo había terminado.

Seguía sin hablar. Se soltó de mí. Se tumbó en el otro extremo de la cama, dándome la espalda. Le pregunté si le había causado dolor, si había disfrutado. No respondió. No me miró. Únicamente señaló que estaba cansada y quería dormir. Me recosté a su lado sin tocarla. No sentía calor ni frío. Me fijé en el techo de la habitación. Estaba decorado con una escena de *Edipo Rey* de Sófocles. Cuando Edipo se saca los ojos al conocer que había yacido con su madre. Muy apropiado para este momento, concluí. Observé el dorso de Sempronia. En aquel instante comprendí que entre nosotros nunca habría un ápice de amor, un poco de cariño.

Maldije a Cornelia, la maldije una y mil veces. Y cuanto más la maldecía, más la amaba.

Dormí una hora. Me desperté antes de la alborada. Tenía sed. El vino que había bebido en los festejos demandaba su ofrenda de agua. Sempronia aún dormía. Cubrí su desnudez con una delgada capa. No se movió. Me levanté y envolví en una sábana. Los invitados se habían marchado. La música había dejado de sonar. Salí de la habitación y me encaminé hacia la cocina. Todavía no había amanecido. Estaba oscuro. Sentada sobre el mármol que rodeaba el *impluvium*<sup>290</sup>, percibí una solitaria figura. Al principio, especulé con la posibilidad de que era el esclavo que vigilaba el descanso de los dueños de la *domus*. Al aproximarme, la tenue y plateada luz de la luna descubrió la brillante y rojiza melena de Cornelia. Con la mano acariciaba el agua cristalina del estanque. Estaba ensimismada en sus pensamientos.

—¡Publio, qué susto me has dado! Tengo el corazón acelerado. Creí que había entrado un ladrón —exclamó.

—Por Júpiter, Cornelia, ¿qué haces despierta tan tarde? Debes estar agotada. Tienes los ojos enrojecidos y los párpados hinchados. ¿Has estado llorando?

—Lágrimas de felicidad. Ya sabes cómo somos las madres. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí? ¿Emulas a Plutón saliendo del inframundo para raptar a Proserpina?

—No te digo que no, porque el fuego del infierno seca mi boca. Tengo una sed terrible.

Sus ojos no reflejaban alegría. Mostraban los signos de la amargura y el llanto desesperado.

—¿En qué estabas pensando? Si no descansas, puedes enfermar —le dije preocupado.

—¿Enfermar? Hace muchos años que estoy enferma. Meditaba en por qué las personas hemos de pagar los errores de juventud durante toda la vida. Miraba el agua y me veía nadando desnuda en un río solitario. Pensaba en el jovencuelo que me contemplaba desde la orilla y me adoraba como a una diosa. En el daño que le hice y si me habrá perdonado. Pensaba en tantas cosas.

—Estoy convencido de que te habrá perdonado. Deberías acostarte.

—Enseguida. Pero antes, dime, ¿cómo está Sempronio?

—Cuando abandoné el lecho, aún dormía.

—¿Ha sido placentero?

—Supongo que no querrás que entre en detalles.

—No, claro. Cuando un hombre seduce a una mujer es una nueva victoria. Pero para la mujer seducida es una derrota. Otra posible cicatriz en su corazón.

—¿Y cuando una mujer seduce a un hombre y lo abandona? —respondí malhumorado.

—Entonces ambos sufren. El hombre por la derrota, la mujer porque habrá ganado una batalla, pero no la guerra —sentenció igual que habría hecho el historiador Tucídides<sup>291</sup>—. Aunque esté mal decirlo porque hablo de mi hija, la envidio. —Afloraron los celos—. Se ha casado con un gran hombre. Ruego a los dioses que entre vosotros surja pronto el cariño.

—Cornelia, quiero ser sincero contigo. Después de hacer el amor, he visto con meridiana claridad que ella no me ama ni me amará. Pero sí te prometo que siempre la respetaré. —Fui convincente en mi promesa.

—Dale tiempo. Sempronio, en ciertos aspectos, se parece mucho a ti. Parece fría y distante, incluso altiva, pero en su interior se oculta una mujer apasionada esperando que la amen. Además de las satisfacciones de esta noche, te agrada espiritualmente. Podréis hablar de poesía, filosofía, de las tragedias griegas, de todos los temas que te han ayudado a superar durante estos años nuestra propia tragedia —defendió a su hija.

Por desgracia, el tiempo demostraría que yo tenía razón en lo referente a Sempronio. Quise pensar que cuando hablaba de «nuestra propia tragedia» se refería al amor que sentíamos el uno por el otro y que no habíamos podido compartir. Que no aludía a que se casó con un hombre al que no amaba. Que yo no pude tener a la mujer que quería, a la que continuaba amando y a la que seguiré amando hasta el final de mis días.

Nunca me ha dicho si me ama, si alguna vez me ha amado. Todo lo que intuí, lo que deduje; todo nació de sus gestos, de sus miradas, de roces involuntarios, pero jamás le escuché pronunciar la palabra amor. Nuestro amor.

Tenía razón en una cosa, éramos los protagonistas de una tragedia griega, esclavos de nuestras pasiones, cuyos destinos cambiaban de rumbo por deseo de los dioses. Yo era el héroe trágico. El héroe que se enamoraba de una mujer que resultaba ser una diosa. El héroe que para ella será un capricho efímero y cuya osadía de mortal será castigada con el vacío y la condena eterna a vagar por algún desierto olvidado.

Se alejó camino de su dormitorio, se perdió en la oscuridad, se difuminó como se difuminaba en mis sueños. Me envolvió una orla trémula de fatal melancolía. Una vez más me sobrecogió mi sempiterna compañera, la soledad en que me sumía cuando se apartaba de mi lado.

---

<sup>265</sup>. 150 a. C.

<sup>266</sup>. Plutarco. *Vida de Catón el Viejo*. 9. 2.

<sup>267</sup>. Muerta el año 162 a. C. (aprox.).

<sup>268</sup>. Muerto el año 160 a. C.

<sup>269</sup>. Apiano. *Iberia*. 53.

<sup>270</sup>. Tiberio Sempronio Graco murió alrededor del año 152 a. C.

<sup>271</sup>. Ptolomeo VIII. *Evérgetes, rey de Egipto*.

<sup>272</sup>. Plutarco. *Vida de Tiberio Graco*.

<sup>273</sup>. Píndaro. *Himnos triunfales*. Pítica Tercera.

<sup>274</sup>. Virgilio. *Bucólicas* 10. 69.

- [275.](#) Terencio Afro. *La Andriana*. Acto 1.º. Escena 5.ª.
- [276.](#) Plauto. *Cásina*. Acto 3.º. Escena 4.ª.
- [277.](#) Terencio Afro. *El eunuco*. Acto 1.º. Escena 1.ª.
- [278.](#) Diosa de los matrimonios.
- [279.](#) Cornelia, tras su matrimonio con Sempronio Graco, pasó formar parte de la *gens* Sempronía.
- [280.](#) Dios de la belleza.
- [281.](#) El *strophium*.
- [282.](#) El *flameum*. Utilizado por las novias de la clase patricia.
- [283.](#) Sacerdote consagrado al dios Júpiter.
- [284.](#) Aunque, como hemos señalado anteriormente, esta dependencia se utilizaba como archivo o biblioteca, en las bodas de las clases altas se preparaba para que los novios pasaran la primera noche juntos.
- [285.](#) Cayo Lucilio. *Fragmentos*. Verso 206.
- [286.](#) En la mitología griega, dios de los escritores y los poetas. Personificaba al sarcasmo y la burla.
- [287.](#) Del epigrama que Posidipo, poeta y comediógrafo griego del siglo III a. C., cantó a la estatua que Lisipo dedicó a Alejandro el Grande (ver la siguiente nota).
- [288.](#) Lisipo de Sición. Escultor griego del siglo IV a. C.
- [289.](#) Eneas el Táctico (siglo IV a. C.). Autor del tratado *Poliorcética o Comentario táctico sobre cómo deben defenderse los asedios*.
- [290.](#) Especie de aljibe en el centro de un patio descubierto (el *atrium*) en el que se recogía y almacenaba el agua de lluvia.
- [291.](#) Historiador Griego del siglo V a. C. Autor de la famosa *Historia de la Guerra del Peloponeso*.

## Senderos de guerra

Para narrar los sucesos que condujeron a la destrucción de Cartago, retrocederé en el tiempo. No hay nada que justifique lo que, en mi condición de general de Roma, tuve que hacer. Los dioses del Olimpo juzgarán aquella infamia. En la Tierra yo he sido mi juez y ya me he condenado. Únicamente puedo alegar en mi defensa que era un soldado y que me vi en la obligación de cumplir las órdenes que me dio el senado de la república.

Desde el final de la Segunda Guerra Púnica, el año que mi abuelo adoptivo Escipión Africano obtuvo la gran victoria en la planicie de Zama<sup>292</sup>, Cartago había tenido que cumplir las duras condiciones exigidas por Roma en los acuerdos de paz. A la firma del tratado, los cartagineses entregaron quinientas galeras a excepción de diez trirremes. Escipión ordenó que los barcos apresados fueran llevados a alta mar e incendiados. El espectáculo debió ser grandioso y a la vez aterrador. El orgullo de Cartago, ardiendo, acabó en el fondo del Mediterráneo.

También tuvieron que desprenderse de sus elefantes de guerra y devolver los esclavos fugitivos, los cuatro mil prisioneros que retenían entre los que se encontraba el senador Quinto Terencio Cúleo, y los desertores, que rápidamente fueron ejecutados. El pacto recogía el pago inmediato de mil talentos de plata y otros doce mil quinientos en anualidades durante cincuenta años. Debían abandonar todas sus posesiones en Hispania y en Liguria y se les prohibía reclutar mercenarios y hacer la guerra a Masinissa, el rey nómada amigo y aliado de Roma. No podían emprender ninguna campaña fuera de África. Para las acciones defensivas, debían contar con el permiso del senado de la república. Además, estaban obligados a la cesión de ciento cincuenta rehenes, a suministrar trigo al ejército romano y a restituir a Masinissa los territorios que poseyeron sus antepasados y las ciudades que habían pertenecido al rey Sifax.

¡Cartago, derrotada y humillada, quedaba subordinada a Roma!

Los padres conscriptos creyeron que las férreas estipulaciones impuestas a los jactanciosos púnicos hundirían a Cartago en una profunda crisis económica al igual que se hundieron sus barcos en el mar, crisis de la que no saldría en muchos años. No contaban con el genio del Aníbal, el rival de mi abuelo Escipión, que fue elevado por sus conciudadanos a las más altas dignidades de la antigua república fenicia donde demostró ser tan buen político como general había sido.

En poco tiempo, concretamente el año 562 a. u. c.<sup>293</sup>, y gracias a que Cartago no tuvo que mantener un ejército permanente ni hacer frente a los gastos de costosas campañas militares, la ciudad púnica estuvo en disposición de liquidar por completo la deuda que debía satisfacer en cincuenta años. Roma se negó, pues prefería un pago anual que recordara a los cartaginenses que habían sido vencidos por los romanos. Las medidas de Aníbal, quien combatió la corrupción de

los oligarcas, no gustaron a la aristocracia cartaginesa cuyos miembros escribieron al senado romano acusándole de connivencia con Antíoco III para comenzar una nueva guerra.

Con la oposición de mi abuelo adoptivo Escipión Africano, los padres conscriptos enviaron a Cartago a Cayo Servilio, Claudio Marcelo y Terencio Cúleo con la misión de detener a Aníbal y llevarlo a Roma. El otrora general cartaginés huyó antes de ser apresado y recaló confiado en la corte del rey Prusias de Bitinia, que lo traicionó de manera ignominiosa.

Cuando iba a ser vendido por su anfitrión a los romanos, se suicidó el año 570 a. u. c.[294](#) vertiendo en una copa de vino el veneno que ocultaba en un anillo. Sus últimas palabras antes de morir fueron:

—¡Libremos a Roma de este pobre viejo que tanto miedo le causa!

Roma debió mostrarse magnánima con este gran soldado que honró a nuestros generales caídos en el campo de batalla y que únicamente intentó hacer grande a su patria al igual que los romanos pretendieron hacer con la suya.

Aprovechando su ascendiente sobre Roma y el aprecio que la república le tenía, Masinissa, el rey númida, contraviniendo los acuerdos firmados por Cartago y nuestra ciudad, se fue apoderando poco a poco de territorios que no le pertenecían. Los cartagineses apelaban al senado de Roma que, inicialmente, reprendió al monarca. Pero esta política cambió a partir del año en que mi padre venció en Pidna[295](#) y a pesar de que Cartago había suministrado doscientos cincuenta mil modios[296](#) de trigo y ciento veinticinco mil de cebada al ejército que derrotó a Perseo. Masinissa acusó falsamente a los cartagineses de simpatizar con la causa de Macedonia y con la de otros muchos pueblos sometidos al dominio romano.

El año 588 a. u. c.[297](#) y con la aquiescencia de Roma, que fallaba a favor de nuestro viejo aliado las justas quejas de los cartagineses, Masinissa conquistó la ciudad de Emporia. Posteriormente ganaría otros territorios, hasta que la frontera de Numidia solo estuvo a cien kilómetros de Cartago.

Los padres conscriptos enviaban delegaciones a la ciudad púnica para dirimir las diferencias entre Masinissa y sus antiguos enemigos, pero el arbitraje siempre favorecía al rey. En una de esas delegaciones, la del año 600 a. u. c.[298](#), viajó el anciano Marco Porcio Catón, que tuvo oportunidad de comprobar la prosperidad que había alcanzado Cartago, «lo bien cultivado que estaba y los grandes recursos que poseía»[299](#). Los intercambios comerciales con oriente y otros puntos del Mediterráneo, la falta de un ejército que mantener y los años de paz habían permitido que la riqueza generada se invirtiera en la ciudad y que la ancestral república cartaginesa recuperase su pasado esplendor.

Catón quedó sobrecogido por la magnificencia y ostentación que vio, no solo en los templos, sino en las casas de los que habían sido sus temibles adversarios. A su regreso a Roma, el intransigente senador solo tuvo un único objetivo:

¡La desaparición de Cartago de la faz de la tierra!

—Cartago —repetía una y otra vez— debe ser destruida.

Todos sus discursos los concluía de la misma forma. Ya hablara de agricultura, decretos municipales, modificación en los ritos de culto de este o de aquel dios, ya departiera sobre temas intrascendentes o señalara a un rival político con su esquelético dedo acusador, sus alocuciones finalizaban con idénticas palabras:

—... ¡Y, además, siempre seré de la opinión que Cartago debe ser destruida!

La primera ocasión que pronunció su condenatoria sentencia, previamente realizó un golpe de efecto que encandiló al resto de senadores. En medio de la asamblea, dejó caer unos higos grandes y gordos que llevaba escondidos debajo del blanco lino de la toga. Los higos, maduros y



jugosos, reventaron al estrellarse contra el suelo de mármol de la curia. El néctar liberado, diamantino y meloso como las lágrimas de una joven enamorada, brilló acariciado por los rayos de luz que entraban por los altos ventanales del edificio parlamentario. Cuando los padres conscriptos «admiraron su tamaño y hermosura, Catón les dijo que la tierra que los producía distaba de Roma a tres días de navegación»[300](#).

Aquel protervo viejo loco misógino descendiente de galos, así lo llamó Cornelia, que me había fascinado en mi adolescencia y que aún me seducía en muchos aspectos, envenenó el alma de casi todos los senadores y la ponzoña se extendió por Roma.

¡Cartago debe ser destruida!

El terrible veredicto recorrió la república igual que los veloces vientos de una tempestad y haciendo el mismo daño que el granizo de una tormenta. Muy pocos tuvieron el suficiente arrojo para oponerse a los designios de Catón. Entre ellos, Escipión Nasica Córculo, el esposo de Cornelia Mayor, la hermana de mi pelirroja Afrodita. Nasica estimaba que Roma necesitaba la existencia de un enemigo a fin de que la disciplina y el buen orden se mantuvieran ante el temor de una posible guerra.

—Si a Roma ya no le quedan enemigos —decía—, la molicie se apoderará de sus gentes y significará la desaparición de la república tal cual la conocemos hoy. «Los cartagineses tienen poca fuerza para vencer a los romanos, pero mucha para ser despreciados»[301](#).

Fue valiente Nasica, a pesar de tener enfrente a un hombre tan poderoso y del prestigio de Catón. Para encolerizar al senil censor, Nasica terminaba sus discursos parafraseando la jaculatoria diatriba de Catón contra Cartago:

—... ¡Y, además, siempre seré de la opinión que Cartago debe existir!

Cada vez que la profería, el chirrido de los dientes de Catón se escuchaba por todo el senado.

Tras vestir la toga senatorial, en infinidad de ocasiones comprobé la inquina entre ambos dignatarios pero, lamentablemente, la balanza se inclinó del lado de Catón. Y para mi desgracia, yo fui el brazo ejecutor de sus negros augurios. Hacía falta un motivo que facilitara declarar la guerra. Masinissa no tardaría en proporcionarlo.

De los hombres y mujeres de Cartago, yo solo conocía lo que había leído en los libros de historia. Era un pueblo de comerciantes, pero también un pueblo aguerrido y belicoso que rivalizó con Roma por el dominio del Mediterráneo. Cartago era una colonia fenicia fundada por la princesa Dido mucho antes que naciera Rómulo.

El desenlace de la Segunda Guerra Púnica fue una afrenta a la dignidad de los cartagineses que lograron superar en pocos años. También sabía de su carácter gracias a que siendo más joven asistí a la representación de la comedia *El cartaginés* de Plauto y tuve oportunidad de leerla porque Livia atesoraba un ejemplar en su extensa biblioteca. El genial comediógrafo incluyó en su obra incluso algunos versos en lengua púnica. Una prueba de que escaso tiempo después de la guerra los cartagineses venían a Roma a comerciar y los romanos iban a Cartago con idéntica aspiración.

Como referí anteriormente, viajé a África enviado por Lúculo en busca de elefantes la primavera del año 603 a. u. c.[302](#). Mi llegada coincidió con un nuevo enfrentamiento entre númeridas y cartaginenses. Los dignatarios de Cartago, apoyados por la facción popular, habían expulsado a cuarenta de sus conciudadanos que conformaban el grupo partidario de Masinissa. Los desterrados buscaron refugio en la corte númerida y solicitaron al anciano rey que hostilizara a sus ingratos compatriotas. El monarca envió a Cartago a sus hijos Gulussa y Micipsa a fin de que los exiliados pudieran regresar a sus casas. Con el propósito de evitar que los familiares de estos

consiguieran conmover al pueblo y aceptaran el retorno, el jefe de las tropas auxiliares de los púnicos ordenó el cierre de las puertas de la ciudad<sup>303</sup>.

Gulussa y Micipsa no lograron entrar en Cartago. Mientras volvían a Numidia, fueron acosados por la caballería enemiga. Masinissa ya tenía el pretexto que necesitaba para renovar las hostilidades.

En contra de lo estipulado por el tratado, el monarca nómida atacó la ciudad de Horóscopa. Sin autorización del senado romano, el cartaginés Asdrúbal hizo frente a Masinissa con un ejército de veinticinco mil soldados de infantería y cuatrocientos jinetes<sup>304</sup>. Unos seis mil hombres de la caballería del viejo rey se pasaron a los púnicos por diferencias con los hijos de Masinissa. Este, fingiendo huir, atrajo a un envalentonado Asdrúbal por los inesperados apoyos que había obtenido hasta una llanura desierta donde los dos ejércitos se prepararon para la batalla.

El día antes de los combates, me personé en el campamento de Masinissa. Al tener noticia de mi llegada, el rey mandó a algunos de sus hijos que salieran a recibirme. Al amanecer, y a pesar de ser un anciano de ochenta y ocho años, Masinissa se subió al caballo y desplegó sus tropas. El monarca era casi tan negro como el caballo que montaba, pero delgado y fuerte como el animal. Cabalgaba como lo habían hecho los nómidas durante siglos, sin silla de montar, sintiendo sobre sus desnudas piernas el pelo y el sudor maloliente del equino.

Asdrúbal organizó a sus soldados. Yo me subí a una loma cercana para ser testigo directo de los combates. Me preparé convencido de que asistiría a la representación de una tragedia griega. No me equivoqué. Más de cien mil hombres dispuestos al combate. Me creí afortunado porque solo dos dioses antes que yo, un simple humano, «habían contemplado un espectáculo similar: Júpiter, desde el monte Ida, y Neptuno, desde Samotracia durante la guerra de Troya»<sup>305</sup>.

El enfrentamiento estuvo muy igualado. Las espadas relucían bajo el ardiente sol y las embestidas de las formaciones cerradas se sucedían unas detrás de otras. Donde yo me encontraba solo escuchaba gritos incongruentes y ruidos quebradizos difíciles de distinguir. Pero sabía que los alaridos de los heridos y de los moribundos formaban parte del diálogo de los actores de la funesta obra en la que yo era un solitario espectador. La expectante muerte se cernía sobre aquellos pobres desgraciados cuyos huesos olvidados pronto blanquearían por el poder de Helios y servirían de morada a serpientes y escorpiones. Al anochecer, todavía no había un claro vencedor. Masinissa volvió a su campamento, momento que aproveché para saludarle. Él estuvo encantado de recibir al nieto de su gran amigo Escipión Africano. Desconozco cómo los cartagineses supieron que yo estaba entrevistándome con el rey. Posiblemente los espías advirtieron a Asdrúbal.

Un emisario de este se personó en el acantonamiento de Masinissa implorando hablar conmigo. Me entregó un mensaje del jefe púnico. En la misiva me pedía que intercediera ante el monarca nómida para conseguir la reconciliación. Yo tenía que ser leal a mi anfitrión. Le mostré la carta y le dije que no perdía nada por escuchar las propuestas cartaginesas si con ello conservaba la vida de muchos de sus hombres.

La conferencia tuvo lugar en mi presencia. Los hijos de Dido ofrecieron a Masinissa la ciudad de Emporion, doscientos talentos de plata de forma inmediata y ochocientos en días posteriores. El rey lo aceptaba todo sin discrepar. La entrevista discurría en una tensa cordialidad. El monarca exigió también la devolución de los desertores. Los cartagineses se negaron con rotundidad. Eso significó el fin de las conversaciones de paz. Masinissa sabía que sus enemigos no aceptarían aquella petición y logró romper las negociaciones sin recurrir a una probable traición que ofendería a los dioses y molestaría a sus aliados romanos. Yo regresé a Hispania con los elefantes

que había pedido Lúculo y, cuatro meses después, era un hombre felizmente casado, o quizás debería decir tristemente casado en Roma.

El final de la guerra de Massinisa y Asdrúbal fue el que cabía esperar. El rey ordenó a sus tropas cercar con un foso el campamento de Asdrúbal con intención de vencerlo por sed y por hambre. El jefe púnico había recibido noticias de que embajadores romanos estaban en camino para dirimir las diferencias entre los contendientes. Además, Asdrúbal confiaba en que las provisiones almacenadas le permitirían ganar tiempo hasta la llegada de los nuncios romanos. Lo que no sabía el general cartaginés era que los embajadores venían con la orden de arbitrar en la disputa si Masinissa resultaba vencido, pero si este tenía ventaja, le incitarían a continuar. En esto se había convertido la diplomacia de Roma. La de una república que siempre había presumido de respetar la palabra dada y de no recurrir al engaño en los tratados firmados con sus adversarios.

Descorazonado porque los legados romanos permitieron a Masinissa seguir con el cerco, Asdrúbal pensó resistir. Transcurridas unas semanas se le acabó el alimento. El hambre y las enfermedades hicieron mella en su ejército. A este desastre se unió el insoportable hedor de los cadáveres putrefactos de los innumerables muertos que se iban produciendo y que quedaban insepultos.

En el último acto de la cruenta tragedia, el soberbio jefe cartaginés cedió a las exigencias de Masinissa. No solo devolvió los desertores, sino que se comprometió al pago de cinco mil talentos de plata en cincuenta años y a acoger de nuevo a los partidarios del rey númda que habían sido desterrados de Cartago. Humillados, los cartagineses tuvieron que salir desarmados de uno en uno por la única puerta abierta de su campamento. Sin embargo, Gulussa, que no había olvidado la emboscada sufrida a las puertas de la orgullosa ciudad, mandó a su caballería en persecución de los indefensos púnicos y dio muerte a la mayoría. Solo unos pocos de los cincuenta y ocho mil soldados del ejército de Asdrúbal, entre ellos el propio Asdrúbal y algunos nobles, pudieron llegar a Cartago.

En Roma, mi matrimonio con Sempronia iba de mal en peor. Nuestra vida en común ha transcurrido por tres fases, pasamos del desencuentro a la indiferencia con la rapidez del agua que corre por una pronunciada pendiente, salvo unos años de transición en que llegamos a detestarnos. No nos queríamos cuando nos casamos y los esponsales sin amor son tan tristes como los sombríos cánticos de las sirenas que atormentaron a Ulises. En todo este tiempo, creo que hemos yacido menos veces que el número de trabajos que tuvo que resolver Hércules<sup>306</sup>. Y siempre movidos por la lujuria, nunca por el cariño.

En ocasiones yo entraba en su dormitorio para preguntarle por algún asunto trivial y la sorprendía a medio vestir, lo que encendía mi fuego interior. En otros momentos era ella la que me buscaba abrumada por incontrolados ardores animales que los seres humanos debemos satisfacer. Pero ese fuego se fue apagando rápidamente porque no había nada que mantuviera viva la llama del amor. No, no era el fuego sagrado del templo de Vesta que eternamente ilumina el rostro de la diosa. Hemos continuado juntos por interés mutuo. A ella se le abren muchas puertas de Roma y a mí me permite estar cerca de Cornelia.

Ahora, desde la muerte de su rebelde hermano Tiberio Graco, percibo odio en su mirada. A Cornelia no he vuelto a verla desde el asesinato de su hijo. Supongo que me aborrecerá tanto como yo la echo de menos. Pero aún falta bastante para que narre la revuelta de Graco. Proseguiré con el relato que condujo a la demolición de Cartago.

Tras mi boda con Sempronia, las visitas de mi «amada suegra» eran lo único que colmaba mi felicidad. Mi esposa, de continuo distante, nos dejaba solos porque a ella le aburrían nuestros diálogos. Es cierto que Sempronia estaba educada en la lectura de los grandes pensadores de

Grecia, pero aprender por obligación promueve el desprecio a la pasión por el estudio. Mi mujer había heredado de su padre el desdén por la filosofía y la poesía, mientras que su madre habría disfrutado consultando la biblioteca de Perseo que yo copiaba en Lavernium. A mí me placía su conversación, pero me habría placido su sola contemplación. Su sonrisa henchía mi pecho y hacía que mi corazón palpitara tan rápido como los pies de Aquiles. Si me cogía la mano para llamar mi atención o si yo cogía la suya, los vellos se me erizaban y una bocanada de aire fresco inundaba mis pulmones.

—Sabes, Publio —para mi sorpresa me dijo una vez—, ahora me gusta Plauto. Me hablaste tan apasionadamente de él cuando nos conocimos, que tuve que leerlo más detenidamente y ahora entiendo tu devoción por «el harinero». Es admirable el uso que hace del amor y del humor.

—La risa de los enamorados —le respondí— es la más bella de las sonrisas, porque es pura e inocente como la de un niño.

—Pocos romanos se expresan así —me señaló.

—Alguien me dijo lo mismo hace tiempo.

—¿Una mujer?

—Sí.

—¿La mujer por la que te habrías dejado arrancar el corazón?

—No, pero fue una persona muy querida.

No hablamos de lo que sentíamos, si es que Cornelia sentía algo por mí, ni me atreví a decirle que ella era la mujer por la que me habría dejado arrancar el corazón. Yo era el marido de su hija y como tal debía comportarme. Dialogamos sobre el amor igual que departimos de otros temas. Fueron pocas tardes, las escasas tardes de los escasos días de las escasas semanas que precedieron a la guerra de Cartago.

El año del consulado de Lucio Marcio Censorino y de mi amigo Manio Manilio<sup>307</sup> cambiaría para siempre la historia de la república porque significó el comienzo de la Tercera Guerra Púnica. Lelio había sido designado senador cuando concluyó el período en el que había desempeñado el tribuno de la plebe. Mi amigo, mi hermano Quinto y yo estábamos en la curia la mañana que llegaron los embajadores de Cartago. Manio Manilio y Furio Filo, también senadores, se sentaban unas filas más atrás. Polibio y Lucilio ocupaban asientos en el espacio reservado a las visitas y a los ciudadanos que asistían a las reuniones de la asamblea. El público debía permanecer en silencio. Si un espontáneo con sus gritos de aprobación o reproche interrumpía el uso de la palabra del orador de turno, era expulsado de la sala.

Los legados púnicos venían a denunciar los quebrantos sufridos a manos de Masinissa cuya amenazante actitud ponía en peligro la seguridad de Cartago. Ofrecían como muestra de buena voluntad la condena a muerte de Asdrúbal y de todos sus lugartenientes.

—Vuestra prueba de buena voluntad siembra dudas entre nosotros —dijo el senador Casio Cetego—. ¿Por qué no condenasteis a los culpables antes de comenzar la guerra en lugar de hacerlo después de la derrota? ¿Y por qué no vinisteis antes? —preguntó—. Roma siempre ha sido justa con vosotros. —Esa mentira en boca de un senador me producía náuseas.

Los nuncios cartagineses no supieron qué responder.

—¿Calláis? Vuestro silencio os hace culpables, pues no dais ninguna respuesta que nos convenza de vuestra inocencia —continuó Cetego.

Lo que no decía Cetego es que hacía tiempo que Roma había decidido actuar contra Cartago.

—Si en algo hemos ofendido a Roma, decidnos, ¡oh, padres conscriptos! ¿Cómo podemos reparar nuestra falta? —casi suplicante se expresó el más anciano de la legación cartaginesa.

—Dando satisfacción a los romanos<sup>308</sup>. —Fue la indefinida respuesta del senado.

—¿Y qué satisfacción es esa? —quiso saber el anciano embajador.

—De sobra lo sabéis los cartagineses. —La contestación era lo suficientemente confusa para que Roma encontrara el pretexto adecuado con el que declarar la guerra a Cartago.

Los delegados púnicos se marcharon con el semblante serio y la angustia en sus ojos. Presagiaban los oscuros nubarrones que pronto se cernirían sobre su ciudad. Yo asistí atónito a aquella farsa. Lelio y Quinto estaban indignados. Polibio nos dijo que Lucilio se ausentó antes de que terminara la representación.

—A componer algunos versos —comentó— con los que fustigar al idiota de Cetego.

—Aunque estamos en desacuerdo con la guerra que se avecina —señalé a mi griego amigo—, nos comportaremos como auténticos patriotas romanos.

Por la tarde, en mi casa, Lucilio nos recitó lo que había escrito:

—«Pero ahora, desde por la mañana hasta la noche, fiesta o no fiesta veréis durante todo el día al pueblo y a los senadores entrar en el foro, sin abandonar un momento el sitio. No piensan ni trabajan salvo en una cosa, en pronunciar bonitas frases para engañar a la gente; luchar a fuerza de astucia, adular cual los demás, remedar al hombre honrado y tenderse lazos como si estuvieran en guerra unos con otros»<sup>309</sup>.

Dos semanas después de que partieran los nuncios cartagineses, arribó una legación de Útica. Al igual que Cartago, aquella es una ciudad emplazada en la costa africana y nadie desconocía en Roma que Útica era enemiga acérrima de los descendientes de Dido. Las acusaciones de los uticenses prologaron una tragedia dictada bajo las constantes amenazas de Catón. Roma declaró la guerra a Cartago, y Cartago sería destruida.

La prueba concluyente de los verdaderos motivos de la contienda quedó patente en lo rápido que miles de jóvenes ciudadanos, nobles y plebeyos, se alistaron en el ejército. Confiados en el rico botín que obtendrían del saqueo de los templos púnicos y animados por sus familias, la juventud romana no hizo aspavientos a encuadrarse en las filas de la legión. Todo lo contrario de lo que sucedió cuando se anunció la guerra celtíbera.

El cónsul Manio Manilio me asignó el cargo de tribuno militar en la cuarta legión. Me dijo que no lo hacía porque nos uniera una estrecha amistad, sino porque sabía de mis cualidades de soldado hartamente demostradas en Pidna y en Hispania. Sin embargo, Censorino, su colega en el consulado, se manifestaría posteriormente como un incompetente, incapaz de dirigir una campaña. Polibio, mi viejo y leal amigo, se hallaba en Grecia hacía cuatro días visitando a sus familiares. Tardaría un tiempo hasta que la noticia de la guerra se supiera en el Peloponeso.

Mi hermano Quinto había sido nombrado pretor en Sicilia y conseguí que Lelio continuara en Roma defendiendo nuestros intereses. Recuerdo los besos en mis manos de una agradecida Antonia por convencer a Lelio que se quedara en casa con su nieta. Lucilio, el mordaz y satírico poeta que me honra con su amistad, quiso alistarse, pero su frágil salud le forzó a permanecer junto a Lelio. Sin embargo, mi joven cuñado Tiberio Sempronio Graco, un atolondrado adolescente de dieciséis años, sentó plaza bajo mi mando. Era un muchacho alto, más alto que yo. Algo enjuto. No tuvo un instructor exigente que le obligara a fortalecer sus músculos. Había heredado el pelo negro y los ojos oscuros de su padre, pero las agradables facciones de su madre. Arrogante y engreído, necesitaba una cura de humildad. Huérfano de padre desde los doce años, era el jefe de la *gens* Sempronio. Cornelia, como casi todas las madres patricias, lo había protegido en exceso. Intentó, no obstante, quitarle de la cabeza las ideas de glorias y triunfos banales si el precio era la vida. Vino a verme antes de nuestra partida hacia África. Mi esposa ya me había pedido que cuidara de su hermano y le prometí hacerlo. Cornelia quiso escucharlo de mis labios. La preocupación se dibujaba en su semblante.

—Tiberio es el mayor de mis hijos varones, el heredero de una gran familia, solo tiene dieciséis años —dijo, compungida, Cornelia.

—Yo no era mucho mayor que él cuando las lanzas macedónicas me rodeaban en Pidna. —Me habría gustado que ella hubiese mostrado la misma inquietud por mí.

—Tú recibiste otra educación. Tu padre estuvo a tu lado, mientras que Tiberio nunca tuvo cerca al suyo. Siempre estaba sirviendo a Roma en algún recóndito lugar del mundo.

—Ordenaré a hombres de mi confianza que lo protejan.

—Gracias, Publio. Es lo que quería oír. Mis hijos son lo más importante en mi vida. —Sin embargo, pensé, ella era lo más importante en la mía—. Y tú también, cuídate.

—¿Tanto te importa lo que me pueda ocurrir? —le pregunté. Tenía la esperanza de que me diera una verdadera respuesta de consternación.

—No me gustaría ver a Sempronio viuda. Es demasiado joven. —No era la contestación que yo esperaba.

—No creo que a ella le importase mucho —afirmé sincero.

—¿Por qué lo dices?

—Te lo comenté la noche de mi boda, cuando te sorprendí sentada sobre el mármol que rodea el *impluvium*. Tu hija no me ama ni me amará nunca. Y no se lo reprocho. Yo tampoco la amo ni hago ningún esfuerzo por llegar a quererla.

—Será porque tu corazón lo ocupa otra mujer.

—No voy a negarlo. Es cierto.

—¿La estúpida que te arrojó de su lado?

—La diosa que me arrojó de su lado.

—Persigues una quimera.

—Es lo que me mantiene vivo.

—Trata de olvidarla.

—No puedo. Da sentido a mi vida.

—¿Y por qué no le declaras tu amor?

—Temo el rechazo.

—O el escándalo y el final de tu brillante carrera.

—Si temiera el escándalo no sería el amigo de un griego que ha sido diecisiete años rehén de Roma, además de mi preceptor y consejero. No acogería en mi casa a un valiente poeta de origen plebeyo que con sus sátiras hiere más que con una espada. No gozaría de la amistad de un antiguo tribuno de la plebe, también de ascendencia plebeya, al que tengo por un hermano. No sería admirador de un comediógrafo manumitido que por desgracia ya no está entre nosotros y, sobre todo, no amaría con todo mi ser a...

—No lo digas —me interrumpió—. No compartas conmigo tu secreto. —Se alejó rápidamente.

—¡Omnipotente Júpiter! ¡Qué tétrica soledad! —grité a los cielos.

La mañana siguiente, estaba navegando en una galera rumbo a Sicilia. A mi lado, mi joven cuñado con cara de emoción, la misma que seguramente habría tenido el día que vistió la toga viril. Yo no podía dejar de pensar en la conversación que había mantenido con su madre. Me preguntaba por qué me había interrumpido cuando iba a decirle que la amaba. ¿Era porque no me correspondía? ¿Estaría jugando conmigo? ¿Temía el escándalo? La cabeza me iba a estallar. En el azul del mar solo veía reflejado su rostro martirizándome como había hecho en Lavernium, como había hecho desde que la conocí. Pedí a los dioses una muerte gloriosa en Cartago, un apacible descanso para mi atormentada alma. No se puede decir que no la busqué. Pero los dioses no me escucharon.

La noticia de nuestro viaje hacia la isla hizo cundir la alarma en Cartago que no contaba con un ejército ni trigo suficiente con el que resistir un asedio. Por otra parte, muchos de sus jóvenes en edad militar habían muerto en la reciente guerra con Masinissa y apenas disponían de unos pocos barcos, ya que el tratado firmado con mi abuelo Escipión Africano al término de la Segunda Guerra Púnica limitaba el número de naves de su flota. Resolvieron enviar de nuevo embajadores a Italia en un último intento de evitar el enfrentamiento.

El senado les dijo que, si en el plazo de treinta días entregaban a los cónsules trescientos niños de las familias más nobles en calidad de rehenes y les obedecían en todo lo demás, podrían salvaguardar la libertad y autonomía de Cartago<sup>310</sup>. Sin embargo, en secreto, se comunicaba a los cónsules que esperaban en Sicilia que siguieran con los planes de guerra. Otra mentira más que sumar a las muchas que creyeron los cartagineses confiados en poder preservar su patria de la destrucción.

Los púnicos se avinieron a las peticiones de Roma y entregaron lo pactado. Las escenas desgarradoras que se vivieron en Cartago cuando los niños subieron a las naves que los llevarían a Sicilia me las describió posteriormente un prisionero. Las madres lloraban desconsoladas por la marcha de sus hijos hacia un destino incierto. Algunas tiraban de las maromas de amarre pidiendo a los dioses fuerza suficiente en un vano empeño por detener la salida del barco en el que viajaban sus hijos. Otras se arrojaban al mar para formar con sus cuerpos una barrera que impidiera la partida de las galeras del puerto. Inútiles esfuerzos de unas pobres mujeres que nunca volverían a ver a sus retoños. Los niños fueron bien acogidos en Sicilia. Los cónsules se los entregaron a mi hermano Quinto a quien le encantaban los críos. Se comportó como un amoroso padre. Disfrutó jugando con ellos los meses que permanecieron en la isla hasta que finalmente fueron trasladados a Roma. A los legados cartagineses les dijeron que el resto de las condiciones que habían de cumplir las conocerían en África.

Abandonamos Sicilia en dirección a Útica, la ciudad aliada de Roma ubicada al noroeste de Cartago. El sol naciente empujaba la popa de las galeras y Eolo soplaba con fuerza las velas. Si el tiempo acompañaba, en cinco o seis días veríamos la costa africana. Los remos sacudían las aguas como si quisieran perturbar el descanso de Neptuno. Cincuenta quinquerremes, cien hemiolias<sup>311</sup>, además de muchos barcos ligeros y mercantes para transportar a ochenta mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería<sup>312</sup>. Al amanecer del sexto día de travesía, divisamos el litoral uticense. Se tardó una semana en desembarcar el enorme ejército que Roma había reclutado con el único fin de «aplstar» a su eterno enemigo.

Acampamos en las inmediaciones de Útica. Los cónsules demoraron la llegada de los enviados cartagineses porque querían deslumbrar a sus «ilustres invitados» con una representación del poder de Roma. Manilio y Censorino estaban sentados en sendas sillas colocadas en un estrado elevado. Los tribunos militares y el resto de los oficiales nos situamos de pie, detrás de los cónsules, dispuestos de mayor a menor rango y vistiendo nuestras mejores galas. Las legiones formaban a nuestra espalda luciendo resplandecientes sus armas, cascos, corazas, cotas de mallas y escudos para impresionar a los nuncios enemigos.

El espectáculo era imponente. Un cordón púrpura atado a dos postes de madera separaba a Manilio y a Censorino de los representantes púnicos. El primero les invitó a que expusieran lo que desearan. Los embajadores pronunciaron un emotivo discurso sobre la antigua grandeza de Cartago. De cómo habían sucumbido ante Roma y se habían resignado a la voluntad de los dioses. De su respeto a los tratados firmados y de que habían cumplido en su totalidad las exigencias del senado. «Afirmaron que habían hecho mención de aquello no para hablar con grandilocuencia,

pues no había lugar a ello en las desgracias, sino con vistas a que su cambio repentino de fortuna nos moviera a la compasión y despertara en nosotros la clemencia»[313](#).

¡Compasión y clemencia!

Roma había olvidado el significado de esas palabras. El destino de Cartago estaba sellado y solo era cuestión de tiempo que se escribiera el fatídico final.

Cuando terminaron de hablar, Censorino les dijo que entregaran sus armas y máquinas de guerra, que ya no las necesitaban si en verdad querían la paz. Los legados manifestaron que no tendrían con qué defenderse de Asdrúbal, al que habían condenado a muerte y que había conseguido reunir nuevamente un ejército de veinte mil infantes y jinetes. El cónsul les contestó que los romanos nos ocuparíamos del indómito general cartaginés y ellos aceptaron entregar las armas. Doscientas mil armaduras completas para equipar a otros tantos hombres, dos mil catapultas e incontables lanzas, venablos, flechas y espadas transportados en una interminable fila de enormes carromatos que arribaron a nuestro campamento acompañados de los altos dignatarios y sacerdotes de la metrópoli púnica.

Cumplida la exigencia, Censorino les trasladó las auténticas intenciones de Roma:

—«Renunciad a Cartago en provecho nuestro, y volveos a establecer donde queráis dentro de vuestro territorio a ochenta estadios[314](#) como mínimo del mar, pues hemos decidido arrasar vuestra ciudad hasta los cimientos»[315](#).

La sentencia ensordeció atronadora los oídos de los infelices cartagineses. Por fin quedaban desveladas las órdenes secretas del senado. Mandatos de los que se sabía de antemano cuál sería la respuesta:

¡Guerra sin cuartel!

Los sacerdotes y dirigentes púnicos comenzaron a proferir gritos de desesperación e insultos contra los romanos. Se lamentaron de la entrega de sus hijos y de la remoción de su armamento. Su impotencia era tal que algunos se arrojaron al suelo, rasgaron sus vestiduras y se echaron tierra encima en señal de aflicción. La conducta que ofrecían era al mismo tiempo triste y espeluznante. Creo que, por unos instantes, hasta los cónsules sintieron lástima de aquellos pobres desdichados. Si les quedaba un ápice de humanidad, debieron sentir lo mismo que yo. Aunque su obligación era acatar la cruenta decisión de los padres conscriptos. Toda vez los cartagineses terminaron exhaustos sus llantos, Censorino ordenó a los lictores que los echasen del campamento.

Antes de partir, los embajadores y dignatarios rogaron a los cónsules que rodearan Cartago con la flota romana para que sus compatriotas aceptaran las funestas noticias como un hecho consumado y no descargaran su furia contra ellos. Sus predicciones fueron certeras. Después de comunicar al senado cartaginés y al resto de ciudadanos las exigencias de Roma, el pueblo se abalanzó sobre los que habían votado a favor de cumplir las exacciones de nuestra república y los despedazaron. Especialmente a los que habían aceptado la cesión de los jóvenes rehenes. Las madres, desposeídas de sus hijos, les reprochaban su cobardía, antes de arrancarles los ojos con sus afiladas uñas. «Se desató un sentimiento de enajenación, irracional y alucinante, como los actos extraños que, según se dice, realizan las ménades[316](#) en sus transportes báquicos»[317](#). La matanza no se ciñó a los dirigentes, los italianos que vivían en Cartago, donde habían establecido su negocio o habían contraído matrimonios mixtos, también fueron masacrados.

El senado púnico decretó que la ciudad urdiera con premura la guerra. Amnistiaron a Asdrúbal y liberaron a los esclavos a fin de integrarlos en el ejército. Nombraron general en el interior de la urbe a otro Asdrúbal, hijo de una hija de Masinissa. En medio de tanta locura, los que mantuvieron la calma comenzaron las providencias de la guerra. Los templos y lugares sagrados



se transformaron en talleres en los que fabricar nuevas armas que suplieran las entregadas a los romanos.

El hierro y el bronce, incluido el de las estatuas, se fundieron para hacer espadas, escudos, lanzas y flechas. Se construyeron catapultas y como escaseaban las sogas y tendones de animales que tensaran las gigantescas cucharas que impulsaban los proyectiles, las mujeres se cortaron los cabellos para confeccionar las cuerdas. Se reforzaron las defensas de la villa. Se amontonaron piedras en las murallas y áticos de las casas. En poco tiempo, con la infame anuencia del inútil de Censorino, que ulteriormente se encargaría de las operaciones en el mar y dejaría las de tierra a Manilio, Cartago se organizó para la guerra.

En lugar de asaltar inmediatamente un emporio indefenso, el incapaz cónsul retrasó el ataque, crédulo en que los cartagineses se rendirían sin dilación a nuestro poderoso ejército. Manilio no quiso contradecir a su colega y que sus discrepancias se supieran en Roma.

—En cuestión de días —llegó a decir Censorino— celebraremos el triunfo en el templo de Júpiter Capitolino.

Si se hubiese molestado en leer la historia de las guerras púnicas de Lucio Cincio Alimento<sup>318</sup>, que fue prisionero de Aníbal, o la Historia de mi querido amigo Polibio, habría conocido que los cartagineses se crecen ante la adversidad. Pero a Censorino solo le preocupaba atestar sus arcas con el oro de los santuarios enemigos y llenar su panza con el rojo vino que exprofeso se hacía traer de Umbría. Además, no supo ganarse la confianza de Masinissa que había sido dejado de lado por el postinero general. Forzado por la parvedad de provisiones que debían ser acarreadas desde las localidades que controlaba Asdrúbal, se vio obligado a avanzar sobre Cartago, pero ya era demasiado tarde.

¡Oh, arrogante Cartago! Tu soberbia fue la causa de tu ruina. Infundiste excesivo miedo en el alma de los quirites y Catón no te lo perdonó. Junto a Corinto rivalizabais en belleza con Roma y ambas sucumbisteis bajo la espada de la «vieja loba». Al escribir estas líneas aún me duele haber sido el verdugo de tu hermosura. Cornelia fue el flagelo de mi corazón y yo fui el sayón de tu grandeza. Tu anular ancladero, admiración de marinos y navegantes, se tiñó de rojo sanguinolento igual que la arena del Circo Máximo testigo de las luchas de gladiadores. Tu triple muralla de torres inexpugnables no soportó el empuje de los hijos de Rómulo, a pesar de estar protegida por miles de hombres y los pocos elefantes que habías salvado de la imposición romana. Tu legendaria beldad forma ya parte del polvo de la historia.

Los ataques de Manilio y Censorino se estrellaron una y otra vez contra los muros de la metrópoli púnica. Incluso dos enormes arietes, que los cónsules mandaron construir para profanar las defensas cartaginesas, solo consiguieron derribar parte de los lienzos. Pudimos comprobar el valor épico de los herederos de Dido en una desesperada salida en la que lograron quemar los enormes «falos» de asedio. Los jinetes enemigos, comandados por el audaz Fameas, golpeaban la retaguardia romana y tuvimos que fortificar nuestros campamentos. Cuando menos lo esperábamos, salían de la nada como centauros infernales y acosaban infatigables a los legionarios o hacían huir a nuestra caballería.

Por aquel entonces, yo estaba al mando de doscientos ítalos. Montábamos briosos corceles traídos exprofeso de Hispania<sup>319</sup>. Instruí profusamente a mis «Belerofontes»<sup>320</sup> y les obligué a memorizar las máximas del viejo Estacio. Las repetían incansables hasta la saciedad y les había amenazado con cuarenta latigazos si alguien retrocedía o dudaba delante de las tropas de Fameas, quien desistió de enfrentarse a mis huestes. Si sus exploradores le informaban que eran mis hombres los que protegían a los forrajeadores, eludía presentarse. Ello contribuyó a dilatar mi

ascendente entre los romanos y a suscitar envidias entre los otros tribunos militares. Mi fama se acrecentaba y arrastraba detrás odios y rencores.

Del prestigio que había ganado, hasta en Roma se hicieron eco. En una carta que recibí de Lucilio, aparte de exponer los pormenores de mis otros amigos y de los frustrados intentos de Polibio de seguirme a África, me decía también que cuando Catón supo de mis éxitos, comentó en el senado:

—«Solo él es sabio, los demás yerran cual sombras»<sup>321</sup>.

En una posterior misiva de Quinto, mi hermano me comunicó que, en las semanas siguientes a ese encomio, la salud del viejo senador empeoró y murió sin ver consumado su tenaz y criminal anhelo:

¡La destrucción de Cartago!

Fue un día triste para la república. Según mi hermano, Roma entera estaba de luto. Daba la impresión de que a todas las familias romanas se les hubiese muerto un padre o un familiar muy querido. Para explicar lo suntuoso de su entierro, continuaba Quinto, necesitaría tantos pergaminos como volúmenes tiene tu biblioteca de Lavernium. Decenas de plañideras se arrojaban ceniza sobre las cabezas y con sus lastimeros llantos contagiaban la congoja a los miles de ciudadanos que formaban el fúnebre cortejo.

Catón fue un gran hombre, equivocado en muchos aspectos, pero siempre movido por el bien de Roma. No vivió para ver cumplido su aciago deseo.

Me mostré magnánimo con los vencidos y nunca traicioné la palabra dada, lo que contribuyó a que los cartagineses, aislados o rodeados en los enfrentamientos fuera de la capital africana, prefirieran rendirse a mí o esperar mi llegada para hacerlo. Mi cuñado Tiberio Graco me seguía en mis expediciones. Era un buen jinete, no muy diestro con la espada, más temerario que valiente y, especialmente, lo que no me agradaba, es que se mostraba altivo y petulante con los hombres que le había asignado. Por la más pequeña falta ordenaba azotar a un legionario.

¡Y eso tenía que acabar!

Una mañana en el campamento, mientras esperábamos degustar las eternas gachas del desayuno aderezadas con leche y miel, el centurión que iba delante de Tiberio en la fila se volvió repentinamente tras recoger su ración y accidentalmente la derramó en el vientre y entrepiernas del muchacho. El viejo soldado se disculpó atribuyéndose la falta, no obstante, siendo culpa de mi joven cuñado, que no se había situado a una distancia adecuada a fin de evitar que sucediera el percance. Las calientes farinetas quemaron a Tiberio quien, sin titubear, sacudió la cara del veterano centurión con la palma de la mano derecha y le dejó los dedos marcados. El oficial, aunque sabía que agredir al hijo de Cornelia podía costarle perder su rango ganado con mucho esfuerzo después de veinte años en el ejército, o peor aún, una condena a muerte, agarró su gladio con intención de responder a la afrenta. Yo me encontraba cerca y vi lo que había ocurrido. Llegué a tiempo para sujetar el brazo del centurión y evitar que desenvainara su espada.

—Discúlpate inmediatamente con este hombre —ordené a mi cuñado.

—Un hijo de Tiberio Sempronio Graco no se disculpa de nada ni ante nadie. Y menos ante un plebeyo —dijo Tiberio con desprecio.

Lancé con todas mis fuerzas la mano que sujetaba el brazo del centurión contra el mentón de mi engreído pariente y con el dorso le golpeé en la barbilla. El porrazo derribó a Tiberio que rápidamente se levantó.

—Esto te va a costar muy caro. Ahora te aprovechas de que eres mi oficial superior, pero fuera de la legión tendrás la respuesta que te mereces. Mi padre y mi abuelo fueron dos veces cónsules

y por sangre soy también nieto de Escipión Africano —enconado, recalcó su agnaticio con el vencedor de Aníbal porque sabía que yo era nieto por adopción.

Entonces comprendí el desprecio de Tiberio hacia todo el género humano que no llevara el *nomen* de la *gens* Sempronia. El adolescente imberbe ni se había molestado en conocer la ascendencia del marido de su hermana.

—Mi padre y mi abuelo fueros dos veces cónsules, también soy nieto de Escipión Africano y por los dioses que te disculparás ante el centurión. Si te preocupa que sea tribuno militar de rango senatorial, ahora mismo lo solucionamos. —Vi la sorpresa en sus ojos.

Me despojé de mis armas, de la coraza y de la túnica listada de púrpura que me distinguía como senador. Me quedé desnudo. Cubierto únicamente con el *subligaculum* y los cálceos negros distintivos de mi rango.

—No tengo mi espada. La dejé en mi tienda —explicó Tiberio.

—Mal hecho. Un soldado debe llevar el gladio a todas partes. Aunque vaya a aliviar la vejiga o a vaciar el vientre. No hace falta que corras a tu tienda de campaña. ¡Dale tu espada al noble Tiberio! —ordené al ofendido centurión.

El curtido soldado hizo lo que le mandé. Sujetando el gladio por la afilada hoja, se lo ofreció a Tiberio. Mi cuñado llevaba puesto el casco adornado con una crin teñida de azul que nacía de la protuberancia de la cúspide y con dos largas y delicadas plumas también azules que sobresalían de dos pequeñas turgencias que la protección craneal de bronce tenía a ambos lados. Igualmente, vestía una cota de malla reluciente como el sol. Los legionarios que terminaban el desayuno fueron formando un círculo a nuestro alrededor. No querían perderse la lucha de dos gladiadores patricios en la arena africana del improvisado circo. Un soldado arrojó su escudo ovalado a los pies del joven Graco.

—Toma, muchacho. Cógelo. Te hará falta —dijo a mi cuñado. Tiberio no lo dudó. Se agachó y cogió el escudo.

—Ahora eres un soldado. Yo estoy desnudo y sin armas. Intenta matarme. ¡Si el noble Tiberio consigue herirme o matarme, que no sea reprendido ni castigado por ello! —grité para que me oyera Manilio.

El cónsul no interrumpió el inminente combate. Me apreciaba sobremanera como para inmiscuirse en diferencias familiares. Censorino había regresado a Roma. Tenía que organizar los comicios consulares del año entrante. Los soldados empezaron a proferir gritos de ánimo. Todos dirigidos a mi persona.

—Adelante, tribuno. Dale una lección a ese engreído —escuché detrás.

—¡Bájale los humos, Escipión! —vociferó otro.

Tiberio no esperó a dar oídos a más humillaciones. Corrió hacia mí, espada en alto, y al igual que hizo conmigo veinte años atrás el bueno de Aulo Estacio, le agarré por el brazo, apoyé mi mano derecha en el metalado torso de mi cuñado y valiéndome de su propia inercia lo levanté y arrojé por los aires. Cayó boca arriba. El porrazo fue descomunal.

—Eso ha tenido que doler —exclamó un legionario.

—¡Vamos!, ¡Graco! ¿Te vas a rendir tan pronto? —pronunciaron a mi lado.

El espontáneo circo iba engordando. Algunos de los hombres de la cuarta legión en la que yo servía repitieron a modo de coro la primera máxima de Estacio.

—¡Un enemigo no está vencido hasta que esté tumbado delante de ti con la garganta abierta manando sangre! —Las risas y carcajadas acompasaron la cantinela.

Tiberio, dolorido, se levantó. Él sabía de memoria los aforismos porque le había obligado a aprendérselos. Me dijo que le parecían una estupidez, pero cumplió lo que le ordené. Sus ojos

destilaban odio. Rápidamente, intentó hundir el gladio en mi vientre. Yo continuaba desarmado. Esquivé el golpe. Al apartarme de la trayectoria clavé la rodilla en su estómago. Tiberio vomitó la cena de la noche anterior. Jocosos, en medio de las risas, los soldados volvieron a canturrear:

—¡Tu furia es la mejor aliada de tu adversario! —Las carcajadas no cesaron.

En una de las embestidas, mi cuñado alcanzó a darme con el codo en la comisura de los labios. Una fina línea de líquido rojo humedeció mi barbilla y goteó en el suelo. Me limpié la sangre con la mano. No puedo negar que me dolió, pero zahirió más mi orgullo.

—¡Tribuno, el jovencito se defiende como un jabalí moribundo! —destacó una voz entre la muchedumbre.

El siguiente intento de Tiberio estuvo a punto de acabar en tragedia. El golpe de mi cuñado me había enfurecido. Se abalanzó sobre mí. A la sazón, me aparté apresuradamente al tiempo que zancadilleé a mi inmaduro oponente. El muchacho permaneció de rodillas. El cansancio hacia mella en su delgada complexión. Me aproximé a él. Le di un puñetazo en la mejilla izquierda. Luego otro en la derecha. Tiberio, casi sin conocimiento, se resistía a rendirse. Abrí las piernas, las encogí. Eché la diestra hacia atrás. Alargué en la misma dirección con toda su extensión el brazo derecho y con la mayor fuerza que pude acumular en mis músculos, con la mano abierta golpeé la lampiña cara de mi cuñado. Su llamativo casco salió disparado. Por unos instantes creí que le había desgajado la cabeza. Doy gracias a los dioses de que no fuera así.

Tiberio quedó tendido en el suelo. Las risas y los gritos habían callado. La pelea había llegado demasiado lejos. Se podía oír el silencio. Pero mi rabia no se había apagado. Sin meditarlo, resolví patear su cuerpo inerte. El mío sudaba. Los salinos fluidos que brotaban por los poros de mi piel enrojecida por las exhalaciones de Helios brillaban bajo los rayos de luz. Cuando me disponía a hacerlo, el centurión, al que mi cuñado había ofendido, me sujetó de los hombros por la espalda:

—Tribuno —me dijo—, ya es suficiente. Ha aprendido la lección. Gracias por defenderme.

Me volví hacia el centurión. Sofocado, alzando la voz para que todos me oyeran, le señalé:

—¡Centurión, en nombre de mi familia, te pido que aceptes mis excusas por la falta de mi cuñado!

El oficial asintió. Me alejé hacia mi tienda. Observé la cara de preocupación de mi amigo Manilio. Me percaté entre invisibles brumas de algunos de los murmullos de los soldados que se retiraban:

—Se lo tenía merecido.

—¡Uf! Si no lo detiene el centurión, lo habría matado.

—¡Y eso que la hermana del muchacho es la mujer del tribuno! Pues si no llegan a ser familia...

Me acordé de mi esposa, de si la terrible pelea me costaría la separación. No me importó. Pero estaba Cornelia. Su reacción cuando lo supiera. Y eso sí me importaba.

Al recordar aquel luctuoso suceso, me pregunto si al golpear a Tiberio no estaba castigando a Sempronia por nuestra amarga relación. O a Cornelia, por su desprecio la noche que me arrojó de su lado. Por los años que la había amado y ella no me había correspondido, por entregarse a otro hombre, por ignorarme durante tantos años, por pedirme que me casara con su distante hija, por ser tan condenadamente hermosa, por mostrarme los secretos de su cuerpo esculpido por Afrodita, por no poder apartarla de mis pensamientos, por... la lista era interminable.

Los médicos recogieron el adormecido cuerpo de Tiberio y lo llevaron a su camastro. Por la tarde me interesé por él. Había recuperado el conocimiento.

—Nada que un poco de agua fría y reposo no puedan solucionar —me dijeron los cirujanos—. En el último golpe, si las carrilleras del casco no le hubiesen protegido, el resultado podía haber sido más grave. Pero otra vez guarda tu furia para los cartagineses.

Fui a su tienda. Echado en la cama, estaba de espaldas a la puerta. No se volvió. Sabía que estaba despierto.

—No quería ser tan duro contigo, pero debes comprender que esos hombres no solo arriesgan sus vidas por Roma. También se la juegan por ti y por mí. Debemos dar ejemplo con nuestros actos y pensar muy bien lo que vamos a decir. Hemos de ser exigentes con la disciplina, pero comprensivos con los errores involuntarios. No voy a pedirte perdón ni tampoco deseo que me perdones. Pero espero que entiendas por qué lo he hecho. Nosotros lo hemos tenido fácil en la vida por ser de noble cuna. Muchos de nuestros soldados han nacido en el fango y la calle ha sido su única escuela. Pero están aquí por la gloria de la república. La nobleza no solo se adquiere por nacimiento. También hay que merecerla.

Me pareció que su elación continuaba incólume. Sin embargo, en días sucesivos, su actitud cambió. Se disculpó con el centurión y llegaron a ser grandes camaradas. Quince meses más tardes volvimos a Roma. Yo presentaba mi candidatura a la edilidad. Un día vino a casa y hablamos largamente. Me dijo que no tenía nada que perdonarme. Que había aprendido la lección. No contó nada de lo ocurrido a su hermana ni a su madre. Se lo agradecí. Me ofreció su brazo y lo acepté. No fuimos íntimos amigos, pero mantuvimos una relación cordial hasta que rompimos, escasas semanas antes de su muerte, cualquier punto de concomitancia que hubiera entre nosotros.

Pero aún no he finalizado el relato de mi participación como tribuno militar en la guerra de Cartago. Lo acontecido con Tiberio nunca fue mencionado por Manilio. En las siguientes semanas, el cónsul, mal aconsejado, concibió atacar a Asdrúbal, que acampaba cerca de Néferis. Sugerí a mi amigo que desistiera de la empresa por lo tortuoso y quebrado del camino hasta allí, pero los otros tribunos militares lo apoyaron en la descabellada idea. A menos de un kilómetro del campamento de Asdrúbal, era paso obligado cruzar un río y luego subir un terreno empinado para acosarle. Nuevamente pedí a Manilio que infiriéramos un plan diferente que implicara un menor riesgo y, una vez más, el resto de tribunos insinuaron que mis reticencias se debían al temor que yo sentía de enfrentarme a un adversario tan temible como Asdrúbal.

En otras circunstancias habría dado una respuesta adecuada a aquellos intrigantes, pero preferí mantenerme leal a cualquier decisión del cónsul. Indiqué a Manilio que levantáramos una fortificación en el lado del río donde nos encontrábamos a fin de tener un lugar seguro al que retirarnos. Esta idea fue tomada por los otros tribunos como una demostración de mis temores a enfrentarme con Asdrúbal. Manilio es un gran jurista y una gran persona, pero no tenía experiencia alguna en cuestiones militares. No quería parecer pusilánime y dio la orden de atravesar el cauce que nos separaba del general púnico. Este no desaprovechó la ocasión.

Mientras cruzábamos la corriente, lanzó su ataque contra nuestros indefensos legionarios y sobrevino el desastre que yo había predicho. Perdimos cientos de hombres bajo las flechas enemigas y otros tantos se ahogaron en el río. Los que alcanzaron la orilla contraria perecieron bajo las espadas cartaginesas. Tres de los tribunos que más se opusieron a mis recomendaciones de levantar un campamento en nuestra retaguardia cayeron bajo el hierro de los guerreros de Asdrúbal. Cuatro [322](#) cohortes romanas que lograron rebasar la corriente quedaron cercadas por el ejército cartaginés en una loma próxima. La diferencia en número las condenaba a una muerte segura. Había que actuar con celeridad. Los púnicos no mostrarían piedad con los prisioneros y solo era cuestión de tiempo que las cohortes se vieran superadas por las acometidas cartaginesas. Resolví con doscientos jinetes cargar contra las tropas de Asdrúbal.

Al grito de «¡Roma invicta!» arriamos sobre el enemigo con la fuerza de un torrente que arrastra piedras y rocas. En medio de la tormentosa nube de polvo que levantaban nuestras monturas surgimos de la polvareda igual que criaturas del averno, con los ojos inyectados en sangre, gladios y lanzas cortando el viento y descargamos nuestra furia sobre los sorprendidos soldados. Desde mi negro caballo, tan negro como las caras de los mercenarios de Cartago, sesgué con violencia el cuello de un esbirro que no tuvo tiempo de protegerse con el escudo. La cabeza se separó del cuerpo. Pensé en los campos de trigo que había cerca de Lavernium segados por la guadaña asesina. Los mismos campos en los que semanas antes me había escondido para retozar junto a Cornelia y robarle un beso o una caricia.

Un agudo dolor en el brazo me saco de mi abstracción. Cercenar el cuello de un hombre requiere el mismo esfuerzo que se precisa para trozar el fino tronco de un roble joven. Estuve a punto de perder el equilibrio y caer al suelo. Recorrimos la formación cartaginesa sacudiendo y arrollando todo lo que se interponía a nuestra cabalgada. Repetimos los ataques varias veces, hasta la extenuación de los caballos. Los púnicos huyeron y las cohortes se salvaron.

Más de mil cuerpos romanos quedaron sin enterrar a merced de los buitres. Manilio repetía una y otra vez que todo había sido por su culpa. Que debió haber hecho caso a mis consejos. Abracé a mi amigo. Le manifesté que no había que buscar culpables, sino aprender de los errores.

—Sí, pero esos ciudadanos masacrados quedarán insepultos, incluidos los tres tribunos militares —me respondió el cónsul.

Mandé que me trajeran a un cautivo cartaginés. Le dije que lo liberaría si llevaba un mensaje a Asdrúbal. El prisionero accedió a mi ofrecimiento. En la misiva le pedía que buscara los cuerpos de los tribunos militares y les diera un enterramiento digno. El general púnico hizo lo que le demandé. Quizá fue un acto de humanidad o una muestra de respeto hacia mi persona.

Por salvar de la catástrofe a las cuatro cohortes, Manilio me concedió la corona obsidional<sup>323</sup>. Confeccionada con flores, hierbas y cereales, es la más alta distinción que puede recibir un oficial romano. Los legionarios a los que había salvado la vida me aclamaron cuando el cónsul colocó en mi cabeza la corona. Gritaban mi nombre y lo unían al destino de Roma.

Me habría gustado que mi padre hubiese vivido para ver a su hijo alcanzar la gloria. Mi fama se acrecentaba día a día. Embajadores enviados por el senado con el propósito de conocer de primera mano la marcha de las operaciones fueron informados de mis acciones y de cómo había salvado a las cohortes.

De regreso en Roma, las noticias de mis hazañas se difundieron por la península Itálica. Las cartas que los legionarios enviaban a sus familias narraban y exageraban mis gestas, y pronto comenzó a moldearse la idea de que únicamente Escipión estaba capacitado para poner fin a la guerra. La partida de los enviados de la república coincidió con la llegada de unos emisarios de Massinisa. El viejo rey se estaba muriendo y me solicitaba que fuera a verle. No quise contrariar a tan importante aliado de Roma y al que fue uno de los grandes amigos de mi abuelo Escipión Africano. Mi visita alegró al nonagenario monarca.

—«Te doy las gracias, soberano Sol, y a vosotros, los demás astros, porque antes de emigrar de esta vida puedo ver en mi reino y bajo este mismo techo a Publio Cornelio Escipión, nombre cuya sola pronunciación al oírla me conforta: hasta tal extremo no me abandona nunca el recuerdo del aquel hombre óptimo e invicto —exclamó recordando al vencedor de Aníbal.

Luego, yo le pregunté sobre su reinado y él sobre nuestra república, y se nos pasó la jornada con una larga conversación.

Después de la protocolaria audiencia en el palacio real, continuamos dialogando hasta muy avanzada la noche, no hablando el anciano rey de otra cosa que del Africano, y recordando no

solo sus gestas sino también sus dichos»[324](#).

El monarca falleció al tercer día de mi venida. Dejó a sus vástagos el encargo de que me obedecieran en cualquier decisión que yo tomara relativa a la herencia y a la división del reino. Cumplí sus deseos. Repartí el país entre sus tres hijos mayores, pero no me olvidé de los menores ni de los bastardos, a los que colmé de regalos y dádivas para que pudieran vivir el resto de sus días llevando la vida de príncipes que hasta ese momento habían disfrutado. Le pedí al de más edad, Gulussa, que buscara el escondrijo de Fameas, el jefe de la caballería cartaginesa que tanto daño nos estaba haciendo y me concertara una entrevista con él.

A finales del año [325](#), cuando el consulado de Manilio y Censorino estaba terminando, Gulussa me avisó que Fameas estaba dispuesto a hablar conmigo. ¿El lugar?, un arroyo infranqueable, pero desde cuyas márgenes podíamos disertar elevando el tono de nuestras palabras. Acepté la propuesta. Era un paraje apartado. Desconocido de los romanos. Me aproximé a la orilla, Fameas hizo lo mismo en el lado opuesto. Nos separaba un caudal profundo de aguas turbulentas. Fameas era un hombre de piel oscura. No tan negra como la de los nómadas. Con solo mirarle a los ojos, cualquiera habría adivinado que era un auténtico líder. Sus ademanes eran los de un jefe acostumbrado a mandar y a que se le obedeciera sin excusas. Sus guerreros le adoraban y le habrían seguido hasta el infierno. Nos observamos durante un rato. Yo fui el primero en hablar, quería que se pasara a nuestro ejército.

—¿Por qué no miras por tu salvación personal, ya que no puedes hacer nada por tu país? —fui muy directo.

Su caballo levantó las patas delanteras y los poderosos brazos del cabecilla púnico dominaron al animal.

—¿Qué salvación hay para mí cuando los cartagineses están en tal situación y los romanos han sufrido tanto por mi culpa? —respondió altivo.

—Te prometo, si es que confías en mí y en mi influencia, que obtendrás la protección y el perdón de los romanos —repliqué.

Fameas me dijo que no confiaba en los romanos, pero se fiaba de Escipión. Antes de retirarse me gritó:

—Lo pensaré, y si lo veo posible, te lo haré saber [326](#).

Se alejó velozmente. Desapareció cabalgando entre la calima. Me pregunté si aquel valeroso general no tendría poderes mágicos que le permitían transformarse en un águila o en una serpiente para esconderse y emboscar a nuestro ejército.

Volví al acantonamiento de las legiones. Manilio no había logrado olvidar la derrota ante Asdrúbal en Néferis. Aunque siguió mis consejos, los mismos que desoyó la ocasión anterior, en una segunda acometida, no obtuvo nada positivo. En el ínterin, un mensajero de Gulussa me trajo una carta anónima en la que su misterioso autor había escrito lo siguiente:

«Dentro de cinco días ocuparé la llanura próxima al riachuelo de nuestro primer encuentro. Acude allí con tus tropas y ordena a los centinelas que permitan pasar a uno que llegará por la noche».

No había duda que la misiva era de Fameas. Acepté su invitación. El cónsul temía que fuera una trampa y que el general púnico tuviese urdida una celada. Le señalé que la impresión que me causó Fameas era la de ser un hombre de palabra, un hombre de honor, aunque fuese el honor de un bárbaro.

No me equivoqué con Fameas. A la hora y en el lugar convenido se personó con sus hombres. Salvo uno llamado Annon, al que apodaban el Blanco, todos sus oficiales se pasaron a nuestro bando junto a dos mil doscientos jinetes. Mi llegada al campamento, acompañado de Fameas, fue

motivo de júbilo entre los legionarios. Alegres, vitoreaban mi nombre, porque sin derramar una sola gota de sangre quirite había alcanzado una gran victoria y había terminado con la pesadilla de la caballería cartaginesa que perturbaba el sueño de los romanos.

En primavera se presentó el nuevo cónsul<sup>327</sup>, Lucio Calpurnio Pisón Cesonino. Traía como legado a Lucio Mancino, quien asumió el gobierno de la flota. Manilio esperó su llegada a fin de transferirle el mando, pero una semana antes me envió a Roma con Fameas. En la costa, mientras esperábamos subir a la galera, los soldados me rodearon y rogaron a los dioses que regresara pronto vestido de cónsul para dirigir la guerra. Algunos, temblorosos, me tocaron tímidamente como si palparan a un dios.

¡Qué sensación más rara!

Yo solo conocía a un dios de carne y hueso. En realidad, una diosa, mi adorada prima Cornelia. Fameas me preguntó que por qué el senado no elegía cónsul a Escipión, quien había dado sobradas muestras de valor y aptitudes para la guerra. Tuve que explicarle a mi nuevo aliado que los cónsules eran votados por el pueblo y que la ley romana<sup>328</sup> me impedía ser elegido. Primero debía ocupar el cargo de edil y después el de pretor. Eran requisitos ineludibles. Asimismo, otra exigencia insalvable era la edad mínima para desempeñar la más alta magistratura de la república. Yo tenía treinta y ocho años y la ley señalaba haber cumplido los cuarenta y tres.

Había rescatado cuatro cohortes y había salvado la vida a cientos de ciudadanos. Los padres, esposas e hijos de los que había socorrido vociferaban repetidamente ¡Escipión! ¡Escipión! y me colmaban de regalos y flores. Nada más pisar tierra, Fameas fue recibido por los comisionados del senado, que lo acompañaron a la residencia que la ciudad reservaba a los invitados ilustres. Mis amigos tuvieron que protegerme para evitar que la muchedumbre me aplastara.

No pudimos dialogar tranquilos hasta que llegamos a mi *domus*. Mis tres hermanas, sus maridos y mi esposa me esperaban en casa. Emilia Menor traía en brazos al último de sus retoños de apenas un año. Estaba embarazada cuando partí hacia África. El niño se llamaba como su padre, Quinto Elio Tuberón. Con el tiempo llegaría a ser mi sobrino predilecto. El único de todos sus primos que prefirió el estudio de la filosofía al manejo de la espada. Emilia Tercia había engordado un poco, pero no había perdido su expresión de felicidad. Me abrazaban y besaban sin cesar. El nuevo Hércules, me decían.

—¿Hércules? —exclamó Lelio—. Hércules quedaría deslumbrado por los rayos de Marte. — Su comparación con el dios de la guerra hizo que sonrojara.

Polibio me comentó que había intentado embarcar hacia África, pero que el senado no se lo había permitido. Mi hermano Quinto había terminado la pretura en Sicilia. Nos abrazamos.

—Lo sé, amigo mío —dije a Polibio—. Mi corazón rebosa de alegría por volver a veros.

Sempronia no fue tan efusiva. Me dio un ligero beso en la mejilla y me preguntó cómo me encontraba de salud. Daba la impresión que hubiese preferido que siguiese en África en lugar de tenerme en casa. Sin embargo, todo estaba perfecto en la ínsula. Limpia, ordenada, arreglada la pintura. Mi esposa no me amaba, pero era una buena administradora del hogar. Le dije que me encontraba bien y que la había extrañado. Mentí. Había que guardar las apariencias. Lucilio estrechó con efusividad mi brazo, al contrario que Lelio, que como en otras ocasiones, casi me rompió las costillas cuando me abrazó.

—¿No has compuesto ninguno de tus satíricos versos? —le pregunté.

—No, Publio. Tu regreso sano y salvo es ya un dulce poema para nosotros —me alabó cariñosamente.

—Deberías poner por escrito tu poesía. Ganarías la inmortalidad.

—¿Crees que me importa mucho la inmortalidad?



Sonreí. De Lucilio no se podía esperar otra incisiva respuesta.

Súbitamente, emergiendo de la nada, la melodiosa voz de una prometeica estatua recién esculpida se distinguió por encima de las demás, la habría reconocido en medio del griterío de miles de voces.

—Hola, Publio. —Me besó con suavidad en la cara. Sentí el delicioso calor de sus labios.

—Hola, Cornelia. Tu hijo llegará en la galera de Manilio dentro de una semana. Es todo un hombre y ha sido digno hijo de su padre. —No le comuniqué que había tenido que mostrarle cómo debía comportarse un hijo de Sempronio, el difunto marido de Cornelia.

Continuamos hablando sin que nos molestaran. El reencuentro de tantos amigos y familiares, Filo, el viejo Cayo Sulpicio, el anciano Pacuvio y los más allegados, era una excusa perfecta para que a nadie le faltase alguien con quien conversar.

—Como te ha dicho Lelio, eres un dios para la plebe —continuó.

—De momento, espero ser edil el año que viene.

—Estás más delgado.

—Y tú rematadamente hermosa.

—Un yerno no debe hablar así a su suegra.

—Para mí siempre serás mi prima, la hija de tía Emilia.

—¿Cómo marcha la guerra?

—¿Te interesan ahora los asuntos militares?

—Me interesa todo lo que afecte a mi familia. Mi hijo lleva fuera un año. Tú acabas de regresar. La guerra cambia mucho a los hombres.

—Yo no he cambiado. Sigo amando a la misma persona, tengo los mismos proyectos, las mismas ambiciones, las mismas pasiones.

—Sempronio estará contenta de que no la hayas olvidado —siempre mentiras.

—Posiblemente.

—Deberíamos dejarlos solos. Tendréis mucho de qué dialogar. Unos esposos que no se ven desde hace un año necesitan intimidad.

No contesté a su comentario. Estaba harto de ser el personaje protáctico<sup>329</sup> de una tragedia de Pacuvio o de Ennio. Cansado de actuar. De mentir. De callar.

Mis invitados se fueron marchando. Por unos instantes, creí que habían escuchado las insinuaciones de Cornelia. Cuando todos se habían ido, le dije a Sempronio que tomaría un baño de agua caliente. En una de las habitaciones de la casa había instalada una enorme bañera en la que cabían holgadamente hasta tres personas. En África, no eché de menos a mi mujer, pero sí me acordé del placer de tomar un baño caliente.

Los esclavos llenaron la pila, me desvestí y me sumergí en el agua. Nunca me ha gustado que un esclavo rasque mi piel y la limpie de impurezas. Me dispuse a hacerlo con un hueso arqueado y afilado que impregnado de aceite se deslizaba suavemente por la dermis. Era tarde. Madrugada. Mitad de la segunda vigilia<sup>330</sup>. Me había entretenido demasiado con algunos documentos que reclamaban mi atención. Sempronio estaba durmiendo, o eso creía yo.

La puerta del cubículo se abrió y mi displicente esposa entró vistiendo una fina túnica cuyo color no recuerdo, pero de la que se despojó y me mostró su entera desnudez. Yo no salía de mi asombro. Sin mediar palabra, se introdujo en la tina y se situó enfrente de mí. Sus pequeños senos, pero firmes, parecían flotar en el agua. Se zambulló. El transparente líquido la cubrió enteramente y emergió con la negra cabellera mojada. Se restregó los ojos para aclarar la visión.

—Una esposa debe cumplir con sus deberes conyugales —sonaba solemne.

—Yo no te lo he exigido. —Creo que fui igual de solemne.

Se acercó. Me besó. Con más fuerza que entusiasmo.

¡Qué diferente cuando me besaba su madre!

No la interrumpí. Hacía un año que no conocía mujer. Nos abrazamos. Como quien abraza un almohadón. Sentí el latir acelerado de su corazón. Un latir salvaje, cautivo de la furia de la orgía. Nos acoplamos. Éramos dos animales juntos sin amor atrapados por las cadenas de la lujuria. El agua cubría nuestros cuerpos cual sábanas de corriente mansa. Nuestros jadeos terminaron al unísono y, al separarnos, unas perlas blancas de mi pasión se derramaron en la bañera igual que gotas de lluvia mustia.

No habló. No hizo ninguna mención a lo que había ocurrido. Se levantó. El agua que batió cayó sobre mi cara. Salió de la pila. Se cubrió con la túnica. Abandonó la habitación. Estuve a punto de llorar de rabia, pero juré una vez que, por amor, jamás en mi vida volvería a llorar.

Muy temprano, sin despedirme de Sempronia, partí hacia Lavernium. Estoy convencido que a mi esposa no le importó que mi viejo esclavo Druso le notificara mi ida. Estuve dos semanas leyendo a Platón, mi medicina para las enfermedades del alma. También al viejo Ennio y al eximio Plauto. Entre lectura y lectura interrogaba a Polibio sobre Ciro el Grande, protagonista de *Ciropedia*, la famosa obra de Jenofonte que me había cautivado desde que me topé con ella tras recuperar la biblioteca de Perseo después de la batalla de Pidna. Mi griego preceptor respondía incansable a mis dudas.

—Son las virtudes que traza Jenofonte para el soberano ideal las que a mí me gustaría encontrar en los hombres eminentes de Roma —dije a Polibio.

—¿Y cuáles crees tú que son esas virtudes? —preguntó.

—Creo que el respeto a los dioses, a las leyes de la república, a todos los ciudadanos a los que se les debe tratar con cortesía y generosidad, nunca mostrarse soberbio, pero sin olvidar que también se ha de ser exigente cuando las circunstancias lo requieran y, la más importante, la templanza, que nos permite soportar los peligros y las fatigas no solo de la guerra, sino de la propia vida, sometiendo nuestros sentidos al dictado de la razón.

Polibio asintió con la cabeza. Esas eran las cualidades exigibles a cualquier ciudadano, especialmente a los que se dedican a la política.

Me habría gustado que vinieran mi hermano Quinto, Lelio y Lucilio, pero sus obligaciones les retenían en Roma. Mis hermanos y mis amigos son lo más importante en mi vida. Cornelia no es importante, era y es mi propia vida. «Haciendo el bien a vuestros amigos, podréis vencer a vuestros enemigos»<sup>331</sup>. Es la locución que pronuncia Ciro en el lecho de muerte.

Interrumpimos nuestra estancia en Lavernium, porque nos llegaron noticias de que un gran incendio había destruido una ingente cantidad de edificios en los barrios más humildes. Muchos desdichados perecieron atrapados en sus casas mientras dormían. Felizmente, ninguno de mis familiares ni conocidos resultó herido.

De vuelta en Roma comencé a preparar mi elección para la edilidad. Manilio había regresado. Su consulado había sido más una carga que un motivo de satisfacción. Cornelia estaría contenta. Tiberio estaba en casa. Fameas había partido hacia África con la promesa de apoyar a la república hasta el final de la guerra. El senado le había atestado de regalos. «Un manto de púrpura con broches de oro, un caballo con arneses de oro, una armadura completa y diez mil ases de plata. Le regalaron también un vaso de plata de cien minas<sup>332</sup> y una tienda completamente equipada»<sup>333</sup>.

Las nuevas que llegaban del otro lado del Mediterráneo no eran nada alentadoras. El cónsul Pisón iba de fracaso en fracaso. La sangría de jóvenes quirites no cesaba por la ineptitud de aquel. En la ciudad, la plebe estaba al borde de la rebelión. El reciente incendio y la marcha de la

contienda soliviaban al populacho. La revolución se palpaba en el ambiente. Dos meses más tarde tuvieron lugar los comicios. Como candidato a la edilidad, fui a la asamblea de las tribus. Me acompañaron mi hermano Quinto, Polibio, Lelio, Lucilio y el resto de mis más íntimos. Mi esposa permaneció en casa junto a su madre. Me desearon suerte.

—¡Seguro que lo consigues! —fue la aspiración de Cornelia.

El tribuno de la plebe ordenó que se hiciera el silencio. Los padres conscriptos estaban presentes para ser testigos de la legitimidad de las votaciones y comprobar que se respetaba la ley. Presidía los sufragios el cónsul del año en curso Espurio Postumio<sup>334</sup>, colega de Pisón en la magistratura.

—Procederemos en primer lugar a la elección de los cónsules del año 606 a. u. c.<sup>335</sup> —pronunció, ampuloso, el tribuno—. El portavoz de la primera tribu tiene la palabra. ¿Tenéis ya decidido vuestro voto? —preguntó enfático.

El representante designado se puso en pie. Iba a emitir el voto acordado en su tribu cuando una voz hueca de entre la multitud exclamó:

—¡Publio Escipión!

He de admitir que me estremeció un poco oír mi nombre. Nadie reconoció aquella voz anónima. Postumio mandó a los lictores que buscaran y expulsaran de la sala al ignoto espontáneo. No lo identificaron. Espurio aclaró que yo no era candidato al consulado. Los senadores recordaron además que para ser cónsul tenía que haber sido antes edil y pretor y haber cumplido los cuarenta y tres años. Yo tenía treinta y ocho.

Parecía que el asunto estaba zanjado. Sin embargo, otra voz, aún más grave, que retumbó por toda la sala, prorrumpió:

—¡Queremos que Publio Escipión sea elegido cónsul!

Varios más se unieron a la petición.

—¡Sí, que Escipión sea cónsul!

—¡Quirites! Os pedimos un poco de sensatez. Estoy convencido que el senador Publio Cornelio Escipión se siente muy complacido con vuestros deseos y os agradece vuestra propuesta, pero la ley es muy clara al respecto —explicó Postumio.

A los primeros proponentes se fueron sumando otros tantos. La solicitud se transformó en una exigencia y al final era todo un clamor. Publio Cornelio Escipión debía ser el nuevo cónsul. Como cabía esperar, el tribuno de la plebe que dirigía los comicios se puso de parte de los ciudadanos. Los padres conscriptos intentaron apaciguar los ánimos alegando la sacralidad de la ley. Nadie les escuchaba. El alboroto había alcanzado tal magnitud que era imposible que alguien les oyera. Uno de los senadores me pidió que apaciguara el tumulto y evitara una eventual desgracia. Los lictores consulares no habrían sido suficientes si hubiesen tenido que proteger al cónsul y a los padres conscriptos que se oponían a mi investidura. Me levanté. Alcé las manos. Los representantes de las tribus se volvieron a sentar y mi gesto atemperó la situación.

—Pueblo de Roma. Os agradezco de corazón que hayáis pensado en mi humilde persona para regir los destinos de nuestra querida república el año próximo, pero los padres conscriptos tienen razón. La ley Villia Annalis impide mi elección. —Procuré que mis palabras les hicieran desistir de mi nombramiento.

—¡Que se cambie la ley! Nosotros somos el pueblo de Roma y decidimos cuándo se debe cambiar una ley. Según las leyes de Rómulo, el pueblo puede confirmar o rechazar lo que estime conveniente —dijo el tribuno de la plebe.

La petición del tribuno fue seguida de un sonoro aplauso y se reanudaron los gritos.

Los senadores no podían negarse si querían soslayar males mayores. Emplearon un subterfugio con el que permitir mi ascenso a la dignidad consular. Suspendieron durante un año la aplicación de la ley y, por aclamación de la totalidad de la asamblea, fui elegido cónsul junto a Cayo Livio Druso. El populacho tampoco permitió que se sortearan las provincias que nos correspondían a cada uno. Fue unánime la petición de que yo me hiciera cargo de la guerra contra Cartago. Sentado en la curia, todavía sumido en la confusión, vi acercarse al senador de más edad. Me preguntó si aceptaba la elección. De pie, antes de responder, toda mi vida pasó delante de mis ojos. Mi niñez, la primera vez que vi a Cornelia, mi padre, tía Emilia y su hijo, mi padre adoptivo, mi madre Papiria, mi familia, el malogrado Terencio, mis amigos, Pidna, Hispania, mi esposa, Cartago, sentimientos encontrados fluían en mi interior. Contesté sin meditarlo, empujado por la tensión del ambiente.

—¡Acepto! ¡Y que los dioses se apiaden de mí!

La explosión de júbilo debió percibirse en toda la ciudad. Los lictores me circundaron rápidamente para impedir que el gentío me estrujara con sus efusivas felicitaciones. Utilizaron los fasces<sup>336</sup> e hicieron una barrera. Lelio dio un salto de su asiento y llegó hasta mí. En su enajenada carrera, empujó y derribó a dos senadores. Ni se molestó en mirar hacia atrás. Los lictores no le dejaban acercarse.

—¡Publio! —me llamó.

Indiqué a mis guardianes que le dejaran entrar en el círculo que habían formado a mi alrededor. Lelio me cogió y me levantó en el aire.

—¡Eres el más grande! —exclamó Lelio.

—Pero si no me sueltas y me depositas en el suelo, este grande se va a quedar pequeño porque no me dejas respirar —le respondí.

Luego se acercaron mi hermano Quinto que, emocionado, no paraba de llorar; Polibio, tan lacrimoso como mi hermano, y Lucilio, enardecido a más no poder. La congoja impidió a Quinto proferir una frase inteligible. Balbució algo sobre nuestro padre. Supuse que lo que quería decir es que nuestro progenitor se habría sentido muy orgulloso. Polibio, más sereno, señaló:

—Te dije una vez que Roma era demasiado pequeña para ti. Y no me equivocaba. Desde que me honraste con tu amistad y me acogiste en tu casa, he sido el griego más afortunado de cuantos han pisado Roma.

—Y yo también te dije que en mi casa siempre serías uno más de la familia.

—Gracias, hermano —dijo Polibio. Observé satisfacción y orgullo en su rostro.

—Por un día, he vuelto a confiar en el género humano —intervino Lucilio.

—Si es por un día... Ya conoces lo maleables que son las masas —aclaré al taciturno poeta.

—Puede que hasta consigas que ponga por escrito mi poesía.

—Harías bien. La posteridad merece saber que en Roma vivió el gran Cayo Lucilio —alabé a mi amigo.

—De lo que sin duda hablará algún día la posteridad es de que Publio Cornelio Escipión fue un gran hombre y un meritorio romano.

Los gritos y vítores hacían difícil nuestra conversación. Costaba hacernos entender. Mis admiradores me sentaron en la silla curul y elevaron por encima de las cabezas de los asistentes. En volandas, me transportaron hasta mi casa. La noticia de mi elección había llegado antes que yo. A duras penas, mi hermano y mis amigos, incluyendo a Pacuvio, Filo, Sulpicio y Manilio, lograron entrar en mi *domus*. Mi esposa me felicitó con frialdad, con un liviano abrazo. Sin embargo, el abrazo de Cornelia fue eterno, abrasador. Yo la estreché febrilmente. Sentía sus duros senos sobre mi pecho. La cabeza apoyada sobre mi hombro y el pelo rojo rozándome ligeramente la barbilla.

¡No fuimos conscientes de lo que ocurría!

El murmullo de los presentes se fue apagando, hasta que se quedaron en silencio, mirándonos. Cuando advertí que estábamos en una situación comprometida, aparté con suavidad a Cornelia. Enseguida, Polibio, Lelio y Quinto volvieron a hablar y atrajeron la atención. Si Sempronia se dio cuenta de lo que pasaba, nunca lo supe. Tampoco me importó.

—Me siento muy dichosa. Mi primo Publio convertido en todo un cónsul de Roma. Nadie mejor que tú para defender la república —apostilló Cornelia.

Le di las gracias por su comentario. Pero también me acordé que una vez me llamó *quídam*, me echó de su lado y posteriormente me arrojó a la oscuridad de un matrimonio sin amor.

- 
- [292](#). 202 a. C.  
[293](#). 191 a. C.  
[294](#). 183 a. C.  
[295](#). 168 a. C.  
[296](#). Un modio equivalía aproximadamente a 8,75 litros.  
[297](#). 165 a. C.  
[298](#). 153 a. C.  
[299](#). Apiano. *África*. 69.  
[300](#). Plutarco. *Vida de Catón el Viejo*. 26.  
[301](#). *Ibidem*. 27.  
[302](#). 150 a. C.  
[303](#). Apiano. *África*. 70.  
[304](#). *Ibid.*  
[305](#). *Ibid.* 71.  
[306](#). Los trabajos de Hércules fueron doce.  
[307](#). 149 a. C.  
[308](#). Apiano. *África*. 74.  
[309](#). Cayo Lucilio. *Fragmentos*. 791.  
[310](#). Apiano. *África*. 76.  
[311](#). Galera ligera.  
[312](#). Apiano. *África*. 75.  
[313](#). *Ibid.* 78.  
[314](#). Quince kilómetros aproximadamente.  
[315](#). Apiano. *Op. cit.* 81.  
[316](#). Las ménades son seres femeninos divinos, poseídas por el dios Baco, quien les inspiró una locura mística.  
[317](#). Apiano. *África*. 92.  
[318](#). Historiador romano del siglo II a. C. Su obra está prácticamente perdida en su totalidad, pero sirvió como fuente a Tito Livio.  
[319](#). El griego Estrabón (64 a. C. – 24 d. C.), en su conocida obra *Geografía* (Libro III. 4. 5.), señala que Hispania era célebre por sus caballos salvajes.  
[320](#). Belerofonte era un mítico héroe griego famoso por domar al caballo alado Pegaso.  
[321](#). Polibio XXXVI. 8. 7. Extraído de *La Odisea* de Homero. Canto X.  
[322](#). Según el historiador Sexto Aurelio Víctor (siglo IV d. C.), fueron ocho.  
[323](#). Sexto Aurelio Víctor. *De los varones ilustres romanos*. 58.  
[324](#). Cicerón. *Sobre la República*. VI.  
[325](#). 149 a. C.  
[326](#). Apiano. *África*. 107.  
[327](#). 148 a. C.  
[328](#). Ley Villia Annalis del 180 a.C. Un ciudadano no podía obtener la edilidad antes de los treinta y siete años de edad, la pretura antes de los cuarenta y el consulado antes de los cuarenta y tres. Además, en ese orden. Por otro lado, establecía un periodo de diez años entre dos consulados para poder ser reelegido.  
[329](#). Personaje de una obra dramática que solo aparece al principio para explicar su contenido y ambientar al espectador.  
[330](#). La una y media de la madrugada.  
[331](#). Jenofonte. *Ciropeida*. Libro VIII. 28  
[332](#). Mina: unidad de medida monetaria griega equivalente a cien dracmas.

[333](#). Apiano. *África*. 109.

[334](#). 148 a. C.

[335](#). 147 a. C.

[336](#). Insignia de los cónsules romanos, que se componía de una hoja de hacha rodeada de un haz de varas.

## Delenda est Carthago

A comienzos del nuevo año [337](#) navegué hacia África. Iba a hacerme cargo de la guerra de Cartago. Entre mi equipaje contaba con un volumen de la *Ciropedia* de Jenofonte. La plebe había depositado su confianza en mi persona y echado sobre mis hombros no solo una pesada carga, sino también una enorme responsabilidad. Si tenía éxito, Roma se rendiría a mis pies. Pero si fracasaba, las fieras del circo engordarían con mi carne y mis huesos. Me acompañaban Polibio y Lelio. Mi griego amigo no estaba dispuesto a dejarme solo en una campaña tan peligrosa y arriesgada. Se comportaba como un segundo padre, aunque solo tenía quince años más que yo. A Lelio fue imposible convencerle de que no me siguiera. Antonia me suplicó que vigilara a su alocado marido y que se lo devolviera sano y salvo. Le prometí que volveríamos los dos o no regresaría ninguno.

Mi hermano permaneció en Roma. Tenía que cerrar los temas pendientes de su pasada pretura en Sicilia. Volvió a emocionarse en nuestra despedida. Los años lo estaban volviendo sensiblero. Le pedí que me informara de las críticas y murmuraciones que en el senado pudieran lanzar contra mí cualquiera de mis adversarios. Le evoqué el discurso de nuestro progenitor cuando se hizo cargo de la guerra en Macedonia. En Roma había muchos «valientes generales» que nunca habían dormido en una tienda de campaña ni sufrido las penurias de una guerra, pero que argüían que sabían más de los asuntos militares que los que habían combatido en cien batallas.

Persuadí a Lucilio de que no se alistara. El polvo y el clima asfixiante de las tierras de Cartago y Numidia no eran buenos para su delicada vitalidad. No obstante, me hizo jurarle que en la próxima guerra que yo dirigiera fuera de África le llevaría conmigo.

—¿Qué otra guerra iba a requerir mi atención? —pensé.

Pero la voluntad de los dioses escapa de la comprensión de los simples mortales y la temible y valerosa Numancia se iba a cruzar en mi camino.

Visité a mis hermanas antes de partir. Siempre les he tenido un gran cariño. No me avergüenza admitir que la menor, Emilia Tercia, es la que más me conmueve. En el muelle, al pie de la escalerilla de la galera, además de a mi hermano y a Lucilio, saludé a Pacuvio, Filo, Sulpicio Galo y Manilio. Para Manilio significaba mucho el que su antiguo subordinado y amigo se hiciera cargo de la guerra de Cartago. Galo me comentó que había visto en los astros mi triunfo. Filo que apoyaría a mi hermano en la defensa de nuestros intereses en el senado. Pacuvio, por aquel entonces tenía más de setenta años, me refirió que escribiría una obra sobre mi conquista en África.

—Por lo menos espera a que vuelva victorioso —le maticé.

En casa, me había despedido de mi esposa y de «mi suegra». Mi consorte me besó y me dijo que haría un sacrificio a Júpiter por mi feliz regreso. Cornelia vino con su hijo Tiberio. El muchacho había cambiado. Se le veía más maduro y con mejor disposición hacia la plebe. Su orgullo se había atemperado y era mucho más cordial en el trato. Sus buenos deseos fueron sinceros. Mi prima estaba radiante, como el sol que derrite la nieve primaveral.

—Cuidate, Publio —me dijo—, y vuelve pronto. Sempronio te necesita a su lado.

Nos abrazamos y rozó tenuemente con sus labios mi mejilla. No repetimos la escena de meses atrás cuando fui elegido cónsul.

Tras varios días de travesía llegamos a Útica, la ciudad aliada de Roma. Emisarios de Mancino me trasladaron la difícil situación en la que se hallaba el general. Mancino quiso llevarse la gloria de la victoria. Había desembarcado su contingente con la intención de apoderarse por sorpresa de Cartago. Por un punto de la muralla que daba al mar, sin vigilancia porque estaba lleno de salientes, escollos y bajíos, las tropas del inepto jefe de la flota habían conseguido expugnar los murallones púnicos. Al parecer, inicialmente había tenido éxito, pero el contraataque cartaginés lo había puesto en una situación comprometida. El oleaje y las flechas enemigas obstaculizaban a sus barcos aproximarse para rescatar a Mancino quien, falto de víveres y con poca sensatez, se había metido en un trance peligroso.

Inmediatamente, puse rumbo a Cartago, al tiempo que liberé a varios prisioneros cartagineses bajo promesa de que anunciarían en la ciudad que Escipión Emiliano era el nuevo cónsul. Mis barcos se acercaron a la costa. Ordené a mis hombres que formaran en cubierta y atemorizaran a los púnicos. Mi orden tuvo el efecto deseado porque los cartagineses se retiraron al interior de la urbe. Pude salvar al general y a sus legionarios. Mancino volvió a Roma. Conmigo venía Sejano, el nuevo jefe de la escuadra, persona de probada valía y un experimentado soldado en la guerra naval.

Ya en tierra, acampé no muy alejado de Cartago. Los púnicos no se amedrentaron. Envalentonados por el fiasco de Mancino, avanzaron fuera de los muros y tomaron posiciones frente a mi campamento. No tardaron en unírseles el más que competente Asdrúbal y el intrépido Bitia, el jefe de la caballería nómada que se había pasado a los cartagineses después de las victorias del primero en Néferis. Traían consigo seis mil infantes y mil jinetes<sup>338</sup>.

El estado de las tropas que me transfirió Pisón era lamentable. Faltos de disciplina, los hombres que tuve el privilegio de mandar parecían una banda de rufianes en lugar del orgulloso ejército romano. Astrosos en el aspecto, sucios en el vestir, y lo que era más preocupante, descuidados en mantener impecable el armamento. Se alejaban sin autorización del campamento y se dedicaban al pillaje y al saqueo, actividad que era su única ocupación. Sin embargo, no les reproché su comportamiento. Cuando la molición se adueña de la legión, el responsable es el jefe. Pisón debió ser juzgado por permitir que su ejército se convirtiera en una banda de delincuentes. Mandé a los tribunos que formaran a los hombres, me subí a una tarima elevada a fin de que pudieran verme y les hablé en los siguientes términos:

—«Serví con vosotros, soldados, a las órdenes del cónsul Manilio y os di una prueba de obediencia de la que vosotros fuisteis testigos, la misma subordinación que ahora os pido como vuestro general. Aunque tengo poder para castigar con la mayor severidad a los que desobedezcan, no obstante, he creído útil advertiros previamente. Sabéis las cosas que habéis hecho. ¿Para qué os voy a relatar las acciones que me avergüenzan? Sois más bien salteadores que soldados. Sois fugitivos, no soldados acampados. Vuestra avaricia os asemeja más a los mercaderes que a un ejército sitiador. Buscáis el ocio mientras todavía estáis en guerra, sin haber resultado vencedores. Y ciertamente por ello, los enemigos, desde la posición de debilidad y falta



de esperanzas en la que los dejé, han recobrado sus fuerzas y nuestro trabajo se ha hecho más difícil por causa de vuestra relajación. Si considerara que los males radican en vosotros, os castigaría de inmediato, pero puesto que se los imputo a otro, os voy a eximir ahora de los errores cometidos hasta el presente.

Yo no me encuentro aquí para hacer de ladrón, sino para vencer; ni tampoco ansío enriquecerme antes de la victoria, sino que pretendo derrotar primero a nuestros enemigos. Salid hoy mismo del campamento aquellos que no sois soldados, a excepción de los que tengan mi permiso para quedarse. A los que se vayan, no les permito regresar salvo que traigan provisiones que no deben ser opulentas como corresponde a soldados y, además, les será fijado un tiempo en el que ofrecerán sus mercancías. Un cuestor y yo revisaremos las ventas.

Estas son las órdenes que dirijo a quienes no son soldados. A vosotros, legionarios, que os valga una sola orden en todas las ocasiones:

¡Que mi comportamiento y mi esfuerzo os sirvan de ejemplo!

Si os regís por este criterio, no faltaréis a vuestro deber ni os faltará la recompensa. Ahora, en cambio, hay que trabajar mientras corremos peligro, y el lucro y la comodidad se deben posponer a su momento oportuno. Estas son mis órdenes y también las obligaciones que marcan la ley. Los que las obedezcan sin queja, serán recompensados, y quienes las desoigan, se arrepentirán»<sup>339</sup>.

Rogué a los dioses porque mis palabras hubiesen convencido a las tropas. Que volviesen a recobrar la confianza en sus capacidades. De lo contrario, estábamos abocados al desastre. Mi alocución surtió efecto. En pocos días, aquel grupo de desalmados volvió a parecerse a un ejército romano, presto para entrar en combate.

Inesperadamente, de Roma me llegó una triste noticia, Cayo Sulpicio Galo había fallecido. Un ataque al corazón, dijeron los médicos. Recé por el eterno descanso de mi amigo y porque en la otra vida pudiera seguir estudiando las estrellas.

Transcurridas unas semanas, resolví atacar Cartago durante la noche. La antigua colonia fenicia estaba construida en una pequeña península unida al continente por un istmo. Protegida por dos líneas de murallas, la primera erigida en el istmo y la segunda rodeando la ciudad, esta última se elevaba en la parte norte prácticamente sobre el Mediterráneo. Entre las dos hileras de muros se ubicaba el suburbio de Megara en el que los cartaginenses tenían sembrados, huertos y canales de riego. Estimé que el mencionado suburbio era el lugar apropiado donde poner en práctica mi idea. Atacar desde el mar la pared norte no nos permitiría contar con el factor sorpresa. Expliqué el plan a mis oficiales y todos estuvieron de acuerdo. Polibio y Lelio lo vieron audaz, pero factible.

Un número importante de tropas atacarían por un lado haciendo una maniobra de distracción. Confié en Lelio para llevarla a cabo. En otro punto, a veinte estadios de distancia, yo dirigiría el esfuerzo principal. Lelio hizo mucho ruido y atrajo la atención de los cartagineses, que pronto comprendieron que eran atacados por sitios diferentes. La voz de alarma de los centinelas corrió por la ciudad. Unos cuantos conseguimos subir a las murallas, pero fuimos rechazados. Una jabalina me rozó el hombro sin conseguir lastimarme gracias a la coraza que me protegía el torso.

Cuando estaba sopesando la posibilidad de la retirada, la diosa Fortuna nos sonrió. Descubrí una vieja torre apartada, de igual altura que los muros que, al estar fuera de las murallas, aunque próxima a los lienzos, carecía de la vigilancia del enemigo. Envié a varios legionarios a que la ocuparan. Desde la citada torre, colocaron vigas y tablones que apoyaron en lo alto del murallón y que sirvieron de pasarela para cruzar rápidamente. Los soldados se abrieron paso, no sin que alguno resultara muerto. Bajaron a Megara y rompieron las puertas que nos impedían entrar en el suburbio. Penetré en el extrarradio al frente de cuatro mil legionarios.

Los púnicos, convencidos de que la primera línea de sus defensas había caído, se replegaron a Birsá, la ciudadela de la altiva metrópolis africana. Los gritos de los prisioneros, de los heridos, de agonía de los moribundos y el tumulto que oían a retaguardia, espantaron de tal suerte a Asdrúbal y a los cartagineses que se hallaban fortificados delante de mi campamento que abandonaron igualmente esta posición y se refugiaron con los demás en el interior de la ciudad.

Nos movíamos en la oscuridad por una zona desconocida llena de huertos plantados de árboles frutales, separados por cercas de piedra, por setos de arbustos espinosos y cortados por muchos canales profundos y tortuosos. Fue imposible transmitir órdenes coherentes a unas tropas tan diseminadas. Ante el temor de una emboscada o de caer en alguna trampa, me decidí por la retirada.

La salida del sol nos ofrecería un funesto espectáculo que quedaría para siempre en la memoria de cuantos padecemos el infortunio de presenciarlo. Analizando lo que sucedió, presumo que la desesperación movió a Asdrúbal a cometer aquellos crímenes impuros a los ojos de los dioses y contrarios a la condición humana. Con su nefanda violación de la ley de la guerra, quería cerrar cualquier posibilidad de rendición o de acuerdo de paz con los romanos. No tardaría en comprobar que me equivocaba.

Hasta el mismo senado cartaginés le reprochó su actuación. Asdrúbal acalló las voces críticas ejecutando a los senadores que con más vehemencia le reconvinieron lo que hizo. El general púnico mandó que subieran a los prisioneros romanos a la muralla que estaba delante de nosotros y en venganza por nuestro ataque de la noche anterior, cometió con ellos toda clase de tropelías. «A unos les arrancó los ojos, la lengua, los tendones y órganos genitales con garfios. A otros les laceró las plantas de los pies, les cortó los dedos y les arrancó la piel del cuerpo a tiras, y a todos ellos, todavía vivos, los despeñó»<sup>340</sup>. Después, ya nadie se atrevió en Cartago a disputarle el imperio supremo de la ciudad y la dirección de la guerra. Pero lo más grave de aquella ominosa locura fue que mis hombres no la olvidaron cuando asaltaron la urbe.

A fin de evitar que las tropas de Asdrúbal volvieran a ocupar sus fortificaciones delante de nuestro campamento, ordené que fueran quemadas. También, trabajando mis legionarios durante veinte días, levanté sobre el istmo un baluarte con fosos, empalizadas y torres defensivas que frenaron la llegada de víveres a la ciudad al estar rodeada de agua por todas partes salvo por la franja de tierra que la unía al continente.

Asdrúbal hizo un último intento de salvar Cartago de la destrucción. Contactó con Gulussa, mi aliado, el hijo del difunto Masinissa y le pidió que intercediera ante mí para preservar la ciudad. A cambio, prometía obedecer fielmente a Roma. Curiosa la insensatez de Asdrúbal, era un buen soldado, pero un nefasto diplomático. Después de desollar vivos a los prisioneros romanos, ahora se avenía a una negociación. Apoyaba la petición en la confianza de que Néferis aún resistía y en que las tropas púnicas que estaban en campo abierto habían logrado escapar. Si los dioses se ponían de su lado, afirmaba, Cartago podría resistir largo tiempo el sitio al que la teníamos sometida. Gulussa me transmitió la propuesta de Asdrúbal. No pude por menos que soltar una carcajada.

—«¿Qué es lo que va a pedir? Exhibió una impiedad grande e inhumana en el trato con nuestros prisioneros y ahora espera la ayuda de los dioses, cuando ha violado las leyes de los hombres?»<sup>341</sup> —exclamé a Gulussa.

—Aunque parece una burla, debes recodar que el invierno se nos echará encima y que a principios de año dejarás de ser cónsul, porque los recién elegidos<sup>342</sup> asumirán el cargo. Es una buena oportunidad. Descabezarás al ejército cartaginés. Después de tantas fatigas, ¿vas a permitir que otros se lleven las mieles del triunfo? —respondió Gulussa.

Creo que mi leal coaligado atinó en su consejo. Le señalé entonces que dijera a Asdrúbal que le prometía seguridad para marchar a donde deseara con toda su familia y con diez parientes o amigos que él escogiera. De su fortuna personal podía llevarse diez talentos y cien esclavos<sup>343</sup>, pero que la orden del senado de Roma era que Cartago fuera arrasada hasta los cimientos.

Gulussa comunicó a Asdrúbal mi oferta. El general púnico lo juzgó una ofensa y gritó colérico:

—«¡Jamás llegará un día en que el sol vea vivo a Asdrúbal y a la patria pasada a fuego, pues de los hombres sensatos, el mejor sudario es el fuego que incendia a la patria!»<sup>344</sup>.

¡Y esto lo pronunció alguien a cuya mesa no faltaban ricas viandas mientras sus conciudadanos morían de inanición!

Dudo mucho que el senado de Cartago conociera las pretensiones de su general. Lo más probable es que actuara por propia iniciativa.

A pesar de los tratos con Asdrúbal, la guerra no se detuvo. Mis galeras, gobernadas por el hábil Sejano, bloqueaban la bocana del puerto. Este estaba dividido en dos segmentos. Uno rectangular para los barcos mercantes y otro de forma circular para los buques de guerra. Ambos unidos por un estrecho canal. A los dos se accedía por una sola entrada excavada en un extremo del primero. Alguna nave enemiga consiguió escurrirse y abordar el bello surgidero anular púnico. Sin embargo, la comida transportada en los navíos era insuficiente. Asdrúbal decretó que solo se repartiera entre sus treinta mil soldados. El hambre se convirtió en mi mejor aliada. Si quería que alcanzase también a las tropas enemigas, necesitaba cerrar la embocadura del muelle que daba hacia el Sur.

Construí una enorme escollera con grandes piedras hacia el interior del mar, pero la pericia cartaginesa daba respuesta a todas mis restricciones. En la pared del puerto circular que limitaba con el Mediterráneo, abrieron una brecha sin que fuéramos conscientes de ello. En los trabajos participaron las mujeres y los niños acarreando tierra y conduciendo carros que retiraban los derribos. Además, habían montado naves de hasta cinco órdenes de remos utilizando las vigas de madera que sacaron de los templos y casas de particulares. No en vano, los cartagineses fueron a lo largo de la historia un pueblo de marinos y navegantes y eran, por tanto, diestros en la construcción de barcos.

Cuando menos lo esperábamos, por la oquedad abierta, comenzaron a salir los navíos púnicos y sorprendieron a nuestra escuadra casi desarmada, porque la mayoría de las tripulaciones habían desembarcado para las operaciones en tierra. Pero los cartagineses no atacaron. Si lo hubiesen hecho, habría supuesto un terrible desastre del que no nos habríamos recuperado. Después de insultos y burlas, se retiraron a la protección que les garantizaba el puerto, entrando por la misma abertura por la que habían salido.

Tres días más tarde, hicieron una segunda intentona. En esta ocasión, los marineros y los legionarios estaban en las galeras y se entabló una cruenta batalla que tiñó el mar de rojo. Al atardecer, las naves púnicas huyeron. La brecha por la que habían asomado quedó obstruida cuando varios barcos trataron de entrar al mismo tiempo. Los que quedaron a merced de mis galeras navegaron hasta un antiguo muelle abandonado y fondearon con la proa apuntando a alta mar. Fueron rodeados por los navíos de Sejano y destruidos tras un dilatado combate en el que sufrimos un elevado número de bajas.

De madrugada ocupamos el embarcadero donde habían anclado los barcos enemigos. Situé diversas máquinas de guerra al objeto de dismantelar las murallas que me vedaban acceder a la ciudad y aunque conseguimos importantes avances, los cartagineses nadaron hacia nosotros aprovechando la oscuridad de la noche y consiguieron demoler las máquinas de asedio. A la

mañana siguiente, iniciaron las reparaciones de lo que habíamos derruido y levantaron torres de madera con las que fortalecer sus defensas.

A finales del verano, solo habíamos conseguido poner pie en las afueras del puerto comercial. Comprendí entonces que debía golpear la moral de mis enemigos. Tenía que terminar con sus esperanzas de recibir refuerzos y resolví conquistar Néferis que aún se resistía a las armas romanas. Inicié la campaña en otoño. Tras veintidós días de asedio, la orgullosa Néferis se rindió. La rendición fue seguida por el sometimiento de las poblaciones que todavía nos desafiaban. La victoria supuso la muerte de miles de hombres, principalmente púnicos, pero también quirites.

Durante el invierno mantuve el sitio de Cartago. Nadie podía salir ni entrar de la ciudad. El hambre era la mejor de mis generales y la más temible. Pero en Roma se estaban impacientando. Doy gracias a Júpiter porque mi hermano Quinto, Filo y el resto de mis partidarios convencieran al senado y a la asamblea de las tribus de que yo siguiera como procónsul al mando de la guerra.

Quinto me escribió para decirme que el tiempo apremiaba. Mis enemigos soliviantaban a la plebe contra mí. Me dijo que Sempronio se encontraba bien y que su madre la visitaba casi todos los días. No hizo ninguna otra referencia a Cornelia por si la carta caía en manos inapropiadas y pudieran utilizar su contenido contra mí. En primavera, reanudamos los combates. Las tropas estaban descansadas y los cartagineses debilitados por la falta de alimentos y la aparición de enfermedades. El final de Cartago estaba cerca.

En una de las embestidas, Lelio y sus tropas tomaron el muelle circular. Yo, acompañado de Polibio y varios miles de legionarios hicimos retroceder al enemigo del puerto comercial. Nos abríamos paso a sangre y fuego, y a sangre y fuego nos recibían. Cada centímetro de suelo cartaginés se regó con sangre romana. Fatalmente, lo más tétrico de aquella locura estaba por llegar. Pasamos la noche en una plaza próxima al embarcadero anular y por la mañana proseguimos la lucha. No pude evitar que mis hombres saquearan el templo de Apolo, cuyo interior estaba recubierto de oro. Desde la plaza en la que pasamos la noche partían tres estrechas calles que llegaban hasta Birsa, la ciudadela donde se habían refugiado la mayoría de la población y de los soldados cartagineses. Las calles estaban flanqueadas por ladrillados edificios pegados unos a otros de hasta seis pisos de altura. Hombres, mujeres y niños nos arrojaban flechas, piedras, lanzas y todo objeto punzante o cortante que pudiera dificultar nuestro avance. Nos movimos lentamente por las tres callejuelas. Nos costó seis días alcanzar la base de Birsa.

Si la guerra es sufrimiento, dolor, muerte y destrucción, si en la guerra los hombres se convierten en bestias vesánicas sin ningún atisbo de humanidad, la guerra de Cartago fue un bártaro de criaturas infernales sedientas de sangre nacidas de un truculento demonio habitante del más siniestro de los erebos. Aún, en las calurosas noches veraniegas en las que conciliar el sueño es una dura batalla, me vienen a la mente aquellos rostros tiznados y los gritos atribulados de las mujeres y los niños que se consumían entre las llamas. Roma no necesitaba aquel tributo de perfidia y Publio Cornelio Escipión no quería una gloria labrada sobre la vida de miles de inocentes. Trato de justificar lo sucedido en el mandato del senado, pero pude haber rechazado el consulado y no lo hice, pude renunciar a convertirme en un sayón y elegí ser un verdugo. Lloré cuando vi arder Cartago, lloré por tanta hecatombe innecesaria y lloré por el futuro de mi patria.

Seis días combatiendo sin descanso, casa por casa, piso por piso, edificio por edificio, tejado por tejado. Las familias cartaginesas se atrincheraban en sus moradas y resistían hasta el final. Los que rehuían la pelea optaban por el suicidio antes de ser apresados por mis soldados. Mis hombres ponían tablones entre las edificaciones que a modo de improvisados puentes les permitían pasar de un lado a otro de la calle sin tener que descender de los tejados.

La ciudad exhibía un horrible espectáculo. Quienes no sucumbían bajo el gladio, lo hacían bajo las saetas o las agujadas. El ruido ensordecedor de las espadas que se cruzaban, el hierro golpeando los escudos, el sesgo de la carne cortada, las quejas y los gemidos, el lamento de los heridos, la angustia de los moribundos, la desesperación de las madres, el llanto de los hijos, la aflicción de los padres, las súplicas a los dioses, avanzamos en medio de las ruinas, apartando cuerpos desmembrados, cercenando brazos, piernas, cabezas, cualquier cosa que nos obstruyera el camino. Las casas ardiendo se derrumbaban arrastrando a los miserables desdichados que se habían escondido en lo más recóndito de sus viviendas.

El odio y la venganza por los prisioneros romanos torturados por Asdrúbal no hacían distinciones entre ancianos, mujeres y niños. Los cuerpos despedazados y los que aún respiraban eran arrojados a fosas o apartados por igual, mezclados con los escombros para facilitar el paso de los caballos y de las máquinas de guerra. Ni me planteé detener la masacre, ni se lo planteó Polibio ni tampoco Lelio, hasta que fuimos conscientes de lo que habíamos hecho. Nos dejamos llevar por la vorágine de crímenes nefandos en una orgía de matanzas de difícil justificación. Cuando llegamos a los pies de la ciudadela detuvimos la vesania. Entonces volví la vista atrás y contemplé atónito mi macabra obra. Cubierto de sangre, sudor, polvo y hollín, con la cara desencajada, me senté sobre una roca y lloré amargamente, como un niño, con el acongojado llanto de todos aquellos huérfanos. Polibio se acercó, me abrazó, después me sujetó la mano derecha y me preguntó por qué lloraba.

—«Temo y presiento que llegue la ocasión en que otro pronuncie idéntica orden contra mi patria»[345](#) —respondí. Y recité unos versos de Homero—. «Día vendrá en que perezcan la sagrada Ilión, Príamo y el pueblo de Príamo, el de la temida lanza de fresno»[346](#).

—¿Qué has querido decir citando a Homero?

—Pienso en Roma, y en lo mutable que son los asuntos humanos.

Lelio se aproximó a nosotros, no profirió palabra, únicamente nos abrazó y... también lloró.

Del templo de Esculapio que se encontraba dentro de la ciudadela llegaron parlamentarios suplicando por sus vidas y por la supervivencia de los que abandonaran Birsá. Les prometí el perdón y les garantice su seguridad a excepción de a los desertores, cerca de novecientos, que debían ser llevados ante la justicia romana. Cuarenta mil almas destrozadas, de ambos sexos y de todas las edades, humilladas, andando hacia un destino incierto, transitaron delante de mis extenuadas tropas. Asdrúbal se arrodilló delante de mí y se acogió a mi juramento de respetar la vida de cuantos saliesen desarmados de la ciudadela. Debió escoger un final acorde a su fama. Prefirió la vergüenza. Los desertores romanos se subieron al tejado del sacro recinto y cuando vieron la ignominiosa actitud de Asdrúbal le vociferaron toda clase de insultos. Después, prendieron fuego al templo y se inmolaron arrojándose a las llamas.

La esposa del general púnico demostró el inusitado valor del que careció su marido. Al lado de los prófugos de mi ejército, con un cuchillo en una mano y abrazando con la otra a los dos hijos pequeños que compartía con Asdrúbal, me gritó desde las alturas:

—«¡Romano! No existe contra ti motivo de venganza de parte de los dioses, te atuviste al derecho de guerra, pero sobre ese Asdrúbal, mi esposo, que se ha convertido en traidor a su patria, a sus templos, a mí que soy su mujer y a sus hijos aquí presentes, espero que los dioses se tomen la merecida venganza y tú con ellos. —Y continuó dirigiéndose a Asdrúbal—. Oh tú, el más miserable traidor y afeminado de entre los hombres, a mí y a mis hijos nos sepultará este fuego, pero tú, el caudillo de la gran Cartago, ¿a qué triunfo servirás de ornamento?, ¿qué castigo no recibirás de ese a cuyos pies estás arrodillado?»[347](#).

Terminó de hablar, degolló a sus hijos y con ellos se arrojó a las flamas. El grito desgarrador de Asdrúbal al contemplar la escena atronó en nuestros oídos. Se tumbó en el suelo. Atormentado, comenzó a echarse tierra y ceniza sobre la cabeza.

Lelio, Publio y yo enmudecimos. Pensé en Cornelia. En una situación parecida habría hecho lo mismo. Era una matrona romana que, al igual que Lucrecia<sup>348</sup>, habría escogido la muerte al deshonor.

Cartago fue devastada. No quedó piedra sobre piedra. Catón se regocijaría en su tumba y yo alcancé la gloria, una oscura y tétrica gloria.

Envié a Roma la más rápida de mis galeras para comunicar la victoria. La noticia de la destrucción de Cartago fue motivo de alegría en la ciudad. La gente se echó a las calles a celebrar la desaparición de su odiada enemiga. Danzaban, se abrazaban y bebían vino en abundancia hasta perder el conocimiento. Sin embargo, tres apesadumbradas figuras, Lelio, Polibio y Escipión Emiliano, sobre la cubierta de nuestro barco, mirábamos al cielo y solo veíamos enlutadas gaviotas que plañían por el final de una antigua y magna civilización. Es cierto que las guerras contra Cartago habían costado a la república más de trescientos mil de sus ciudadanos, pero no es menos cierto que Cartago fue destruida cuando ya no suponía un peligro para Roma.

Como en tiempos hiciera mi padre tras su victoria en Macedonia, remontamos el Tíber luciendo en nuestra nave los ricos despojos sustraídos de la vieja metrópoli púnica. En las márgenes del río, se aglomeraba una multitud que quería saludar al héroe de la república. El barco amarró en el muelle. Dos hileras de soldados tuvieron que abrir un pasillo para que pudiéramos llegar a nuestras casas. El senado vino a recibirnos. Me otorgaron el *agnomen* africano y el triunfo, que se celebraría tres días más tarde.

No sé cuántos brazos y manos estreché, pero si por cada uno me hubiesen dado un sestercio, me habría convertido en el hombre más rico de Roma. En un punto del trayecto hacia mi *domus*, Lelio se apartó de nosotros y se dirigió a su domicilio. Antonia le estaba esperando con los brazos abiertos. Le dije que viniera a visitarme a fin de organizar el desfile de la victoria. Le quería a mi lado y, si fuese posible, subido al carro triunfal. Acompañado de Polibio, llegué a mi hogar, el hogar de mi desdichado matrimonio. La morada de una esposa que no me amaba y que me veía obligado a soportar para salvar las apariencias. La tristeza se reflejaba en mi semblante. Solo la presencia de Cornelia me hizo bosquejar una leve sonrisa.

—Bienvenido, esposo —fue lo único que pronunció Sempronia. Su «efusivo saludo» fue seguido de un beso obligado.

—Saludos, Sempronia. Sigues igual de encantadora —mentí.

Mis cuñados Tiberio y su hermano Cayo fueron más afectuosos.

—Publio —dijo Tiberio—, has llenado de honra tu linaje y el de toda esta familia.

—Gracias, Tiberio. Saludos, joven Cayo —respondí a su cortesía.

—¡Hermano! Eres mi hermanito pequeño, pero eres el más grande —exclamó Quinto.

Mis hermanas se abalanzaron sobre mí y me colmaron de besos.

—Doy gracias a los dioses porque has regresado sin ningún rasguño —afirmó Emilia Tercia. Desconocía que mis heridas estaban en mi espíritu.

—Publio. Estás más delgado y te noto algo cambiado —señaló Cornelia. Su beso y abrazo fueron más estremecedores. Después de un año sin verla estaba mucho más hermosa.

—Estoy un poco cansado. El viaje ha sido largo —traté de justificarme.

—¿Seguro que ha sido el viaje? —insistió Cornelia.

—La guerra ha sido extenuante. Necesitamos descanso y aclarar nuestros pensamientos. Nada que unos días en Lavernium no pueda curar —intervino Polibio.

Cumplí con mis amigos y el resto de invitados que, para mi tranquilidad, se retiraron pronto. Por unos minutos, me quedé solo con Lucilio.

—Ha sido muy duro, ¿verdad? —exclamó Lucilio.

—¿Duro? Duro es el mármol de esta mesa. Lo de Cartago sobrepasa el mayor de los horrores que puedas concebir. Aún oigo los gritos de aquellos desgraciados consumiéndose en las llamas. Cierro los ojos y veo sus cadavéricos rostros suplicando auxilio.

—Deberías hacer caso a la sugerencia de Polibio. Marcharte unos días a Lavernium. Vuelve a leer a Platón, Plauto, Terencio y demás filósofos y poetas que te ayudan a olvidar este cruento mundo.

—Posiblemente seguiré tus consejos. ¿Vendrás con nosotros?

—Por supuesto. Si ese es tu deseo.

Mi triunfo por las calles de Roma fue apoteósico. No alcanzó la suntuosidad del triunfo de mi padre, pero fue más popular por lo que había significado la derrota de Cartago en el orgullo romano. Invité a Polibio y a Lelio a que me acompañaran subidos en el carro que me pasearía por la ciudad antes de llegar al templo de Júpiter Capitolino. Declinaron mi invitación alegando que el triunfo era solo mío. Sin embargo, me siguieron de cerca. Mi escolta repitió incesante la cantinela que mi padre escuchó veinte años atrás.

—¡Recuerda que solo eres un hombre!

Y en eso tenía razón. Yo me sentía el más insignificante de todos los hombres. No la deidad que aclamaba el pueblo de Roma.

---

[337.](#) 147 a. C.

[338.](#) Apiano. *África*. 114.

[339.](#) *Ibíd. Op. cit.* 116.

[340.](#) *Ibíd. Op. cit.* 118.

[341.](#) Polibio. *Historias*. XXXVIII. 8.

[342.](#) Cneo Cornelio Léntulo y Lucio Mumio Acaico, cónsules del año 146 a. C.

[343.](#) Polibio. *Op. cit.* XXXVIII. 8. 4-5.

[344.](#) *Ibíd.* XXXVIII. 8. 8-9.

[345.](#) Polibio. *Historias*. XXXVIII. 21.

[346.](#) Apiano. *África*. 132. Los versos pertenecen a *La Iliada* de Homero. Canto VI.

[347.](#) *Ibíd.* 131.

[348.](#) Lucrecia fue violada por Sexto Tarquinio, hijo de Tarquinio el Soberbio, último rey de Roma. Delante de su padre y de su marido se clavó un cuchillo en las entrañas porque no quería vivir deshonrada. Antes de morir pidió a su progenitor y a su esposo que vengaran la afrenta que había recibido.

## Lo que pudo haber sido

A mi triunfo sobre Cartago siguió el de Lucio Mumio sobre Corinto<sup>349</sup>. Otra «brillante victoria» para las armas romanas. Tras la rendición, Mumio mató a todos los hombres. Las mujeres fueron violadas y las que sobrevivieron fueron vendidas como esclavas junto a sus hijos. Incendió la ciudad, no sin antes saquear sus riquezas y bellísimas obras de arte, que trasladó a Roma.

Cuando las estatuas eran subidas a los barcos, el ignorante de Mumio advirtió a los capitanes de las naves que llevaran cuidado porque si rompían alguna, tendrían que rehacerlas<sup>350</sup>. Lucio no valoraba la destreza del artista, sino el material en el que estaban talladas. No asistí a su desfile triunfal por las calles de Roma. Preferí consolarme con la lectura de Aristóteles. Estaba abstraído en el libro cuando se personó Lucilio. Polibio había tenido que ir a Grecia unos días tras la ruina de Corinto. El senado le había encomendado la tarea de establecer las leyes de la futura provincia de Acaya. Sempronio había salido de compras.

—Salud, viejo amigo. No parece compartir la alegría de tus entusiasmados compatriotas — dijo con ironía.

—Creo que tú tampoco la compartes. La muerte y violación de miles de personas no es motivo de celebración —le recordé.

—Ni lo es la destrucción de la ciudad más hermosa del mundo.

—Cierto. ¿Qué te trae por aquí, mi estimado poeta?

—¿Es necesario un motivo para visitar a un amigo tan querido?

—Era solo curiosidad. Sabes de sobra que siempre serás bien recibido en esta casa.

—Me preocupas, Publio. Desde que regresaste de Cartago hace cuatro meses estás más huraño. Evitas la compañía de otras personas. Hasta Polibio me comentó su consternación antes de partir.

—Debes disculparme. El trabajo, los requerimientos del senado, mis lecturas, recibir a toda esa gente que quieren saludar al dios en el que me han convertido, casi no tengo tiempo para otros asuntos.

—¿Y el amor?

—¿Qué quieres decir, Lucilio?

—Te pregunto si te sonríe el amor.

—Extraña pregunta para un soltero recalcitrante como tú. Y si me lo permites, añadiría que un poco misógino. Creo que una vez recitaste algo que más o menos decía: «Los hombres se proporcionan voluntariamente a sí mismos la molestia y la desventura: se casan y engendran hijos, con lo que reciben estas desgracias»<sup>351</sup>.



—El que sea un soltero empedernido y misógino no implica que no haya amado alguna vez.<sup>[P]</sup>  
—No es posible. Después de tantos años de amistad descubro que también caíste en las redes del amor.

—Fue hace mucho tiempo. Yo era un jovencito de apenas dieciocho años. Un plebeyo que se enamoró de una mujer patricia casada. Conseguí superarlo.

—Lo siento.

—No tienes por qué sentirlo. ¿Me ves casado?

—Por tus versos diría que no, pero por tu corazón...

—No cambies de tema. No has respondido a mi pregunta.

—¿El amor?

—Sí, el amor. ¿Cuándo se lo vas a declarar?

—No te comprendo.

—Me entiendes perfectamente. La mujer por la que suspiras.

—Sempronia es como es. Parece una mujer fría y distante...

—¿Me tomas por idiota? —me cortó tajante—. ¡Hablo de Cornelia!

—¿Tanto se me nota?

—Se os nota. Es un secreto a voces.

—¿Crees que ella me ama? Nunca me lo ha dicho.

—No lo creo, lo afirmo. Repudia a tu esposa y cástate con ella.

—Quieres que me divorcie de mi mujer para casarme con su madre. Cornelia no aceptaría un escándalo semejante. No echaría por tierra el buen nombre de su familia. Toda Roma se volvería en nuestra contra.

—Pues que se joda Roma. Fúgate con ella, márchate a Lavernium o a Hispania o adonde te venga en gana.

—Hispania sería un buen sitio. No sabes cuán hermosa es esa tierra.

—Entonces...

—Entonces no hay nada que hacer. Cornelia me rechazó una vez y volvería hacerlo para preservar a sus hijos de la vergüenza. Tiberio jamás se lo perdonaría.

—¿Has tratado de olvidarla?

—¿Piensas que no lo he intentado? ¿Que no he rogado infinidad de veces a los dioses que la saquen de mi cabeza? «Ha sido como dar coces contra el agujón»<sup>352</sup>. —Comencé a pasear por la estancia. Recité unos versos de Plauto:

—«Creo que ha sido el Amor quien ha inventado el oficio de verdugo entre los hombres, y esta es una opinión que me viene de mi propia experiencia: no tengo que ir a buscarla a ninguna parte, yo, que supero y dejo atrás a la humanidad entera por los tormentos que sufro. Me veo ajetreado, torturado, sacudido, traspasado, revolcado en la rueda del amor, morir me siento, pobre de mí, soy arrastrado, desgarrado, despedazado, descuartizado, a causa de las nieblas que turban mi mente. No estoy donde estoy; donde no estoy, allí están mis pensamientos, tantos y tan contradictorios son los sentimientos que me animan; tengo ganas de una cosa, y al momento se me pasa, tal es la forma en la que el amor me engaña a mí y a mi abatido corazón; me ahuyenta, me empuja, se lanza sobre mí, me arrebató, me retiene, me seduce, me regala; lo que me da, no me lo da; se burla de mí, lo que acaba de aconsejarme, me lo desaconseja luego; lo que me acaba de desaconsejar, me lo pone después por delante de los ojos. Hace conmigo lo que el mar, de tal modo bate mi enamorado corazón; y puesto que, pobre de mí, no me voy a pique, no hay ruina que falte en el cuadro de mi perdición»<sup>353</sup>.

—No hace falta que declames a Plauto. Me sé sus comedias de memoria. Su poesía me inspira —me recordó.

—Comprenderás por tanto mi sufrimiento.

—Me gustaría poder ayudarte, Publio. No solo eres mi mejor amigo, eres un buen hombre y me apena tu tristeza. «Espero que los dioses te inspiren mejores pensamientos y arrojen de ti la sinrazón»[354](#).

—Gracias, Lucilio. Tus palabras significan mucho para mí.

Lucilio se marchó apesadumbrado por no poder consolarme. Quizá habría cambiado de opinión si hubiese sabido lo que aconteció una semana después.

Volvía a estar solo, ensimismado en mis lecturas. Sempronio, desaparecida, no me importaba lo más mínimo dónde pudiera estar y Polibio aún no había regresado de la tierra de sus antepasados.

Me encontraba en el *tablinum*, leyendo, o mejor rectifico, releyendo la comedia *Gorgojo*[355](#) de Plauto. Sentado delante de una mesa, de espaldas a la puerta, oí que se abría. No me volví. Estaba absorto. Me sobresaltó una mano que se posó sobre mi hombro izquierdo. Mi giré bruscamente. De pie, celestial, vestida de lino índigo de visos cobrizos que hacían juego con su pelo, con su mirada impenetrable, esbozando una sonrisa entre los labios de pétalos de rosa bermellón, estaba Cornelia.

—Disculpa si te he asustado —se excusó.

—Creía que era mi esclavo, el viejo Druso. Por eso no me torné. Es el único que habría entrado sin advertir su presencia, aunque no se habría atrevido a poner su mano sobre mi hombro. Me conoce desde que nací. Hace tiempo que quise manumitirle. Me dijo que no tenía adónde ir, que esta era su casa y su familia.

—Lo aprecias mucho.

—Lo considero de la familia —afirmé—. Si buscas a Sempronio, ha ido a hacer una ofrenda al templo de Cástor y Pólux. Me advirtió que volvería tarde, porque después visitaría a una amiga.

—No quería hablar con mi hija.

—Luego...

—Quería hablar contigo.

—Tú dirás.

—Desde que volviste de Cartago... estás... no sé si la palabra correcta sería «diferente».

—¿Por qué lo dices?

—Tengo la sensación de que me rehúyes. Puede ser que el «dios» del pueblo no quiera tratar con esta simple mortal.

—Sabes, sin ninguna duda, que nunca te he tenido por una simple mortal.

—¿Qué te ha ocurrido, Publio? Antes eras más risueño. Hablabas conmigo y tu cara se iluminaba. Ahora vengo a visitaros y solo veo a Sempronio. Tú te escabulles como si te molestara mi presencia.

—¿Crees que me molesta tu presencia o que me perturba tu presencia?

—Tú sabrás.

—Conoces de sobra la respuesta.

—¿No hay amor entre mi hija y tú?

—Hace tiempo que eres consciente de ello.

—Seguro que tienes mucho amor que dar.

—Pero recibo muy poco a cambio.

—Ese amor vendrá.

—«Un “vendrá” no es para los enamorados lo mismo que un “viene”, se hace demasiado largo. Por mi culpa, estúpido de mí, me consumo de esta forma, por haberme empeñado en que tiene que ser ella y nada más que ella la mujer con quien pase mi vida»[356](#) —glosé a Selenia.

—Persigues un impo... —No la dejé terminar, la agarré por la cintura, la atraje hacia mí y con toda la fuerza de mi ser, la besé. Me empujó. Me miró atónita. Conmovida. Durante unos interminables segundos permanecemos en silencio. Observándonos. De pronto se abalanzó sobre mí y unió sus labios con los míos. La pasión nos desbordó. Repetí en mi pensamiento los últimos versos de Plauto que acababa de leer: «La llama viene inmediatamente tras el humo; el humo no quema, pero la llama, sí; quien quiere comerse una nuez, tiene que partir primero la cáscara; quien quiere dormir con su amor, se abre el camino con besos»[357](#).

El *tablinum* se comunicaba con mi habitación. Antes de que refrenáramos nuestro delirio estábamos desnudándonos. Ella despojándome de mi ropa. Yo a ella de la suya. Su cuerpo desnudo desprendía un intenso calor. Nos tumbamos en la cama. Entre sábanas blancas perfumadas con fragancia de lirios cárdenos. Yo la besaba en la boca, en los ojos, en el cuello, en los senos. Cornelia suspiraba.

Unos leves rizos de su espeso cabello rojo templaba con cierta suavidad el ardor de sus ojos azules. Su piel, blanca y harto frágil, temblaba con cada una de mis caricias. Pasé mi lengua por sus sonrosados y yertos pezones. Comenzaron los gemidos. Me cogió la mano. La llevó a su entrepierna. El monte de venus immaculado, sin vello, suave, como yo lo recordaba.

Sin embargo, la deliciosa gruta del amor ya no era la de una jovencita. La noté mojada. Sin proferir sonido alguno, pedía a gritos que apagara el fuego que la extinguía. Aparté las sábanas que me impedían admirar su figura en toda su continuidad. Me pidió, casi me suplicó, que me colocara encima. Obedecí cual temeroso esclavo. Abrió sus largas y hercúleas piernas, sujetó amorosa el tallo incandescente de mi ansia inflamada y lo situó a la entrada de su inexpugnable fortaleza. Estaba tan húmeda que a mi ariete no le costó ningún esfuerzo entrar en el paraíso.

¡Y fue mía!

Los dioses me concedieron lo que llevaba una vida anhelando. Lentamente, muy lentamente, con rítmicos movimientos, hicimos largamente el amor. Sentí que mi alma se abría y abrazaba el espíritu de Cornelia. Una dulce sensación de posesión que solo los amantes enamorados pueden percibir. Lo importante no era el frenesí, no era el placer sexual. Lo importante era simplemente el amor. Un amor empíreo, esparcido a osadas, puro, verdadero, eterno, que trasciende lo terrenal.

Ahora sí era un dios. Un Hércules al que la pelirroja Hipólita[358](#) entregó no solo el cinturón sino su más valiosa joya: la belleza y disfrute de su cuerpo. Le dije que la quería, que era la razón de mi existencia. Mi prima respondía con gemidos, repetía mi nombre, me pedía que no me detuviera, que siguiera poseyéndola, incansable, tenaz. Sabía que ella me amaba, pero no tuvo el valor de decirlo. Y cuando la fuente sagrada de mi deseo manó las nacaradas perlas de Eros, ella jadeó, dio un grito salvaje y cayó rendida.

Me situé a su lado, la besé en la mejilla. Con todo el amor que me consumía. Entonces hizo lo que una vez oí a Lucilio recitar. Con «su mano izquierda cariñosa, secó las gotas de Príapo»[359](#). Me miró, la miré. Estaba encantadora con el pelo enmarañado. Rebosante de felicidad. Le pregunté qué había sentido. Me dijo que placer y gozo. Me preguntó qué había sentido yo. Le dije que amor. Durante unos minutos, Roma había dejado de existir.

Cuando recapacitó lo que habíamos hecho, cambió la expresión de su cara. Velozmente, se puso de pie y se vistió. Se aderezó el cabello.

—Esto ha sido una locura. He engañado a mi propia hija y tú has cometido adulterio con tu suegra.

—Yo no lo entiendo así. He hecho el amor con la mujer que ocupa mi corazón desde la primera vez que la vi. La mujer con la que quiero compartir mi vida. La mujer a la que quiero colmar de felicidad porque su felicidad es la mía. Te pido que te quedes, que nos enfrentemos a todos y a todo. Si no quieres que vivamos en Roma, vayámonos a Hispania. De incógnito. Donde nadie pueda reconocernos. Hispania es la morada de Júpiter.

—Nunca debiste quererme. Esto ha sido un error, como lo fue Lavernium hace veinticinco años. ¡Por los dioses!, ¡Publio! ¿No comprendes que no somos dueños de nuestros destinos? Lo que ha sucedido hoy, no volverá a pasar y... no pasará —terminó de hablar y se marchó.

Me dolió que llamara error a nuestro encuentro. Pero me dolió mucho más que llamara error a lo que ocurrió en Lavernium, porque ese recuerdo era lo que me mantenía cuerdo. Se alejó sin decirme que me quería. Sin pronunciar una sola vez la palabra amor. Hasta este preciso instante en que estoy describiendo lo que pasó aquel día he mantenido el secreto. Y con mis recuerdos junto a ella en Lavernium, cuando éramos casi unos adolescentes, constituye mi tesoro más venerado. Sentí rabia, exasperación, ira. Contra Roma, contra mí. Hasta intenté odiarla. Pero no pude, porque odiarla... me habría conducido a la demencia. Y la demencia... al suicidio.

Cornelia siguió visitándonos. Ni una sola vez mencionó o insinuó algo sobre nuestra fugaz y frenética relación. Supongo que le parecía un contubernio vituperable que debía ser olvidado y se comportaba como si hubiera sido un mal sueño.

A finales de año hubo en mi vida un motivo de felicidad. Mi hermano Quinto fue elegido cónsul<sup>360</sup>. Me llenó de orgullo. Marcia lloró de alegría al ver a su marido entrar en casa escoltado por los lictores. Polibio y Lelio estuvieron a punto de aplastarlo con sus efusivas felicitaciones. Mis otros amigos le desearon suerte y que las mieles del triunfo le sonrieran. Mis hermanas podrían presumir de un cónsul más en la familia. Quinto me dio las gracias. Le pregunté a qué se debía su agradecimiento y me comentó que conocía «mis esfuerzos» para que resultara elegido. Le respondí que acumulaba méritos suficientes para dirigir la república. Le fue asignada la fascinante y misteriosa Hispania. Un año más tarde, le siguió Lelio ocupando el cargo de pretor. En Hispania tuvieron que enfrentarse a uno de los más grandes generales de la historia, el caudillo lusitano Viriato, del que hablaré más adelante, cuando trate la Guerra Numantina.

---

<sup>349</sup>. 146 a. C.

<sup>350</sup>. Velejo Patérculo. *Historia Romana*. I. 13. 4.

<sup>351</sup>. Lucilio. Verso 456.

<sup>352</sup>. Terencio. *Formión (Phormio)*. Acto 1.º. Escena 2.ª.

<sup>353</sup>. Plauto. *La cestita*. Acto 2.º. Escena 1.ª.

<sup>354</sup>. Lucilio. Verso 408.

<sup>355</sup>. Curculio.

<sup>356</sup>. Plauto. *La cestita*. Acto 1.º. Escena 1.ª.

<sup>357</sup>. Plauto. *Gorgojo*. Acto 1.º. Escena 1.ª.

<sup>358</sup>. El noveno trabajo de Hércules fue robar el cinturón a Hipólita, la reina de las amazonas.

<sup>359</sup>. Lucilio. Verso 307, según la ordenación de Marx.

<sup>360</sup>. Para el año entrante, 145 a. C. Su colega en el consulado fue Lucio Hostilio Mancino.

## La censura. Panecio. Otra vez cónsul

Salvo por el intervalo que Quinto y Lelio estuvieron en Hispania, los anales que siguieron a mi consulado transcurrieron rápidamente gracias a mis ocupaciones en el senado, las estancias en Lavernium con mi hermano, Polibio, Lucilio y, si Antonia se lo permitía, también Lelio y, sobre todo, por la asiduidad de las visitas de Cornelia que, aunque jamás volvimos a intimar, su cercanía era el mejor remedio contra la enfermedad de la melancolía que padecía y aún padece este febril enamorado.

Mis «ocupaciones senatoriales» incluyeron un intento de reforma de la ley agraria. Aprovechando la pretura de Lelio, propuse una nueva ley que favoreciera a los ciudadanos de escasas rentas desprovistos de tierras. Mi pretor amigo la hizo suya y la presentó en la asamblea senatoria el año 609 a. u. c.<sup>361</sup> La reforma implicaba el reparto del usufructo de las tierras públicas a costa de los grandes propietarios. Mi idea era que se beneficiaran los más necesitados y los veteranos de mis campañas. La oposición de muchos senadores, justamente los que acaparaban los latifundios, estuvo a punto de provocar un enfrentamiento entre los que estaban a favor y en contra.

Le dije a Lelio que retirara el proyecto a fin de evitar las fuertes disensiones que se generaron entre los padres conscriptos. Lo único bueno que sacamos de nuestra fallida ley fue que esa prudente retirada le valió a Lelio el *cognomen* de Sabio. Nos reímos de la ocurrencia. Sonaba bien lo de Cayo Lelio Sabio<sup>362</sup>. Lelio es mucho más inteligente que la mayoría de aquellos viejos decrepitos que abocaban la república al conflicto civil.

Mi cuñado Tiberio se casó con una hija de Apio Claudio meses antes del comienzo de mi censura. No me gustó esa boda. Y así se lo transmití a Cornelia. Claudio era uno de mis contumaces antagonistas de ideas radicales y peligrosas para la paz en Roma. El tiempo me daría la razón. Apio, al igual que yo, era candidato a la censura del año 611 a. u. c.<sup>363</sup>. Saludaba a los electores por su nombre e ironizaba con que yo los desconocía a todos. Cuando tuve ocasión respondí a su burla:

—«Dices la verdad, pues yo no me he preocupado de conocer a muchos, sino de no ser desconocido por nadie»<sup>364</sup>.

Apio salió derrotado y yo fui elegido censor junto a Lucio Mumio, el debelador de Corinto como yo lo había sido de Cartago. No me importaba su origen plebeyo, podía pasar por alto su tosquedad, sus rudos modales y el veto que ponía a mis resoluciones, pero había un rasgo del carácter de mi colega que se me hacía insoportable: su tediosa petulancia.

Durante mi censura tuve que sufrir toda clase de improprios de mis adversarios políticos. Se me acusó de querer emular a Catón, de severidad, de ser riguroso y de otros muchos epítetos que harían la lista aborrecible y soporífera, porque pretendí que la república volviese a ser la Roma de nuestros antepasados, la Roma de la vieja virtud tal que la definió Lucilio la primera vez que vino a Lavernium.

Mumio se opuso a mis medidas. Amante del lujo, su modo de vida contradecía con la alta magistratura para la que había sido designado. Procuré que individuos de conducta disoluta como Tiberio Claudio Aselo desaparecieran de la vida pública. Lo rebajé a la condición de erario y borré su nombre de la tribu a la que pertenecía. Aselo se había gastado en una sola prostituta más dinero que todo el que había declarado ante los censores para adecentar una hacienda que tenía en la Sabina y había dilapidado la tercera parte de la fortuna familiar en comportamientos licenciosos difícilmente excusables<sup>365</sup>. Mumio vetó mi sanción sobre Aselo.

Dos años más tarde, el libertino Aselo era tribuno de la plebe. En venganza, me acusó de terminar la censura con un sacrificio de purificación<sup>366</sup> funesto y desgraciado<sup>367</sup>. En lugar de repetir la fórmula tradicional que me recitaba el escriba, por la que pedía a los dioses inmortales que mejoraran y engrandecieran el poder del pueblo romano, preferí exclamar:

—«¡Ya es bastante extenso y poderoso. Ruego a los dioses que siempre lo conserven así!»<sup>368</sup>.

Ordené al copista que escribiera la nueva oración para los futuros censores. Roma no debía parecer insaciable a los ojos de los dioses y afortunada debía considerarse si conseguía mantener lo conquistado. Felizmente, ante el tribunal del pueblo, salí airoso de tan infame acusación y Aselo no logró su propósito de verme condenado y desprestigiado.

Nunca comprendí las imputaciones que se me hicieron de rigidez en el desempeño de mis cometidos cuando a hombres como Cayo Licinio, culpable de perjurio, no degradé porque no hubo nadie dispuesto a condenarle. Habría prevaricado si hubiese sido acusador, testigo y juez<sup>369</sup>, y eso era excesivo en mi sobrecargada conciencia.

Lo mejor de mi censura fue que en ese período conocí a otro de mis grandes amigos, el filósofo Panecio, originario de Rodas, al que acogí en mi casa y quien se sumó a nuestras reuniones en Lavernium donde pudimos discutir de filosofía estoica en la que es un consumado experto. Llegó a Roma formando parte de una embajada rodia, tres semanas después de que yo asumiera el cargo de censor. Su verbo me encandiló la primera vez que le oí hablar en el senado. Ni por un instante dudé que aquel hombre tenía que entrar en el grupo de mis selectos allegados.

De mi misma edad, Panecio es menudo. Viste a la manera griega. Llama la atención su prominente calvicie, que no le hace menos atractivo, si bien le avejenta. Sus facciones son muy acentuadas y destacan en él su inconfundible nariz helena y sus grandes ojos pardos. Pronuncia una frase y sus palabras y entonación te hacen sentir una paz interior muy parecida a la que nos provocaba nuestro añorado Terencio cuando declamaba los versos de sus comedias.

El estoicismo de Panecio es más apropiado a la idiosincrasia romana, más interesada en la finalidad práctica de la filosofía que en las especulaciones abstractas sin un propósito determinado del pensamiento griego. Le permitió inmiscuirse sin dificultad en nuestras discusiones intelectuales y trabajar con diligencia en la conquista de nuestros objetivos: que la *virtus* y la *humanitas* renacieran en Roma.

Panecio tiene una visión racionalista del mundo. Para él, la razón<sup>370</sup> está en la cima de la creación y es la primordial sede de su reflexión. Mi amigo no reniega de los dioses, pero defiende que por encima de ellos gobierna el *logos*, el principio racional del universo. Panecio afirma que los hombres hemos sido creados con idéntica esencia y sustancia y que es el contexto en el que crecemos y vivimos el que nos hace diferentes. Según mi apreciado filósofo, es la *virtus*, es decir,

la ética y la moral, la que debe limar e igualar esas diferencias. Alcanzar la felicidad, vivir sin preocupaciones, solo es posible si adecuamos nuestro comportamiento a la *virtus*, a los postulados éticos universales adaptados a la sociedad que nos ampara y uniendo a lo anterior la consecución de la satisfacción de las necesidades fisiológicas y del alma de todos los seres humanos.

La máxima de Terencio «Hombre soy, y nada de lo humano considero que me sea ajeno» se ajusta a la filosofía de Panecio como los versos del poeta a la belleza de las ninfas. Es hermoso el ideal de Panecio. Y mucho más bello sería si algún día se cumpliera. Una vez le pregunté si era posible racionalizar el amor. Le hablé de mis dudas sobre que la vida se rija tan solo por la razón. Qué sería de la poesía, el arte, la música, la belleza que brota de los espíritus sublimes. No le comenté mis sentimientos hacia Cornelia. Panecio intuyó enseguida en quién pensaba.

—Creo, amigo mío —me contestó—, que la razón debería aliviar al titán Atlas<sup>371</sup> de su pesada carga, pero la sinrazón que alberga en los corazones de los hombres o las mujeres que aman, únicamente es discernible por los propios enamorados escudriñando sus almas. No sabría darte otra respuesta.

¿Y habría otra respuesta? ¿Existiría alguna explicación racional que arroje luz a esa pasión enfermiza que puede llegar a ser tan dulce como la miel y tan acerba como el vino amargo?

Dieciocho meses duró mi censura, dieciocho meses de sinsabores marcados por la incompreensión de mis compatriotas. Desavenencias que se han repetido desde que volví de la Guerra Numantina. La conclusión de mi magistratura coincidió con la elección de Lelio para el consulado del 613 a. u. c.<sup>372</sup>. Lo había intentado el año anterior, pero perdió ante Pompeyo<sup>373</sup>, quien había prometido retirar su candidatura. Pompeyo «hizo honor» al rumor de que era hijo de un flautista<sup>374</sup>. Nos mintió y eso le costó mi amistad.

Con la anterior elección de mi hermano Quinto, la de Lelio fue una de las mayores satisfacciones de mi vida. Mentiría si no reconociera que unas emotivas lágrimas nublaron mi vista. Polibio no quería llorar, pero me miró y no pudo evitarlo. Lucilio le dedicó un conmovedor poema que incrementó la turbación de los presentes. Su mujer, Antonia, a la que acompañaban sus dos hijas, sus yernos Cayo Fanio<sup>375</sup> y Mucio Escévola<sup>376</sup> y dos juguetones nietos, lloró emocionada y lo cubrió de besos. Lelio había sido pretor en Hispania el año que mi hermano fue procónsul<sup>377</sup>. Desde lo de Cartago, Lelio prefería la diplomacia al sonido de las espadas. Su colega en el consulado, Quinto Servilio Cepión, tuvo que ocuparse de la guerra contra Viriato.

Mientras Lelio regía los destinos de la república, el senado me comisionó para visitar diversas ciudades del oriente Mediterráneo aliadas de Roma, incluyendo Egipto, Chipre, Siria y la isla de Rodas, el hogar natal de Panecio, quien me acompañó en este dilatado viaje.

La noche anterior a mi partida organicé una recepción en mi casa de Roma a la que asistieron mis familiares y amigos. Tras la cena departía con Polibio explicándole que cuidara de mis asuntos en Lavernium hasta mi vuelta. Entonces observé que Cornelia entraba en el *tablinum*. Me excusé ante mi amigo y seguí a mi deseada prima.

—¿Así que aquí es donde te pasas largas horas escribiendo? —me demandó curiosa.

—Aquí me encontraste cuando dejamos aflorar nuestras emociones.

—Ya te dije que aquello fue un error. Te agradecería que no lo mencionaras.

—Cornelia. ¿Qué es lo que quieres de mí?

No me respondió. Me hizo otra pregunta.

—¿Qué es lo que estás escribiendo?

—El relato de mi vida.

—¿Estoy yo en ese relato?

- Eres la persona más importante.
- Yo solo soy tu suegra.
- Olvidas que eres el amor de mi vida
- Y tú olvidas que eres el esposo de mi hija.

Le cogí la mano. La apartó con brusquedad. Intuyó que iba a besarla. No me lo permitió. Se marchó. Volví a quedarme solo. Y grité a mi desdicha:

- ¡Dioses inmortales! ¿Por qué hacéis tan triste mi existencia?

Al día siguiente, Panecio y yo comenzamos nuestro periplo por el Mediterráneo. En Egipto nos entrevistamos con el rey Ptolomeo VIII, el monarca que propuso matrimonio a Cornelia. Nos recibió en el muelle de Alejandría. Como mi prima me advirtió, era tremendamente gordo.

Bajamos del barco. Me cubrí la cabeza con una capucha que me protegía del sol. La gente comenzó a gritar mi nombre y me pidieron que me descubriera para verme la cara. Lo hice y empezaron a aplaudir y a vitorear. El rey caminaba a nuestro lado con dificultad, pues solía moverse en una litera transportada por sus esclavos. Recuerdo que murmuré a Panecio que «los alejandrinos se han beneficiado en algo de nuestra visita. Por nosotros han visto a su rey pasear»<sup>378</sup>. Mi amigo filósofo tuvo que esforzarse para contener la risa.

No volvimos a Roma hasta el final del verano del año 614 a. u. c.<sup>379</sup>. Nuestro regreso colmó de felicidad a mis seres queridos. No veníamos de ninguna guerra, pero se sentían más tranquilos si yo estaba en Roma. Echaba de menos a Cornelia. Transcurrieron dos semanas desde mi vuelta hasta que vino a visitarme. Me dijo que había estado muy ocupada. ¿Su falta de interés era una prueba de que no me amaba?

El consulado de Cayo Hostilio Mancino<sup>380</sup> quedará en la memoria de los romanos como uno de los más abyectos de la historia de nuestra república. Mancino fue derrotado por los numantinos. A fin de salvar su ejército, firmó con el enemigo un humillante tratado que el senado se negó a ratificar. Yo fui uno de los que con más ahínco se opuso a que se aceptara tamaña ofensa. Mi cuñado Tiberio era el cuestor de Mancino y quien negoció el denigrante acuerdo. Los arévacos lo escogieron en consideración a su padre, que los trató con justicia cuando estuvo en Hispania. Tiberio les pidió que le devolvieran las tablas donde llevaba las cuentas de la cuestura que los numantinos retuvieron en su poder después de expoliar el campamento de las tropas de Mancino<sup>381</sup>.

Tras regresar a Roma, su participación en el infamante tratado estuvo a punto de costarle la vida. Cornelia envió un esclavo a mi casa con una nota en la que me rogaba que fuera verla con la mayor urgencia posible. Fui a su *domus* antes de dirigirme al senado, aunque sabía lo que quería de mí. Mi prima estaba nerviosa y asustada.

—Publio, tienes que ayudarle. Es mi hijo, el hermano de tu esposa —me dijo muy agitada—. Se le ha metido en la cabeza que quiere correr la misma suerte que Mancino —continuó—. Insiste en que es tan responsable como el cónsul.

—Cuñado, no temo lo que pueda ocurrirme. Salvamos la vida a veinte mil quirites —explicó Tiberio.

- ¿Lo oyes? —señaló Cornelia.

—Quizá no temas a la muerte. Eso demuestra que eres valiente. Tu lealtad hacia Mancino te honra y es digna de admiración —le contesté—. Pero ¿estarías dispuesto a aceptar la vergüenza que recaería sobre tu madre? ¿Permitirías que el nombre de Sempronio fuera arrastrado por el barro?

Tiberio se quedó lívido. No había tenido en cuenta esas argumentaciones. Su familia y su nombre desacreditados, era más de lo que estaba dispuesto a jugarse.



En el senado defendí que solo Mancino fuera castigado. Que toda la responsabilidad era del general y que sus oficiales debían ser exonerados de cualquier dolo o culpa, pues actuaron bajo el principio de obediencia debida que impera en la legión. El pueblo apoyó mi petición. Mancino fue condenado a ser entregado amarrado y desnudo a los numantinos para que hicieran con él lo que estimasen oportuno. Fui a casa de mi prima a comunicarle la noticia y a tranquilizarla. Se lanzó sobre mí, bañada en lágrimas. Me abrazó, como pocas veces lo había hecho.

—Cálmate, Cornelia. Todo ha salido bien. —Acaricie su larga melena roja.

—Nunca te lo podré agradecer lo suficiente.

—No tienes nada que agradecerme, somos familia.

—Lo sé. Pero te debo tanto y he sido contigo tan ingrata.

Le dije que no era el momento de hablar de nosotros. Que debía tranquilizarse. Que ya habría tiempo. Ese tiempo no llegó.

Mi estimado amigo, Furio Filo, cónsul del año 617 a.u.c.[382](#), fue el encargado de cumplir la sentencia del senado de entregar a Mancino a los hispanos de Numancia. Una incómoda misión que para un elevado espíritu como el de Filo no debió ser fruta dulce y placentera. De ello hablaré ulteriormente.

La importancia de Numancia en los años que siguieron a mi viaje por el Mediterráneo me hace posponer la relación de los sucesos que atemorizaron Roma al próximo capítulo, cuando inquiera el enfrentamiento contra la valiente ciudad celtíbera que humilló las armas romanas hasta que el pueblo me volvió a proclamar cónsul.

Era el día de los comicios consulares del año 619 a. u. c.[383](#). No obstante, una mañana fría, amaneció soleado en Roma. Me levanté temprano. Necesitaba tiempo para bañarme, vestir la toga senatorial y desayunar sin prisas. Polibio y Panecio ya estaban en el *triclinium*[384](#) dando buena cuenta de las tortas de cereal, huevos cocidos de ganso, leche e higos secos que les habían servido mis esclavos. Durante la cena me habían comentado que deseaban venir conmigo al senado. Les dije que nada me agradaría más que su compañía en la aburrida sesión electoral. Por lo menos eso pensaba yo hasta que comenzaron las votaciones. Sabía que Lelio estaría esperándome en las escaleras de entrada al edificio asambleario y Lucilio se mezclaría entre el público con la intención de criticar a los cónsules que resultaran elegidos como había hecho en todas las ocasiones, salvo cuando me eligieron a mí, a mi hermano y a Lelio.

Había dormido plácida y hondamente. Cornelia cenó con nosotros. Se hizo tarde y decidió pernoctar en casa. Sempronio ordenó a una de las sirvientas que preparara una habitación a su madre. La proximidad de mi amada a escasos metros de mi dormitorio me reconfortaba y me traía seductoras evocaciones de mi adolescencia, cuando en nuestro verano en Lavernium me deslizaba a escondidas hasta su habitación y durante horas la retenía entre mis brazos sintiendo sus besos y sus caricias. Era una virgen vestal y yo un humilde oferente que dejaba un sencillo exvoto en el templo de su belleza.

También recordé cuando la poseí, cuando nos fundimos en un solo espíritu igual que se funden en la fragua el cobre y el estaño y forman el bronce. Pedí a los dioses que la puerta se abriera y entrara Cornelia. Fue un ilusorio deseo que no se cumplió. Caí rendido en un profundo sueño.

Aparte de mis hermanos y amigos, de mis estudios de filosofía y de mis continuas lecturas de Jenofonte, Terencio, Plauto, Pacuvio o Ennio, no hay nada que alivie más mi afligido corazón que la confinidad de mi prima. Desde la muerte de Tiberio, ni siquiera tengo ese consuelo.

En la curia me senté al lado de mi hermano y de Lelio. Polibio y Panecio buscaron a Lucilio, quien les había reservado dos asientos. El senador más anciano llamó al orden para que comenzara la elección de las diferentes magistraturas. Yo no atendía a lo que decía. Distráido en

mis pensamientos, el murmullo de los asistentes, semejante al zumbido de un abejorro, saturaba mis oídos. Pensaba en Cornelia. Todavía percibía en mi nariz la fragancia que despedía la pasada noche. Me preguntaba si debí llamar a la puerta de su habitación. ¿Cómo habría reaccionado? ¿Me habría invitado a entrar? ¿Me habría echado? Sus llameantes ojos azules eran inescrutables. Imposible dilucidar lo que deseaba.

Sentí en el costado el codo de Quinto. Me despertó de mis elucubraciones.

—¿Qué ocurre? —pregunté extrañado a mi hermano.

—¿No lo has oído? Alguien ha pronunciado tu nombre —me explicó Quinto.

—Serán imaginaciones tuyas. Yo no soy candidato.

—Tampoco lo eras hace doce años y el pueblo te eligió.

—Entonces yo acabada de ganar la corona obsidional. Ahora mis preocupaciones son otras.

—La plebe aún te idolatra.

—También adoran a Júpiter y no por ello lo eligen cónsul.

—Quinto tiene razón —murmuró Lelio—. Creo que alguien ha pronunciado tu nombre.

—Tengo la impresión de que ambos habéis alcanzado la senectud antes de tiempo.

—¡Esta guerra ya ha costado demasiada sangre y demasiadas humillaciones a Roma! —gritó una voz anónima.

—¡Es cierto! ¡Elijamos cónsul al senador Escipión y que acabe con esta deshonra! ¡Una anodina ciudad íbera lleva años avergonzando a nuestros generales! ¡Es hora de acabar con la jactancia de los numantinos!

—¡Te lo dije! —refirió Quinto.

—El senil eres tú, viejo amigo —se vengó afablemente Lelio.

—¡Que el senador Publio Escipión sea el nuevo cónsul y que traiga la gloria a las armas romanas! —En esta ocasión la persona que pronunció la frase se puso de pie arriesgándose a ser detenida por los lictores.

Escuché mi nombre, que se repetía por toda la sala. La plebe buscaba un salvador y quién mejor que su deificado héroe homérico.

—¡Que hable Escipión!

El tribuno de la plebe me pidió que expresara mi opinión. Los senadores presentes asintieron con la cabeza. Me puse de pie. Me dirigí al centro de la curia. Me giré despacio. Di una vuelta completa. Levanté la cabeza y miré a los representantes de las tribus. Quería grabar en mi mente aquellas caras que me observaban expectantes. Les hablé con franqueza. Con rotunda sinceridad.

—Pueblo de Roma —improvisé mi discurso—. Han pasado doce consulados desde que me pedisteis que me hiciera cargo de la guerra de Cartago. Yo no era candidato. Tampoco lo soy hoy. Pero acepté con humildad vuestra decisión por el bien de la república. Confiasteis en mi persona para que pusiera fin a un conflicto que suponía una sangría de jóvenes ciudadanos romanos. Los que no estuvisteis en África bajo mi mando, sabed que la guerra no solo implicó el derramamiento de sangre de buenos quirites, sino la de miles de inocentes cartagineses y la destrucción de una antigua civilización.

Quizá os resulten extrañas mis palabras, pero lo que quiero manifestar es que, si decidís que yo sea cónsul, marcharé a Hispania con la intención de que Numancia se rinda con el menor coste en vidas posibles; romanas y celtíberas pues, a fin de cuentas, los hispanos, pueblo fiero y orgulloso donde los haya, luchan por su libertad. Sin embargo, padres conscriptos y representantes del pueblo de Roma, nosotros combatimos por extender nuestros dominios y por la grandeza de nuestra vieja y querida patria. No arriesgaré inútilmente la vida de un solo ciudadano si puedo evitarlo. Si aceptáis mis condiciones, yo seré vuestro cónsul del año entrante<sup>385</sup> y os prometo

que, de una u otra forma, pondré fin a estos años de humillaciones que han sufrido las armas romanas.

Se hizo el silencio. Un silencio frío y punzante análogo a los carámbanos de hielo que cuelgan de los tejados de las casas en el crudo invierno. Sin esperarlo, en la distancia, una tímida palmada comenzó a sonar. El eco retumbaba en las gruesas paredes del edificio. Al solitario aplauso, acompasadamente, se le unió otro, y después otro. El ruido del armonioso aplauso hacía temblar las paredes. Durante más de diez minutos estuve en el centro de la curia escuchando la rítmica ovación.

Hasta que el senador más anciano levantó la mano y pidió la palabra. Para que el nombramiento fuera efectivo, me tenía que hacer la obligada pregunta. Si aceptaba o no el nombramiento de cónsul de la república. Se levantó con dificultad de su asiento. Andando muy despacio, apoyado en un cayado de vieja madera, tan vieja como él, vino hacia mí. Habló temblorosamente. La corta caminata había significado demasiado esfuerzo en los años que arrastraba su envejecida figura.

—Senador Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano, ¿aceptas la elección y ejercerás la magistratura de cónsul de Roma?

La misma pregunta que doce años atrás. Recordé que, en la anterior ocasión, mis amigos y mi familia pasaron delante de mis ojos en pocos segundos. Pero en esta oportunidad, vi las caras de los niños cartaginenses llorando, vi a sus madres gritando desesperadas, a sus padres pidiendo clemencia, Cartago en llamas, la mujer de Asdrúbal degollando a sus hijos y arrojándose con sus cuerpos inertes al fuego, vi la muerte y la aniquilación. Por unos instantes, pensé en renunciar, hasta que la luz cenital que penetraba por un ventanuco me cegó. Aparté los ojos, interpreté que aquella luminiscencia cegadora era una señal de los dioses, un rayo de esperanza para alcanzar la paz.

—¡Acepto! ¡Y prometo ser fiel a las leyes de la república!

No había finalizado la última sílaba cuando todos los presentes se pusieron de pie aplaudiendo y gritando mi nombre. Pedí a Lelio que no me abrazara con fuerza. Que mis costillas ya no tenían veinte años. Quinto no se resistió. Tenía que estrujar emocionado a su hermano pequeño. Polibio intentó que no se le escapara ninguna lágrima, pero a Panecio se le encharcaron los ojos y los dos filósofos me felicitaron casi sin poder hablar. Lucilio aprovechó el momento y me apuntó lo que antes de partir hacia África le había prometido. Vendría conmigo a Hispania.

—Está bien, viejo amigo —le señalé—. No he olvidado mi promesa. Espero que consigas las palmas de la victoria —añadí irónico.

—«La palma está a disposición de todos los que cultivan el arte de las musas»[386](#). —Me respondió con unos versos de Terencio.

—¡Qué feliz se sentiría Terencio si pudiera vivir estos momentos con nosotros! —exclamé.

El senado no permitió que se enrolaran muchos jóvenes en la campaña con el fin de que Italia no quedara desierta. Tampoco me permitieron tomar dinero del erario público, sino que me asignaron los ingresos de los impuestos cuyo plazo aún no había vencido. Les dije que no necesitaba dinero. Con el mío y el de mis amigos me bastaba, pero les reproché su oposición a que se alistara en la legión cualquiera que lo deseara. La guerra era una cuestión de Estado y una empresa ardua. «Si por la valentía de los numantinos habíamos sido vencidos tantas veces, era ardua por ser contra tales hombres, pero si habíamos sido vencidos por la cobardía de los ciudadanos, entonces lo era por ir con tales hombres»[387](#).

En casa se personaron mis queridos amigos. Manilio, Pacuvio, parecía que Pacuvio nos iba a enterrar a todos, tenía más de ochenta años, Filo y los que presenciaron mi elección en el senado.

Quinto me había precedido como cónsul en Hispania y Lelio como pretor. Me advirtieron que las cosas habían cambiado bastante desde que yo estuve hacia diecisiete años e insistieron en que serían tribunos militares en mi ejército. No podía negarme. Polibio también se apuntó. Quería ser testigo de todo lo que aconteciera con el propósito de reflejarlo fielmente en la Historia de Roma que estaba escribiendo. La concepción de la vida de Panecio le hacía rechazar el empleo de las armas. Comprendí su actitud. Le pedí que, hasta mi regreso, se quedara en mi hacienda de Lavernium y cuidara de mi biblioteca. Filo me apartó a un rincón y me habló de mi cuñado Tiberio. Me dijo que le preocupaban sus comentarios sobre la riqueza de muchas familias nobles y lo que decía de que en cuanto pudiera, eso iba a cambiar.

—Tiberio se está ganando muchos enemigos. Gente muy poderosa que le harán pagar caro su atrevimiento —sentenció.

—Está fuera de Roma. Recorriendo Italia. Ansía conocer la situación de los campesinos. Desconocía su propósito. Cuando regrese, ya me habré marchado a Hispania. Espero que no cometa ninguna locura hasta mi vuelta. El próximo año presentará su candidatura a tribuno de la plebe —calmé al honrado de Filo.

Me equivoqué. Durante mi ausencia, los acontecimientos se precipitaron y no volví a ver con vida a Tiberio.

Sempronia me besó en la mejilla, tan «efusiva» como solía ser en sus demostraciones de cariño. Sin embargo, Cornelia, aunque también me besó en la cara, rebosaba felicidad. En el calor y la suavidad de sus labios sobre mi piel aprecié sinceridad y por un momento, me pareció percibir amor. Venía acompañada de su hijo menor, Cayo, un joven de dieciocho años que quería alistarse en mi ejército. Cayo no se mostraba tan altivo como su hermano cuando vino a África. Era más extrovertido y también de complexión más fuerte. Aunque hubo alguien que me dijo, no recuerdo quien, que compartía las revolucionarias ideas de su hermano. Cornelia me rogó que lo protegiera. Sin que la oyera el muchacho. No pretendía avergonzarlo. No era necesario su ruego.

—Cuidaré de él.

—Gracias, Publio. Cuando vuelvas, hay muchas cosas de las que quiero hablar contigo. Debí hacerlo hace tres años, cuando protegiste a Tiberio.

—¿No puedes decirlo ahora?

—Lo que tengo que decirte requiere intimidad.

—Está bien. Hablaremos a mi regreso.

Cuando nos despedimos me quedé sumido en la duda. ¿Qué querría decirme? ¿Por fin daría el paso que yo tanto anhelaba? Jamás lo sabré. La prótasis de nuestra tragedia había sido planteada, continuaría la epítasis que abarcaría la Guerra Numantina y la locura de Tiberio. Cerraría esta obra dramática la catástrofe que significó la muerte de mi cuñado y el alejamiento de Cornelia. Salvo el día que vino encolerizada a visitarme tras mi regreso de Hispania, no he vuelto a hablar con ella.

No tuve mucho tiempo para meditar sobre las palabras de mi prima. Mis hermanas requirieron mi atención. Emilia Tercia estaba tan deliciosa y optimista como de ordinario. Los familiares de Quinto y los de mis amigos, las familias de todos los que iban a servir bajo mi mando en Hispania, me pidieron que protegiera a sus esposos, padres e hijos. Un solo hombre, emulando a un dios, preservando la vida de tantos. ¿Y a mí? ¿Quién me protegería a mí?

---

[361](#). 144 a. C.

[362](#). Plutarco. *Vida de Tiberio Graco*.

- [363.](#) 142 a. C.
- [364.](#) Plutarco. *Moralia*. Máximas de Romanos. Escipión Emiliano.
- [365.](#) Aulo Gelio. *Noches áticas*. VI. 11. 9.
- [366.](#) Aselo le acusó de *Infelix lustrum*.
- [367.](#) Lucilio. 285.
- [368.](#) Valerio Máximo. *Hechos y dichos memorables*. IV. 1. 10.
- [369.](#) *Ibíd.*
- [370.](#) El *logos*.
- [371.](#) Titán al que Zeus condenó a sostener el mundo sobre sus hombros.
- [372.](#) 140 a. C.
- [373.](#) Quinto Pompeyo. Cónsul del 141 a. C.
- [374.](#) Plutarco. *Moralia*. Máximas de romanos. Escipión Emiliano.
- [375.](#) Cónsul en el 122 a. C. Historiador y filósofo estoico, discípulo de Panecio.
- [376.](#) Cónsul en el 117 a. C. Jurista y también discípulo de Panecio.
- [377.](#) 144 a. C.
- [378.](#) Plutarco. *Moralia*. Máximas de romanos. Escipión Emiliano.
- [379.](#) 139 a. C.
- [380.](#) Cónsul del año 137 a. C. junto a Marco Emilio Lépido Porcina.
- [381.](#) Plutarco. *Vida de Tiberio Graco*.
- [382.](#) 136 a. C.
- [383.](#) 134 a. C.
- [384.](#) Estancia que se usaba como comedor en las casas romanas.
- [385.](#) Año 134 a. C.
- [386.](#) Terencio. *Formión*. Prólogo.
- [387.](#) Plutarco. *Moralia*. Máximas de romanos. Escipión Emiliano.

## La Guerra Numantina

Otra vez Hispania. La tierra de bayas rojas como la sangre y robles recios como el brazo de un gladiador. Y otra vez la «Guerra de Fuego», como la denominó Polibio. La guerra contra los arévacos de Numancia. Una de las muchas etnias celtíberas que pueblan la indómita Iberia. «Los hispanos tienen preparado el cuerpo para la abstinencia y la fatiga, y el ánimo para la muerte»<sup>388</sup>.

Desde mi salida de Hispania, la península había quedado en una tensa calma hasta que miserables como Servio Galba, el mismo Galba que se opuso a la celebración del triunfo de mi padre, soliviantaron a los lusitanos con su perfidia y su traición. Servio fue el culpable de que hombres admirables como Viriato, el Aníbal de los bárbaros<sup>389</sup>, en palabras de Lucilio, se rebelaran contra Roma.

Galba recibió a embajadores lusitanos con la intención de ratificar los acuerdos que habían alcanzado con el pretor Marco Atilio. Selló el pacto, firmó una tregua y les dijo que «les daría una tierra fértil y que los establecería en un país rico distribuyéndolos en tres partes»<sup>390</sup>. Confiados en sus promesas, los lusitanos se encaminaron hacia el lugar que les había marcado el vil cónsul. Los dividió en tres grupos, les pidió que, como aliados que eran, entregaran sus armas, y cuando los hubo desarmado, envió a sus soldados a que los asesinaran.

Una acción «indigna del pueblo romano»<sup>391</sup>. Diez mil fueron masacrados y otros veinte mil vendidos como esclavos. Entre los que escaparon estaba Viriato, al que solo logramos derrotar por la insidia de sus lugartenientes. Galba, además, se quedó con la mayor parte del botín, a pesar de que amasaba una inmensa fortuna. Cuando volvió a Roma, fue acusado por el tribuno de la plebe Lucio Escibonio de enriquecimiento ilícito y de no respetar la sacralidad de los tratados. Sin embargo, no fue condenado gracias a su peculio y a la impudicia que corrompía la justicia romana.

De origen humilde, Viriato era pastor, pero ello no fue óbice para que se convirtiera en uno de los mejores estrategas militares que hayan existido, cuyo valor y destreza engrandecen a los de su raza. Sus gestas habrían sido cantadas por poetas e historiadores si hubiese nacido romano.

¡Qué gran general se perdió Roma!

Pastorear por las montañas de Iberia no solo le había permitido conocer en profundidad el terreno por el que se movía en las incursiones contra nuestras tropas, sino que forjó su carácter, su cuerpo y su espíritu.

Guerrero enérgico de extraordinaria maestría en el combate, a su habilidad en la guerra sumaba su pericia como jinete. De costumbres austeras, comía poco, dormía menos y soportaba los

rigores del clima igual que las aciculares hojas de los pinos. Así era este hombre genial que vejó a nuestros mejores generales y que durante siete años se convirtió en el terror de Roma.

El año 606 a. u. c.<sup>392</sup>, el pretor Cayo Vitelio sufrió un tremendo desastre cuando Viriato le sorprendió en una emboscada en la que murieron diez mil legionarios, incluyendo al propio Vitelio. El senado decidió entonces enviar contra el lusitano a mi hermano Quinto, que había sido elegido cónsul<sup>393</sup>. Quinto tuvo que reclutar soldados muy jóvenes sin experiencia a fin de dar descanso a los veteranos de Cartago y Grecia. Con quince mil infantes y dos mil jinetes partió hacia Hispania. Le despedimos en el puerto rogando a los dioses por su feliz regreso. Su mujer Marcia y sus hijos lloraron su marcha y después se dirigieron a rezar al templo de Ceres, la diosa protectora de los Emilios. Más que triste, yo me sentí inquieto. Le insistí que antes de enfrentarse a Viriato instruyera a fondo a sus tropas. Me dijo que no me preocupara, que sabía lo que tenía que hacer.

En Hispania se encaminó hacia Gades con objeto de realizar un sacrificio a Hércules. El cabecilla lusitano atacó a sus forrajeadores y mató a muchos. Viriato provocaba a Quinto constantemente para que formara en orden de batalla y desgastara a sus hombres, pero mi hermano hizo caso omiso a esas provocaciones porque aún no tenía el ejército adiestrado en la batalla.

Pasó el invierno ejercitando a sus soldados hasta que, cuando estuvieron listos, atacó a Viriato persiguiéndolo hasta Bécor<sup>394</sup>. Consiguió derrotarlo, pero Viriato logró escabullirse. El siguiente invierno, designado procónsul, Quinto se acuarteló en Córdoba. Lelio, nombrado pretor, apoyó sus operaciones desde el Norte. Su partida había sido una tragedia para su familia y otro motivo de preocupación para mí. Al terminar el segundo año de mi hermano en Hispania, ambos volvieron a Roma sanos y salvos. Me sentí aliviado con su regreso.

Mientras tanto, Viriato levantó a los arévacos contra el dominio romano. Ante el miedo de una alianza entre celtíberos y lusitanos, el senado despachó a Quinto Cecilio Metelo Macedónico<sup>395</sup>, quien concentró sus efectivos en el nuevo frente de la Celtiberia sublevada y descuidó la persona de Viriato. Aprovechando esta circunstancia, el lusitano se enfrentó a Quincio<sup>396</sup>, el sustituto de mi hermano en el sur de Hispania.

La batalla acaeció en el monte Venus<sup>397</sup>. Quincio cayó derrotado, perdió las enseñas romanas y, para su vergüenza, Viriato las paseó por toda Iberia. La pusilanimidad de Cecilio Metelo condujo a que los padres conscriptos no le confirmaran en el cargo de procónsul del nuevo año. Le relevó Quinto Fabio Máximo Serviliano<sup>398</sup>, de la *gens* Servilia, adoptado al igual que mi hermano Quinto por la *gens* Fabia. Serviliano llegó a Hispania al frente de dieciocho mil legionarios de infantería y mil seiscientos de caballería<sup>399</sup>.

Semanas más tarde, el senado obtuvo de Micipsa, nuestro aliado númida, que apoyara a Serviliano con diez elefantes y trescientos jinetes. El general romano atacó a Viriato, quien astutamente huyó hasta que, en un momento de la retirada, aprovechando la desorganización romana, dio media vuelta y mató a tres mil quirites. El resto escapó al campamento, en cuya defensa destacó Cayo Fanio, el yerno de Lelio.

Serviliano no aprendió la lección. En un enfrentamiento posterior volvió a ser vencido por el caudillo lusitano, que le obligó a firmar un pacto en el que se llamaba a Viriato «amigo del pueblo romano». Y lo que resultó más grave. El senado ratificó la vergonzante humillación. A Serviliano le sucedió su hermano agnaticio Cneo Servilio Cepión<sup>400</sup>, que posiblemente avergonzado por la deshonra que su hermano había traído a su familia, denunció el tratado por indigno para los romanos<sup>401</sup>.

Pero Cepión fue tan indigno como el tratado signado por su hermano. Los hombres de Viriato, desmoralizados y cansados por tantos años de guerra, temerosos del bienestar de sus familias,

pidieron a Viriato que conviniera con Cepión un acuerdo de paz. Viriato delegó en sus amigos más fieles, los capitanes Audax, Ditalcón y Minuro, la negociación del cese de las hostilidades. Estos, sobornados por Cepión con oro y plata, prometieron matar a Viriato.

Los traidores suelen unir la cobardía a la felonía. No tuvieron el valor suficiente de enfrentarse cara a cara con su jefe. Mientras dormía, entraron en su tienda y lo degollaron. Antes de que su crimen fuera descubierto, Audax, Ditalcón y Minuro volvieron al campamento romano a cobrar la recompensa prometida. Cepión les respondió con más preza que la que había tenido para vencer a Viriato:

—¡Roma no paga traidores!

Roma no paga traidores. Sin embargo, investía a generales inicuos que continuamente mancillaban el hierático nombre de Roma. Tras la muerte de Viriato, aún quedaba por someter a los arévacos, en especial la indómita Numancia, cuyo valor y resistencia quedará grabada en oro para la posteridad.

Numancia, «la mayor gloria y honra de Hispania»[402](#), se convertiría en «el espanto y terror de la república»[403](#) durante diez años. El senado ordenó a Metelo subyugar a los arévacos. Los sorprendió en faenas de recolección y pudo vencerles, pero fracasó ante la valiente ciudad celtíbera. «Numancia era de difícil acceso, estaba rodeada de dos ríos, precipicios y bosques muy densos. Solo existía un camino que descendía a la llanura, el cual estaba repleto de zanjas y empalizadas. Sus habitantes eran excelentes guerreros, tanto a caballo como a pie, y en total sumaban unos ocho mil»[404](#).

Metelo fue sustituido por Quinto Pompeyo Aulo[405](#) que, como referí, perdió mi amistad cuando me mintió y arrebató el consulado a mi querido Lelio. Pompeyo se hizo cargo de treinta mil infantes y dos mil jinetes. Insuficientes si tenemos en cuenta el valor de los numantinos. Desplegó su ejército en campo abierto delante de Numancia, cuyos habitantes hicieron creer al cónsul que aceptaban el reto.

Sin embargo, los numantinos retrocedieron cuando avanzaron los romanos, que los persiguieron hasta las empalizadas y fosos que formaban parte de las defensas de la ciudad. En ese momento, los numantinos se volvieron contra las tropas de Pompeyo que se amontonaban en las puntiagudas cercas y zanjas y les causaron numerosas bajas. La ruina obligó a Pompeyo a retirarse y atacar otras ciudades celtíberas menos importantes y peor fortificadas, aunque sin mucho éxito.

Prorrogado en el cargo de procónsul[406](#), creyó que era el momento de vengar todas las afrentas que le habían infligido los numantinos. En esta oportunidad, receloso por su experiencia anterior, consideró que la victoria sería factible si rodeaba la urbe con vallas y estacadas y reducía a sus habitantes por el hambre, el aliado más poderoso del general que pone sitio a una ciudad.

Intentó desviar el curso del río[407](#) que abastecía de agua a Numancia. Los legionarios que trabajaban en esa tarea fueron acosados por los belicosos arévacos, que les ocasionaron bastantes muertos y rechazaron, además, a los soldados que vinieron en su auxilio. Los numantinos no descansaban. Sus dioses debían protegerlos. Sacaban fuerzas de sus agotados músculos. No había romano que se alejara del campamento que no corriera el riesgo de sufrir una emboscada. Opio, tribuno militar de Pompeyo, cayó en una de esas celadas alcanzado por una flecha en el cuello.

Mientras el procónsul esperaba la rendición de Numancia, arribaron desde Roma nuevas tropas para relevar a los veteranos que habían cumplido el tiempo máximo de servicio que exigía la ley. Los recién incorporados eran soldados bisoños sin instrucción y sin experiencia en la guerra. Las tiendas de campaña no eran abrigo suficiente en el que soportar el gélido invierno que hiela esa parte de Hispania y algunos de aquellos jóvenes quirites, acostumbrados al calor de sus casas y a las comodidades de Roma, enfermaron y perecieron. La situación se volvió tan adversa que



Pompeyo, pensando en salvar su honor, entró en negociaciones secretas con los numantinos con la intención de poner fin a la conflagración.

Los fieros arévacos, hambrientos y cansados de la larga lucha, aceptaron las ventajosas condiciones que les ofrecía el procónsul: treinta talentos de plata y la entrega de algunos rehenes, los prisioneros romanos y los desertores. Los numantinos lo aceptaron todo e inicialmente pagaron solo una parte de los treinta talentos, prometiendo traer el resto en unos días.

En ese intervalo se presentó el nuevo cónsul, Marco Popilio Lena<sup>408</sup>. Cuando regresaron los arévacos con la plata que faltaba, Pompeyo, sabedor de lo vergonzoso que era el tratado y de que Popilio lo denunciaría en el senado, negó que hubiera ningún acuerdo con el enemigo. Sin embargo, los tribunos militares de Pompeyo y algún senador que servía en su ejército demostraron más honorabilidad que aquel y trasladaron a Popilio que ellos fueron testigos de los humillantes pactos.

El nuevo cónsul envió a Pompeyo y a los delegados numantinos a Roma para que el senado tomara una decisión. Ante los padres conscriptos, Pompeyo volvió a negar que hubiese llegado a un acuerdo con los arévacos. La opinión pública se puso de su lado. El senado, a fin de evitar males mayores a la república, solo reprobó la conducta de Pompeyo, decidió continuar la guerra, anuló el tratado y rechazó restituir lo que ya habían cedido los confiados numantinos.

Popilio creyó que la rendición por hambre de Numancia era muy costosa para las arcas y la paciencia romanas. Designado procónsul el año 615 a. u. c.<sup>409</sup>, se decidió por el enfrentamiento directo. Y como en anteriores ocasiones, su osadía costó cientos de vidas de jóvenes quirites.

Fue sustituido en la dirección de la guerra por el cónsul Cayo Hostilio Mancino<sup>410</sup>, de cuya infamia he hablado en el capítulo precedente. Aquí solo recogeré que una gran parte de la plebe y de los senadores, que con frecuencia se oponían a mis resoluciones en la curia, apoyaron los actos de Mancino, porque, según ellos, las vidas de los quirites que se salvaron eran más importantes que la humillación de Roma.

La situación en la república se tornó «extremadamente peligrosa e incierta»<sup>411</sup>, pues dividió a Roma en dos facciones irreconciliables. Mi estimado Lucio Furio Filo<sup>412</sup> llevó a cabo la difícil tarea de entregar a Mancino a los numantinos. Estos se opusieron alegando que «la fe violada públicamente no se debía satisfacer con la sangre de un solo hombre»<sup>413</sup>. Durante horas, Mancino, desnudo y amarrado, estuvo a las puertas de la altiva ciudad hasta que fue devuelto al campamento de Furio y enviado de regreso a Roma.

Desgraciadamente, Furio no logró superar a sus antecesores, aunque en ningún momento deshonoró su nombre ni el de la república. El retorno de Filo coincidió con el comienzo de mi consulado que el senado y el pueblo de Roma habían decidido.

En la galera que me llevaba a Hispania, como siempre que navegaba por el Mediterráneo, me gustaba pasar mucho tiempo en cubierta. La brisa del mar alejaba hacia popa el nauseabundo hedor que emanaba de la infecta bodega de los remeros condenados a bogar por sus múltiples crímenes. El viento en mi cara me recordaba el pelo de Cornelia acariciando mi rostro cuando hicimos el amor. Pensaba en sus palabras, quería hablarme de algo que requería intimidad.

—¿Otra vez absorto en tus pensamientos? —Era la voz de mi hermano Quinto. Me giré. Venía acompañado de Polibio, Lelio y Lucilio. Mi cuñado, Cayo, estaba acostado en el camastro de su cabina. Era su primer viaje en barco y no dejaba de vomitar desde que desplegamos las velas—. Hemos apostado cien sestercios a quien adivina cuáles son tus pensamientos. Polibio y yo apostamos por la guerra y Numancia, Lelio por tu cuñado Tiberio y los «líos» en los que anda metido, Lucilio apuesta por una venus de rojos cabellos naciendo de las aguas de un lejano río en Lavernium.

Miré a Lucilio. Sonreí. No fue necesario que les dijera quién había ganado.

—Parece que el poeta conoce mejor a mi hermano que yo mismo —exclamó Quinto.

—Nos lleva ventaja. En cuestiones de amor, el poeta es el sabio, en filosofía platónica podéis preguntarme a mí y en historia a Polibio —dijo Lelio.

—¿Y yo? ¿En qué soy un erudito? —protestó mi hermano.

—Hace años, cuando éramos jóvenes, habría dicho que en mujeres. Ahora te asigno el arte de la guerra, o al menos de la lucha —reímos su ingenio.

—Hablando de guerra —intervino Polibio—. Lucilio, ¿sabes manejar una espada?

Lucilio desenvainó el gladio que colgaba de su cintura, puso el dedo índice de la mano derecha sobre la punta del hierro y explicó:

—Creo que esta parte es para clavarla en tu enemigo, y esta otra —señaló la empuñadura—, para sujetarla. ¿Necesito saber algo más?

Nos miramos atónitos.

—Lucilio, ¿nunca has usado una espada? —le pregunté.

—No he tenido necesidad.

—¿Y lo dices ahora?

—Me habéis preguntado.

—¿Y cuándo pensabas decirlo? ¿Cuando la espada de un hispano te atravesase el vientre?

—No lo consideré importante.

—Por Júpiter, amigo mío. ¿Adónde supones que vamos? ¿Crees que esto es un juego? —le pregunté un poco irritado.

—No te preocupes, Publio. Durante estos diez días de navegación, yo seré su instructor. Le enseñaré unos cuantos trucos y las máximas del viejo Estacio —se ofreció Quinto.

—Si entramos en combate, no te separes de mí —pedí a Lucilio.

—Es lo que tenía pensado hacer. No obstante, seré un buen alumno.

Yo estaba seguro de que sería un buen alumno. Quedaba por ver si tendría la fuerza y resistencia suficientes para asimilar los aforismos del difunto centurión Aulo Estacio.

Once días después oteamos Hispania. Tardamos un día más de lo previsto. Desde la proa observamos una extensa playa de arena blanca. Salvaje y desierta. Pero hermosa como toda Iberia. Lucilio tenía un ojo cerrado por la hinchazón, el labio roto y el cuerpo lleno de moratones. Empero, lo más importante. Ya sabía quién era el centurión Aulo Estacio. El desembarque de las tropas llevaría varias jornadas. Con mi hermano, mi joven cuñado, mis amigos y cincuenta jinetes me adelanté hasta el campamento de Calpurnio<sup>414</sup>. El cónsul que me había precedido. Yo deseaba que el relevo en el mando se hiciese lo antes posible.

Cinco días a caballo invertimos en alcanzar el castro de Calpurnio. Cabalgando por los profundos y enigmáticos bosques de castaños y robles de Hispania, parando una hora para comer y otras cinco durante la noche para dormir y que descansaran los animales. Nos acercamos despacio a la puerta del campamento. Evitando alarmar a los centinelas.

Yo vestía la púrpura consular. Con la mano izquierda sujetaba las riendas y en la derecha portaba el centro de marfil, símbolo del poder de Roma. Había dos legionarios de guardia al calor de una hoguera. Indiferentes a cualquier cosa que ocurriera a su alrededor. Estaban sucios, el equipo descuidado. Uno estaba sentado, el otro de pie. Ambos con las manos extendidas hacia las llamas para entrar en calor. Aunque estábamos en abril<sup>415</sup>, el frío aún no había desaparecido y vastas máculas de nieve salpicaban el helado y embarrado suelo. Me aproximé sin descender de mi montura.

—Se os saluda, soldados.

No respondieron. Yo era el nuevo general, el cónsul de la república y dos simples legionarios no respondían a mi saludo. Ni siquiera me miraron. Si hubiese sido un guerrero arévaco los habría degollado sin compasión. Creo que la sangre habría manado de sus gargantas y no se habrían movido.

Me abalancé. Desde mi caballo golpeé con el cetro en la cara del legionario que estaba de pie. El golpe le aturdió y cayó mareado al suelo. La herida rezumó gotas rojas y rápidamente se le inflamó el pómulo. Perdió el casco. Precipitadamente, con dificultad, se levantó. Recogió el casco y se lo ajustó. Su compañero hizo idéntico gesto. Rectos, como gruesos juncos, colocaron la mano derecha con el puño cerrado sobre el corazón.

—¡Saludos, general!

—Veo que solo hacía falta recordaros un poco de disciplina. No os hago culpables de vuestra desidia. Os habría crucificado si lo creyera. Manteneos despiertos y con los ojos bien abiertos.

Seguido de mi escolta, entré en el campamento. Aunque llamar campamento a aquella desvergüenza era un insulto al orgullo romano. Cientos de hetairas, me parecieron más de mil, prostitutas de baja condición, adivinadores, mercaderes de vino repugnante y maloliente, comerciantes que vendían jugosa carne asada a los legionarios que podían pagarla, incluso, supuestamente inofensivos arévacos, que ofrecían pieles a las tropas a cambio de un puñado de sestercios, campaban a sus anchas en medio de las tiendas de campaña por el interior del fuerte que estaba rodeado por una destartalada cerca de madera. Soldados inmundos con túnicas raídas y tan sucias como las de los centinelas, la mayoría con la cara sin rasurar y el pelo mugriento. Un espectáculo que habría ofendido a cualquier hombre que se considerara un romano.

Fue fácil distinguir cuál era la tienda de Calpurnio. Su tienda era la más grande. Delante de la puerta, varios legionarios custodiaban las insignias de las legiones. Los soldados de la entrada me saludaron efusivamente. Entré en la tienda de Calpurnio. Estaba sentado. Casi recostado sobre una mesa. Apurando la enésima jarra de vino que le había servido un esclavo. Se le notaba bebido.

—Saludos, Calpurnio. Soy Publio Cornelio Escipión.

Calpurnio no se levantó. Se recostó en su silla. Me miró. Me atravesó con la mirada.

—Saludos, cónsul. Por fin ha llegado mi relevo. El «niño bonito» del senado.

Me molestó su mala educación. Pero me molestó mucho más la situación del campamento y de las tropas. Intenté contenerme. Pero no pude. Le di una patada a la mesa que saltó por los aires. Calpurnio se sobrecogió.

—Hay más valor y honor en cualquiera de mis legionarios que en ti, ex cónsul de Roma —le grité.

Calpurnio se puso de pie. Sacó el poco orgullo que le quedaba y me contestó.

—Te crees mejor que yo. Veremos qué será de Escipión dentro de un año. Esto no es Cartago. Sé que estuviste aquí hace diecisiete años y conozco el cuento ese de que te enfrentaste a un gigante. Estos numantinos son unos salvajes. Matas un día a cien y al siguiente les sustituyen trecientos. Esta tierra está maldita. Olvidada de los dioses.

—Si les reemplazan centenares, es porque no has cerrado los caminos que discurren hasta la ciudad y has permitido que les lleguen suministros. Además, ¿quién crees que les informa de tu situación? El campamento está lleno de arévacos que les dirán a los numantinos lo que quieran saber —respondí muy enfadado en tono de reproche.

—Mañana a primera hora, mis tribunos y yo regresaremos a Roma. Suerte, cónsul, la vas a necesitar.

No hablé nada más con mi predecesor. Quinto, Cayo y mis tres amigos me preguntaron si comenzaban sin demora a enderezar la situación.

—Dejémosles que disfruten de su último día de asueto. Mañana, esto volverá a ser un campamento romano. Únicamente, doblad las guardias y decid a los centinelas que, si alguno se duerme, yo mismo lo azotaré hasta quebrarle los huesos.

Cuando desperté, Calpurnio y sus oficiales se habían marchado. Vestí una túnica negra. Salí de mi tienda. Se estaba sirviendo el desayuno. Muy pocos legionarios hacían cola para comer. La mayoría aún se desperezaba. Alguna prostituta a medio vestir exigía la paga a su cliente. Unos cuantos soldados se acercaban a los tenderetes que vendían mejor comida que la que servía la intendencia de la legión. Otros tantos se componían para la primera formación del día. Lelio se acercó. Después llegaron Quinto, Polibio, Lucilio y mi cuñado.

—¿Por dónde quieres que empecemos? —preguntó Lelio.

No le contesté. Llamé al *cornicen* que portaba el corno de órdenes.

—Soldado. Toca formación de centuriones.

Un sonido agudo. Inconfundible a quien sirviera en la legión, salió del curvado instrumento.

Los centuriones tardaron en llegar. Venían sin prisas. Despreocupados. A medio vestir. Sucios. Más que centuriones romanos parecían un puñado de indeseables maleantes. Ordené a mi hermano que los formara. A desgana, obedecieron. Me subí a la misma mesa que había pateado la tarde anterior delante de Calpurnio. Les hablé. Pausadamente. Sin alterarme. Con esa entonación que denota la gravedad de lo que se está diciendo.

—Hoy me he vestido con esta túnica negra porque estoy de luto<sup>416</sup>. Como lo estaría Roma si conociese el estado de sus tropas. Os llamaría centuriones si así lo creyera. Pero si lo hiciera, ofendería a cuantos os han precedido en ese grado en la legión y han dado su vida por nuestra querida patria. Sois la vergüenza de la república y una deshonra para el ejército romano. Apestáis, oléis peor que la Cloaca Máxima. Lleváis días sin rasuraros la cara. El pelo lleno de grasa y mugre. Los piojos bailan cebados en vuestras raídas túnicas, y lo que es más execrable, vuestras espadas no valdrían ni para segar un campo de trigo. Vosotros deberíais servir de ejemplo a vuestros hombres, y por lo que veo, ellos han seguido vuestro ejemplo en la indolencia y abandono. —Los centuriones observaban el suelo. Como si buscaran algo que hubiesen perdido. Avergonzados.

—No miréis al suelo. Levantad las cabezas y miradme a los ojos. Mostrad un poco de dignidad. —Acataron mi mandato—. «Todas las prostitutas, adivinos, mercaderes y nadie que no esté autorizado expresamente por mí a quedarse, saldrán de inmediato del campamento. Venderéis los carros y los objetos innecesarios que poseáis, así como las bestias de tiro que excedan en número las que requiera la legión. Nadie podrá atesorar utensilios para su vida diaria salvo un asador, una marmita de bronce y una sola taza. Comeréis la carne hervida o asada que salga de nuestras cocinas. Quemaréis vuestros camastros y dormiréis, al igual que yo, sobre un lecho de hierba. En los desplazamientos no cabalgaréis. ¿Qué se puede esperar de un hombre que en la guerra es incapaz de ir a pie? Os asearéis todos los días y os untaréis de aceite con vuestras propias manos. Nada de mujeres o esclavos. Solo las mulas, que tienen pezuñas, necesitan que alguien las frote. Yo seré el primero en cumplir estas órdenes, pues un general austero y estricto en el respeto a la ley es útil a sus soldados, mientras que un general maleable y amigo de las dádivas beneficia al enemigo. Los legionarios de este tipo de generales pueden estar alegres, pero son indisciplinados. Muy al contrario, los que sirven bajo un general austero, tendrán un aire más sombrío, no obstante, son más obedientes y están dispuestos a enfrentarse sin miedo a la muerte»<sup>417</sup>. Dentro de una hora volverá a tocar el corno llamándoos a formar. Quien no llegue a tiempo, quien se presente sucio o con la espada incompletamente límpida, recibirá cien latigazos. Y si resiste el flagelo, será degradado a simple legionario. Id y cumplid mis órdenes.

Los centuriones hicieron la carrera de su vida. Ni persiguiendo a un enemigo en fuga habrían corrido tanto. Transcurrida la hora, el corno volvió a sonar y, corriendo como si les persiguiera el mismísimo Hades, se personaron delante de mi tienda.

Si alguien me hubiese preguntado si aquellos hombres eran los que hacía solo una hora habían formado delante de mí, sucios y desaliñados, habría sido capaz de jurar que no. Corazas relucientes. Plumas y crines rojas, blancas y negras decorando los cascos abrigados. Grebas lucientes, túnicas inmaculadas, mojadas todavía, porque no se habían secado totalmente del lavado al que habían sido sometidas. Y, sobre todo, las armas resplandecientes. Con el brazo extendido, sujetaban con la mano derecha un extremo de la vara de vid al tiempo que la apoyaban en el suelo por el otro. Las manos izquierdas agarraban las empuñaduras de los gladios protegidos en sus fundas de cuero que habían lustrado y pulido.

—¡Ahora sí parecéis soldados romanos! Limpiad el campamento de indeseables. Revistad a vuestras centurias, adcentad el fuerte, inspeccionad las guardias y dentro de tres horas que los hombres formen con todo el equipo.

Obedecieron velozmente. Tres horas más tarde, la tropa formaba en perfecto estado de revista. Montado en mi caballo, seguido por mi hermano y mis amigos tribunos, me paseaba por delante de los manípulos mirando el rostro curtido de unos veteranos a los que la molición había convertido en corderos. Presas fáciles para los lobos arévacos. Pero la situación iba a cambiar. Durante días, mientras llegaban los soldados que me habían acompañado desde Roma, sometí a aquellos hombres a un duro entrenamiento.

Marchas y contramarchas de cincuenta kilómetros con más de treinta kilos sobre la espalda. En formación cuadrada, nos alejamos de Numancia con objeto de no tener ninguna «sorpresa desagradable». Si algún legionario se rezagaba o cambiaba de sitio en la fila, sentía en los brazos o en las piernas, las partes de sus cuerpos sin protección, el golpe seco de la vara de vid de su centurión.

Les hacía cavar profundas zanjas y cuando estaban finalizadas, ordenaba que las volvieran a cubrir de arena. Levantaban muros y empalizadas y, una vez terminados, mandaba derribarlos. Construía campamentos y decretaba su demolición con igual rapidez que se habían erigido. No olvidé el adiestramiento con los gladios y las lanzas. Lanzaban las jabalinas y quien fallaba en el improvisado blanco debía cargar con más peso. Les enseñé a manejar la espada y el escudo como me lo enseñó a mí el viejo Estacio.

Un soldado me mostró orgulloso su escudo bellamente ornamentado. «Le manifesté que era un hermoso trabajo de artesanía, pero que convenía que un romano mantuviera sus esperanzas más en la mano derecha que en la izquierda»<sup>418</sup>.

En las paradas de descanso esperaba a que los hombres se recostaran. Entonces, disponía reiniciar la marcha. Cuando aparecieron las tropas que quedaron desembarcando en la playa a la que arribamos, les advertí de cuáles eran mis normas y los sumé a la dura instrucción. Memmio, uno de los tribunos recién llegados, hizo caso omiso a mi orden de que solo conservase un asador, una marmita de bronce y una jarra. En sus acémilas descubrí que llevaba unas crateras con incrustaciones de piedras preciosas para enfriar el vino, obra de Tericles. Le impuse un castigo que duró un mes y le dije:

—Por tu conducta, te has hecho inútil para mí y para la patria por treinta días, pero para ti por toda la vida<sup>419</sup>.

Mis oficiales y yo debíamos ser los primeros en dar ejemplo. En los pocos ratos libres que tenía estudiaba la *Ciropedia* de Jenofonte. En esta excelente obra del historiador griego hallaba

los consejos que necesitaba a fin de comportarme con justicia, ser un buen general y, especialmente, ser útil a mis subordinados.

Cuando consideré que los hombres estaban listos para entrar en combate, regresamos al campamento del que partimos y que estaba cercano a la invicta ciudad arévaca. Tuvimos que reforzar las defensas, cavar trincheras, zanjas, arreglar las maderas del fortín y reparar las torres de vigilancia.

«No llevé a cabo ningún intento contra los numantinos. Todavía examinaba la naturaleza de la guerra a la que nos enfrentábamos, analizaba cuál sería el momento más favorable y trataba de dilucidar cuáles serían los planes de nuestros enemigos. Recorrí la zona en varios kilómetros a la redonda en busca de forraje y seguí los campos de trigo aún verdes de los que se abastecían los arévacos»<sup>420</sup>.

En el castro, los trabajos defensivos no cejaban. A caballo, visitaba las obras de fortificación. En una de las zanjas pregunté al centurión por el estado de sus hombres. Había llovido la noche anterior y la mayoría estaban cubiertos de barro. Me contestó que cansados, pero deseosos de que comenzara la lucha.

—¡Es muy fácil dar órdenes con los cálceos limpios desde lo alto de un caballo! ¡Aquí abajo me gustaría verlo! —La voz salió de un grupo de soldados que cavaba en el fondo de la trinchera y sacaban con una pala la tierra mojada que amontonaban en el borde.

—¿Quién ha sido? —preguntó, iracundo, el centurión—. ¡Has sido tú! ¿Verdad? ¡Maldito vejestorio indisciplinado! ¡No puedes contener tu lengua! ¡Sal del foso inmediatamente! ¡De los cien estacazos no te va a librar ni el mismísimo Baco al que veneras todas las noches!

El legionario subió por la escala de cuerda que daba acceso a la superficie. Estaba embarrado. El pelo, casi blanco, se le había puesto marrón debido al fino limo pringoso. La cara, manchada de lodo, no me permitía calcular su edad. Pero debía tener muchos años. Tenía el torso desnudo. Se había despojado de la túnica al objeto de evitar desgarros en las piedras y en los matorrales. A pesar del barro, pude distinguir las cicatrices de viejas heridas de guerra en el pecho, costado, brazos y piernas.

Cuando hizo el último impulso para salir de la zanja, por unos instantes vi en su espalda las marcas del flagelo romano. Su indisciplinada le había salido cara en anteriores ocasiones. Se puso recto delante de mí y me miró a la cara. Sin miedo. Esperando oír de mis labios el castigo que le imponía. Bajé de mi caballo. Nada más pisar el suelo, el barro me alcanzó hasta los tobillos. Me costaba caminar y casi perdí el equilibrio. Me acerqué al soldado.

—Es un rebelde indisciplinado, general. Como toda esta centuria. Son la escoria de la legión —dijo el centurión—. No está contento si no recibe de vez en cuando su ración de latigazos. —Siguió con las explicaciones. —En la guerra, es un buen soldado, valiente. Pero si no está manejando la espada, es peor que un dolor de muelas.

—Ahora estoy ensuciando mis pies. El borde de mi capa púrpura bordada de oro y plata está barriando el barro que piso. Fue un regalo de mi esposa. ¿Cómo te llamas, soldado? —le pregunté al fatuo legionario.

—Póstumo —respondió.

—¿Póstumo? ¿No tienes unos padres a los que honrar?

—Póstumo. Nada más. No conocí a mis padres. Lo único que recuerdo de mi infancia es que, junto a otros niños, me crió una vieja a la que llamábamos abuela y que nos hizo pasar más hambre que a una babosa arrastrándose por una lápida de mármol. Un día se presentó en casa un anciano decrepito. Yo debía tener siete u ocho años. No sé cuándo nació. Vi que le dio unas monedas a la vieja. El anciano me cogió de la mano y me llevó a una recóndita habitación. Yo

estaba muerto de miedo, pero no lo suficiente como para no coger un tenedor que había sobre una mesa en la que la vieja acababa de trincar un palomo asado del que yo y los otros niños cataríamos los huesos. Escondí el tenedor sin que el anciano se diera cuenta.

En el apartado cubículo, el repugnante viejo se levantó la túnica y me mostró su verga completamente tiesa. Me dijo que se la chupara. Acerqué despacio mi boca y cuando tenía aquel falo negro y arrugado cerca de mi cara, le clavé sin dudarle el tenedor en los testículos. El viejo gritó igual que un verraco y yo salí huyendo de la habitación. En el pasillo empujé a la vieja, que trató de detenerme. Cayó al suelo de espaldas y escuché el crujido de su cadera que se rompía al golpearse contra el suelo. Me escapé y no volví.

Viví en la calle. En invierno, la Cloaca Máxima era mi casa. En verano, cuando el hedor se hacía insoportable, dormía en cualquier callejón donde me sorprendiera la noche. Un día robé en el mercado una manzana. Me atraparon. El juez me dio a escoger entre el circo o la legión. Me decidí por la legión. No tengo alma de gladiador.

—¿Recuerdas cuándo te alistaste?

—Fue durante el consulado de Cayo Claudio Pulcro y Tiberio Sempronio Graco. El padre de tu esposa.

—¡Por los dioses! Han pasado cuarenta y tres años. Debes tener unos sesenta. Hace tiempo que deberías estar licenciado.

—No tengo a donde ir. No tengo casa. No tengo familia. Acabaría engrosando las bandas de delincuentes que merodean por Roma. Prefiero estar aquí. Tengo cama y comida. No necesito mucho más.

—¿Crees que es fácil mandar?

—No parece muy difícil.

—Está bien. Te voy a dar un *cognomen*. Honrarás mi nombre, Publio. A partir de ahora te llamarás Póstumo Publiano. Te asciendo a centurión...

—General, es una locura. Este hombre es un rebelde —me interrumpió el centurión que mandaba la centuria a la que pertenecía Póstumo. Levanté la mano para que el centurión no prosiguiera hablando.

—No te preocupes, centurión. Te asignaré otra centuria. —El veterano soldado quedó complacido.

—Y a ti, como te decía, te asciendo a centurión. Tú y tu nueva centuria tapanéis la zanja en la que estabais cavando y abriréis otra de dos metros de profundidad, uno y medio de ancho y cincuenta de largo. Si mañana, cuando el corno suene para la primera formación, la fosa no está acabada, y tú y tus hombres no estáis alineados delante de la oquedad en perfecto estado de inspección, ordenaré que te crucifiquen en el árbol más grande que haya a la salida del campamento y a tus legionarios los entregaré desarmados y desnudos a los numantinos para que hagan con ellos lo que crean conveniente. Cogí las riendas de mi caballo, monté el animal y me alejé.

Polibio, Lelio y Lucilio habían presenciado la escena. Cabalgaban detrás de mí. Oí a Lucilio, aterrorizado, preguntar a Polibio y a Lelio si cumpliría mi amenaza.

—No te quepa la menor duda —afirmó Polibio.

—Sí. No te quepa la menor duda —confirmó Lelio—. Por su bien, ruego a los dioses que ese hombre cumpla con lo que le ha ordenado Publio.

No dormí bien esa noche. O quizá sería mejor decir que no dormí nada. Pensaba que tendría que ajusticiar a un hombre si no terminaba el trabajo que le había encomendado y a otros ochenta debería entregarlos a un futuro incierto a manos de los numantinos.

Y Cornelia siempre rondando en mis pensamientos. Me costaba no pensar en ella y centrarme en lo que podría ocurrir cuando el *cornicen* tocara formación. Si Póstumo no cumplía el mandato, tendría que crucificarlo. Al amanecer me levanté del lecho de paja que había sustituido a mi camastro y me vestí rápidamente. No había terminado de ajustar el gladio a mi cintura cuando mi hermano Quinto entró en la tienda seguido de mi cuñado. Me traía un plato de gachas y vino caliente.

—Polibio y Lelio me contaron tu encuentro con ese legionario deslenguado. Esperemos que haya obedecido.

—Hiciste bien, cuñado. Yo le habría crucificado directamente por su comentario —apostilló Cayo.

—En ocasiones, la amenaza de un severo castigo puede conseguir más que el propio castigo. No lo olvides, joven Cayo —le expliqué al hijo de Cornelia.

Apenas probé bocado. Tenía un nudo en el estómago. Aparté la tela que servía de portezuela y salí al exterior. Los primeros rayos de sol asomaban por las montañas del Este. Mis amigos esperaban mi aparición. El corno dio su primera llamada. Lucilio puso cara de preocupación.

—Publio, por los dioses, piensa muy bien lo que vas a hacer —me pidió Lucilio.

—No desesperes, amigo mío. Todo saldrá bien. —Traté de calmarlo.

Los seis nos encaminamos hacia donde dejé a Póstumo y a su centuria la tarde anterior. Quinto había mandado extender por el terreno una zahorra de gruesa grava y guijarros que impedía que nos hundiéramos en el barrizal. Alcanzamos el lugar. El flamante centurión estaba esplendorosamente vestido. El casco con tres largas y hermosas plumas rojas apuntando al cielo. La coraza de bronce, reluciente. La espada parecía recién salida de la fragua. Una túnica de lana blanca como la nieve de las montañas que oteábamos en el horizonte cubría su musculosa figura y la protegía de los dañinos roces de la coraza.

No había olvidado el distintivo de su nuevo rango. Una oronda vara de vid que sujetaba entre el brazo y el costado izquierdo. Y los legionarios... los legionarios habrían sido la envidia de cualquier legión. Tan magníficos como Póstumo. Pero lo más importante, la fosa estaba terminada para alivio de mi buen amigo Lucilio.

—Enhorabuena, centurión. Has cumplido con tu deber. ¿Te ha sido difícil mandar?

—No ha sido tan fácil como yo creía. He tenido que hacer uso de la rama de vid, pero como verás, el trabajo está terminado y los hombres listos para la revista.

—¿De dónde has sacado la túnica y todo ese equipo?

—Soy muy bueno con los dados. Lo he ido ganando a lo largo de estos años. Pensaba que, después de tanto tiempo en la legión, algún día sería centurión. Ese día ha llegado.

—¿Y tus hombres? ¿Dónde han conseguido lo que llevan puesto? Gladios y lanzas nuevas. Escudos relucientes.

—Yo no les preguntaría, cónsul. En la legión hay algunas cosas que no se deben preguntar.

Y no pregunté. Pero sabía que su procedencia era el juego, el robo, el contrabando o el cadáver de algún enemigo.

—Estoy satisfecho con vuestro trabajo. A partir de hoy seréis mi escolta personal. —Los legionarios se miraron unos a otros. Esbozando una leve sonrisa. Póstumo les gritó que miraran al frente y no se movieran—. No os alegréis —proseguí—. Esto supone que debéis ser los mejores soldados de la legión, los más obedientes, los más disciplinados. Un ejemplo para vuestros compañeros. Seréis los primeros en entrar en combate y los últimos en retiraros de la batalla. Estaréis en los lugares de mayor peligro y esfuerzo. Y vuestra única recompensa será morir por



Roma. Si alguno deserta y no lo matan los hispanos, lo atraparé la legión. Y desearé que lo haga, porque si no lo atrapa la legión, lo apresaré yo. Y desearéis no haber nacido.

Póstumo y sus hombres satisficieron la confianza que había depositado en ellos. Se convirtieron en los mejores soldados de la legión. Los mejor instruidos, los mejor uniformados, los más obedientes, voluntarios para cualquier cometido. No les importó si el riesgo era grande o pequeño.

No muchas semanas después ordené que se erigiera otro campamento en el lado opuesto al principal. Entregué la responsabilidad de ese campamento a mi hermano Quinto y le di el mando de una gran parte de las tropas. Le dije que no se enfrentara a los numantinos, porque mi intención era conseguir la rendición por hambre.

Finalmente, mandé construir otros fuertes, hasta siete. Y una zanja y una empalizada alrededor de la ciudad. Envié aviso a los íberos que se habían aliado con Roma y a sus caudillos les otorgué la dirección de los fortines. La circunferencia superaba los cincuenta estadios<sup>421</sup>. Nadie podía entrar ni salir de Numancia. Si algún fortín era atacado, la señal de alarma durante el día era un trapo rojo anudado en la punta de una larga pica. Durante la noche se agitaban antorchas encendidas, para que Quinto o yo fuésemos en su ayuda.

Con el tiempo, reforcé la cerca con otro foso detrás, no muy lejos de aquella, lo fortifiqué con otra valla y levanté un muro de ocho pies de ancho y diez de alto. A intervalos de cien pies, erigí torreones de vigilancia desde los que los centinelas alertaban de las incursiones de los arévacos.

Una mañana, cuando estábamos desayunando, el fortín más próximo a mi campamento dio la señal de alarma convenida. La tela roja destacaba sobre el verde de las copas de los árboles y, por su cercanía, a mí me correspondía acudir en su ayuda. Con dos centurias, partí rápidamente en su auxilio. Me acompañaron Lucilio, Polibio y mi cuñado. Lelio quedó a cargo del acuartelamiento. Una de las centurias que llevé conmigo era la de Póstumo.

Mientras corríamos hacia el fuerte de nuestros aliados demandantes de socorro, fuimos emboscados por los numantinos. El ataque al fuerte había sido una treta con la intención de hacernos salir del campamento. No sabría decir cuántos, pero casi cuatrocientos arévacos cayeron sobre nosotros como perros rabiosos. Salían de todas partes. Yo contaba con unos doscientos hombres.

La embestida fue tan rápida que no tuvimos tiempo de formar una muralla con los escudos y así contener la acometida. Cada soldado eligió a sus oponentes. La sorpresa y los números estaban de su lado. La disciplina y la instrucción, del nuestro. El valor se repartía equitativamente entre ambos contendientes porque los hispanos, aunque desorganizados, no temían el filo de nuestras espadas ni las puntas de nuestras lanzas.

Uno saltó sobre mi gladio y lo atravesé completamente. Mi mano, sujetando el hierro, rozó su vientre grasiento. La sangre me manchó el brazo. El arévaco tenía el rostro cerca del mío. Sopló en mi cara su fétido aliento. Lo empujé con fuerza y cayó muerto al suelo. Otros dos se abalanzaron sobre mí. El escudo me preservaba de uno y el gladio del otro. Pero lo que más me sobrecogió fue que por un instante vi a Lucilio desarmado en el suelo. Había perdido el casco y el escudo. El hacha de un salvaje numantino se dirigía hacia su desprotegida cabeza y yo no podía hacer nada.

—¡Lucilio! —Mi estremecedor gritó debió oírse en Roma.

Lucilio cerró los ojos. El hacha estaba ya a pocos centímetros de su frente. De pronto, cuando la muerte estaba a punto de besar a mi amigo, una espada, que pareció salir de la nada, paró el golpe. Era Póstumo. Con el escudo, sacudió la cara del atacante de Lucilio. Lo dejó aturdido.

Antes de que se recuperara, le cortó el cuello con el gladio. El que iba a ser el verdugo de Lucilio se derrumbó como un edificio al que le falla el firme.

Lucilio se puso de pie. Yo, que me había librado de mis adversarios, me acerqué a él. Póstumo rechazaba a los arévacos que nos acosaban. Hasta que, fatigados, decidieron retirarse. La falta de alimentos hizo que les flaquearan las fuerzas. Perdimos a quince hombres, pero los hispanos dejaron cincuenta muertos.

—Gracias, Póstumo —le dije al centurión—. Has salvado a mi amigo y estoy en deuda contigo. Te has ganado la corona cívica<sup>422</sup>.

—Gracias, soldado —le dijo Lucilio—. Te debo la vida.

—Habría hecho lo mismo por cualquier legionario. Simplemente, cumplí con mi deber —respondió Póstumo.

—Lucilio, te dijimos que no te separaras de nosotros —le riñó Polibio al que aún no se le había pasado el susto.

—Es lo que intentaba, pero ese oso numantino se empeñó en llevarme la contraria —comentó, sarcástico, Lucilio.

—¿Cómo estás, Cayo? —pregunté a mi cuñado.

—Se ha portado como un león africano —explicó Polibio.

—Solo tengo un pequeño corte en la pierna. Nada importante —señaló Cayo.

De regreso en el campamento, reunido en mi tienda con mis amigos, mi cuñado y el resto de tribunos militares, empecé a Póstumo. Quería agradecerle de nuevo lo que había hecho por Lucilio y colocar sobre su cabeza la corona cívica.

El centurión estaba orgulloso, agradecido. Quizá mucho más de lo que nosotros lo estábamos con él. Las ramas y hojas verdes de roble, anudadas para formar el círculo coronario, destacaban sobre su canosa cabeza. Después de imponerle la corona, celebramos con vino el triunfo de Póstumo. Asistieron todos los tribunos de la legión.

—Te pareces a Marte. Algo envejecido, cierto, aunque no lo suficiente como para rehuir una buena guerra —alabé a Póstumo en la conversación que mantuvimos.

Lucilio se aproximó a nosotros. Escuchó mi elogio.

—Yo diría que Póstumo se parece a Aristipo el Viejo<sup>423</sup>.

—No conozco a ese Aristipo —dijo extrañado el centurión.

—Aristipo de Cirene llamado el Viejo fue un filósofo griego —le apostillé a Póstumo—. ¿Por qué dices que se parece a Aristipo el Viejo?

—No lo tomes como una ofensa. ¿Cómo iba a ofender al hombre que me ha salvado la vida! Considéralo una alabanza. Al igual que Aristipo, Póstumo se adapta a lo que le ofrece la vida. Aunque en el caso de Aristipo, la acomodación era al lujo y al placer. Fue muy criticado por ello. «En una ocasión pasaba cerca de la fuente donde Diógenes<sup>424</sup> estaba lavando unas hierbas. Diógenes era otro filósofo que vivía en un tonel. Al ver que le observaba Aristipo, Diógenes, malhumorado, le dijo:

—Si hubieses aprendido a prepararte esta comida, no solicitarías el palacio del tirano Dionisio.

A lo que respondió Aristipo:

—Y si tú supieras tratar con los hombres, no estarías lavando hierbas»<sup>425</sup>.

¿O fue al revés? ¿Primero habló Aristipo y después Diógenes? Bueno, en cualquier caso, quería ofrecerte que cuando esta guerra termine, vivas en mi casa. Serías mi... no sé, ¿ayudante?

—Agradezco tus palabras, noble tribuno —respondió desconcertado Póstumo a Lucilio—, pero no sé nada de poesía y casi no sé leer ni escribir.

—Vivirás en mi casa. Necesito un escolta que me cubra las espaldas. En Roma tengo muchos enemigos —hice mi propuesta al viejo soldado.

—Eso sí sabría hacerlo. Gracias, general. —Vi agradecimiento en su mirada, incluso percibí que su voz se quebraba.

—Pues no se hable más —sentencié.

—¿De qué hablabais? —demandó, intrigado, Lelio.

—Publio ha propuesto a Póstumo que sea su escolta en Roma —le explicó Lucilio—. Yo le había dicho que fuera mi ayudante, pero Póstumo concibe que será más valioso con la espada que con la poesía.

—Bravo, Póstumo. Hace tiempo que le había dicho a Publio que no debía ir sin compañía al senado. Las calles de Roma no son seguras para una persona tan conocida. —Se alegró mi estimado Lelio.

Después de aquella conversación, pedí a Póstumo que saliera todos los días con sus hombres a cazar.

—Si tienes suerte —le comenté—, los soldados agradecerán que la ración de comida incluya carne de jabalí o ciervo asado.

También le ordené que, salvo en defensa propia, no molestara a los lugareños, máxime a las mujeres y a los niños. Póstumo me contestó que podía confiar en él. Le tenían por un rebelde, no lo negaba, pero nunca había desobedecido la orden de un superior. Mucho menos ahora que había conseguido un trabajo. Cuando obtuviera la licencia, después de que terminara aquella guerra, sería el escolta personal del senador Publio Cornelio Escipión.

A comienzos de año [426](#), yo estaba en mi tienda leyendo algunos despachos que habían llegado de Roma. El senado había prorrogado mi mandato designándome procónsul. Un manto de nieve blanqueaba el campamento. Hacía un frío invernal que te dejaba el cuerpo entumecido. Teníamos que hacer grandes hogueras e introducir en las «casas» de tela recipientes metálicos llenos de brasas incandescentes para entrar en calor.

Y, aun así, no conseguíamos disipar el gélido ambiente. Hasta el vino se congelaba dentro de las ánforas. Tuvimos que encender fogatas alrededor de la improvisada bodega si no queríamos masticar vino en lugar de beberlo. La guerra continuaba según lo planeado. No nos enfrentábamos a los numantinos. Por los informes de los desertores de la ciudad, sabíamos que el hambre empezaba a torturar a la población. Las escasas reservas de carne ahumada y trigo que tenían se habían agotado. En Numancia no había nada que llevarse a la boca.

Polibio vino a avisarme de que Póstumo y su grupo habían retornado de la partida de caza. Detrás de mi griego amigo entraron Lelio y Lucilio. Una sonrisa burlona se dibujaba en sus rostros.

—Publio, Póstumo ha regresado —dijo, sonriente, Polibio.

Le miré, pero no presté atención a su sonrisa. Tampoco a las risas de Lucilio y Lelio. Seguí leyendo los documentos del senado.

—¿Ha atrapado algún ciervo? —pregunté con exiguo interés.

—Ha cazado una cervatilla —me aclaró Lucilio.

—¿Una cervatilla? ¿Qué vamos a hacer con una cervatilla? Es mejor esperar a que crezcan. Cuando son adultas, proporcionan carne en abundancia.

—Bueno... Un poco crecidita sí que está —volvió a reírse Lelio.

—¿A qué vienen esas risas? —Dejé lo que estaba haciendo. Me levanté y salí de la tienda.

Póstumo cabalgaba hacia donde yo me encontraba. Sus hombres habían desmontado y se dirigían a los corrales a cepillar los caballos y a alimentarlos con el forraje que puntualmente nos

suministraban nuestras tropas acuarteladas en el sur de Hispania.

¡Una misma tierra y qué climas tan diferentes!

En el regazo, con las piernas hacia un lado de la montura y con las manos y pies atados, Póstumo traía a una mujer.

—Te dije que no quería problemas con los lugareños.

—Lo sé, general. Pero a esta mujer la sorprendimos saliendo de la ciudad. Atravesaba nuestras defensas por un pequeño roto que había en la empalizada y que estaba oculto por la nieve. Se escabullía como una serpiente. He creído que, quizá, querrías interrogarla.

Póstumo dejó caer a la mujer desde lo alto del caballo. Quedó tendida en el blanco tapiz que cubría la tierra. Llevaba puesta una capa de lana natural con una capucha que le tapaba la cara. Me agaché. Con mi cuchillo, corté las cuerdas que sujetaban sus pies. Retiré la capucha. El pómulo izquierdo lo tenía amoratado. Había recibido un fuerte golpe. No escudriñé su rostro. Tenía la cara sucia y hierbas enredadas en el pelo.

—¿Era necesario? —pregunté a Póstumo.

El centurión no respondió. Únicamente, desde su caballo, alargó el brazo y me mostró el reverso de la mano derecha. A la altura de donde nace el dedo pulgar, vi la marca de un mordisco aún sanguinolento.

—Cuando la atrapamos, le tapé la boca con intención de que no gritara. Si no llego a golpearla, me habría arrancado el dedo.

Póstumo no había terminado sus explicaciones cuando la mujer, todavía sentada en la nieve, me dio una patada en la espinilla. A pesar de llevarla forrada con piel de carnero con el fin de evitar congelaciones, me hizo bastante daño y faltó poco para que me derribara. Pronunció algo en su idioma que ninguno comprendimos. Aunque no hacía falta. Estábamos seguros de que nos insultaba y nos maldecía con todas las desgracias posibles de sus dioses del inframundo.

—¡Maldita loca! —le grité sujetándome la extremidad dolorida.

—Es peor que una fiera del circo —afirmó Lelio soltando una sonora carcajada.

—Está bien, Póstumo. Descansa un poco. Ve a las cocinas y pide que te sirvan comida caliente. Nosotros nos encargaremos de ella. —Póstumo se alejó.

Entre Polibio y Lucilio la pusieron de pie. Le indiqué a Cayo que le cortara las ligaduras. Mi cuñado me comentó que no se fiaba de ella. Le pregunté si tenía miedo a una mujer. Obedeció con prontitud. Ordené a uno de los legionarios que vigilaban mi tienda que avisara a alguno de nuestros aliados íberos que supiera traducir sus palabras.

—¡No hace falta, hablo tu lengua! ¡Y también sé leer! —pronunció altiva.

Nos miramos estupefactos. Su latín era correcto, aunque su acento arévaco retumbaba en mis oídos igual que una maza cuando martillea el yunque. Vestía una túnica corta de piel de lobo gris. Las piernas las protegía del frío con pieles de cabra sujetas con tiras de cuero. Llevaba unas botas confeccionadas con piel de oso.

—¿Cómo aprendiste mi idioma? —le pregunté enfadado. Aún me dolía la patada que había recibido.

—Siendo muy niña, una tribu rival atacó mi pueblo. Mi madre me gritó que corriera hacia el bosque y que no mirara atrás. Mis padres fueron asesinados. Pude verlo escondida detrás del tronco de un viejo roble. —Le costaba pronunciar la letra erre—. Durante tres días vagué entre los árboles, hambrienta, medio muerta. Faltó muy poco para que siguiera a mis padres en su largo viaje. Me encontró un veterano de la legión. Tras servir en el ejército, decidió quedarse en Hispania. Su esposa era íbera. Tenía una casa pequeña, suficiente para los tres. No había tenido descendencia y me educó como a una hija. Él me enseñó a leer y a escribir la lengua de los

romanos. Viví con mis padres adoptados —adoptivos, la corregí— siete años. Una noche se declaró un incendio y ambos murieron asfixiados. Tenía catorce años y yo misma enterré sus cuerpos carbonizados. Estuve una semana subsistiendo entre las ruinas de la casa, comiendo la fruta madura que caía de los pocos árboles que teníamos en un huerto aledaño hasta que me recogieron unos cazadores de Numancia. Me llevaron a su ciudad y me entregaron a la sacerdotisa de Astarté<sup>427</sup>. Yo también soy sacerdotisa consagrada a Astarté y soy virgen. Si me pones la mano encima, la ira de mi diosa acabará contigo.

—Hasta ahora, tu diosa no ha hecho mucho por vosotros. ¿Cómo te llamas, sacerdotisa de Astarté? Tendrás un nombre —pregunté intrigado.

—Mi nombre es Aretaunin, aunque mi padre romano me llamaba Valeria.

—Si no te importa, te llamaremos Valeria. ¿Sabes tu edad? Calculo que tendrás unos treinta y cinco o treinta y seis años.

—Treinta y cuatro. Tengo treinta y cuatro años.

—¿Cómo sabes con tanta exactitud tu edad? —Ahora el curioso era Polibio.

—Cierto. No conozco a un íbero que sepa su verdadera edad. —Se entrometió Lelio al que también «picaba» la curiosidad.

—Mi padre me dijo que yo nací una noche en que la luna desapareció del cielo. Se lo conté a mi padre romano y él me refirió que eso ocurrió durante el consulado de un romano importante que se llamaba Lucio Emilio. Un general vuestro que ganó una famosa batalla a un rey que vivía en un país situado donde nace el sol. Mi padre romano fue el que me dijo mi edad y el día que yo nací. Desde entonces, con la llegada del verano, he ido añadiendo un año más.

—¡Por los dioses! Naciste la noche anterior a la batalla de Pidna. Ese romano importante del que hablas era mi padre.

Cambió la expresión de su rostro. La ira dio paso al desconcierto.

—No debes temernos. Nadie te molestará —le comenté para calmarla.

—Yo no os tengo miedo. Déjame ir con mi pueblo. —Nuevamente afloró el orgullo.

—No puedo dejarte marchar. No hasta que me hayas contando qué hacías fuera de la ciudad y si hay más numantinos que se hayan fugado.

—Romano, no tengo nada que decirte.

No le contesté. Dispuse que se levantara una tienda cerca de la mía y que varios legionarios montaran guardia a su alrededor. También ordené que pusieran dentro brasas que calentaran el interior, una cama y algunas mantas. Mandé que vinieran dos mujeres íberas de las muchas que habían seguido a nuestros aliados y les pedí que le prepararan un baño. Les pagué con unas monedas de plata.

—No pienso bañarme.

—Eso lo veremos. Apesta a tocino rancio y no me extrañaría que tuvieras piojos.

—Si alguien me toca, le clavaré las uñas.

—Tienes dos opciones. O te bañan estas mujeres, o llamo al romano que te trajo en su caballo y le digo a él que te lave. Ya has visto de lo que es capaz. ¡Quemad sus ropas! ¡Restregadla bien con jabón y cepilladle el cabello! —grité a las mujeres que acompañaban a Valeria a su nueva morada.

Me giré hacia donde estaban mis amigos y mi cuñado.

—Lucilio, fuera del campamento debe haber algún mercader con finas telas o túnicas femeninas que venden a las prostitutas. Cómprale algo que cambie su aspecto. Así vestida diría que es un espíritu de los bosques. De esos de los que tanto hablan los hispanos. Añade al lote una gruesa capa de lana. No queremos que fallezca de frío.

Lucilio abandonó el campamento y volvió seguido de dos esclavos cargados cada uno con varios sacos de tela. Gritó a las mujeres que se ocupaban de Valeria que salieran a recoger lo que había traído. Mucho más de lo que yo le había encargado.

Mientras las féminas se ocupaban de «nuestra invitada», seguí con mi trabajo. Había numerosos documentos oficiales del senado que reclamaban respuesta. Horas más tarde, cuando ya había anochecido, una de las íberas se presentó en mi tienda y me dijo que la sacerdotisa ya estaba aseada y vestida. Le indiqué que la trajera. Valeria entró. Su aspecto había cambiado por completo.

Lucilio no había escatimado en gastos para que pareciera una noble romana de familia adinerada. Hasta pendientes de oro y un collar de plata lucían en sus orejas y cuello. La túnica era anaranjada, ribeteada con bordados de hilo rojo que dibujaban motivos griegos. El peinado despejaba el pelo de su cara, lo que permitía apreciar la dulzura de sus facciones. Su pelo era atezado, relumbrante. Semejante al negro fulgente de la pluma del mirlo. Su figura era admirable. Un poco delgada. El hambre la había afectado. No muy alta, como casi todos los íberos. Pero habría sido la envidia de las jóvenes de Roma.

La piel bronceada, rasgo muy típico de su raza, reflejaba la luz mortecina de las velas que, temerosa, se deslizaba alrededor de su cuerpo cobrando vida e iluminando mi cubículo igual que habría hecho una estrella caída del cielo. La boca pequeña, no obstante, deliciosa. Los pechos prominentes, sensuales. A punto de hacer su aparición por encima del pronunciado escote.

Pero lo que más destacaba de aquella mujer, lo que más te sobrecogía, eran sus flamígeros ojos violetas. El color de las flores que acolchan el suelo fértil de Hispania en primavera. El violáceo matiz de sus ojos delataba que, en algún momento de la historia, los celtas visitaron el poblado de sus antepasados. Idéntico origen que los ojos azules de Cornelia. Su mirada podía leer en lo más profundo de mi alma. Saber lo que estaba pensado, lo que sentía. En toda mi vida solo he considerado a tres mujeres auténticas Afroditas y diosas de la belleza: Cornelia, Livia y aquella mujer arévaca que, asustada, me observaba con sus grandes ojos violetas.

Me levanté de mi silla. Me aproximé a ella.

—Estás... ¡Estás muy hermosa!

—Si con estos regalos piensas que vas a ganar mi favor, estás muy equivocado, romano.

—Publio, mi nombre es Publio. Debes estar hambrienta. He pedido que nos traigan la cena. Tendrás que conformarte con la comida de la legión. Aunque será mejor de lo que hayas comido últimamente.

Nos sentamos en una mesa en la que dos esclavos nos sirvieron la cena, ella enfrente de mí. Valeria comió, devoró todo lo que le trajeron como si fuese la última noche de su vida, como si el sol no volviera a nacer al día siguiente. En nuestro primer encuentro a solas, hablamos muy poco. Dejé que saciara su apetito y que se retirara a dormir cuando finalizó «el banquete».

Por la mañana, después de la primera formación y de repartir los trabajos, mis amigos me preguntaron por Valeria.

—No hablamos mucho. Tenía un hambre voraz. Hacía días que no comía.

—¿Le gustó lo que le compré? —preguntó Lucilio.

—No lo sé. Ya te he dicho que se pasó todo el rato comiendo. Pero os sorprenderéis cuando la veáis. La condenada es tan hermosa como esta tierra en primavera.

—¿No habrás...? —inquirió Lelio.

—¿No habré qué, Lelio? Tu perplejidad me ofende.

—Disculpa, Publio. No dudo de tu honradez, pero si es tan hermosa como dices, quizá habría pretendido seducirte con la intención de escarpar a la primera oportunidad que se le presente.

—No ocurrió nada reprochable. Simplemente comió y se retiró a descansar. Hoy comerá con nosotros en mi tienda. Con un poco de sutileza, la interrogaremos entre todos y nos dirá lo que queremos saber.

Después de una dura jornada en la que comprobamos las empalizadas y los fosos, visitamos los fortines, vigilamos las guardias en los torreones y la instrucción de las tropas, a la hora del almuerzo, mis amigos, mi cuñado y mi hermano Quinto a quien pedí que estuviera presente, se personaron en mi alojamiento.

Departíamos sobre la situación en Roma. Las noticias que recibíamos no eran en absoluto tranquilizadoras. Tiberio era tribuno de la plebe y estaba soliviantando al pueblo. Uno de los legionarios que vigilaban la tienda de Valeria me comunicó que la mujer íbera estaba en la puerta. Le dije que la dejara pasar. Nada más cruzar Valeria el umbral de la portezuela de tela, nos quedamos en silencio. Quinto y mis amigos con la boca abierta. Mi cuñado Cayo no pestañeaba. En sus caras se dibujaba la misma expresión que yo tuve la primera vez que vi a Cornelia. Valeria estaba radiante. Además, tras la opípara cena, el color de sus mejillas había mejorado. Lucilio, el poeta, fue el primero que osó pronunciar unas palabras.

—La estación de las flores se ha adelantado. «El hombre que te ame, que se presente como admirador de tu edad y de tu hermosura, y prometa que será tu amigo»[428](#).

—Y Fedro le dijo a Sócrates: «Dime, Sócrates, ¿no es aquí, en cierto punto de las orillas del Illiso, donde Bóreas[429](#) robó, según se dice, a la ninfa Oritía?»[430](#) —exclamó Lelio, el experto en las obras de Platón.

Y Polibio, que no quería ser menos que Lelio y Lucio, recitó otra frase del diálogo platónico:

—«La belleza brilla entre todas las demás esencias, y en nuestra estancia terrestre, donde lo eclipsa todo con su resplandor, la reconocemos por el más luminoso de nuestros sentidos. La vista es, en efecto, el más sutil de todos los órganos del cuerpo»[431](#).

Quinto estaba extasiado. A Cayo le tuve que empujar la barbilla hacia arriba con el dedo para que cerrara la boca. Yo me limité a invitarla a que tomara asiento. No la tratamos como a una enemiga. Queríamos ser unos perfectos anfitriones, aunque no desperdiciamos la ocasión de interrogarla. Nos sentamos en una mesa alargada de madera. Yo en un extremo. A mi diestra, Valeria, quien extrañada con nuestras adulaciones nos preguntó:

—¿Siempre tratáis así a vuestros prisioneros? Porque si es así, Numancia se rendiría en cuestión de minutos. Sois unos soldados muy raros.

—Somos soldados, tienes razón, pero sabemos valorar la beldad de una mujer, la armonía del canto de un bardo o la belleza del fútil aleteo de una frágil mariposa —le aclaré.

—Sé que tu nombre es Publio y que tu padre fue un general importante. ¿Quiénes son tus amigos?

—El fortachón de pelo gris que está a tu derecha es mi hermano Quinto. Este apuesto joven — señalé a mi cuñado— es Cayo, el hermano de mi esposa. Los otros tres son mis mejores amigos: Lucilio, el poeta y quien te ha comprado las ropas y las joyas; Lelio, el filósofo platónico, y aquel es el griego Polibio, el historiador —hice las presentaciones.

—Gracias por tus regalos, poeta. —Lucilio correspondió a su agradecimiento asintiendo con la cabeza—. ¿Qué es un filósofo platónico? —preguntó curiosa.

—Alguien que estudia la filosofía de Platón —le respondí.

—No conozco a Platón y no sé lo que es la filosofía. ¿Es otro amigo tuyo?

Mis amigos sonrieron la candidez de Valeria.

—Me temo que no. Platón era un hombre de Grecia, un país muy lejano, que escribió numerosos libros y que quería saber la verdad de las cosas. Vivió hace muchos años. —Traté de

que mi explicación fuera lo más sencilla posible.

—¿Escribió muchos libros? Mi padre romano tenía uno en casa. Se lo dio otro legionario veterano en pago de una vieja deuda. Con ese libro me enseñó a leer. Se perdió en el incendio. Era muy divertido. Contaba la historia de un joven que, en ausencia de su padre, compraba la libertad de su amada y se gastaba la fortuna familiar. Cuando el padre regresó, un esclavo le hacía creer que en la casa donde estaba el hijo con su amante había un fantasma. Conseguía así alejarlo de la pareja.

—*¡La comedia del fantasma!*<sup>432</sup> —gritamos al unísono Lucilio y yo—. Es una comedia escrita por un romano que se llamaba Plauto —le revelé.

—Ese nombre lo recuerdo. Mi padre me dijo que había escrito muchas historias y que todas eran muy divertidas.

—Espera. Tengo algunos libros de Plauto. Creo que *La comedia del fantasma* está entre ellos. —Me dirigí hacia una caja enorme donde guardaba los libros que había traído conmigo desde Roma—. Aquí está. —Se lo mostré a Valeria. Ella lo desenrolló y leyó en voz alta, con dificultad, las palabras que pronuncia el esclavo Grumión al comienzo de la obra:

—«¡Venga, sal ya de la cocina, sinvergüenza...!»<sup>433</sup>.

Se le hizo un nudo en la garganta, no pudo continuar. Con lágrimas en los ojos nos dijo:

—Lo siento, me trae gratos recuerdos. Me acuerdo de mi padre romano. Fue muy bueno conmigo. —Valeria me devolvió el libro.

La tristeza de Valeria nos enmudeció por unos segundos. Lelio rompió el mutismo.

—Dinos, Valeria, ¿qué hacías fuera de la ciudad? Corriste mucho peligro. Cualquiera de nuestros centinelas podría haberte matado.

—Además de sacerdotisa, soy sanadora. Buscaba hierbas para curar a los enfermos.

—¿En esta estación del año? —siguió Lelio.

—No solo las hierbas del suelo sirven para sanar. Las hojas de ciertos árboles también me sirven para preparar mis... ¿cómo se dice en vuestro idioma?...

—Pócimas —señaló Lucilio.

—¿Cuál es la situación en la ciudad? —Quinto fue más directo.

—Estamos pasando mucha hambre. Alguno hablaba de comerse a... —Valeria calló. No terminó lo que iba a decir.

—¡Muertos! —exclamó Polibio.

—¡Eso es propio de bárbaros! —manifestó mi cuñado.

—¿Y qué somos nosotros para vosotros los romanos? ¿No somos unos salvajes? Tú no sabes lo que es pasar hambre. Oír el llanto de los niños hambrientos y ver la desesperación de unos padres que no pueden alimentarlos.

—Tu pueblo puede terminar con esta guerra que dura ya muchos años —le comenté justificando la situación.

—¿Y cuál sería el precio? ¿Nuestra libertad?

—La orden del senado es que destruyamos Numancia y que sus habitantes sean vendidos como esclavos. No puedo desobedecer ese mandato. Al menos, conservaréis la vida. Y si dais con un buen amo... Fíjate en Polibio. Llegó a mi casa siendo un rehén de Roma y ahora somos como hermanos. —Era imposible que Valeria aceptara mi razonamiento, pero no quería parecer rudo.

—Si tuvieras que elegir entre la libertad o la vida, ¿qué escogerías? —me volvió a preguntar.

No respondí. Aunque por supuesto escogería la libertad. Simplemente seguí comiendo la carne cocida condimentada con especias que un esclavo me había servido.



Pasaron los días. Los días se transformaron en semanas y las semanas en meses. Quinto regresó a su campamento y mis amigos y mi cuñado estaban muy ocupados con sus quehaceres tribunicios. La situación era tediosa. Leer despachos oficiales, alguna anodina carta de Sempronia o epístolas más interesantes de Panecio. No recibí misivas de Cornelia. Supongo que temía escribir algo comprometedor y que la carta cayera en manos de algún desaprensivo. Cada día me despertaba con la esperanza de que los numantinos enviaran emisarios ofreciendo la rendición. No deseaba otra masacre como la de Cartago. Valeria me sacaba de la rutina. Yo era el que pasaba más tiempo con ella. Le permití moverse libremente por el fuerte, pero siempre seguida por dos legionarios.

Mi relación con ella se fue haciendo más estrecha. Le presté otros trabajos de Plauto que devoraba como la primera cena que tuvimos el día de su apresamiento. Sin darnos cuenta, de la suspicacia pasamos a la confianza mutua, de la confianza a la amistad y de la amistad al afecto. O eso creía yo hasta el día que le comuniqué que podía volver con su pueblo si era lo que anhelaba. Fui un ingenuo que no comprendió los sentimientos de Valeria.

Lo recuerdo como si fuera ayer. En las idus de mayo del año 620 a. u. c.[434](#), Hispania era un paraíso policromado repleto de infinidad de aromas y fragancias que expelían las flores de centenares de especies florales diferentes. Un paisaje blanco y frío había dado paso a un mundo lleno de vida y verdor, aunque con la herida abierta de una cruenta guerra. Muchas de aquellas flores eran desconocidas para mí.

Paseábamos por los alrededores del campamento, seguidos a corta distancia por Póstumo y varios de sus legionarios que nos daban protección. Valeria reía mi ignorancia en botánica y me decía el nombre de cada florecilla. Unas veces en latín, si se acordaba, y otras en íbero. Le aclaré que en mi biblioteca de Lavernium tenía la *Historia de las plantas* de Teofrasto[435](#). Le prometí leerla cuando volviera a Roma. Ella, extrañada, me preguntó:

—¿Cómo es posible que alguien haya escrito un libro sobre las plantas?

—No solo sobre plantas, sino sobre cualquier materia que se te ocurra se han escrito libros — le respondí.

—Sobre animales. ¿Se han escrito libros sobre animales?

—Por supuesto. Aristóteles escribió varios libros sobre los animales.

—Debía ser un hombre muy inteligente.

—Lo era.

—¿Y también tienes sus libros?

—Tengo bastantes. No todos, porque Aristóteles escribió sobre muchos temas.

—¿Cuántos libros tienes en ese sitio? ¿Cómo lo llamaste... bibli...?

—Biblioteca. Tengo miles de libros.

—Te estás riendo de mí. No creo que haya mil libros en todo el mundo

—No me río de ti, Valeria. Te digo la verdad. En mi casa de Lavernium tengo miles de libros.

Tantos que todavía no he podido contarlos.

—Hay un tema sobre el que seguramente nadie ha escrito un libro.

—¿Cuál?

—El amor.

—Me reí amigablemente.

—¿Por qué te ríes? —Me empujó con suavidad.

—Porque creo que el amor es el tema que más literatura ha producido.

—Algún día, me encantaría leer esos libros que hablan del amor.

No dijo nada más. Solo me cogió de la mano y continuamos con nuestro paseo. Ella reclamaba mi atención con cada nueva florecilla que descubría. Yo acercaba la nariz y apreciaba el perfume

que los coloridos pétalos desprendían. Regresamos al campamento. Atravesamos la entrada. Los legionarios de la guardia me saludaron apoyando el puño derecho sobre el corazón. Pedí a Valeria que me acompañara a mi tienda. Tenía algo importante que decirle.

Nos sentamos uno enfrente del otro. Reservaba una botella con hidromiel y llené dos vasos. Valeria estaba bellísima. La dicha inundaba su cara. Hasta que le manifesté mis intenciones.

—Valeria, ha llegado la hora de que vuelvas con tu pueblo. —La felicidad que había en su rostro desapareció de repente.

—¿Por qué? Si en algo te he ofendido, te ruego que me disculpes.

—¡No, por Hércules! No me has ofendido. Simplemente creo que ha llegado el momento de que regreses con tu gente. Además, en tu posición de sacerdotisa de Astarté, podrás influir en los jefes de Numancia para que se entreguen. Ya ha corrido demasiada sangre. Romana e íbera.

—¿Quieres que traicione a mi pueblo?

—No te estoy pidiendo que traiciones a tu pueblo. Quiero que me ayudes a terminar con esta guerra.

—¡Para que seamos tus esclavos!

—Para que conservéis la vida.

—Cuando me pediste que entrara en tu tienda, pensé que me ibas a decir... —No terminó la frase—. Me ofreciste hidromiel, endulzaste mi boca, querías que no saboreara la amargura de la decepción.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Tienes muchos libros sobre el amor y no sabes nada sobre las mujeres. Deberías leer esos libros de los que presumes. —Livia también me dijo en nuestro último encuentro que no sabía nada sobre las mujeres. Entonces yo tenía dieciséis años.

—Debes amarla mucho.

—¿A mi esposa?

—No amas a tu esposa. Si la amaras, hablarías más de ella. Comentarías cualquier gesto o cualquier palabra que te la recordara. A veces, en nuestros paseos, se acercaba un soldado con una carta de tu mujer y ni siquiera la abrías. Amas a otra, de eso estoy segura. ¿Puedo saber su nombre?

—Se llama Cornelia.

—Es tu amante.

—Es la madre de mi esposa. —La sorpresa fue mayúscula.

—¿Y por qué te casaste con su hija?

—Cornelia me lo pidió.

—Sois muy raros los romanos. Amas a una mujer que te pide que te cases con su hija. Además, es la madre del joven Cayo. ¿Él lo sabe?

—Solo lo saben mi hermano y mis amigos.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí?

—Porque me has preguntado.

—Podrías haberme mentido.

—Entonces traicionaría nuestra amistad.

—¿Amistad? ¿Es lo único que sientes por mí?

—Sí. Una gran amistad.

—Si solo soy tu amiga, podrás poseerme sin remordimientos. —Valeria se puso de pie, deslizó hasta la cintura la túnica de color azul violáceo que hacía juego con sus ojos, regalo también de Lucilio, y dejó sus bronceados senos al descubierto.

—«Una mujer hermosa lo está mucho más desnuda que vestida»<sup>436</sup>, pero te estimo en demasía. Nunca mancillaría tu pureza. Por ti, por mí y porque tu pueblo no te aceptaría como sacerdotisa si perdieras tu virginidad.

Con el torso aún desnudo, la besé en la frente. Le subí la túnica hasta los hombros y le pedí que recogiera sus cosas. Unas lágrimas, expresión del alma, germinaron de sus preciosos ojos y humedecieron sus mejillas.

—Está bien, me iré enseguida. Vine sin nada y me marcharé sin nada. Solo con estas ropas, puesto que quemaste las pieles que vestía el día que nos conocimos.

—No tienes que irte ahora. Y tus pertenencias son un regalo de Lucilio.

—Y por ello le estoy agradecida, pero no quiero nada de Roma. Prefiero una rápida despedida.

Valeria estaba transida de dolor. No fue mi intención romperle el corazón. Mi obsesión por Cornelia me cegaba el amor de otras mujeres. Si hubiera sido consciente de lo que ella sentía por mí, habría tratado de remediarlo.

—Adiós, Publio.

—Adiós, Valeria.

Póstumo la escoltó hasta las puertas de Numancia. Por encargo mío, le entregó los rollos de papiro que contenían *La comedia del fantasma* de Plauto. Fue lo único que aceptó. Mi hermano y mis amigos protestaron la partida de Valeria. Les señalé que no podíamos y tampoco debíamos retenerla. Lelio me dio la razón. Quinto fue más explícito. Me señaló que había confiado en que Valeria me ayudara a olvidar.

La tarde siguiente reuní a los tribunos. Quería que me informaran de la situación de las tropas y de las novedades ocurridas en los fortines la última semana. La separación de Valeria aún pesaba en el ánimo de los que la habíamos conocido. La echábamos de menos. Quizá ello explique lo que sucedió ese día, que me alejó definitivamente de Cornelia y me valió el odio de Cayo y el de Sempronio.

Durante la asamblea con mis oficiales, un correo interrumpió mi exposición. Traía las más funestas noticias de Roma. Tiberio, el hijo mayor de Cornelia y tribuno de la plebe, había sido asesinado y con él habían perecido también decenas de sus partidarios. Según el mensajero, se había sublevado contra la república. Yo, alterado por la ausencia de Valeria, hice un comentario del que no tardaría en arrepentirme. Delante de Cayo y de todos los tribunos exclamé:

—¡Siempre así; quien tal haga, que tal pague!<sup>437</sup>.

Mi cuñado salió inmediatamente de la tienda. El ceño de su expresión jamás lo olvidaré. Si su mirada hubiese sido un puñal, me habría segado la garganta. No volvió a hablarme ni a compartir mi mesa en lo que restó de campaña, salvo para responder a mis órdenes con un lacónico «Sí, general». Me hubiese gustado disculparme y obtener su perdón por lo que había dicho de su hermano, pero Cayo no me lo permitió. Y, por supuesto, escribió a su madre y a mi esposa, su hermana, y les contó lo que yo había dicho.

A finales de julio, mes y medio después del alejamiento de Valeria, Avaro, el jefe de los numantinos, solicitó entrevistarse conmigo. Nunca supe si la bella sacerdotisa tuvo algo que ver en aquella petición. El hambre era ya insostenible, raro era el día que no se producían decenas de muertes en la ciudad. Después de comerse las reservas de trigo, se alimentaron con los animales. Caballos, perros, hasta las ratas desaparecieron de Numancia. Continuaron con las pieles, hirvieron el cuero y lo masticaron para engañar al estómago.

Cuando ya no hubo nada que llevarse a la boca, los que tuvieron menos escrúpulos, optaron por la carne de los muertos. Yo pensaba en Valeria, y en que quizá me precipité cuando le dije que volviera con su pueblo. Acepté la reunión con Avaro. Se presentó en mi campamento con cuatro

de sus hombres. Los arévacos querían saber si los trataría con moderación si se entregaban voluntariamente. El caudillo numantino me habló del valor de las gentes de Numancia y de que solo habían luchado por defender a sus familias y por seguir siendo libres.

—«Por lo que muy en especial —dijo—, Escipión, es digno que tú, poseedor de una virtud tan grande, te muestres generoso con este pueblo valeroso y nos ofrezcas, como alternativa de nuestras desgracias, condiciones más humanas que seamos capaces de admitir, una vez que acabamos de experimentar un cambio de fortuna. Así que no está ya en nuestras manos, sino en las tuyas, o bien aceptar la rendición de la ciudad, si concedes condiciones mesuradas, o consentir que perezca totalmente en la lucha»<sup>438</sup>.

—Por los desertores y los íberos que hemos apresado conozco la situación de Numancia. No os queda nada que comer. Ni siquiera os quedan ánimos para proseguir la guerra. Vuestras mujeres y vuestros hijos se mueren de hambre. Vosotros mismos estáis escuálidos. Si queréis poner término a esta situación, debéis entregar vuestras armas, rendir la ciudad y aceptar la voluntad del senado y del pueblo de Roma. —Fueron mis palabras exactas. Conservo las actas que transcribió un escriba.

Los arévacos sabían que la voluntad de Roma era arrasar Numancia y reducir a sus habitantes a la esclavitud. Cuando Avaro y sus acompañantes comunicaron a los numantinos mis condiciones, se lanzaron furiosos sobre ellos y los asesinaron, convencidos de que habían negociado conmigo su propia seguridad personal.

Dos días más tarde, a principios de agosto, un emisario arévaco se personó en mi campamento a decirme que Numancia se rendía. La mañana siguiente, con dos manípulos de legionarios, nos acercamos a las murallas de la tenaz urbe.

Mis amigos y yo estábamos ansiosos por conocer la suerte de Valeria. Las puertas se abrieron. Por delante del victorioso ejército romano desfilaron unos pocos centenares de hombres, mujeres y niños famélicos, esqueletos cubiertos de piel sin apenas fuerzas para andar. Sucios, con el pelo largo y enredado, los ropajes hechos jirones, despedían un olor pestilente. Ordené que se les diera de comer alimento ligero que sus vientres encogidos pudieran soportar. Los niños tenían las tripas hinchadas, muestra evidente de que habían tragado tierra con la que matar el hambre insoportable. Pregunté a un anciano cadavérico por el resto de la población.

—¡Han escogido su propio destino! —me respondió.

La afirmación del anciano dio paso a una negra humareda que se elevó por encima de la ciudad. Escuché gritos agónicos y por último observé las lenguas de fuego de una inmensa hoguera que arañaban el cielo para acercar a sus dioses íberos los espíritus de los valientes numantinos que se lanzaban a la pira después de dar muerte a sus esposas e hijos.

Corrí hacia Numancia, gritando el nombre de Valeria. Quinto, Lelio, Polibio y Lucilio me siguieron asustados. En medio de lo que parecía un pequeño foro, los numantinos habían acumulado una montaña de leña, le habían prendido fuego y se arrojaban junto a sus familias a las llamas maldiciendo el nombre de Roma. Intenté evitarlo, pero mis amigos me sujetaron porque habría corrido la suerte de aquellos desdichados. Situados a escasos metros del candente infierno, nuestra piel enrojeció por el virulento calor. Las casas de adobe también ardían. Llamábamos a Valeria, pero nadie respondía. Hasta que Lelio recordó su nombre íbero.

—¡Aretaunin!

Los cuatro seguimos el ejemplo de Lelio. En una de las callejuelas, una mujer moribunda, tirada en el suelo, señaló una casa grande y nos dijo:

—¡Astarté! —Nos indicaba la dirección del templo de la diosa. Valeria era sacerdotisa de Astarté. El fuego se propagó rápidamente al techo de paja y madera del santuario. Derribamos la

puerta. El humo nos imposibilitaba respirar.

—¡Valeria! ¡Valeria! —No obtuvimos respuesta. Me fijé en una cortina que cubría el hueco que daba acceso a una habitación.

—¡Valeria! —grité desesperado mientras apartaba la raída tela que ocultaba la estancia.

En una de las esquinas del cuarto, sobre un deteriorado camastro, yacía el cuerpo inerte de Valeria. Abrazaba sobre su pecho el libro que yo le había regalado que contenía *La comedia del fantasma* de Plauto. Vestía la misma túnica azul violácea que el día que nos despedimos. En una mesa había un recipiente con frutos maduros de belladona. La incorporé, golpeé su vientre en un desesperado intento porque vomitara el veneno, pero su piel estaba fría, llevaba varias horas muerta.

Valeria ya descansaba junto a su diosa Astarté. La alcé entre mis brazos. Mis amigos me pidieron que me apresurara. El tejado estaba a punto de derrumbarse. El olor a carne quemada inundaba la ciudad. Con dolientes lágrimas en los ojos, salimos de Numancia en dirección a nuestro campamento. Llevé el cadáver de Valeria a mi tienda, lo deposité en mi cama. Parecía dormida. No había perdido un ápice de belleza. Me senté a su lado, recé a su diosa. Rogué a los dioses inmortales que acogieran el alma noble y bondadosa de Valeria.

—¡Ha sido culpa mía! ¡Ha sido culpa mía! —no cejaba de repetir en voz alta.

Quinto y mis amigos, de pie, estaban igualmente apenados. Sin embargo, yo unía la culpa y el remordimiento a la pena. Por ello, no hallaba consuelo. Noté que una mano se posaba en mi hombro. Giré la cabeza. Vi el amable rostro de Polibio.

—No te culpes, Publio. Ha sido voluntad de los dioses —dijo mi griego amigo.

—No, Polibio. Los dioses no la empujaron a que regresara a Numancia.

—¿Y qué podías hacer?

—Retenerla. Dejarla aquí entre nosotros.

—¿Y después qué? ¿La hubiésemos condenado a la esclavitud como exigía el senado? ¿Te la habrías llevado a Roma?

—Pero ella no se merecía este final.

—Fue su voluntad. Es difícil encontrar una explicación al suicidio. Es una decisión tan egoísta y personal que escapa a cualquier razonamiento lógico.

Por la tarde celebramos el funeral de Valeria. Pedí a Póstumo que, con su centuria, preparara una pira funeraria en un claro del bosque al que me llevaba Valeria cuando salíamos a pasear. Se localizaba a unos doscientos metros de la empalizada trasera del fuerte. Un lugar despejado de árboles, pero repleto de acampanadas florecillas violetas, el color de sus ojos. Póstumo improvisó también una litera con tablones, la cubrió con una rica piel de oso, la decoró con flores multicolores y depositamos encima el cuerpo de nuestra amiga. Entre mi hermano Quinto, Polibio, Lelio, Lucilio, Póstumo y yo, transportamos a Valeria hasta la pira.

Empezaba a anochecer. Yo me situé en la esquina delantera derecha de la compuesta litera que apoyaba sobre mi hombro izquierdo. Quería tener cerca de mi cara el apacible semblante de Valeria. Imaginar que su cautivadora mirada reviviría de nuevo para escrutar en lo más hondo mi corazón. Detrás de mí, Polibio y Lelio. En el otro lado, mi hermano Quinto, Lucilio y Póstumo, quien, sin yo saberlo, había demandado a sus hombres que con antorchas encendidas cubrieran todo el camino hasta la pira.

Cuando salimos de la tienda, los tribunos, centuriones y muchos legionarios nos esperaban dispuestos a seguirnos. Unos en homenaje a Valeria. Otros para honrar la tristeza del general que les había conducido a la victoria pagando un precio muy pequeño en vidas de quirites. Hasta Cayo estaba presente. No me dijo nada. Valeria igualmente había sido su amiga.

Los dos centenares de metros se me hicieron eternos. Pedí a Júpiter que devolviera la vida a Valeria. Pero Valeria ya viajaba entre las estrellas del firmamento, llena de paz y felicidad. Dichosa al reunirse por fin con sus padres íberos y con su padre romano. Colocamos la litera sobre la pira. En el costado de mi bella hispana puse el libro de Plauto *La comedia del fantasma*. Póstumo me acercó la antorcha que sostenía uno de sus soldados y encendí la leña.

—Adiós, Valeria. Que volvamos a vernos en la otra vida —fue lo único que acerté a decir.

Mientras su cuerpo era consumido por el fuego, los que habían formado parte del fúnebre cortejo se fueron retirando. Solo nos quedamos los seis que habíamos portado la litera. Lucilio, en honor a la sacerdotisa de Astarté, exclamó:

—Por ti Valeria, «¡Llor a Numancia, ciudad valiente y esforzada que, a pesar de sus infortunios, fue capaz de resistir durante tanto tiempo con sus solas fuerzas a la nación que disponía de todas las del universo!»[439](#).

No faltaban razones a Lucilio por su hermosa alabanza. «Tan grande fue el amor a la libertad y el valor existentes en esta pequeña ciudad arévaca, que a pesar de no haber en ella en tiempos de paz más de ocho mil hombres, ¡cuántas y qué terribles derrotas infligieron a los ejércitos romanos! ¡Qué tratados concluyeron con ellos en igualdad de condiciones, tratados que hasta entonces a ningún otro enemigo había concedido el senado!»[440](#).

¡La guerra numantina había terminado!

Semanas más tarde, cabalgábamos hacia la costa Este de Iberia con objeto de embarcar en la galera que nos trasladaría a Roma. Cuando nos alejábamos de Numancia, Polibio se acercó y me preguntó:

—Amigo mío, ¿qué conclusión has sacado de estos quince meses de guerra?

Aún dolido por la muerte de Valeria, miré al que, más que un amigo, consideraba un hermano y le contesté:

—¿Recuerdas la anécdota en la que Alejandro el Grande fue a visitar a Diógenes que llevaba una vida sencilla viviendo en un tonel?

—Sí —afirmó Polibio—. Alejandro comentó al filósofo que le pidiera cualquier cosa que necesitara para ser feliz y Diógenes le respondió que lo único que quería era que se apartara y no le quitara el sol[441](#).

—Además —terminé yo la historia—, cuando Alejandro se alejaba, uno de sus generales le preguntó qué impresión se había llevado de la visita. El gran macedonio, sorprendido por la parquedad de la vida de Diógenes, le replicó: «¡Si yo no fuera Alejandro, me gustaría ser Diógenes!».

—Cierto —confirmó Polibio.

—Pues bien, si yo no fuera Escipión Emiliano, me habría gustado ser el último de los numantinos.

---

[388](#). Pompeyo Trogo. Historiador del siglo I a. C.

[389](#). Lucilio. Verso 433.

[390](#). Apiano. *Iberia*. 59.

[391](#). Apiano. *Iberia*. 60.

[392](#). 147 a. C.

[393](#). 145 a. C.

[394](#). Posiblemente Baécula, quizá el actual municipio de Santo Tomé (Jaén).

[395](#). Cónsul del 143 a. C.

[396](#). No se sabe mucho de este personaje. Quizá fuera pretor.

[397](#). Posiblemente Cerro San Vicente. Provincia de Toledo.

- [398.](#) Cónsul del 142 a. C.
- [399.](#) Apiano. *Iberia*. 67.
- [400.](#) Cónsul del 141 a. C. junto a Quinto Pompeyo Aulo.
- [401.](#) Apiano. *Op. cit.* 70.
- [402.](#) Floro. *Epítome de Livio*. I. 34.
- [403.](#) Cicerón.
- [404.](#) Apiano. *Iberia*. 76.
- [405.](#) Cónsul del 141 a. C.
- [406.](#) 140 a. C.
- [407.](#) Río Merdancho.
- [408.](#) Cónsul del año 139 a. C.
- [409.](#) 138 a. C.
- [410.](#) Cónsul del año 137 a. C.
- [411.](#) Veleyo Patérculo. *Historia Romana*. III. 3-4.
- [412.](#) Cónsul del año 136 a. C.
- [413.](#) Veleyo Patérculo. *Op. cit.* III. 1. 3-4.
- [414.](#) Quinto Calpurnio Pisón, cónsul del año 135 a. C.
- [415.](#) 134 a. C.
- [416.](#) Plutarco. *Moralia*. Máximas de romanos. Escipión Emiliano.
- [417.](#) Apiano. *Iberia*. 85.
- [418.](#) Plutarco. *Moralia*. Máximas de romanos. Escipión Emiliano.
- [419.](#) *Ibíd.*
- [420.](#) Apiano. *Iberia*. 87.
- [421.](#) Más de nueve kilómetros.
- [422.](#) Condecoración romana. Corona confeccionada con ramas de roble que se concedía al soldado romano que en batalla salvaba la vida de otro ciudadano.
- [423.](#) Aristipo de Cirene, también conocido como Aristipo el viejo. Filósofo griego del siglo IV a. C. Fue discípulo de Sócrates.
- [424.](#) Filósofo griego del siglo IV a. C. Perteneciente a la escuela cínica.
- [425.](#) Valerio Máximo. *Hechos y dichos memorables*. IV. 3. Ejemplos. Extranjeros. 4.
- [426.](#) 133 a. C.
- [427.](#) Diosa de origen fenicio adoptada por los iberos.
- [428.](#) Cayo Lucilio. *Fragmentos*. Verso 192.
- [429.](#) Dios del frío viento del Norte.
- [430.](#) Ninfa de gran belleza secuestrada por Bóreas. La frase pertenece al dialogo de Platón *Fedro o de la Belleza*.
- [431.](#) Platón. *Fedro o de la Belleza*.
- [432.](#) *Mostellaria*.
- [433.](#) Plauto. *La comedia del fantasma (Mosterallia)*. Acto 1.º. Escena 1.ª.
- [434.](#) 15 de mayo del año 133 a. C.
- [435.](#) Filósofo griego del siglo IV a. C. Se le considera el padre de la botánica.
- [436.](#) Plauto. *La comedia del fantasma (Mosterallia)*. Acto 1.º. Escena 1.ª.
- [437.](#) Plutarco. *Vida de Tiberio Graco*. La cita es de Homero.
- [438.](#) Apiano. *Iberia*. 95.
- [439.](#) Al igual que hicimos en otra ocasión anterior con unos versos de Cicerón, hemos puesto estas palabras en boca de Lucilio, pero en realidad fueron escritas por el historiador Floro. *Epítome de Livio*. I. 34. 16.
- [440.](#) Apiano. *Iberia*. 97.
- [441.](#) Plutarco. *Vida de Alejandro*.

## La muerte de Tiberio

Tardamos doce días en cruzar el luminoso Mediterráneo. Atrás dejamos la bellísima Hispania. Quizá un poco menos encantadora porque una de sus flores más hermosas se había quitado la vida. De aquella travesía, lo único que recuerdo es el abatimiento que me atormentaba y que consiguió aliviar Lucilio cuando me comunicó que había decidido poner por escrito su poesía.

—Te dije una vez que la posteridad merecía conocer el nombre de Cayo Lucilio.

—No lo hago por la posteridad. Lo hago por mí. No tengo un hijo que perpetúe mi nombre cuando yo no esté y si perviven mis versos, algo de mí vivirá en ellos. También lo hago porque siento un poco de envidia.

—¿Envidia? —inquirí intrigado—. ¿De qué o de quién, amigo mío?

—De ti, Publio Cornelio. La persona cuyo nombre quedará grabado con letras de oro en la historia de Roma. No solo por ser el vencedor de Cartago y Numancia, sino por ser el hombre que quiso hacer de Roma un lugar donde mereciera la pena vivir. El hombre que intentó que la república fuera dirigida por hombres virtuosos. El hombre que amó apasionadamente, aunque no fuera correspondido.

—¿Crees que hemos cambiado en algo a Roma? La república está al borde de la guerra civil.

—Siempre he creído que la grandeza no está en conseguir lo que nos proponemos, sino en intentarlo con todas nuestras fuerzas.

—¿Me dejarás leer tus poemas?

—Mi primer libro estará dedicado a ti. Yo personalmente te llevaré un ejemplar.

Lelio se unió a nosotros en cubierta cuando la costa de Italia se divisaba en la lontananza. No conseguía acostumbrarse a los viajes por mar.

—¡Cómo odio los viajes en barco! —protestó malhumorado.

—Te quejas igual que Teoprópides, el viejo engañado en *La comedia del fantasma*, cuando regresa a Atenas después de un viaje por el Mediterráneo. «De todo corazón te doy gracias, soberano Neptuno, por haberme dejado al fin escapar con vida de tus dominios y llegar a la patria»<sup>442</sup> —recité a Plauto.

—«Solo que si de aquí en adelante me ves poner aunque no sea más que un pie sobre las olas, te permito que hagas sin dilación alguna lo que sí tenías el propósito de hacer esta vez, nunca jamás quiero volver a tener cuentas contigo, toda confianza que pude depositar en ti, la deposité ya de una vez por siempre»<sup>443</sup> —terminó Lucilio de pronunciar los versos plautinos.

—Ese tal Teoprópides me cae simpático —dijo Lelio complacido.

—¿Aún te culpas por su muerte? —me preguntó Lucilio en referencia a Valeria.



—Quizá con el tiempo... no lo sé... aunque... hasta que exhale el último aliento de vida, llevaré un poco de ella en mi corazón.

Mi llegada al puerto de Roma fue tan apoteósica como mi vuelta de Cartago. La muchedumbre inundaba la ciudad. Y al igual que a mi regreso de Cartago, los senadores me recibieron en el muelle y me comunicaron que me habían concedido el triunfo y el *agnomen* Numantino.

El desfile por las calles de Roma tuvo lugar dos días más tarde. La plebe quería aclamar a su héroe. Lelio y Quinto fueron recibidos por sus respectivas familias como los grandes soldados que eran. Antonia y Marcia los colmaron de besos y abrazos. Lucilio me dijo que nos veríamos en el desfile. Se fue a su casa a visitar a su anciano padre y a su hermano. Gracias a los esfuerzos de Póstumo, mi nuevo protector, yo pude abrirme paso hasta mi *domus* acompañado de Polibio. Allí solo me esperaban los esclavos, mi filósofo amigo Panecio y el viejo Druso, quien, a pesar de sus innumerables años, aún administraba la vivienda en mi ausencia y durante las huidas de Sempronia.

Mi esposa, a la que no veía desde hacía año y medio, había excusado su presencia visitando a unos familiares. Yo sabía que jamás me perdonaría mis palabras sobre su hermano Tiberio. Pero ¿y Cornelia? ¿Qué diría mi amada Cornelia? No tardaría en saberlo. Mientras Polibio se aseaba después del extenso viaje por mar y Panecio me ponía al día de lo que había descubierto en mi biblioteca de Lavernium, escuché unos gritos de mujer que venían de la entrada. Me allegué a comprobar lo que ocurría y encontré a Póstumo impidiendo el paso a Cornelia, espléndida y fascinante y con su carácter desbocado. Mi prima le gritaba que se apartara y que la dejara entrar. Cuando me vio, mi suegra vociferó:

—¡Dile a este sucio plebeyo que se aparte inmediatamente!

—Está bien, Póstumo. Es la madre de mi esposa. Déjala entrar.

—Lo siento, general. No es la primera persona que ha pedido verte y tus órdenes eran que no se te molestara. Mis disculpas señora, no volverá a ocurrir.

—¡Imbécil! —le insultó Cornelia—. ¡Mereces que te crucifiquen!

El veterano centurión no hizo mucho caso de sus comentarios. Estaba acostumbrado a que los «nobles patricios» lo trataran a patadas.

—¡Tú! —Esta vez, yo era el blanco de su ira. Antes de que prosiguiera, me encaminé hacia el *tablinum* con intención de mantener una conversación privada. Pero sus tronadores gritos consiguieron que fuera de todo menos privada—. ¡Tú! —volvió a repetir—. ¡Engreído miserable! ¡Te crees mejor que mis hijos, mejor que mi pobre hijo Tiberio al que deseaste la muerte! —No era cierto, yo había dicho, había querido decir, que quien se rebelara contra las leyes de la república, merecía la muerte, pero era imposible explicárselo a una Cornelia furiosa.

Permanecí en silencio esperando que se calmara.

—Ahora comprendo a Sempronia. Ahora entiendo que no haya podido amarte. Que se muestre insensible contigo. ¿Cómo pude pensar ni por un instante que nuestra relación podía cambiar? Ate444 debió nublar mi raciocinio. —¿Qué había querido decir? ¿Había estado dispuesta a amarme?—. ¡Abomino de ti y de todo lo que representas! ¡Jamás vuelvas a pronunciar mi nombre, a pisar mi casa, a dirigirme siquiera la mirada! ¡Eres un hipócrita! ¡Te llenas la boca de virtud y de bonitos discursos! ¿Crees que no sé lo de tu prostituta hispana, la que calentaba tu cama en las noches de invierno, esa tal Valeria?

Me ofendió que mancillara el nombre de Valeria. Cayo había envenenado a su madre con una sarta de mentiras. Si había algún hipócrita en esta historia, era su hijo Cayo que había asistido compungido al entierro de Valeria y, sin embargo, había llenado de falsedades la cabeza de Cornelia. El nombre de Valeria fue lo último que gritó. Se giró, dio un portazo y se marchó.

Quedé desolado, angustiado, igual que en Lavernium, cuando siendo un adolescente le propuse matrimonio. Han transcurrido cuatro años desde este último desencuentro, casi no sé nada de ella y aún no me ha perdonado. Yo la sigo amando, como haré hasta el final de mis días, viviendo del sereno alivio que me transmite la dulce remembranza de los momentos que pasé con ella. Para mi asombro, Sempronio continuó a mi lado, pero somos dos extraños compartiendo un mismo techo.

El día del triunfo vestí la toga senatorial y una coraza áurea primorosamente labrada con escenas de mis victorias sobre Cartago y Numancia. Fue un regalo del pueblo de Roma. Una capa púrpura resbalaba sobre mi espalda a pesar del asfixiante calor del verano. Detrás del carro triunfal, transitaron mis amigos, mi hermano y mi fiel Póstumo que iba delante de la primera centuria del primer manípulo de la primera legión. Cuando iba a subir al carro para el desfile, Lucilio se acercó. Yo apoyaba mi pie izquierdo sobre la cuadriga. Antes de tomar impulso, esperé a oír lo que quería decirme.

—Gracias, Publio —fue lo único que pronunció mi apreciado poeta.

—¿Gracias por qué, viejo amigo? —le pregunté interesado.

—Por haber conseguido que me sienta orgulloso de ser romano. Y por honrarme con tu amistad.

—Soy yo quien debería estarte agradecido por tu sincera devoción. Y gracias también a vosotros, amigos míos, por vuestra demostrada lealtad. Gracias a ti, mi querido hermano Quinto. Y a ti, Polibio, mi estimado preceptor griego. Y a Lelio, el mejor de los amigos, inseparable compañero.

—Anda, súbete al carro y empecemos. Roma espera impaciente loar a su héroe. Los años te están volviendo un sentimental —apuntó Quinto con la voz quebrada.

—Cuando el esclavo te diga que no olvides que solo eres un hombre, piensa que eres un hombre que está por encima del resto de los mortales —exclamó Polibio ataviado igual que el legendario Aquiles.

—¡No dejes crecer la hierba en el camino de la amistad! Lo dijo Platón. Tú nunca has permitido que ninguna mala hierba entorpezca el camino que nos une. Aunque soy plebeyo, me has tratado como si por mis venas corriera la sangre de la más antigua y noble de las familias romanas. Y ahora, súbete a la cuadriga o esos cuatro caballos, que esperan un brazo fuerte y decidido que los guíe, se van a derretir —comentó Lelio.

Roma volvió a aclamar a su héroe. Asomadas a las ventanas de sus casas, las gentes arrojaban coronas de flores a mi paso y gritaban:

—¡Gloria a Escipión! ¡Gloria al vencedor de Numancia!

Una gloria labrada sobre la muerte de Valeria y sobre las ansias de libertad de una valiente ciudad íbera. Además, no podía apartar de mi pensamiento la ruptura con Cornelia y me preguntaba si podría remediarlo.

Finalizado el desfile, volví a casa donde mis hermanas y sus familias me recibieron llenas de gozo. Emilia Tercia, la menor, deliciosa y otra vez embarazada. Era su cuarto hijo. También compareció mi esposa. Más fría y distante que en otras ocasiones, pues a la indiferencia de siempre sumaba el odio que reflejaba su mirada por lo que yo había dicho en Hispania tras la muerte de su hermano.

¿Por qué habrá seguido a mi lado estos cuatro años? ¿Lo habrá hecho por la fama de mi nombre? Yo la he soportado esperanzado de que nuestro matrimonio hubiese contribuido a que su madre me perdonara. Hasta ahora no ha funcionado. Creo que el maestro Plauto se equivocó cuando en *Cásina* hace decir a uno de sus personajes que «un manjar en el que el amor entre como condimento, tiene necesariamente que ser del agrado general, ni puede haber nada que tenga la gracia de la sal o que sea dulce al paladar, si le falta el ingrediente del amor»<sup>445</sup>, pues yo no he

saboreado en mis cincuenta y seis años la dulzura de un amor correspondido, sino el acedo del vinagre.

Mi cuñado, Tiberio Graco, fue elegido tribuno de la plebe el año de mi victoria sobre Numancia<sup>446</sup>. Yo aún continuaba en Iberia. Tiberio no había olvidado que el senado no ratificó el tratado que Mancino acordó con los Numantinos. El propio Tiberio era uno de sus principales valedores. Gracias a mi intervención, mi cuñado no sufrió la humillación de Mancino, que fue entregado desnudo y atado a los arévacos de Numancia. La ocasión se le presentó propicia. Herido en su honor y en su orgullo, el resentimiento que dormía en su corazón despertó y sumió a la república en una crisis que la situó muy cerca de la guerra civil. No obstante, he reconocer que sus pretensiones de reforma agraria eran justas, pero eligió violentar la ley para ponerlas en práctica y pagó con su vida.

Siendo Lelio pretor, yo redacté una ley agraria en beneficio de los más desfavorecidos que mi buen amigo presentó en el senado. La oposición de los poderosos tensó tanto la situación que Lelio optó por retirar el proyecto de Ley convencido de que con ello evitaba el enfrentamiento. Sin embargo, al contrario que hizo Tiberio, ni a Lelio ni a mí se nos ocurrió imponer nuestra voluntad vulnerando la sacralidad de la ley.

A la vuelta de Hispania, mi cuñado comprobó que el cultivo de los campos de Italia estaba confiado a los esclavos. Sin embargo, los modestos agricultores, ciudadanos romanos que habían perdido sus propiedades por la intransigencia de sus ricos acreedores, pululaban con sus familias por las calles de Roma, hambrientos y viviendo en la pobreza.

Aconsejado por su suegro, el fanático Apio Claudio, por el cónsul Publio Mucio Escévola y por el pontífice máximo Publio Licinio Craso Muciano, presentó a la asamblea de las tribus su proyecto de ley agraria en el que señalaba que ningún ciudadano podía cultivar más de quinientas yugadas<sup>447</sup> de tierra de dominio público y doscientas cincuenta yugadas cada uno de sus hijos varones con un máximo de mil yugadas por familia.

Además, limitaba también el número de cabezas de ganado por parcela al objeto de evitar el abuso de los pastos en terrenos que eran cedidos por el Estado y exigía a los grandes propietarios que garantizaran trabajo a un determinado número de cultivadores libres.

La ley recogía asimismo la posibilidad de indemnizar por las obras que hubiesen realizado a quienes tuviesen que desprenderse de los agros que excediesen esas cantidades. No se puede acusar a Tiberio de falta de honradez. Quería un mejor reparto de las tierras que eran propiedad de la república. Los poseedores de campos que perdiesen en el reparto ganaban en contraprestación que los terrenos que mantenían pasaban a ser definitivamente suyos.

El problema surgió cuando los ricos y los poderosos se opusieron con vehemencia a las pretensiones de Tiberio a fin de conservar sus prerrogativas, alegando que unas tierras de las que no eran dueños, las habían recibido en la herencia de sus padres, en la dote de sus esposas o como pago de deudas, y las habían cultivado durante generaciones. Mi cuñado no se amedrantó. Con un emotivo discurso defendió su proyecto de reforma agraria:

Las fieras que discurren por los bosques de Italia tienen cada una sus madrigueras y sus cuevas; los que pelean y mueren por la república solo participan del aire y de la luz y de nada más, sino que, sin techo y sin casas, andan errantes con sus hijos y sus mujeres. No dicen la verdad sus generales cuando en las batallas exhortan a los soldados a combatir contra los enemigos por sus aras y sus sepulcros, porque de un gran número de romanos ninguno tiene ara, patria ni sepulcro de sus mayores; puesto que por el regalo y la riqueza ajena pelean y mueren, y cuando se dice que son señores de toda la tierra, ni siquiera un terrón tienen propio<sup>448</sup>.

Los terratenientes, los que más tenían, en lugar de pensar en sus compatriotas con menor fortuna, se preocuparon únicamente de sus privilegios y de la defensa de su *status*. Acudieron al tribuno de la plebe Marco Octavio, usufructuario al igual que ellos de grandes extensiones agrícolas, con la finalidad de que interpusiera su veto a las medidas de Tiberio.

Y no les defraudó. Según las leyes de la república, el veto de uno solo de los tribunos es suficiente para impedir la aprobación de cualquier proyecto de ley. El error de mi cuñado estuvo en no aceptar la decisión de Octavio. Moralmente, la actitud de Octavio era reprochable, pero legalmente intachable.

Tiberio debió intentar todos los vericuetos legales que le ofrecía la legislación de Roma para sacar adelante su aspiración. Sin embargo, optó por la ilegalidad y puso en peligro la estabilidad de la república a un alto precio. Inicialmente, rogó a Octavio que desistiera de su empeño, prometiendo pagarle de su propio caudal el precio de las tierras que perdía. Octavio rechazó el ofrecimiento de Tiberio. Mi cuñado respondió con un edicto en el que ordenaba el cese de todas las magistraturas hasta que se votara la ley y puso sellos en el templo de Saturno con la intención de que los cuestores no introdujeran ni extrajeran documentos oficiales o parte del tesoro, estableciendo severos castigos contra los pretores que contraviniesen su mandato.

No acabó ahí su osadía. En venganza por las trabas que recibió, suprimió de su proyecto de ley las compensaciones por obras realizadas y las cuotas de tierras de los hijos. Los notables contestaron vistiendo de luto, como hacían cuando una calamidad pública amenazaba la tranquilidad de Roma.

El día de la votación de la ley, los ricos retiraron las urnas en medio de un gran alboroto. Tiberio y sus partidarios estaban dispuestos a usar la fuerza contra sus oponentes, pero les contuvieron las súplicas de los antiguos cónsules Manlio y Fulvio. Estos les imploraron que, por el bien de la república, sometiese su propuesta al arbitrio de los padres conscriptos. Pero el senado, en el que dominaban los que más tierras de dominio público poseían, también se opuso a las medidas de Tiberio.

La inminencia de un conflicto civil no le detuvo. Para terminar con el veto de su colega, quien no cedía a las presiones ni a las amenazas, mi testarudo cuñado «echó mano de un medio nada legal ni pacífico, cual fue el de privar del tribunado a Marco Octavio»[449](#).

Queriendo dar a sus actuaciones un atisbo de legitimidad, propuso a las tribus que votaran la destitución de su colega tribunicio. Diecisiete votaron por la exoneración. Cuando lo iba a hacer el número dieciocho, que implicaba la mayoría[450](#) y la deposición de Octavio, Tiberio detuvo la votación. Nuevamente le pidió, casi le suplicó, que meditara lo que estaba haciendo y que pensara en el bien del pueblo al que había jurado proteger. Mi cuñado, con sus ruegos y abrazos a Octavio, lo único que buscaba era soliviantar aún más a la plebe que asistía expectante a aquellas demostraciones de falsa amistad.

Octavio, acorralado por el populacho, mi cuñado y los poderosos, sometido a una gran presión, parecía desear su destitución. Se negó una vez más a retirar el veto. El voto de la decimotava tribu sancionó su ilegal privación del cargo de tribuno de la plebe.

«Mandó entonces Tiberio a uno de sus libertos que echara a Octavio de la tribuna, porque se valía de sus libertos en esos menesteres y esto hizo más digna de compasión la posición de Octavio, al ver que se le echaba con ignominia. Mas el pueblo aún arremetió contra él, y con la ayuda de los ricos y conteniendo a aquel, con gran dificultad se salvó Octavio, escabulléndose y huyendo de la muchedumbre. Pero a un fiel esclavo suyo, que se puso delante para defenderle, unos exaltados le sacaron los ojos»[451](#).

Tiberio, al menos, tuvo la decencia de acompañarlo hasta su casa con el objeto de que no fuera asesinado por la turba que trataba de apalearlo y que, entre otras muchas aberraciones, le gritaba «enemigo del pueblo, traidor y cobarde miserable».

Después de que se diera a Octavio un sucesor en la persona de Quinto Mumio<sup>452</sup>, la ley Sempronia de Reforma Agraria fue finalmente aprobada. Para ponerla en práctica y realizar el reparto de tierras, se nombró una comisión triunviral compuesta por Cayo Graco, que aún estaba conmigo en Hispania, Apio Claudio, el suegro de Tiberio, y el propio Tiberio a quien no contuvo la prohibición legal de que no podía desempeñar una magistratura extraordinaria aquel que la propusiera. Mi cuñado había ganado la batalla, pero iba a perder la guerra. La inviolabilidad tribunicia había sido mancillada por la obcecación de Tiberio.

Las discusiones, golpes y peleas incontroladas entre los dos bandos enfrentados se sucedieron con asiduidad en los días siguientes a la aprobación de ley. Los nuevos propietarios reclamaban sus tierras. Los antiguos negaban la cesión argumentando que no tenían documentos ni conocimiento probado que les indicará qué parte de sus tierras eran de su propiedad y qué partes eran de dominio público.

Un amigo de Tiberio fue encontrado muerto en su casa y corrió el rumor de que había sido envenenado por sicarios a sueldo de los poderosos. La situación se volvió tan incontrolable que hasta mi cuñado temió por su vida. En otro golpe de efecto, pidió a sus partidarios que cuidaran de su esposa y de sus dos hijos pequeños cuando él faltara porque presentía su muerte.

En medio de toda aquella confusión se produjo un hecho extraordinario. Átalo<sup>453</sup>, el rey de Pérgamo, legó su reino a la república después de fallecer sin herederos. Sus inmensas riquezas engrosaron el erario. Tiberio vio una oportunidad de soliviantar todavía más a la plebe. Consideró que el pueblo de Roma era el heredero directo del fallecido monarca y propuso a las tribus, sin la aprobación del senado, que su fortuna se repartiera entre los flamantes poseedores de agro público para que pudieran comprar instrumentos de labor y que pudieran hacer frente a los gastos imprevistos.

La ruptura con el senado fue definitiva. Los padres conscriptos calumniaron a Tiberio con la finalidad de retirarle el favor del pueblo. Le acusaron de que había aceptado en secreto la corona y el manto real de Átalo. Al tiempo, llegó el día de las elecciones a tribuno de la plebe. Mi cuñado temía que, si perdía la inviolabilidad que le daba su cargo, los poderosos tuvieran menos escrúpulos para acabar con él.

Saltándose la ley que prohibía la elección de una misma persona hasta que no transcurrieran diez años, se presentó como candidato. Cuando los padres conscriptos comprobaron que las dos primeras tribus votaban por él, suspendieron las votaciones. Los oligarcas gritaban que Tiberio no podía ser elegido. La plebe recurrió al insulto. El griterío hacía imposible la discusión serena y sosegada. «En esto, el senador Fulvio Flaco, amigo de mi cuñado, poniéndose en sitio donde fuera visto, ya que no podía hacerse oír, hizo señas con la mano de que tenía que decir una cosa aparte a Tiberio. Y mandando este a la muchedumbre que le hiciera paso, subió aquel con gran estorbo y le anunció que, reunido el Senado, los ricos habían resuelto quitarle la vida, teniendo armados a muchos de sus esclavos y amigos al efecto»<sup>454</sup>.

La expresión de preocupación y estupor en el rostro de Tiberio alertó a sus seguidores. Alarmados, se ciñeron estos las togas y, rompiendo los astiles con que los lictores hacen apartar a la muchedumbre, tomaron los pedazos con el propósito de defenderse de las potenciales agresiones. Los que se hallaban algo lejos se extrañaban de lo que sucedía. Preguntando acerca de ello, Tiberio se llevó la mano a la cabeza, queriendo indicar por señas su peligro, puesto que la voz no podía ser oída. Pero los contrarios, al ver esta demostración, corrieron al Senado

profiriendo que Tiberio pedía la corona, de lo que era señal el haberse tocado la cabeza. La alteración fue generalizada. El primo de Tiberio, Publio Cornelio Escipión Nasica Serapión, el hijo de Nasica Córculo y de Cornelia Mayor, la hermana de la madre de Tiberio, pidió al cónsul en ejercicio<sup>455</sup> que mirara por la república y acabara con el tirano. Mas como este respondiese sencillamente que no era su ánimo emplear ninguna fuerza, ni quitar la vida a ningún ciudadano sin ser juzgado, y solo si el pueblo diese algún decreto injusto, persuadido o violentado por Tiberio, no lo tendría por válido. Se levantó entonces Nasica y exclamó:

—Ya que el cónsul —dijo— es un traidor de la república, los que queráis la salvación de Roma, seguidme<sup>456</sup>.

Y al pronunciar su sentencia, se echó la toga sobre la cabeza y se dirigió corriendo al Capitolio. Se recogieron también las togas los que iban en pos de él, senadores, sicarios, terratenientes, ¡hasta esclavos!, y todos los que esperaban una señal para comenzar la matanza. Apartaban a los que encontraban a su paso. Temiendo lo peor, nadie se atrevió a detenerlos. Muy al contrario, huían por recónditas callejuelas pisándose unos a otros.

Muchos trajeron de sus casas palos y mazas. Los primeros partidarios de Tiberio con los que se toparon sufrieron su ira. No se respetaba la edad ni el sexo. Mi cuñado intentó escapar. Uno de los atacantes llegó a asirle de la ropa. Tiberio, asustado, se desprendió de la toga y continuó corriendo en túnica, pero tropezó y cayó sobre algunos de los que murieron antes que él. Al levantarse, «el primero que se sabe haberle herido en la cabeza con el pie de una silla fue Publio Satureyo, uno de sus colegas; y el segundo golpe se lo dio Lucio Rufo, que se jactaba de ello como de una grande hazaña»<sup>457</sup>.

Mi desventurado cuñado debió perder el conocimiento tras el primer golpe. Las estacas y las mazas le destrozaron la cabeza. Un testigo me contó que sus sesos se esparcieron por el suelo de mármol. Unos trescientos de sus partidarios corrieron igual suerte. Las aguas del Tíber bajaban rojas porque los cadáveres fueron arrojados al río. Fue una auténtica carnicería.

Sigo creyendo que Tiberio mereció el cruento castigo por rebelarse contra la república, pero también creo que mereció un juicio justo y que sus verdugos debieron ser acusados por sus criminales actos.

El pusilánime cónsul Mucio Escévola, que no evitó la masacre, aprobó el asesinato y aplaudió a Nasica, el primo de Tiberio. La reacción, sin embargo, no tardó en llegar. El asentimiento del cónsul no fue suficiente para defender a Nasica de las iras de la plebe. Los padres conscriptos, a fin de librarlo de la venganza del populacho, le hicieron salir de Italia con la disculpa de una comisión en Asia, a pesar de que «debieron detenerle las ocupaciones religiosas más augustas, porque era a la sazón Pontífice Máximo. Anduvo, por tanto, en países extraños, afligido y errante, y al cabo de no largo tiempo murió en Pérgamo»<sup>458</sup>.

Y después de todo, tanta sangre vertida para nada. Ya fuese por voluntad de los dioses, por simple ironía del destino o porque el senado no se atrevió a anularla, la ley agraria siguió adelante y en la comisión triunviral que debía vigilar el cumplimiento de la ley se sustituyó a Tiberio por Licinio Craso Muciano.

Dos años más tarde, durante el consulado de Publio Licinio Craso Dives y Lucio Valerio Flaco<sup>459</sup>, fue elegido tribuno de la plebe Cayo Papirio Carbón. Un demagogo acérrimo partidario del fenecido Tiberio que quiso poner término al ascendente que yo tenía sobre la plebe. El pueblo me había elegido censor y dos veces cónsul, ese mismo pueblo me había aclamado por las calles de Roma y todavía me consideraban su héroe, incluso una especie de dios menor al que podía recurrir en tiempos de crisis.

Papirio presentó una nueva ley<sup>460</sup> en la que proponía que el escrutinio fuera secreto en la votación de las leyes, al igual que se hacía en la elección de las diferentes magistraturas. La ley fue aprobada. No tuvo igual suerte otra ley<sup>461</sup> suya en la que establecía que los tribunos podían ser reelegidos de forma inmediata. Esta disposición fue atemperada aceptando los padres conscriptos que un tribuno podía ser reelegido cuando no hubiese suficientes candidatos. Yo me opuse con ímpetu a esta segunda ley porque comprendí que lo que Papirio buscaba era su propia reelección. El infame demagogo no tardaría en vengarse.

¡Qué mejor manera de hacerlo que enfrentando al pueblo con su dios viviente!

La condena que salió de mi boca cuando en Hispania me enteré de la muerte de Tiberio era conocida por todos. No obstante, la plebe no me había retirado su favor y continuaba considerándome su protector y amigo porque sabían perfectamente que yo no pretendí criticar las pretensiones reformatorias de Tiberio ni por supuesto su persona.

Yo le reprochaba el medio violento que eligió para hacerlas triunfar. Era el hermano de mi esposa, el hijo de Cornelia, estuvo conmigo en Cartago y sentía por él un gran afecto. Esto no he podido explicárselo a su madre ni a Sempronio. No me han dado la oportunidad. Papirio se vengó rompiendo esa respetuosa relación que me unía al pueblo.

El tribuno me citó en la asamblea de las tribus, instigado por el hijo menor de Cornelia, Cayo Graco, cuyo odio hacia mí había ido en aumento después de la Guerra Numantina. Si en algún momento creyó que su invitación me intimidaría, es que conocía muy poco a Publio Cornelio Escipión Emiliano.

Llegué a la curia, seguido de mi hermano, de mis amigos y de Póstumo que, bajo su túnica, escondía una daga con la que defenderme si llegaba el caso. Por las escaleras que llevaban a la entrada, bajaba Cornelia. Había acompañado a su hijo Cayo, preocupada por lo que pudiera pasar. Siempre he sostenido que el sol tiene envidia de su belleza, porque enciende sus sonrosadas mejillas cuyo reflejo ciega a quienes la observan durante un tiempo prolongado.

La miré, esboqué una tierna sonrisa. Desde nuestra discusión de hacía cuatro años... desde su discusión, porque no tuve ocasión de justificarme, no habíamos vuelto a hablar. Ella también me miró. Hizo un gesto que yo interpreté como un intento de hablarme. Pero entonces, unos parientes suyos la entretuvieron y nos cruzamos sin articular una sola palabra de perdón.

Entré en la curia. Estaba llena de público. Parecía que Roma entera esperaba mi aparición. Papirio me invitó a ocupar el estrado. El lugar más relevante de la asamblea. El lugar en el que, si se deja caer una moneda, el sonido que produce al estrellarse contra el suelo puede ser escuchado por todos los presentes. Papirio quería asegurarse de que lo que yo dijera fuera oído hasta por los que estaban más alejados de la tribuna. Papirio fue directo y me preguntó mi parecer acerca de la muerte de mi cuñado Tiberio. Estoy convencido de que su intención era avivar los rescoldos de la rebelión, esperanzado en que mi estrecho parentesco con el fallecido tribuno me conmoviera y me haría decir palabras de compasión por la memoria de un familiar muerto<sup>462</sup>. Yo no iba a seguirle el juego ni tampoco iba a poner en peligro la estabilidad de Roma. En voz alta, para que no hubiese duda, exclamé:

—«¡La muerte de Tiberio fue justa!»<sup>463</sup>. Quien alce la mano contra la república merece la máxima pena.

Los dos Cayos, Papirio y Graco, estaban satisfechos. Habían logrado su objetivo. Los gritos de protesta tronaron por toda la sala. «¡Tirano!» y «¡Vendido!» fue lo menos ofensivo que escuché. Insultos provenientes de ciudadanos, entre ellos algunos libertos que yo había traído esclavizados a Roma y que sus amos habían manumitido. Sin temor, respondí a la bulla.

—«¡Jamás el grito de guerra de los ejércitos enemigos me inquietó y menos el de una chusma, de quienes sé que Italia no es su madre, sino su madrastra»[464](#).

Mi ataque iba contra los libertos y contra los que preferían mendigar por Roma antes que acogerse a la ley agraria que los habría obligado al duro trabajo en el campo. Los gritos arreciaron. Papirio demandó silencio, quería que no solo cavara mi fosa, sino que también me enterrara en ella. Cuando los hombres de Graco vociferaban que se matase al tirano, miré a los ojos de mi cuñado y repliqué:

—«¡Probablemente quienes hacen la guerra a la patria quieran deshacerse antes de mí, pues no es posible que Roma caiga mientras esté Escipión, ni que Escipión viva cuando Roma caiga!»[465](#).

Ese comentario inflamó los ánimos de los que me injuriaban. Póstumo se situó delante de mí. Mi hermano Quinto, Lelio, Lucilio y Polibio le imitaron. Pero ni mi cuñado ni Papirio querían un mártir asesinado en la asamblea de las tribus. El tribuno levantó las manos y procuró calmar a la turba. Entonces dije mi última sentencia:

—«¡No conseguiréis que tema a unos hombres libres a los que he traído hasta aquí encadenados!»[466](#).

Se hizo el silencio. Un silencio tenso y espeso como las gachas que se sirven en los desayunos de la legión. «Todo el pueblo era nuevamente recriminado de forma ultrajante por un solo hombre, ¡qué honor recibe el valor! Ninguno se atrevió a contradecirme. Mi reciente victoria en Numancia, la de mi padre en Macedonia, los antiguos despojos de las ruinas de Cartago y los cuellos encadenados de dos reyes marchando delante de los carros triunfales bastaron para cerrar las bocas en el foro. Meditando sobre lo que ocurrió ese día, opino que el silencio del populacho no se debió al temor, sino que fue un reconocimiento a las gestas de las familias Emilia y Cornelia de las que soy representante y heredero, gracias a las cuales se habían acallado muchos miedos de la ciudad y de toda Italia»[467](#).

Perdí el favor del pueblo. Ahora me veían como un enemigo aliado de los ricos y de los poderosos. Pero a mí solo me preocupaba cómo me veía Cornelia. Pensaba en el gesto que hizo cuando nos encontramos en las escaleras. ¿Me seguiría juzgando uno de los asesinos de Tiberio? ¿Habría perdonado mi torpeza? ¿Seguiría atribulada con las mentiras de su hijo Cayo? ¿Y Sempronio?, ¿por qué continuaba viviendo conmigo si hasta nuestras repentinas y fugaces relaciones sexuales se habían esfumado como el humo?

De camino a casa, mi hermano me reconvino mi presencia en la asamblea.

—¡Ha sido una locura, Publio!

—No le falta razón, general —apostilló Póstumo.

—¿Has pasado miedo? —pregunté al antiguo centurión.

—No temo la muerte. Y me habría llevado por delante a unos cuantos de esos indeseables si hubiesen atentado contra ti. Pero eran demasiados, no habría podido salvarte.

—Pues yo sí he pasado miedo. No me importa reconocerlo —clamó, asustado, Lucilio.

—Querido Lucilio, todos hemos pasado miedo. Sin embargo, nos avergüenza reconocerlo. Tu afirmación es digna de elogio, o de uno de tus poemas —le confortó Lelio.

—Para poemas estoy yo. Necesito un buen trago de hidromiel que me quite de la boca este sabor a cobre. Parece que he estado lamiendo una vieja espada etrusca.

—Es el sabor del miedo —le aclaró Polibio.

—Desconocía que el miedo tuviese algún sabor —refirió, desconcertado, Póstumo.

—El miedo te tensa los músculos, te seca la boca, un sudor frío recorre tu cuerpo, pero te mantiene vivo. La falta de saliva que humedezca el paladar es lo que produce esa sensación cuprífera en tu boca —disertó Polibio al igual que hacía en sus explicaciones históricas.



Aceleramos el paso para que no nos pillara la noche. Custodiamos a mi hermano Quinto, a Lelio y a Lucio hasta sus respectivas *domus*. Póstumo, Polibio y yo anduvimos hacia mi casa. Allí nos esperaba Panecio, preocupado. Sempronio estaba en casa, pero no le importó mi presencia. Quizá hasta deseaba que el populacho hubiese acabado con la vida de su despreciable marido.

—He estado contando los minutos. Se me han hecho eternos. —Fue el comentario con el que nos recibió el bueno de Panecio.

—No te preocupes, viejo amigo. No ha habido ningún incidente —le mentí con intención de no alterarlo—. Póstumo me protegía.

—Esta tarde han venido a ofrecerte su espada y su ayuda Manio Manilio y Furio Filo —me trasladó Panecio.

—Leales hasta el final —sentenció Polibio.

—Tengo muchos conocidos que se declaran amigos, pero los auténticos son los que están a tu lado en los momentos difíciles.

—Será mejor que descansemos, mañana será un día muy largo —dijo Póstumo soltando un prolongado bostezo.

—Tienes razón, mañana será otro día y no sabemos lo que nos tendrán reservado los dioses.

---

[442.](#) Plauto. *La comedia del fantasma (Mosterallia)*. Acto 1.º. Escena 2.ª.

[443.](#) *Ibíd.*

[444.](#) Ate. Diosa de la discordia y de las acciones irreflexivas.

[445.](#) Plauto. *Cásina*. Acto 2.º. Escena 3.ª.

[446.](#) 133 a. C.

[447.](#) Plutarco. *Vida de Tiberio Graco*. Una yugada equivalía aproximadamente a 0,25 hectáreas.

[448.](#) Plutarco. *Vida de Tiberio Graco*.

[449.](#) Plutarco. *Vida de Tiberio Graco*.

[450.](#) Había treinta y cinco tribus.

[451.](#) Plutarco. *Vida de Tiberio Graco*.

[452.](#) Apiano. *Guerras Civiles*. I. 13.

[453.](#) Átalo III. Reinó en Pérgamo desde el año 138 al 133 a. C.

[454.](#) Plutarco. *Vida de Tiberio Graco*.

[455.](#) Publio Mucio Escévola.

[456.](#) Plutarco. *Op. cit.*

[457.](#) *Ibíd.*

[458.](#) *Ibíd.*

[459.](#) 131 a. C.

[460.](#) Lex Papiria Tabellaria.

[461.](#) Lex de Tribunis Reficiendis.

[462.](#) Valerio Máximo. *Hechos y dichos memorables*. VI. 2. 3.

[463.](#) Valerio Máximo. *Hechos y dichos memorables*. VI. 2. 3.

[464.](#) Plutarco. *Moralia*. Máximas de Romanos. Escipión Emiliano.

[465.](#) *Ibíd.*

[466.](#) Valerio Máximo. *Op. cit.* VI. 2. 3.

[467.](#) *Ibíd.*

## 16 El sueño

Hace un año murió Pacuvio<sup>468</sup>, el poeta de Brindisi. El más grande autor trágico romano. Hasta las musas se embriagaban con la erudición de su poesía y la belleza de su estilo. Era muy viejo. Por lo menos noventa años. Hacía tiempo que no salía de casa. Yo le visité varias veces antes de que pereciera. Sus últimos años los pasó en Tarento. Era un anciano entrañable. Su muerte me afectó hondamente. Era amigo de mi padre y yo heredé esa amistad que ambos cultivamos hasta el fin de sus días. Dotado de gracia y nobleza, vivió y murió con sencillez y fue modesto hasta en la composición de su delicioso y elegante epitafio:

«Joven, por mucha prisa que tengas, este mármol te llama. Acércate y lee: Aquí descansa el poeta Pacuvio. Es lo que yo quería decirte. Adiós»<sup>469</sup>.

No me había recuperado de la muerte de Pacuvio y el destino me reservaba otra cruenta desdicha. Mi hermano Quinto, mi compañero y amigo, falleció de forma repentina. Mientras descansaba recostado en un cómodo asiento que tenía en el *atrium*, sintió un fuerte dolor en el pecho que se extendía al brazo izquierdo. Su mujer, Marcia, avisó con urgencia al médico. A través de un esclavo, me pidió, asustada, que yo igualmente me personara. Confiaba en que la alarma de Marcia fuera un poco exagerada, producto de la preocupación lógica de una amante esposa.

Me acompañaron Sempronio, Polibio y Panecio. Póstumo nos dio escolta. En casa de mi hermano, me esperaban Lelio, Lucilio, Filo, Manilio, mis hermanas y mis sobrinos. También había miembros de la *gens* Fabia. La familia que había adoptado a mi hermano. El ver a tanta gente me descubrió que el estado de mi hermano era de extrema gravedad. Sin decir nada, un entristecido Lelio me abrazó con fuerza. Negó con la cabeza. Lucilio puso cariñosamente su mano sobre mi espalda. Marcia, mi cuñada, vino corriendo hacia mí y se arrojó llorando entre mis brazos.

—¿Tan grave es? —inquirí a la esposa de mi hermano.

—El médico dice que no verá un nuevo amanecer —respondió, afligida, Marcia. —Quiere verte, a solas.

Entré en el dormitorio de mi hermano. Tumbado en el lecho, respiraba con dificultad. Me acerqué a su cama.

—Salud, Publio. Mi hermanito pequeño. Según parece —hacía un gran esfuerzo para hablar—, pronto veré a nuestros padres.

—Tonterías. Todavía tienes que dar mucha guerra.

—Has sido el mejor de los hermanos. Siempre me has superado. Pero hay una cosa en la que nunca me has vencido. Mientes muy mal.

—Tú sí que has sido el mejor de los hermanos...

Quinto levantó la mano para que no continuara hablando.

—Doy gracias a los dioses por haber permitido que yo fuera el hermano mayor de Publio Escipión, el ciudadano más ilustre que ha conocido Roma. No sabes lo satisfecho que me sentía escuchando tus discursos en el senado y oyendo a la plebe gritar tu nombre. Cuando te aclamaban, yo pensaba: «Ese gran hombre es mi hermano». Padre estaría muy orgulloso si pudiera verte.

—Yo soy el que debe estar agradecido a los dioses por haberme concedido un hermano como tú. —Tuve que hacer un serio esfuerzo para no derrumbarme.

—Lo único que me duele es que no hayas conocido el amor. Yo he sido muy feliz con Marcia y sé que tú no lo eres con Sempronía. Sigues amando a su madre. Y ella, es posible que te odie.

—Dicen que del amor al odio solo hay un paso. Seguramente, el camino sea igual de corto del odio al amor.

—Ante los dioses, intercederé por ti. Querría hacerte una última petición.

—Lo que desees.

—Cuida de mi familia.

—Están bajo mi protección.

—Gracias, Publio. Muero tranquilo, adiós hermano, despídeme de nuestros amigos y de Sempronía. Estoy muy agotado y prefiero que me recuerden lleno de vigor, no moribundo postrado en esta cama. Ya he hablado con nuestras hermanas y he manifestado mi agradecimiento a mi familia adoptiva por honrarme con el prestigioso *nomen* de la *gens* Fabia. Ahora te ruego que hagas entrar a mi esposa y a mis hijos.

Me postré sobre mi hermano. Le abracé con fuerza. Lloroso, cuando abandonaba la habitación, me volví hacia él y le dije:

—¡Qué gran romano pierde la república!

No volví a verle con vida. Trasladé a mis amigos mi conversación con Quinto, su despedida y el deseo de pasar sus últimas horas de vida junto a su mujer y a sus hijos. El crepúsculo atenuaba la claridad diurna cuando escuchamos el grito lastimero de Marcia. Mi hermano había emprendido el reposado viaje a los Campos Elíseos. Recé a los dioses para que acogieran su alma inmortal.

¡El alma de un verdadero romano!

La muerte de Quinto me sumió en una espantosa depresión. El entierro fue muy concurrido. Pero no desfiló toda Roma como mi hermano se merecía. Una pequeña representación del senado y aquellos que, al igual que yo, se habían enfrentado a las ilegales medias de Tiberio. La plebe no olvidó que Quinto fue mi aliado cuando respondí en la curia a las impertinencias del tribuno Papirio Carbón. Me consoló la asistencia de Cornelia. Una intensa llama entre tanta tristeza. Ella no tenía nada que reprochar a mi hermano. Sin embargo, no habló conmigo. Se mantuvo alejada. Apartada en medio de la gente. Estuve semanas sin salir de casa.

La oscuridad anegó mi corazón. Un silencio pavoroso se apoderó de mi existencia. Durante días anduve perdido, turbado el descanso nocturno. A Sempronía no le importaba mi estado. La compañía de Polibio, los razonamientos filosóficos de Panecio, los corrosivos poemas de Lucilio y la lógica platónica de Lelio me ayudaron a superar la muerte de mi querido hermano.

Aquellas lúgubres septenarias volví a soñar con mi abuelo adoptivo Escipión Africano, el padre de Cornelia. La primera vez que perturbó mis pensamientos fue hace veinte años, al comienzo de la última guerra púnica<sup>470</sup>. Yo era tribuno militar de la cuarta legión a las órdenes de mi amigo Manio Manilio. Fue en el transcurso de mi visita al reino de Massinisa. El viejo monarca nómada aliado de Roma había reclamado mi presencia. Falleció la mañana del tercer día de mi llegada. Me dejó el encargo de repartir su herencia entre sus hijos.

La noche que pernocté en el palacio tras una larga jornada, cansado por haber dormido poco en el trayecto hacia Numidia, me cogió el sueño más profundo de lo que solía y se me apareció el vencedor de Aníbal. Me habló con mucha solemnidad de dónde reside la verdadera gloria y de la recompensa que espera en la otra vida a los hombres virtuosos. De madrugada, me desperté sobresaltado. Dudando si la visión del Africano había sido real o producto de mis ensoñaciones. Desde entonces, ese sueño me ha perseguido como un enjambre de abejas que defiende su melifluo panal.

Anoche, de nuevo, me visitó mi abuelo Escipión en mi reposo onírico. La escena se repite incesante en todas las ocasiones. Hace diez días, aprovechando los tres días festivos de las Ferias Latinas<sup>471</sup>, nos reunimos en mi finca de Lavernium mi sobrino Quinto Tuberón, que fue el primero en llegar, después se personaron mis respetados Furio Filo y Publio Rutilo a los que minutos más tarde siguieron mi estimado Lelio, sus yernos Cayo Fannio y Mucio Escévola, Espurio Mumio y, por último, cuando pensábamos que ya no acudiría, aunque me había confirmado su concurrencia, compareció el afable Manio Manilio. No asistieron Polibio ni Panecio ni tampoco Lucilio. Mi griego amigo llevaba meses en su tierra natal y Panecio prefirió quedarse en Roma a terminar unos escritos en los que estaba trabajando. Me dijo que, si me acompañaba, nuestros interesantes coloquios lo distraerían. Necesitaba tiempo para meditar y poner en orden sus ideas. Lucilio estaba fuera de la ciudad resolviendo un asunto de herencia familiar. Afortunadamente, ya ha regresado.

A pesar de tener solo treinta años, mi sobrino Quinto, el hijo de mi hermana Emilia Menor, es un erudito en filosofía estoica. Del resto, qué puedo decir. Expertos juristas como Manilio o Escévola, o versados en la filosofía de Platón como el bueno de Lelio o también en la filosofía estoica como Fannio o Rutilo. Espurio no se parece en nada a su hermano Lucio, el devastador de Corintio. Aquel es un hombre de reconocida cultura y defensor de cualquier conocimiento que exalte las virtudes humanas y este es un ignorante incapaz de apreciar la armonía y la belleza que hay en los versos de Homero o la gracia y las enseñanzas que se pueden extraer de las comedias de Plauto.

Me sorprendió que mi sobrino Quinto decidiera unirse a nosotros en Lavernium. No porque creyera que siendo un joven apuesto podía dedicar los días de fiesta a otros menesteres más atrayentes a los de su edad, sino porque conocía la afición de Quinto por los libros y tres días seguidos de asueto eran una golosa tentación que le hubiesen permitido alimentar sus ansias de lectura. Le interrogué por esa circunstancia y sencillamente me contestó:

—«Tengo todo el tiempo libre para mis libros: siempre están a mi disposición; en cambio, cosa grande es encontrarte libre de ocupaciones, y más en este momento de agitación política.

—¡Por el cielo!, que me encuentras más libre de actividad que de preocupaciones»<sup>472</sup> —le señalé.

Mi sobrino me propuso que hablásemos de los dos soles que, según se comenta en Roma, no son pocas las personas que los han visto. Y en esas estábamos cuando se presentó Filo.

Le invité a que se sentara a mi lado. Inmediatamente, apareció Publio Rutilio que tomó asiento junto a Quinto. Filo, intrigado, nos preguntó sobre el tema de nuestra charla y le expliqué que departíamos sobre los dos soles de los que todos hablan. Le manifesté que quería escuchar su opinión, pero antes de que me respondiera, un esclavo anunció la llegada de mi fiel Lelio. Salí a la puerta a recibirle.

Me agradó que viniera con tantos hombres honorables. Sus dos yernos y Espurio Mumio. A pesar de ser invierno, hacía un día agradable. Convenimos reunirnos en el jardín. Póstumo permaneció de pie, vigilante, atento a lo que decíamos.

Entonces, se personó Manio Manilio, que nos saludó con efusión y se sentó cerca de Lelio, quien convino, a requerimiento de mi sobrino, que debíamos hablar de cosas de mayor importancia. Quinto le inquirió qué consideraba más importante que el tema de los dos soles y Lelio le replicó con otra pregunta:

—«¿Cómo es que el nieto de Lucio Paulo, del que Publio es tío materno, nacido en una familia tan noble y en esta tan ilustre república, me pregunta por los dos soles y no me pregunta por qué no hay en una misma república dos senados o incluso dos pueblos?»<sup>473</sup>. La muerte de Tiberio Graco dejó dividido al pueblo romano en dos partes irreconciliables como también dividido está el propio senado entre detractores y partidarios de Graco.

Lelio amonestó a los más jóvenes por preocuparse de un sol del que no se sabía mucho, de si era cierta o dudosa su existencia y cuya realidad no nos haría mejores o más dichosos.

—«En cambio —continuó—, el tener un solo senado y un solo pueblo, es cosa posible, y sabemos que iría muy mal que no fuera así, y antes bien sabemos y vemos que podemos vivir mejor y más felices si esto se consigue»<sup>474</sup>. —Era obvia la preocupación de Lelio por la situación de la república.

Uno de sus yernos, Mucio Escévola, le interrogó extrañado cuáles eran los conocimientos necesarios para lograr lo que proponía. Su suegro, convencido de su afirmación le argumentó:

—«Las disciplinas que son útiles a la ciudad, ese es el mayor servicio de la sabiduría y la máxima prueba y máximo deber de la virtud. Por eso, a fin de que estas ferias sirvan básicamente para dialogar con el mayor provecho de Roma, pidamos a Publio que nos glose cuál cree él que sería la mejor forma de gobierno de la república y luego ya preguntaremos otras cosas»<sup>475</sup>.

Lelio me pedía que diera mi opinión sobre la república y yo no quise defraudarle. Siempre he creído que la mejor forma de gobierno para Roma era la que nos habían transmitido nuestros antepasados. En vida de Terencio, en una de nuestras muchas reuniones en Lavernium, Polibio nos relató su concepción de las diferentes formas de gobierno y su razonamiento de por qué Roma había llegado a ser la dueña del mundo conocido. Yo no me alejaba de la teoría de Polibio, pero no quise decepcionar a mis amigos que anhelaban escuchar mi disertación.

—Antes de nada, creo que es importante definir el objeto que pretendemos analizar. En nuestro caso, la república<sup>476</sup>. ¿Y qué es la república? Os preguntaréis. «La república, la cosa pública<sup>477</sup>, es lo que pertenece al pueblo; pero pueblo no es todo conjunto de hombres reunido de cualquier manera, sino el conjunto de una multitud asociada por un mismo derecho, que sirve a todos por igual»<sup>478</sup>. —Mis contertulios asintieron, estuvieron de acuerdo con mi definición.

Después, en concordancia con el pensamiento de Polibio y Platón, expresé que toda república necesita un gobierno, y que ese gobierno puede dejarse a una persona, a unas pocas escogidas o puede cederse a la mayoría. En el primer caso, llamamos a esa persona «rey» y a la forma de gobierno «monarquía». Si la república se rige por unos pocos hombres preparados, a la forma de gobierno la conocemos como «aristocracia» y, finalmente, si gobierna la voluntad popular, la nombramos «democracia».

—¿Es mejor una forma de gobierno que las otras? —continué con una pregunta retórica—. A mi entender, todas son buenas. Un rey puede ser justo y sabio, como lo pueden ser los nobles ciudadanos elegidos, e incluso el pueblo es capaz de gobernar con sabiduría.

Lo importante es que no se cometan injusticias. Que la virtud sea una cualidad de los gobernantes y que la codicia no corrompa sus impolutos corazones, pues cuando ello sucede, hasta un rey bueno y compasivo como Ciro, al que siempre he admirado desde que leí *Ciropedia* del griego Jenofonte con tan solo dieciocho años en los gloriosos días de la batalla de Pidna, puede llegar a convertirse en un tirano.

Si la corrupción embarga los espíritus de los pocos escogidos, estos se transforman en unos oligarcas preocupados por sus propios intereses y por engordar sus haciendas a costa de los gobernados.

Pero lo peor que puede ocurrir en una república es que, habiendo decidido regirse por la voluntad del pueblo, la molicie, la desidia y la corruptela atrapen las almas de sus gentes. La democracia degenera en anarquía, inmoralidad, vicio y falta de honradez, lo que supone, en ausencia de ciudadanos virtuosos amantes de su patria, la desaparición de la república.

Así pues, creo que hay una cuarta forma de gobernar una república, que considero la mejor, «que se modera por la combinación de estas tres que he mencionado»<sup>479</sup>. Aquí, la libertad, la efectiva libertad del pueblo, estará asegurada por el equilibrio de poderes. El respeto a la ley y a la herencia de nuestros padres están en el origen de la libertad, y la libertad es la fuente de la justicia.

En una república en la que sus habitantes son libres de palabra, «los ciudadanos votan, designan a los magistrados con mando supremo, participan en las elecciones y en la votación de las leyes, pero dan lo que ha de darse aunque no quieran, y dan a quien se lo pide lo que ellos mismos no tienen porque están apartados del mando, del gobierno público, del juicio y de poder ser elegidos jueces, pues esto depende del abolengo y la fortuna de las familias»<sup>480</sup>.

Mi auditorio atendía ensimismado, reflexionando sobre lo que yo había dicho. Filo fue el primero que rompió el silencio.

—Tu razonamiento es intachable, amigo mío. «Todos los que tienen la potestad sobre la vida y la muerte de su pueblo son tiranos, aunque prefieran llamarse reyes, apropiándose el nombre de Júpiter Máximo. Cuando hay determinadas personas que, en razón de su fortuna, nacimiento u otra ventaja, dominan la república, son unos autócratas miserables, aunque ellos se llamen gente noble. Por otro lado, si el pueblo tiene el poder, pero gobierna arbitrariamente, lo que hay es libertinaje. Más cuando hay respeto recíproco, de hombre a hombre, entonces, se da un pacto entre los ciudadanos, gracias al cual se produce ese tipo mixto de gobierno que elogia Publio»<sup>481</sup>.

—No seré yo quien se aparte de vuestra lógica —aseveró Lelio—. Y opino, al igual que Publio, que el respeto a la ley es la base de la libertad. «La verdadera ley es una recta razón —el pensamiento estoico de Panecio había hecho mella en el alma platónica de Lelio—, congruente con la naturaleza, general para todos, constante, perdurable, que impulsa con sus preceptos a cumplir el deber, y aparta del mal con sus prohibiciones, pero que, aunque no inútilmente ordena o prohíbe algo a los buenos, no conmueve a los malos con sus preceptos o interdicciones. Tal ley, no es lícito suprimirla, ni derogarla parcialmente, ni abrogarla por entero. Es perdurable e inmutable»<sup>482</sup>.

—Estoy de acuerdo —confirmé lo que decía mi amigo.

—Sí. Creo que todos coincidimos —exclamó Espurio.

—Pero nada de eso se lograría si faltan hombres virtuosos —apostilló Fannio.

—Con «una virtud que solo aspire a la honra y no tenga ninguna otra retribución»<sup>483</sup> —sentenció Lelio.

—¿Y qué deberían hacer esos hombres virtuosos? —demandó mi sobrino Quinto.

—«Así como el pastor principal de entre todos los que cuidan los rebaños conoce la naturaleza del terreno —dije solemne— y el administrador sabe de letras, pero uno y otro se valen del gusto de la ciencia en provecho de su trabajo, así también este gobernante ideal del que hablamos se dedicaría a conocer las leyes, indagando a fondo la fuente del derecho, pero sin enredarse en dar respuestas o en leer y escribir todo el día, para poder administrar la república y, en cierto modo, dirigirla como el pastor principal. Que sea muy docto en el derecho fundamental, sin el cual nadie

puede llegar a ser justo, y no ignore el derecho civil, ya que del mismo modo que el timonel conoce los astros, y el médico la física: uno y otro usan de esas ciencias para su profesión, pero sin impedimento para cumplir su labor»[484](#).

¿Te acuerdas, Lelio, por qué decidimos hace más de treinta y cinco años tener estas reuniones?

—Lo recuerdo perfectamente.

—Los más jóvenes quizá no lo sepáis —proseguí—, pero el origen de estas veladas reside en el deseo de unos pocos romanos, por aquel entonces mucho más jóvenes de lo que vosotros lo sois ahora, de conseguir que la ética griega de la virtud, la ética que podemos hallar en los escritos de Platón, Sócrates, Aristóteles y en otros muchos filósofos helenos, filtrada por la vieja moral romana, la moral de las antiguas costumbres y de los hombres que hicieron grande la república, la que nosotros llamamos *virtus*, y tamizada también por la *humanitas* que yo defino como la integridad del ser humano que se comporta con probidad en todas sus relaciones sociales, se extendiera por Roma.

—¿Y creéis que lo habéis logrado? —dudó Quinto.

—Viendo el enfrentamiento civil que amenaza la república, no me atrevería a afirmarlo —le contesté con cierta tristeza.

—¿Esperabais recibir alguna recompensa? —Era una pregunta de Mucio.

—«Aunque no tienen los sabios mayor premio de su virtud que la conciencia de sus gestas egregias, sin embargo, su virtud divina no necesita estatuas fijadas con plomo, ni honores triunfales con marchitos laureles, sino un tipo de premios más perennes y más lozanos.

—¿Y cuáles son esos premios?»[485](#) —ahora era Lelio el que preguntaba, aunque sabía de sobra que la recompensa no está en este mundo. Quería, no obstante, que los más jóvenes lo oyeran.

—¿Premios? Os voy a narrar un sueño que hace veinte años que me persigue y que de vez en cuando me impide dormir y me llena de contradicciones. Nuestras discusiones de estos tres días aquí en Lavernium han empezado a darle sentido.

—Somos todo oídos —con una sonrisa de oreja a oreja dijo, impaciente, Lelio.

—La primera vez que tuve este sueño fue el año del consulado de Lucio Marcio Censorino y de mi buen amigo Manio Manilio[486](#) aquí presente —En tono jocosos, Manio levantó la mano para destacarse entre los demás que rieron su gesto—, al comienzo de la última guerra púnica. Yo era tribuno militar de la cuarta legión. Algunos recordaréis que el viejo rey Massinisa reclamó mi presencia y que me encargó administrar su herencia y repartirla entre sus descendientes.

La primera noche que dormí en Numidia, estando en los brazos de Morfeo[487](#), se me apareció mi abuelo Escipión Africano. «En cuanto lo reconocí, me asusté ciertamente, pero él me tranquilizó: ¿Ves esa ciudad que yo obligué a obedecer al pueblo romano, pero renueva ahora su antigua guerra y no puede estar tranquila? Y me enseñaba Cartago, desde un lugar alto y estrellado, espléndido y luminoso. Tú vienes ahora, prosiguió el vencedor de Aníbal, para asediarla, siendo poco más que un simple legionario, dentro de dos años la destruirás como cónsul, y el nombre Africano que tienes ahora como sucesor mío, te lo habrás ganado por ti mismo. Una vez que hayas aniquilado Cartago, hayas celebrado el triunfo, hayas sido censor, hayas ido como legado a Egipto, Siria, Asia y Grecia, por segunda vez serás elegido cónsul, y harás la más terrible guerra, asolarás Numancia. Pero cuando subas al Capitolio en el carro triunfal, tropezarás con una república perturbada por la imprudencia de mi nieto Tiberio Graco.

En ese momento, tú, Africano, deberás descubrir a la patria la luz de tu valeroso ingenio y de tu sabiduría, pero veo la ruta, diría, del destino como doble en ese momento.

Cuando tu edad haya cumplido siete veces ocho giros solares<sup>488</sup>, y estos dos números, que se tienen los dos perfectos por distintas razones, hayan completado por natural circuito la edad destinada, la ciudad se volverá entera hacia ti y hacia tu *nomen*, el senado tendrá la vista puesta en ti, y todas las personas de honor, los aliados, los latinos; tú serás el único en quien apoyar la salvación de la ciudad, y, para decirlo pronto, deberás como dictador<sup>489</sup> poner orden en la república, si es que consigues escapar de las impías manos de los hermanos Graco»<sup>490</sup>.

A la sazón, Lelio lanzó una exclamación. Los demás intentaron preguntarme antes de que continuara el relato. Yo sonreí suavemente y les pedí:

—«¡Callad! Por favor. No me despertéis del sueño, y escuchadme todavía un poco más»<sup>491</sup>.

Obedecieron amablemente y esperaron a que reanudara la narración. Entonces, les dije el aforismo más bello de cuantos me transmitió mi abuelo Escipión Africano.

—«Para todos los que hayan conservado la patria, la hayan defendido y engrandecido, hay cierto lugar reservado a ellos en el cielo, donde estos venerables hombres gozarán de la felicidad por toda la eternidad»<sup>492</sup>.

Mis oyentes amigos permanecían en silencio. Embelesados. Expectantes por conocer cómo continuaba el sueño. Y no les defraudé.

—A continuación pregunté a mi abuelo si era una alucinación, y si mi padre Lucio Emilio y mis otros familiares fallecidos aún vivían o se habían extinguido.

—Nada de eso —contestó el espectro—. «Viven después de escapar de las ataduras corporales como si se tratara de una cárcel. Esta que vosotros llamáis vida, en cambio, es una muerte. ¿No ves que viene hacia aquí tu padre Paulo?»<sup>493</sup>.

Tuve que hacer una pausa. Estuve a punto de emocionarme recordando a mi padre. Era tan real que en el sueño rompí en llantos. Pregunté entonces a mi progenitor por qué continuaba yo en la tierra y no me apresuraba a seguirlos si, como decía mi abuelo Escipión, la verdadera vida era la que ellos estaban viviendo. Mi padre, Lucio, me explicó que mientras el dios creador de todo lo que vemos, el dios responsable del templo de la creación, no me liberara de la prisión de mi cuerpo mortal, no podría acceder a la auténtica vida.

—Los hombres —refirió el padre de Cornelia— debemos cuidar del mundo que llamamos Tierra que está en el centro de ese templo y, además —añadió—, ese dios omnipotente nos dio un alma extraída de las estrellas que empujadas por mentes divinas recorren en órbitas circulares el firmamento. En tanto que el dios que nos dio la vida no nos autorice a abandonar nuestro cuerpo mortal, los hombres magnánimos debemos permanecer en él viviendo la virtud, no solo hacia la familia, sino especialmente hacia la patria. Ese es el camino que debemos recorrer para llegar al cielo.

Después, mi abuelo Escipión me describió los astros celestiales y me habló de la diferencia entre lo eterno, lo verdadero, y la pequeñez de lo terrenal. Me demandó que «ejercitara el alma en lo mejor, y señaló que lo mejor son los desvelos por la salvación de la patria, movida y adiestrada por los cuales, el alma volará más velozmente a esa su sede celestial y propia mansión, y lo hará con mayor ligereza, si, encerrada en el cuerpo, se eleva más alto, y, contemplado lo exterior, se abstrae lo más posible del cuerpo. En cambio, las almas de los que se dieron a los goces corporales, haciéndose servidores de estos violando el derecho divino y humano por el impulso de los instintos dóciles a los placeres, andarán vagando alrededor de la misma Tierra cuando se liberen de sus cuerpos, y no podrán regresar a este lugar sino tras muchos siglos de tormento»<sup>494</sup>.

Luego, mi padre y mi abuelo Africano se desvanecen igual que la llama de una vela que derrite la cera que la sustenta, y yo despierto, sudoroso y lleno de dudas y preocupaciones.



—Hermoso sueño, amigo mío. Nunca me lo habías contado. Pero ¿cuáles son tus dudas? — quiso saber Lelio.

—Mis dudas se centran en conocer si hemos hecho todo lo posible por el bien de Roma. Si la razón está de nuestro lado en las actuaciones que hemos llevado a cabo en defensa de la república. Si hemos elegido el camino correcto. Si hemos obrado a semejanza de hombres piadosos o movidos por la ambición personal. Alguien me dijo hace tiempo —pensaba en Cornelia— que se me llenaba la boca de virtud y de bonitos discursos, pero que mi vida no se compadecía con lo que proclamaba.

—Tu vida es un ejemplo para todo aquel que se sienta romano y yo no renegaré de tu amistad por mucho que unos cuantos indeseables mancillaran tu nombre. Ha sido un honor ser amigo de Publio Escipión Emiliano —respondió, orgulloso, Lelio.

—Gracias, Lelio. Por tus comentarios y por honrarme con tu amistad.

—No debes tener dudas. Tampoco las tenemos nosotros. Si creyéramos lo contrario, ninguno estaría hoy aquí —me tranquilizó Manilio.

—Yo siempre he presumido de ser tu sobrino y he rogado a los dioses por parecerme a ti — replicó Quinto.

—Roma necesita más hombres como tú. —Era Filo el que me elogiaba.

—Gracias por vuestro apoyo. Ahora comamos antes de partir hacia Roma. La república hace agua igual que una galera desvencijada y debemos ser esforzados marineros para mantenerla a flote.

Después de comer, trascurridos los tres días de las Fiestas Latinas, salimos hacia Roma. No todos hicimos juntos el camino. A mí me acompañaron Lelio, sus yernos, mi sobrino Quinto y mi fiel Póstumo. El veterano centurión cabalgaba en silencio a mi lado. Para amenizar el viaje entablamos conversación.

—Dime, Póstumo. ¿Qué corolario has sacado de estos días?

—General, no he comprendido casi nada de la mayoría de los asuntos sobre los que habéis hablado. Pero hay algo que sí he alcanzado a ver. ¿Hombres virtuosos que se dedican a la vida pública? ¿En Roma?

—¿Crees que es una quimera?

—No sé lo que significa esa palabra.

—Es algo que se propone posible cuando en realidad no lo es.

—Entonces creo que es una quimera como tú lo llamas. Toda mi vida he vivido en las cloacas. Y no solo en el sentido literal. Pertenezco al estrato más bajo de la sociedad donde vierte el pestilente detritus de Roma. Ello tiene muchos inconvenientes, pero también una ventaja. Puedes ver quién tiene negras las entrañas y quién las tiene limpias. Y te aseguro, general, que hay una afirmación que sí he entendido.

—¿Cuál es? —inquirí curioso.

—Comparto la opinión de tu amigo Furio Filo: ¡Roma necesita hombres como tú!

---

468. 130 a. C.

469. Aulo Gelio. *Noches áticas*. I. 24.

470. 149 a. C.

471. Fiestas anuales en honor a Júpiter.

472. Cicerón. *Sobre la República*. I. El título de la obra de Cicerón hace referencia a la República como sinónimo de Estado, no como forma de gobierno.

473. *Ibíd.*

- [474.](#) *Ibíd.*
- [475.](#) *Ibíd.*
- [476.](#) Entiéndase aquí República como sinónimo de Estado, no como forma de gobierno.
- [477.](#) La Res Pública.
- [478.](#) Cicerón. *Op. cit.* I.
- [479.](#) *Ibíd.*
- [480.](#) *Ibíd.*
- [481.](#) Cicerón. *Op. cit.* III.
- [482.](#) *Ibíd.*
- [483.](#) *Ibíd.*
- [484.](#) Cicerón. *Op. cit.* V.
- [485.](#) Cicerón. *Sobre la República.* VI.
- [486.](#) 149 a. C.
- [487.](#) Dios de los sueños.
- [488.](#) Cincuenta y seis años. La edad que tiene Escipión Emiliano en esos momentos.
- [489.](#) Ver página 17, nota 23.
- [490.](#) Cicerón. *Sobre la República.* VI.
- [491.](#) *Ibíd.*
- [492.](#) *Ibíd.*
- [493.](#) *Ibíd.*
- [494.](#) *Ibíd.*

## Lo que la historia nos ha negado

Escipión Emiliano depositó el cálamo impregnado de tinta negra sobre la mesa. Comprobó lo que había escrito. Lo leyó varias veces. Esperó a que se secaran las letras y enrolló, en torno a una varilla de madera, el papiro en el que estaba narrando sus cincuenta y seis años de vida. Estaba cansado. Había llegado tarde a casa. Había sido una dura jornada de discusiones en el senado. Al entrar en la *domus* se topó con su esposa Sempronia, que salía de la vivienda. Un protocolario «Adiós, Publio» fue lo único que le dijo.

Nunca se habían amado, pero hasta la muerte de su cuñado Tiberio la relación había sido relativamente cordial. Desde el asesinato de Tiberio prácticamente no se dirigían la palabra. «Se te saluda», «Buenos días» o «Que los dioses te protejan» era lo máximo que alcanzaban a decirse. A Escipión no le importaba. Si continuar con Sempronia facilitaba el perdón de su madre, habría valido la pena tanta indiferencia.

Cornelia, su suegra, era también su prima. La hija de Escipión Africano, el vencedor de Aníbal, y de su tía Emilia, la querida hermana de su padre Lucio. Escipión Emiliano consideraba que no había hecho nada reprochable a los ojos de Cornelia. Pero la amaba tanto que estaba dispuesto a reconocer su falta cuando aprobó la muerte de Tiberio si con ello su añorada prima volvía a hablarle.

Vestía una sencilla túnica de nívea lana. En el suelo del *tablinum* se consumía un brasero encendido, el invierno en Roma estaba siendo muy frío y resultaba difícil entrar en calor. Se había despojado de la toga senatorial con el propósito de que no se ensuciara. Su pelo, otrora negro endrino, se le estaba tornando gris con el paso de los años. Principalmente en las sienes, donde el nevado encanecimiento le confería un semblante sugestivo que cortaba el aliento de las buenas matronas romanas, incluso de las más virtuosas.

Al día siguiente tendría que subir a la tribuna a pronunciar un discurso en defensa de los derechos de los latinos sobre las parcelas que cultivaban. Por culpa de la ley de la Reforma Agraria que costó la vida a Tiberio, aquellos sufrían arbitrariamente numerosos litigios y abusivas expropiaciones de tierras para ser repartidas entre la plebe. Los latinos eran los habitantes de las ciudades italianas conquistadas por Roma y estaban en clara inferioridad respecto a los quirites. Gozaban de libertad para organizarse a nivel interno, pero en contraprestación debían aportar cuantiosas tropas auxiliares al ejército.

Sin embargo, no se beneficiaban de los privilegios de la ciudadanía romana. Emiliano admiraba su valor por su actuación en la Guerra Numantina y había decidido asumir la tutela de sus intereses en la curia. Veía injusto que hombres que daban su sangre por Roma perdieran sus

propiedades en provecho de quienes preferían vivir de las dádivas del Estado antes que acometer las fatigosas labores del campo.

—He ultimado el relato de lo que ha sido mi vida. Me ha llevado varios meses, pero por fin he terminado. A partir de hoy lo iré completando al finalizar el año. Comeré algo y prepararé la alocución de mañana. Los latinos han servido con lealtad a Roma, y Roma debe ser leal con ellos. En demasiados lances les he visto morir en el campo de batalla por el bien de la república — pensó Emiliano.

Unos leves golpes en la puerta llamaron su atención. El pomo giró y asomó el rostro de su fiel Póstumo, el veterano centurión que le daba protección desde que se conocieron en Hispania. El viejo Druso que le anunciaba las visitas había fallecido dos meses después que su hermano Quinto. Hacía tiempo que los pulmones le fallaban. Estuvo en cama durante quince días antes de fenecer.

En el lecho de muerte, delante de Lelio y Lucilio, que actuaron como testigos, Emiliano le dio los documentos de manumisión. Deseaba que entrara en el paraíso siendo un hombre libre. Que pudiera sentarse junto a su padre Lucio y conversar con él sin cortapisas. Su progenitor igualmente apreciaba al anciano esclavo. Druso quería a Escipión Emiliano como a un hijo. En una ocasión anterior, el senador intentó liberarlo, pero Druso le comentó que prefería continuar sirviendo en el hogar de los Emilios.

Cercano a encontrarse con Caronte, el octogenario sirviente aceptó el ofrecimiento. Emocionado, le dio las gracias por la liberación.

—Gracias, dómine. Pronto veré a tu padre y a tu hermano Quinto. ¡Cuánto me dolió su muerte!

Emiliano le respondió que ya no tenía que llamarle dómine. Que se dirigiera a él por su nombre, Publio. Era un hombre libre y además su amigo. Escipión le agarró con fuerza la mano y el viejo Druso expiró.

Póstumo se disculpó por la interrupción.

—General, siento molestarte, pero la madre de tu esposa está en el *atrium* y pregunta si puedes recibirla.

—¿Cornelia? ¿Y quiere hablar conmigo? ¿No ha intentado pasar por encima de ti?

—No, general. Ha sido muy respetuosa.

—Está bien, hazla pasar enseguida.

Cornelia entró en la habitación y Emiliano creyó que la estancia resplandecía. Aunque su prima tenía casi sesenta años, cualquier observador avezado habría jurado que todavía no rozaba la cincuentena. Emiliano sabía que algunas canas se entreveraban en sus cobrizos cabellos, pero Cornelia las disimulaba con caros tintes rojizos que mercaderes foráneos traían del lejano oriente. Su figura acusaba la edad. No obstante, rayaba la excelencia, puesto que Cornelia hacía ejercicio y practicaba la natación siempre que se le presentaba una oportunidad. Escipión aún la veía en su pristino esplendor con los ojos del adolescente enamorado que se prendó de su prima la primera vez que la vio en Lavernium.

—Te saludo, Cornelia. ¿Qué te trae por mi casa?

—Saludos, Publio. ¿Tan extraño resulta que visite la casa de mi hija y de mi yerno?

—Lo sorprendente no es que vengas a mi casa. Lo extraordinario es que preguntes por mí. Hace cuatro años que estas paredes no se iluminan con tu presencia.

—Gracias por el cumplido, pero te sonrojas cuando mientes.

—Lo digo sinceramente. Mi sonrojo se debe al calor de ese brasero. —Ahora sí mentía. El rubor lo provocaba la proximidad de su amada.

—Tienes razón. Hace cuatro años que no hablamos. Pero creo recordar que nos hemos visto en algún sitio.

—Nos cruzamos en las escaleras del edificio de la asamblea de las tribus cuando me citó el tribuno Papirio Carbón. Y en cuanto a lo de hablar... bueno, no tuvimos lo que se dice una conversación. Me insultaste y acusaste de la muerte de tu hijo.

—Estaba muy dolida. Sé que tú no tuviste la culpa. Estabas en Hispania. Pero aprobaste su muerte. Antepusiste Roma a la vida de mi hijo.

—Habría antepuesto la tranquilidad de Roma a la vida de mi hijo si lo hubiese tenido.

—Cayo está siguiendo los pasos de su hermano. Estoy muy preocupada<sup>495</sup>.

—Lo sé. Debería tener mucho cuidado<sup>496</sup>.

—Me dice que quiere vengar la muerte de Tiberio. Limpiar el nombre de Sempronio. Está recorriendo Italia sumando partidarios a su causa. Le he enviado una carta en la que le indico «que tiene razón cuando dice que es muy dulce tomar venganza de los enemigos. Nadie más que yo aplaudiría su venganza si la pudiese tomar sin comprometer el sosiego de la república, pero eso es imposible. Correrá el tiempo, combatirán las facciones, más nuestros enemigos no serán derribados, conservarán su poder. Y es preferible que así sea a que se arruine y perezca la república»<sup>497</sup>.

—Le has aconsejado bien.

—Me he mostrado muy seria y rotunda con él. También le he dicho que exceptuando a los que asesinaron a Tiberio, «no cuento con un enemigo que me haya proporcionado tantos pesares y tantas angustias como él me está dando. Si no debía tener en cuenta los hijos que he perdido, salvar mi ancianidad de la más ligera inquietud, no hacer cosa alguna que pudiera serme desagradable y mirar como impío el emprender grandes proyectos contra mi opinión»<sup>498</sup>.

—Seguro que atenderá tu petición.

—Roma, siempre Roma. La exigente loba que ha dividido a la plebe, al senado, a nuestras familias y... a nosotros.

—Yo nunca me he sentido alejado de ti. Me confortaba tu recuerdo. Todavía no me has dicho por qué deseabas verme.

Cornelia reflexionó unos instantes lo que iba a decir. Había preparado concienzudamente el exordio y los nervios no la traicionaron.

Porque estaba nerviosa. Temblando de los pies a la cabeza igual que una doncella la noche de bodas. Emiliano lo percibió. Empero, su prima, con azorada lengua le dijo:

—Estoy cansada, Publio. Me hago vieja y me da miedo la soledad. Si pudiera volver atrás, no dejaría que aquel casto adolescente de Lavernium se apartara de mi lado. Lo retendría con todas mis fuerzas. Le diría que lo amaba, que necesitaba sus besos y sus caricias, sus poemas de amor, su grata inocencia. Que aceptaba su proposición de matrimonio, que viviríamos juntos una exquisita existencia, que tendríamos muchos hijos que serían el orgullo de Roma. Cuando hicimos el amor...

—Han pasado diecisiete años.

—Lo sé. Me sugeriste abandonarlo todo y trasladarnos a Hispania.

—Si así fuera, los poetas cantarían que esa agraciada tierra se habría convertido en la morada de Afrodita.

—¿Sigue en pie tu ofrecimiento?

Escipión, estremecido, le contestó con otra pregunta.

—¿No temes las habladurías?

—Ya no me importa nada. Roma me ha robado un hijo, el otro no atiende mis demandas y sigue los pasos de su hermano, y mi hija...

—Mi esposa.

—Sí, tu esposa. Nunca me ha perdonado que la entregara a un hombre al que no amaba.

—¿Por qué quisiste que se casara conmigo?

—Creí que compensaría el sufrimiento que te causé cuando te expulsé de mi habitación aquella aciaga noche en la que me dijiste que querías que fuera tu mujer. Te di la pureza de Sempronia porque yo ya no era la virginal jovencita que conociste en Lavernium, y así... así algo de mí estaría con el hombre que siempre he amado.

A Escipión le pareció un sueño hecho realidad lo que estaba escuchando. Un regalo de Cupido. Llevaba toda una vida deseando, rogando a los dioses porque Cornelia uniera su destino al suyo. Que le declarara su amor.

¡Y por fin los dioses habían atendido sus plegarias!

Recorrió la distancia que los separaba. Unió sus labios a los de ella. En un prolongado beso. La besó pausadamente, saboreando el momento, como si libara el dulce néctar de la más hermosa de las flores. Y Cornelia, su adorada Cornelia, le correspondió. Se abrazaron. En un tierno abrazo. En el que ambos sintieron que entre ellos solo podía pervivir el amor.

—Si supieras... Si pudieras entender cuánto tiempo he anhelado este momento. «Tú me amas, yo te amo, y los dos pensamos que tenemos motivo para ello. Que gocen también de una felicidad sin fin los que con nosotros se alegren. Quienes nos envidien, que no puedan disfrutar jamás de nada que sea digno de la envidia de los demás»<sup>499</sup> —recitó Escipión unos versos de Plauto.

—Eso lo he oído antes.

—Es de Plauto.

—Tu admirado harinero. Ahora lo recuerdo. Asistí a la representación de una de sus comedias cuando estuve en Capua hace seis meses visitando a unos familiares. ¿Cómo se llamaba la obra...? ¿El aparecido...?

—*La comedia del fantasma*.

—*La comedia del fantasma* —repitió Cornelia—. Era muy divertida. ¿Te dije que ahora me gustan las obras de tu aclamado harinero?

—Me lo comentaste.

—Bueno, es muy tarde. Sempronia estará a punto de llegar. Además, estás muy ocupado.

—Me disponía a preparar un discurso.

—¿Podrás venir mañana a mi casa? Tenemos mucho de qué hablar.

—Cuando salga del senado.

—¿Me has perdonado?

—¿Por qué motivo?

—Por arrojarte de mi lado hace cuarenta años.

—Eso lo olvidé cuando vi que te alejabas en aquel carro junto a tu madre. Una lágrima se deslizó por tu mejilla.

—Hasta mañana entonces, Publio, mi amor.

—Hasta mañana entonces, Cornelia, mi dicha.

Cerró la puerta y se marchó. En la salida se topó con su hija Sempronia. Le mintió. Le dijo que había venido a visitarla, que la había estado esperando, pero que se había hecho muy tarde y que regresaría al día siguiente. Anochecía. Póstumo la acompañó hasta su *domus*. En el camino, Cornelia le pidió perdón por su anterior comportamiento. El experimentado soldado no estaba

acostumbrado a que una mujer patricia le ofreciera sus disculpas. ¿Cómo no iba a perdonar a una diosa como aquella?

Escipión Emiliano estaba henchido de felicidad. La turbación que le había causado el encuentro con su prima le impedía concentrarse. Decidió acostarse y levantarse temprano con intención de redactar la defensa de los latinos.

Tomó una cena ligera. Carne de ave asada y un poco de fruta. Después se dirigió al dormitorio. Antes pasó por el *tablinum*. Cogió una tablilla de cera y un fino punzón de madera y se los llevó a su cubículo. No se trasladaría al *tablinum* para escribir el discurso. Lo haría en el propio cuarto. Encargó a un esclavo que le despertara dos horas antes de la hora prima<sup>500</sup>. Entró en su aposento. Sin ser consciente dejó la puerta entornada. Depositó la tablilla y el punzón en una pequeña mesa que había al lado de la cama. Iba a desvestirse cuando por la puerta entreabierta vio a su esposa que se dirigía a su estancia privada. Hacía muchos años que no compartían la misma habitación. La llamó.

—¡Sempronia!

Su mujer se volvió y acudió a su llamada.

—¿Sí, Publio?

Emiliano sentía un ligero remordimiento tras lo ocurrido con su prima. Iba a repudiar a su esposa y a vivir con su suegra. Tenía la impresión de que le debía una explicación a Sempronia. Después de llamarla se arrepintió. Decidió que era mejor revelarles que siempre había amado a su madre tras reunirse con Cornelia al día siguiente. Tenía una larga noche por delante a fin de poner en orden sus ideas. Encauzó por otros derroteros la conversación.

—Esta tarde he hablado con tu madre. Hemos resuelto nuestras diferencias.

Fría, sin manifestar ninguna emoción, le respondió:

—Me alegro por vosotros. La familia no debe estar dividida. —Sempronia se giró.

—¡Espera! Hay otro asunto que me gustaría comentarte.

—Tú dirás.

—Lamento que nuestro matrimonio haya sido tan desgraciado. Me habría gustado que fueras feliz.

—Fue mi decisión aceptar nuestro enlace. Y de mi madre, claro está.

—Quizá en otras circunstancias, o en otra vida, no sé. Podríamos haber sido felices. Haber conocido el amor.

—No le doy tanta importancia. Soy la mujer del senador Publio Escipión Emiliano. El héroe de Cartago y Numancia. ¿Qué más puedo pedir?

—Gracias por tu comprensión. —¿Sería tan comprensiva cuando le dijera que la repudiaba para casarse con su madre? Pensó Publio.

Sempronia asintió con la cabeza y salió del dormitorio de su marido. Cerró la puerta. Emiliano se despojó de la albugínea túnica que vestía y se acostó. Se cubrió con una sábana blanca y con una piel de oso que había traído de Hispania. Se incorporó y apagó la lámpara de aceite que había en una hornacina de la pared. De improviso, la puerta se abrió. La habitación se iluminó con la luz que entraba del *atrium*. Escipión se sobresaltó levemente. No esperaba esa intromisión. Sempronia le traía un vaso de leche caliente de la cocina.

—He ordenado a un esclavo que caliente leche. Yo he bebido un vaso y he pensado que a ti te apetecería otro. La he endulzado con un poco de miel.

Escipión no recordaba la última vez que Sempronia había tenido un gesto amable hacia él. Consideró que el diálogo que acababa de mantener con ella la habría conmovido y que querría compensarle. No quería parecer descortés, por lo que aceptó su ofrecimiento.

—Gracias. Me ayudará a dormir.

Sempronia le dio el vaso lleno de leche y miel y se retiró. Emiliano bebió un sorbo. El sabor era agradable al paladar. Apuró hasta la última gota. Ya de niño era un contumaz goloso.

Colocó el vaso de cristal sobre la mesilla. Cerca de la tablilla de cera. Observó durante unos segundos el techo decorado con la misma Venus naciente pelirroja que lucía en su escudo de guerra. Se volvió hacia la pared en la que estaba la lámpara de aceite dentro de la hornacina y la apagó de nuevo.

La estancia quedó en penumbra. Por debajo de la puerta descollaban unos tenues rayos de luz procedentes de las lucernas que permanecían encendidas en el *atrium* durante toda la noche.

Emiliano apoyó la cabeza en el almohadón de plumas. Puso la mano derecha entre la nuca y la almohada. Pensó en Cornelia. Aún sentía en la boca el dulzor de la miel. Idéntica dulzura que la que había experimentado hacía unas horas besando a su amada. Su lengua se unió a la de Cornelia en una deliciosa fusión.

También pensó en sus amigos. Qué dirían. Lucilio lo entendería, compondría un poema. «¡Que se joda Roma! ¡Huye con ella!». Le había dicho en cierta ocasión. Lelio, bueno... estaba seguro que Lelio lo apoyaría. Lelio habría hecho cualquier cosa porque fuera feliz. Panecio se mostraría comprensible. Era demasiado correcto con sus amigos. ¿Y Polibio? Ahora, más que nunca, necesitaba sus consejos. Pero estaba en Grecia. Había recibido una carta de Polibio en la que le decía que volvería a comienzos del verano. Cuando supiera la noticia, le obligaría a escuchar una de sus largas disertaciones, pero lo comprendería. Polibio, al igual que los demás, solo deseaba su felicidad.

Inconscientemente, Escipión sonrió. Se acordó de su hermano Quinto. Su hermano le habría abrazado con fuerza y habría sentenciado:

—¡Ya era hora, no sé qué estabais esperando!

¿Y Roma? ¿Qué se diría en Roma? ¿Y qué importaba lo que se dijera en Roma si Cornelia me ama y yo la amo? Viviremos en el sur de Hispania. Buscaremos una pequeña villa donde nadie nos conozca. Quinto me dijo antes de mi partida hacia Numancia que el sol en el sur de Hispania es el más luminoso de cuantos había conocido. Los inviernos no son tan crudos y el mar sereno voltea en las playas entonando el canto de las olas semejante a las notas de una lira.

—Noto un ligero quemazón en el estómago. He debido de comer algo que no me ha sentado bien —pensó Emiliano.

—¡Ah! —gritó con rabia Escipión. Una repentina punzada en el vientre constriñó los músculos del abdomen—. ¡Este dolor es insoportable!

Un sudor frío empapó su cuerpo. ¿Era miedo lo que percibía? Polibio le había comentado que el miedo hace que el sudor se torne frío.

—¡Qué tontería! Lo que tengo es mucha fiebre. —Emiliano se tocó la frente sudorosa—. Y este dolor de estómago me está matando.

Trató de levantarse, pero tenía todo el cuerpo paralizado. Infinidad de calambres lo inmovilizaban. Miró la rendija debajo de la puerta por la que debían entrar los finos rayos de luz de las lucernas del *atrium*.

—Alguien las habrá apagado —especuló—. No consigo ver nada.

De pronto se percató de que había perdido la visión. Se asustó. Entonces, el espectro de su padre Lucio y de su abuelo Escipión Africano se materializaron en la habitación. Otra vez el sueño. ¿Estoy despierto o estoy durmiendo? La fiebre le estaba afectando. Empezó a gritar:

—¡Padre!, ¡padre! —Pero no podía mover los labios.

Era una pesadilla.



—¿Una pesadilla? Si estoy despierto. No puedo moverme, pero estoy despierto. Me arde el estómago. ¡Oh, dioses inmortales, apiadaos de mí!

De repente, cuatro espíritus vestidos de blanco immaculado entraron en la habitación.

—¡Quinto!, hermano. ¿Eres tú? —preguntó asustado.

—Publio, no tengas miedo.

—¿Quién viene contigo?

—¿No los reconoces? Terencio, el viejo Aulo Estacio y la bella Valeria. ¿Y esas odas? ¿No oyes esas odas? Son Ennio y Pacuvio recitando poesías a las bellas galas. Más que tío y sobrino, ahora son grandes camaradas.

—¿Estáis vivos? No puede ser.

—Escucha esas risas. Son nuestros hermanos cabalgando a Terencio. Vuelve a cabriolar y a piafar con sus cortas patas de algodón plateado. Nuestra madre Papiria se ocupa de ellos.

Escipión estaba delirando. La aparición del poeta Terencio le acarició la frente. Estacio le dijo que luchara.

—¡Resiste, soldado! ¿Es que no aprendiste nada?

—Perdóname, Valeria. Nunca debí alejarte de mi lado. Eras mi amiga.

—No te sientas culpable, Publio. Soy muy feliz. Aquí solo hay dicha y alegría. No hay guerras, ni odios, ni rencores.

Los espíritus se difuminaron. Tan rápido como habían surgido.

Publio miró otra vez a la techumbre. En la negrura quería ver el retrato de su prima. Estaba ciego. Pero no necesitaba ver los frescos del techo. Su mente dibujó el rostro de su amada.

—¡Cornelia!, ¡Cornelia! —la llamó angustiado.

Se hizo la oscuridad. La noche infinita de los que abandonan este mundo. El alma de Publio viajaba ya hacia el cielo estrellado. Al sitio reservado a los hombres virtuosos. El lugar en el que gozará de la felicidad por toda la eternidad.

¡El corazón de Escipión Emiliano había dejado de latir!

El esclavo al que Escipión había encargado que le despertara dos horas antes de la hora prima se dirigió a la cámara de su amo. Normalmente, Emiliano estaba levantado cuando el esclavo llamaba a la puerta. Golpeó la rica madera que impedía la entrada al dormitorio y exclamó:

—¡Dómine! Es la hora.

Nadie respondió.

—¡Dómine! Me dijiste que te avisara dos horas antes de la hora prima.

No obtuvo respuesta.

Por unos instantes, dudó si entrar o seguir golpeando la puerta. Se decidió por lo primero.

Abrió la puerta y traspasó el umbral de la habitación. Escipión dormía plácidamente. Tumbado bocarriba con los ojos cerrados. La luz que entraba desde el *atrium* iluminó un tanto el acogedor dormitorio. El esclavo se dirigió hacia la hornacina de la pared donde colgaba la lámpara de aceite. La encendió. Miró entonces a su amo y se percató de que las sábanas estaban manchadas de sangre. Emiliano había vomitado. Un sanguinolento fluido rojo aún manaba de su boca.

El esclavo se alarmó. Escipión no atendía a sus insistentes requerimientos de que despertara. Le agarró del brazo y comprobó que estaba frío. Asustado, salió gritando de la estancia y corrió hacia los aposentos de Sempronia.

—¡Socorro, dómina, socorro! El amo Escipión no se despierta y su cama está llena de sangre.

Los gritos del esclavo alertaron a todos los ocupantes de la *domus*. Sempronia se asomó al pasillo vestida y emperifollada como si esperara asistir a alguna recepción. Llevaba puesta una túnica amarilla y una larga estola de piel de zorro que la abrigaba del frío matutino.

Con premura, conducida por el esclavo, se encaminó hacia la habitación de su esposo. Entró en el dormitorio y cercioró la verdad de lo que el siervo decía. Puso su mano sobre el cuello de su consorte y comprobó que no tenía pulso. Sonrió. Con una sonrisa maledicente. Se untó los dedos de sangre coagulada y pringosa. Se limpió con la sábana que cubría el cuerpo de Emiliano.

Enseguida llegó Póstumo. El leal escudero de su marido. Antes de que Póstumo se fijara en la mesilla, Sempronia cogió el vaso vacío en el que había traído a Emiliano la leche mezclada con miel y lo ocultó bajo la estola. No quería que nadie introdujera el dedo en el poso blanco del recipiente de cristal, oliera el contenido y advirtiera un leve y extraño aroma a almendras amargas. La inconfundible fragancia del cianuro.

—¡General! ¡General! —gritó Póstumo.

El antiguo centurión tomó el pulso a su estimado jefe. El brazo estaba frío y, al igual que las otras extremidades, con un ligero tono azulado.

Panecio entró en el dormitorio cuando Póstumo tapaba con la sábana ensangrentada el rostro de Escipión.

—¿Qué ha ocurrido? —demandó sobresaltado.

—El general ha muerto durante la noche —le explicó, compungido, Póstumo.

—Yo iré a casa de mi madre a comunicarle el deceso —dijo indiferente Sempronia. Antes de salir de la vivienda, pasó por la cocina y arrojó con violencia a la basura el vaso de vidrio con la intención de que estallara en mil pedazos. Luego fue al *tablinum*, donde se apoderó del rollo de papiro sobre el que su fenecido cónyuge estaba escribiendo sus memorias. Lo guardó en una caja y ordenó a un esclavo que cargara con ella y la siguiera.

Panecio, fiel a su estoicismo, trató de permanecer incólume. Sentía un profundo pesar. Los nervios le traicionaron. Unas lágrimas brotaron de sus avejentados ojos. Se abrazó a Póstumo buscando consuelo.

La noticia se divulgó velozmente por toda Roma al igual que una liviana hoja marchita es movida por las tormentas otoñales. Algún siervo indiscreto lo comentó al vecindario.

No había transcurrido una hora desde que el esclavo había descubierto el cadáver cuando unos golpes exasperados se oyeron en la puerta de la entrada.

—¡Abrid, por Júpiter, abrid! —exigía Lelio desesperado.

—Cálmate, Lelio. Quizá solo sea un rumor —trató de tranquilizarle Lucilio.

Un sirviente abrió la puerta. Lelio y Lucilio entraron aceleradamente llamando a Póstumo y a Escipión Emiliano.

—¡Publio!, ¡Póstumo! ¿Dónde estáis? Por Hércules, respondió.

Póstumo, con semblante serio, salió a recibirlos.

—¡Noble Lelio! ¡Lucilio! —La voz de Póstumo sonaba grave.

—¡Dime que no es cierto! ¡Que únicamente es un rumor propagado por sus enemigos! —exigió Lelio.

—Siento ser yo el que te dé esta triste noticia. El general ha muerto durante la noche.

—¡No, dioses infernales! ¡Él, no! —gritó Lelio tapándose la cara con ambas manos—. ¡Polibio, cuánta falta nos haces!

Lucilio ciñó a su amigo y ambos se abrazaron. Lloraron desconsolados.

—«Desarmad las proas y romped el gobernalle»[501](#). El timonel de Roma ha fallecido —declamó el poeta.

Poco a poco, el resto de amigos, Manilio, Furio Filo y cuantos apreciaban a Emiliano fueron apareciendo. También Marcia, la viuda de su hermano. Y Antonia, la mujer de Lelio. Panecio había ordenado a un esclavo que trajera una sábana limpia para cubrir el cuerpo de Escipión y una

vasija con agua a fin de lavar la sangre y evitar a su familia una desagradable impresión. Sus tres hermanas, con sus esposos e hijos, llegaron al unísono. Las hermanas de Emiliano estaban sumidas en el llanto. Emilia Tercia, la de menos edad, era un mar de lágrimas.

—¿Cómo ha ocurrido esta desgracia? —preguntó Lelio a Póstumo—. Ayer estaba rebosante de salud. Ilusionado con la defensa que tenía que hacer hoy de los derechos de los Latinos.

—Es muy extraño. El cuerpo está amoratado. Como si hubiera sufrido numerosas hemorragias internas. Comprobadlo vosotros mismos —pidió el centurión.

Panecio, que acababa de adecentar el cadáver, movió la inmaculada sábana de lino y mostró el cuerpo a sus amigos.

—Esto no parece una muerte natural. ¿Qué enfermedad te deja la piel azulada y te hace vomitar sangre? ¿Dónde está Sempronia? —inquirió, curioso, Lucilio.

—Esa perra... —Lelio, aunque abatido, censuró con la mirada a Póstumo antes de que prosiguiera con su explicación—. Mis disculpas, noble Lelio. Pero la esposa del general ni se ha inmutado al saber la noticia de su fallecimiento. Además, la he encontrado regaladamente vestida y peinada. O no se había acostado, o... —Póstumo cayó lo que iba a decir.

—Continúa sin temor, centurión. Di lo que tengas que decir —le pidió Lelio.

—¡O estaba esperado la muerte de su esposo! —terminó de contar Póstumo.

—Haremos una investigación y si descubro un culpable al que responsabilizar de este óbito... os juro por Cástor y Pólux que envidiará a su víctima —afirmó Lelio.

—El senado no permitirá que indagemos la muerte de Publio. Habría tantos sospechosos que todo el mundo acabaría acusándose el uno al otro. En cuanto a Sempronia, sabemos que no lo amaba, pero me cuesta creer que deseara la muerte de nuestro amigo —señaló Lucilio.

—He sido el escolta del general desde que regresamos de Hispania hace cuatro años. A petición suya me instalé en su casa. He vigilado a toda persona que ha entrado o salido de la vivienda. Nadie se le acercaba sin que yo lo supiera. No soy idiota. He observado los gestos y las miradas que le dirigía su mujer cuando el senador no se percataba. Os aseguro que no era amor. Ni siquiera desprecio. Era puro odio.

Un griterío proveniente de la calle interrumpió la conversación. Lelio mandó a un esclavo para que comprobara a qué se debía el alboroto.

El esclavo volvió apresurado y le trasladó a Lelio que el senador Quinto Metelo Macedónico<sup>502</sup> se dirigía hacia allí acompañado de sus hijos.

—¿Metelo? ¿El peor enemigo de Publio? ¿Aquí? —se preguntó, preocupado, Lelio.

—Yo tengo lista mi espada —presumió Póstumo.

—No creo que venga a buscar pelea. Los disturbios se trasladarían a Roma y encendería la llama del enfrentamiento civil. Metelo podrá ser muchas cosas, pero desde luego no es estúpido.

—Gritaba al gentío —aclaró el esclavo.

—¿Pudiste oír lo que decía? —quiso saber Lucilio.

—No, domine.

—Salgamos a recibirle.

En la puerta, rodeado de un nutrido grupo de plebeyos, Metelo, «con rostro apenado y voz entrecortada repitió su soflama:

—¡A las armas, a las armas, ciudadanos! ¡Las murallas de Roma han caído: Han atacado violentamente a Escipión Emiliano mientras dormía en su casa!»<sup>503</sup>.

—¿Qué se te ofrece, senador? —pregunto Lelio a Metelo.

—Vengo a rendir homenaje póstumo al hombre más ilustre de la república.

—Nos resulta rara visita. Tu enemistad con Escipión es notoria en la ciudad.

—No te confundas, distinguido Lelio. Mi rivalidad con Escipión era estrictamente política. Es cierto que nuestras disputas en la curia eran muy acaloradas, pero nunca lo tuve por mi enemigo. Servimos bajo su padre en los gloriosos días de la batalla de Pidna. ¿Podemos pasar?

—Adelante, senador. Publio se sentiría muy honrado con tu presencia.

Lelio y Lucio, seguidos de Metelo y sus hijos, se dirigieron hacia el dormitorio de Escipión. Póstumo iba detrás, agarrando la empuñadura de su gladio. No quería que le sorprendiera algún imprevisto.

Mientras caminaban hacia la habitación, Lucilio preguntó a Metelo:

—Dinos, senador, ¿por qué dices que han atacado a Escipión? Nosotros no tenemos ninguna prueba de ello.

—Es el rumor que hemos oído. Antes de venir, he pasado por el senado y he exigido a los padres conscriptos un funeral de Estado. Esos ancianos vetustos se han negado. Quieren que el entierro se haga en la más estricta intimidad y lo más pronto posible. Les he dicho que se debe poner en claro esta extraña muerte y me han respondido que abrir una investigación podría originar disturbios en la ciudad. ¡Malditos cobardes!

Los visitantes llegaron a la cámara de Escipión en la que sentado junto a la cama estaba Panecio. El filósofo se puso de pie y saludó a Metelo y a sus hijos. Este pidió ver el cadáver. Panecio miró a Lelio, quien con un leve gesto aprobó su petición. Cuando el viejo filósofo destapó la sábana, Metelo comentó.

—¿Y decís que esto ha sido una muerte natural?

—Una piel azulada puede deberse a múltiples causas. No obstante, si su esposa Sempronia lo autoriza, y aunque el senado se oponga, indagaremos lo que ha sucedido —explicó, entristecido, Lelio.

—Hijos míos —dijo Metelo—, si estos nobles ciudadanos no tienen inconveniente, vosotros portaréis sobre vuestros hombros el féretro del senador Publio Cornelio Escipión hasta la pira funeraria. Porque «en lo sucesivo, no podréis prestar este servicio a otro hombre más ilustre»<sup>504</sup>.

—Tu ofrecimiento te honra —dijo Lelio.

—«¡Ay de la república, tan desgraciada por la muerte de Publio Escipión como feliz por haber escuchado unos lamentos tan humanos y responsables como los de Metelo Macedónico!»<sup>505</sup> — alabó Lucilio la actitud de Metelo.

Sempronia, seguida de un esclavo que portaba una caja de madera, llegó a casa de su madre a una hora intempestiva. Faltaba mucho para la hora prima. Aún la lóbrega nocturnidad sobrecogía. Otro siervo le había abierto camino llevando una antorcha que iluminaba la calle. Un tercer esclavo, antiguo gladiador, le daba escolta. Este sirviente fue el que golpeó la puerta.

—¡Madre!, ¡madre! Soy Sempronia.

En casa de Cornelia, durante la noche, siempre había un esclavo despierto que vigilaba el reposo de su ama. Alertado, corrió hacia el dormitorio de Cornelia y gritó:

—¡Dómina Cornelia!, ¡dómina Cornelia! Tu hija te requiere.

Cornelia dormía plácidamente. Por primera vez en muchos meses, a ella le parecieron años, su descanso era apacible. Disfrutaba de un maravilloso sueño en el que había vuelto a su adolescencia. En su ilusoria fantasía paseaba cogida de la mano de su primo Publio por una playa solitaria del sur de Hispania. Él la observaba lleno de amor y ella le devolvía la amorosa mirada. Publio la adoraba. Veía en ella la reencarnación de Afrodita. Cornelia, diosa del amor, le concedía cuantos deseos le solicitaba. Habían escapado de Roma, de los dioses y habrían huido de cualquiera que se hubiese opuesto a su amor, a su anhelo de compartir sus vidas. La deleitable existencia que ambos no habían podido vivir por un fatídico error de juventud.

Los gritos del esclavo apagaron su grata ensoñación.

—¿Qué ocurre? —preguntó, adormilada, Cornelia.

—¡Tu hija, ama! ¡Tu hija está en la puerta principal y pregunta por ti!

—¿Sempronia? ¿A estas horas? ¿Y a qué esperas para hacerla pasar?

Los gritos despertaron a los demás esclavos de la casa. Mientras el siervo facilitaba la entrada a Sempronia, su madre se adecentó un poco y se vistió con una túnica azul que antes de acostarse había dejado preparada en una silla. Sabía que a Publio le encantaba ese color. El color que ella lucía cuando se conocieron en Lavernium.

Cornelia salió al pasillo. Las llamas de las lámparas de aceite encendían el rojo de sus cabellos. Sempronia se acercó apresuradamente. Ordenó al sirviente que dejara la caja en una mesa que había en el *tablinum*.

—¡Madre! ¡Tenemos que hablar! ¡En privado!

—Me asustas, hija. ¿Ha sucedido alguna desgracia? —El tono de Cornelia era de sincera preocupación.

—Aquí no. Pasemos al *tablinum*.

Las dos entraron en la estancia cuyas paredes estaban cubiertas con estanterías de madera labrada que acogían centenares de libros de autores griegos y romanos.

—¡Habla de una vez! ¿Qué ha ocurrido? —exigió, asustada, Cornelia.

—¡Mi pobre hermano Tiberio ha sido vengado! —sentenció, envanecida, Sempronia—. El hombre que justificó su muerte ya no ofenderá más el nombre de Sempronio. Anoche puse cianuro en un vaso de leche que llevé a mi esposo. Publio está muerto.

Cornelia tuvo que apoyarse en la mesa para no desfallecer. Un intenso dolor comprimió su pecho y dificultaba su respiración. No obstante, la hija de Escipión Africano hizo honor a su herencia y soportó estoicamente la maldad cometida por su hija. Sin saber de dónde sacó fuerzas, increpó severamente a Sempronia.

—¿Qué has hecho, miserable asesina? —preguntó elevando el tono de sus palabras—. ¿Qué has hecho? —gritó con estentórea voz en esta segunda ocasión.

—Lo que tú tenías que haber hecho hace años. Matar al enemigo de nuestra familia. Ahora, Cayo tendrá el camino libre para llevar a cabo sus planes. Nadie se atreverá a oponerse a sus designios.

—¡Dioses sagrados de Olimpo! ¿Por qué me castigáis de esta manera? ¿En qué os he ofendido? —Entre lágrimas de impotencia, mirando hacia arriba, como si pudiera observar a través del techo de la *domus* un firmamento celeste que los primeros rayos de sol iluminaban, un lastimoso alarido salió de la garganta de Cornelia.

Entonces, su entereza se vino abajo. No podía mantenerse de pie. Apoyándose en la mesa que tenía cerca, se sentó en el suelo. Agachó la cabeza. Y, desolada, rompió en un llanto desesperado.

Sempronia se apiadó de su madre. Tratando de confortarla, acarició su cabeza.

—¡No me toques! ¡Márchate de mi casa! ¡No quiero volver a verte! —le espetó Cornelia.

—¿Crees que no sé lo que pasa? ¿Que no me había fijado en cómo resplandecía su rostro cuando estaba a tu lado? ¿En cómo lo mirabas tú cuando él no se daba cuenta? Pero a mí no me importaba. Nunca lo amé. Me obligaste a que me desposara con él. A que compartiera su lecho. Yo sabía que tarde o temprano me tomaría venganza. Y ese día ha llegado. Adiós, madre. Sé que guardarás este secreto. Si me acusas, será el fin de la carrera de Cayo. Y, además, ¿quién iba a creerte? La esposa que envenena a un marido al que odia y una suegra que ama a su yerno. Bonito escándalo. El nombre de los Gracos arrastrado hasta las cloacas. Y eso tú no lo permitirías. Eres demasiado orgullosa, es tu mayor defecto. En esa caja encontrarás el libro que estaba escribiendo.

Llevaba semanas trabajando en él. Creo que narra su vida. Quizás, hasta hable de ti y de cuánto te quería.

Sempronia se marchó dejando a su madre tirada en el frío suelo. Cornelia gemía y sollozaba desconsolada. No supo el tiempo que estuvo en esa posición. El sol comenzaba a entrar por la ventana. Con el trascorrir de las horas, la claridad se iba acercando hacia donde se encontraba Cornelia. Las piernas le dolían. Con mucha dificultad, se puso de pie. Se acomodó en una silla próxima a la mesa. Miró la caja. La abrió y extrajo el papiro enrollado. Sin dejar de llorar, deslió el manuscrito. Reconoció la letra de su primo Publio, el hombre al que había amado toda su vida. Despacio, empezó a leer:

«Mi nombre es Publio Cornelio Escipión Emiliano. Soy ciudadano romano. He sido censor y dos veces cónsul de la república».

Con cada vocablo, con cada línea, su pesar iba en aumento. La angustia que padecía se hizo insostenible cuando leyó una frase que se refería a ella. A la sazón, comprendió el daño que había hecho a su amado Publio.

«Ahora me arrojaba de su lado igual que se tiran a la basura los pedazos inservibles de un ánfora rota».

Cornelia apretó el legajo contra su cara. Las lágrimas de sus enrojecidos ojos y la saliva que, descontrolada por el dolor se movía en el interior de su boca, mancharon el rollo de papiro. Precisamente donde Escipión decía que Cornelia lo apartó de su lado igual que se tiran a la basura los trozos de un ánfora rota. Fue un gesto inconsciente. Un efímero intento de borrar el sufrimiento del afamado vencedor de Cartago y Numancia.

Abrazada al largo documento, salió al *atrium*. Estrechando contra su cuerpo lo escrito por su amor, podía sentirlo cerca. Nuevamente, miró hacia arriba. El hueco del *impluvium* le permitía ver el cielo. Helios dominaba el firmamento. Desde lo más profundo de su corazón, un grito desgarrador se escuchó por toda la casa:

—¡Publio, amor mío! ¡Perdóname todo el daño que te he causado!

Perdió el conocimiento y se desplomó. Dos de sus esclavos se encontraban detrás a escasos metros y pudieron sujetarla antes de que estrellara su cabeza contra el mármol del pequeño muro que rodeaba el estanque que recogía el agua de lluvia.

No entendieron lo que había gritado Cornelia porque lo había pronunciado en griego.

Al atardecer, recuperada de su desvanecimiento, la pelirroja Venus se encaminó a casa de su primo. La muerte de Publio le había afectado tanto que no tenía fuerzas para caminar. El médico que la reconoció cuando se desmayó le había recomendado que permaneciera en cama, pero Cornelia tenía que ver a su amado antes de que fuera quemado en la pira. Transportada en una litera que soportaban cuatro esclavos y protegida por otros dos sirvientes, fue llevada hasta la casa de su hija. La entrada estaba abarrotada de curiosos, gente que pedía justicia. Una multitud convencida de que la muerte de Escipión Emiliano era el resultado de un crimen.

Póstumo, que ayudado por dos criados contenía a los fisgones, reconoció la litera de la suegra del general. A empujones, consiguió abrir un pasillo a fin de que la hermosa señora llegara hasta la *domus*. Cornelia bajó de la angarilla, saludó a Póstumo. Escoltada por el antiguo centurión, fue hasta la habitación de su yerno. En la casa coincidió con familiares, amigos y conocidos que querían honrar al insigne fallecido.

—¡Cornelia! —Lelio la saludó cuando la vio aparecer.

Cornelia, emocionada, se abrazó a Lelio y contagió su tristeza al amigo de Publio.

—¡Nos ha dejado, Cornelia! ¡Publio nos ha dejado! —explicó Lelio a la recién llegada.

Lelio le contó también que Sempronia, aconsejada por el senado, se negaba a cualquier pesquisa. Al igual que los padres conscriptos, alegaba que las sospechas soliviantarían al populacho.

—Quiero verle —dijo la bella mujer de cobrizos cabellos.

Cornelia entró en el dormitorio del que había sido su yerno. Sempronia, Lucilio, Panecio y las hermanas del fallecido, velaban el cadáver. Cornelia pidió que la dejaran sola unos instantes. Nadie se opuso. Ni siquiera se extrañaron. Porque lo que sentía Cornelia por su primo, y lo que había sentido Publio por ella, era un secreto a voces entre amigos y familiares.

Cornelia se acercó a la cama. Levantó la porción de sábana que tapaba la cara de Escipión y pudo ver por última vez el rostro de su amado. A pesar del tono azulado de la piel y de los labios amoratados, Publio mantenía su atractivo. Parecía dormido. Su semblante transmitía serenidad. Una paz que no había alcanzado en vida.

—¡Adiós, amor mío! ¡Te recordaré siempre! ¡Adonde vaya, estarás en mi pensamiento porque fuiste mi primer y único amor! ¡Perdóname el sufrimiento que te haya podido causar! ¡Que volvamos a reencontrarnos en la otra vida y que nos amemos sin trabas por toda la eternidad! ¡Ruego a los dioses inmortales que reciban el alma de un hombre bueno! Y dicho esto, le dio un beso de amor en los labios.

Cornelia, entonces, se sentó adyacente al lecho de Escipión y le agarró una de sus frías manos. Así estuvo durante horas sin percatarse de quién entraba o salía de la habitación. Al atardecer, una hora antes del funeral, volvió a su *domus* y se vistió de riguroso luto. Con una túnica negra y cintas de igual color reteniendo el pelo. Después regresó a casa de su hija. El cortejo se estaba formando en la calle. Sempronia había optado por una túnica verduzca. Un verde tan oscuro como el de las hojas moribundas. No era un funeral de Estado. Ni siquiera asistió una representación del senado. El hombre más importante de Roma, el general que había librado a la república de sus pesadillas cartaginesa y numantina, iba a ser despedido únicamente por sus familiares, íntimos amigos y unos pocos leales. Muchos que le habían apoyado en vida, temerosos de posibles represalias de los enemigos de Publio, optaron por quedarse en sus casas.

Los hijos de Metelo portaban sobre sus hombros el féretro. Su padre, adversario político de Escipión, daba una lección de decencia a cuantos declinaron asistir al sepelio.

Publio vestía la púrpura consular y la indumentaria de general. El cuerpo, llevado en andas, estaba cubierto por un fino sudario blanco. Detrás, abriendo la lúgubre procesión, iba Sempronia. A su lado, el senador Metelo. A continuación, las hermanas del fallecido, sobrinos y sus respectivas familias. Emilia Tercia estaba abatida. Era la hermana preferida de Escipión. Marcia, su cuñada, acompañada de sus hijos. Después, sus amigos más queridos. Lelio junto a su esposa Antonia, sus hijas, sus yernos y sus nietos. Lelio pensaba en Polibio. No sabía cómo contarle a su griego amigo tamaña desgracia. El poeta Lucilio le seguía flanqueado por el filósofo Panecio. Finalmente, el veterano centurión Póstumo y los pocos osados que mantuvieron la lealtad a Escipión hasta el último momento.

Sempronia miró a su madre. Esperaba que caminara con ella. Cornelia se aproximó a Póstumo.

—¿Me ofreces tu brazo? —preguntó al sorprendido soldado.

—Señora, yo solo soy un humilde plebeyo. Una mujer de su posición debería ir acompañada de alguno de estos nobles patricios que no han renegado del general.

—Póstumo, el hombre al que vamos a incinerar hoy afirmaba que había conocido a muchos patricios indignos de la nobleza que presumían y, sin embargo, sabía de plebeyos que tenían más señorío que muchos patricios. Ahora, ¿me das tu brazo?

—Por supuesto, señora.

El gesto de Cornelia indignó a Sempronia. Su madre la humillaba delante de todos los asistentes. No obstante, Cornelia calculaba que era un castigo muy pequeño para el crimen que había cometido.

El recorrido por las calles de Roma hasta el campo de Marte donde se había preparado la pira se realizó en silencio. Los esperados altercados no se produjeron.

Las andas con el cuerpo de Escipión fueron colocadas encima de los troncos de leña. Se le abrieron los ojos para que pudiera observar a su espíritu elevarse al cielo. Antes de la cremación, se sacrificó un buey cuya sangre se recogió en pequeñas vasijas de barro que se depositaron en la pira. Tortas de pan, queso e infinidad de alimentos se amontonaron entre los maderos. También coronas de flores.

Una solitaria mujer, delgada, con el pelo blanco, pero con porte distinguido, se acercó al difunto. Aunque unas pocas arrugas delataban sus casi sesenta y cinco años, aún conservaba gran parte de su antigua belleza. Entre las manos sujetaba un viejo pergamino enrollado en un cilindro de oro. Lelio se fijó en ella cuando pasó a su lado. Pudo leer las primeras palabras escritas en el libro: «*Anfitrión*. Comedia de Tito Maccio Plauto».

Lelio reconoció a aquella misteriosa mujer. Publio le habló de ella al calor de una hoguera tras un agotador día de caza en los bosques de Grecia.

¡Era Livia!

—Adiós, Publio. Te devuelvo tu regalo de bodas. A lo largo de todos estos años, lo he leído y releído tantas veces que podría recitarte de memoria los magistrales versos de Plauto. Nunca tuve nada que perdonarte. Yo hice mi elección, pero tú ya habías hecho la tuya. Espero que en el otro mundo encuentres la felicidad y el amor que te fueron negados en este. Te entrego el libro, confiada en que te acuerdes de mí cuando decidas leerlo sentado a la sombra de un árbol lleno de jugosa fruta madura en los Campos Elíseos. Porque yo, nunca pude olvidarte. —Nadie escuchó a Livia. Los distintos oferentes se acercaban a dejar sus ex votos cuando el que les precedía se retiraba. Livia se apartó y se perdió entre el escaso público. Lelio no volvió a verla.

Quienes deseaban homenajear al victorioso general pasaron delante de Escipión. Entonces, Lelio entregó al sobrino de Publio, Quinto Fabio Máximo, el hijo mayor de su querido hermano, un pliego en el que había escrito la oración fúnebre en honor al que fue en vida su mejor amigo. El joven Quinto se sintió muy honrado. No tuvo que alzar mucho la voz, pues apenas llegaban al centenar el número de asistentes.

Estimados familiares y amigos, ciudadanos de Roma. Hoy nos hemos reunido aquí para rendir tributo y despedir al hombre más importante de nuestro tiempo, a mi tío Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano Numantino, el general que libró a nuestra querida ciudad de sus temibles enemigos cartagineses y numantinos, que arriesgó su vida en los campos de batalla en defensa de la república y que cubrió de gloria las armas romanas.

Mi tío Publio hizo de su vida un permanente servicio a la patria. Luchó porque la vieja *virtus* romana, la recta moral de nuestros antepasados que hizo grande esta república, volviera a renacer en el presente. Creía que el hombre que se dedicase a la política debía ser un ciudadano honorable, un espejo en el que mirarse los jóvenes, azote de corruptos, censor de la molición, acusador de traidores y enemigo declarado de aquellos que intentasen socavar el poder del senado y del pueblo de Roma.

Publio Escipión Emiliano veneraba la sacralidad de la ley y por ello condenó a los que trataron de violentarla. Siempre antepuso el bienestar de Roma al suyo propio y no le importó reconocer sus errores ni los aciertos de sus adversarios.



No podremos agradecer lo bastante a los dioses inmortales por el hecho de que alguien como él, dotado con esa sabiduría y esas virtudes, haya nacido ciudadano romano; ni es posible concebir suficiente pesar y aflicción porque haya muerto cuando vosotros, quirites, y todos los que ansían el bienestar de la república, lo necesitáis vivo<sup>506</sup>.

Hoy es un día triste para Roma, para su familia y para sus leales amigos. Mi tío Publio no está entre nosotros. Pero nos conforta saber que ocupa su lugar reservado en el cielo a cuantos han conservado la patria, le han servido y la han engrandecido, un lugar en el que gozará de la felicidad eterna, porque aquí en la Tierra, ya ha alcanzado la inmortalidad.

Finalizado el discurso, Quinto prendió la montaña de leña. Lelio, Lucilio y Panecio acercaron teas encendidas a la pira. Las lágrimas de Cornelia habrían extinguido las llamas que lentamente empezaban a consumir el cuerpo de su amado. Sempronio permaneció en silencio. Sus ojos brillaban. Algunos creyeron ver desasosiego en aquel brillo. Otros, que la conocían bien, reconocieron el fulgor del regocijo.

Poco a poco, el fuego incineró el cadáver hasta que solo quedaron rescoldos incandescentes. Cornelia fue la primera en verter agua y vino sobre las ascuas. Sus sobrinos y amigos, Lelio, Lucilio y Panecio recogieron las cenizas y las depositaron en una urna de plata que tenía grabada en dos de sus caras escenas de la guerra de Cartago y de Numancia y, en las otras dos, la corona mural y la corona obsidional que Emiliano había ganado en vida. En la tapa, esculpido, el cetro con el águila de Júpiter, símbolo del poder consular romano.

Lelio se acercó a Sempronio y le preguntó si había decidido dónde iba a depositar las cenizas de su esposo.

—Haced con ellas lo que estiméis oportuno.

Lelio, ofendido por las palabras de Sempronio, le respondió:

—Si no tienes inconveniente, las llevaremos a Lavernium. Y las depositaremos en el mausoleo en el que descansan su padre y sus hermanos. Allí, Publio fue muy feliz, conoció el amor y disfrutó de los poetas y los filósofos que tanto admiraba.

Sempronio no contestó. Sabía quién era ese amor del que hablaba Lelio. Se giró indiferente y regresó tranquilamente a su casa.

En Lavernium, los camaradas de Escipión Emiliano se reunieron en el último adiós al ilustre senador. Cornelia los acompañó y aprovechó la ocasión para recordar el delicioso verano que vivió allí con su añorado primo y pasear por la ribera del río en el que nadó junto a su joven enamorado.

Leyeron a Plauto, Terencio, Ennio, Pacuvio y a todos los poetas a los que Publio estimaba. Cuando la urna de plata que contenía las cenizas de Publio fue llevada al panteón de los Emilios, Lelio pronunció la última disertación en la que elogió al más querido de sus amigos.

—«Si negara que me conmuevo por nostalgia de mi llorado Publio, lo haría con total rectitud y los sabios serían testigos; pero indudablemente mentiría. Pues me conmuevo privado de un amigo que como él ha sido, considero, nadie volverá a ser y, según puedo confirmar, nadie ciertamente fue. Pero no necesito medicina. Yo mismo me consuelo con el alivio de no caer en el error por el que muchos suelen angustiarse por la muerte de los amigos. Pienso que nada malo le sucedió a Publio; si algo malo le sucedió, a mí me sucedió; pues mortificarse gravemente por sus propias desgracias es propio del que ama no al amigo sino a sí mismo.

¿Quién negará que se ha actuado preclaramente con aquel? Pues, a no ser que quisiera desear la inmortalidad, lo que Publio no pensaba de ningún modo, ¿qué no consiguió que le fuera a un hombre lícito anhelar? Él, que fue la grandísima esperanza de los ciudadanos siendo un niño, la superó al instante siendo un adolescente, por su increíble valor. Él, que nunca pidió el consulado,

fue hecho cónsul dos veces, primero antes de tiempo, luego a su tiempo para él, casi tarde para la república. Y con sus victorias sobre las dos ciudades más enemigas de esta ciudad, borró las guerras, no solo presentes sino también las futuras.

¿Qué diré de sus costumbres afabilísimas, de su piedad hacia su madre, de su generosidad hacia sus hermanas, de su bondad hacia los suyos, de su justicia hacia todos? Conocidas son para vosotros. Pues cuán querido fue por los quirites, se reveló en la tristeza de su funeral. ¿En qué le habría podido favorecer la suma de unos pocos años? En efecto, la vejez, aunque no sea grave, quita aquel vigor en el cual todavía Publio estaba.

No estoy de acuerdo con aquellos que recientemente comenzaron a disertar estas cosas, que los espíritus mueren simultáneamente con los cuerpos y que todo se borra con la muerte. Vale más ante mí la autoridad de los antiguos, o la de nuestros mayores, que atribuyeron a los muertos derechos tan religiosos, lo cual no hubiesen hecho si pensaran que nada les pertenecía, o la de aquellos que estuvieron en esta tierra e instruyeron con sus instituciones y preceptos a la Magna Grecia, que ahora ha sido derruida, pero entonces florecía, o la de aquel que fue juzgado como el más sabio por el oráculo de Apolo, el cual no decía unas veces esto, otras aquello, sino que, en la mayoría de las veces, siempre una misma cosa: Que los espíritus de los hombres son divinos y que la vuelta al cielo estaba abierta para ellos, cuando hubiesen salido de su cuerpo, expedita a los justos y virtuosos. Y en ello creía Publio Cornelio Escipión Emiliano»[507](#).

Roma ofreció al mundo y legó a la posteridad la ignominia de no aclarar la extraña defunción del más ilustre de sus ciudadanos. Con la muerte de Escipión Emiliano se cerraba una época. La vieja república, que él tanto anhelaba, desapareció para siempre.

Roma entró en una espiral de crisis y violencia que la abocaría al imperio.

---

[495](#). Si bien algunos autores niegan su autenticidad, el historiador Cornelio Nepote nos ha transmitido fragmentos de unas Cartas que Cornelia dirigió a su hijo Cayo.

[496](#). Cayo Graco fue asesinado el año 121 a. C. tras ser declarado enemigo de la república por el senado romano por tratar de imponer por medios violentos su ideario político. Junto a Cayo, también fueron asesinados tres mil de sus partidarios.

[497](#). Cornelio Nepote. *Sobre los Hombre Ilustres*. Cartas de Cornelia. Aunque las hemos utilizado en nuestra narración, es muy probable que las cartas sean posteriores a la muerte de Escipión Emiliano.

[498](#). *Ibíd.*

[499](#). Plauto. *La comedia del fantasma*. Acto Primero. Escena Primera.

[500](#). A las cinco de la mañana.

[501](#). Cayo Lucilio. *Fragmentos*. Verso 398.

[502](#). Cónsul del año 143 a. C.

[503](#). Valerio Máximo. *Hechos y dichos memorables*. IV. 1. 12.

[504](#). Valerio Máximo. *Hechos y dichos memorables*. IV. 1. 12.

[505](#). Estas palabras no las pronunció Lucilio. Pertenecen al historiador Valerio Máximo. IV. 1. 12.

[506](#). Cicerón. *En defensa de Milón*. Scholia Bobiensia. 16. Este párrafo es el único fragmento conservado de la oración fúnebre por la muerte de Escipión Emiliano.

[507](#). Cicerón. *Lelio o de la Amistad*. 10-13.

## La carta de Lelio

Cayo Lelio saluda a Polibio.

Mi estimado amigo, mi hermano:

No puedo siquiera imaginar la angustia e insoportable padecimiento que embargará tu espíritu la inteligencia de la triste noticia que ha motivado esta misiva. Nuestro querido amigo Publio, nuestro hermano, falleció hace dos días. Lloro al escribir estas líneas, mis lágrimas son de dolor, un dolor que se aferra a mí por su ausencia, por la pérdida del más querido de los amigos y por la tragedia que su muerte significará para mi cara y desagradecida Roma. Él, que antepuso la tranquilidad de la república a su propia vida, no fue honrado con un funeral de Estado. Únicamente sus familiares, amigos allegados, por supuesto Panecio y Lucilio, y unos cuantos leales, le acompañaron hasta el último momento. Su adorada Cornelia, cuyo secreto amor sus más íntimos conocíamos, estaba desolada. Ahora, no me cabe duda que ella lo amaba, que ella habría deseado compartir su vida con el hombre que llenaba su corazón, sus anhelos y esperanzas, pero que un estúpido orgullo y quizá los intrincados designios de los dioses entorpecieron la que habría sido la deliciosa alianza de dos seres irrepetibles posiblemente nacidos de la unión de Venus y Júpiter.

Panecio, el bueno de Panecio, traicionó con un sollozo de pena sus estoicos principios. Y Lucilio, el mordaz Lucilio que tan entrañables horas nos ha hecho disfrutar con sus satíricos versos, atacó la ingratitud romana, arremetió contra todo lo divino y lo humano, porque alguien como Publio nos hubiese sido arrebatado con apenas cincuenta y seis años.

Sempronia, fría y distante, manifestó la perfidia de su carácter con la indiferencia que reveló ante el deceso de su esposo. Sobre Sempronia recae el velo de la sospecha, la hiriente duda que lleva a preguntarme si el repentino óbito de Publio fue una simple vicisitud de un cruento destino o la voluntad dolosa de una proyectada e injusta venganza por imaginarios y falsos agravios de quien solo sabía ofrecer una sincera y emotiva amistad.

Póstumo ha entrado a mi servicio. Es lo que Publio habría querido. Con ello, además, recompenso su probada fidelidad desde que volvimos de Hispania. El viejo centurión se mostraba reticente porque lo consideraba un favor, pero aceptó cuando le dije que yo necesitaba protección y que sería un patrón exigente.

Mi estimado Polibio, mi hermano, Publio decía que «nada era más difícil que el que la amistad durara hasta el último día de vida. Pues sucede con frecuencia, o que los deseos de los amigos se contraríen, o que se dividan sus opiniones sobre los asuntos de la república. Decía también que, a menudo, las costumbres de los hombres varían, unas veces por las adversidades, otras por la edad

que se va haciendo pesada. Y confirmaba esto con el ejemplo de los niños, porque los mayores afectos de su tierna infancia se dejaban frecuentemente junto con la toga pretexta. Pero que si, por el contrario, los conservaban hasta la juventud, no obstante, se rompían a veces por una disputa amorosa o de índole matrimonial, o de alguna ventaja que pretendieran a un mismo tiempo, y no lograsen alcanzar. Y que, si algunos habían avanzado más lejos en la amistad, sin embargo, se destruía si se enfrentaban por idénticos honores. Afirmaba que la mayor peste para las amistades era la codicia de dinero en la mayoría de los casos y la competencia de honores y de gloria entre los mejores. De esto resulta que las mayores enemistades hayan surgido asiduamente entre grandes amigos.

Opinaba, además, que otro de los motivos de discordias, a veces escandalosas, era cuando se pedían a los amigos cosas contrarias a la rectitud: como que sean encubridores de infamias o colaboradores en una iniquidad. Por muy fundada que sea la repugnancia de algunos en hacer lo que no es lícito, son sin embargo acusados de faltar a los buenos oficios de la amistad, por esos amigos a quienes no han querido complacer. En cambio, aquellos que se atreven a pedir cualquier cosa a un amigo confiesan que de la petición se deduce que ellos harían lo mismo, por vil que sea la solicitud, por un amigo. Estas quejas, si se repiten a menudo, llegan a extinguir viejas amistades, que son sustituidas por odios impercederos. Todas estas y otras muchas calamidades, como hados, amenazan las amistades de tal modo que para evitarlas es necesaria no solo la sabiduría, sino también la completa dicha.

Así pues, continuaba Publio, esta es la primera ley de la amistad: que pidamos a los amigos cosas honestas. Que no cometamos indignidades a causa de los amigos, aunque nos lo pidan con ruegos. Que esté presente siempre el afán, ausente la desidia. Que osemos, en verdad, a dar consejo con total libertad. Que valga muchísimo en la amistad la autoridad de los amigos que aconsejan bien, y esta se emplee para amonestar no solo abiertamente sino también con dureza, si la situación lo demanda, y se obedezca a la legítima autoridad»[508](#).

Adiós, mi estimado Polibio, mi hermano, que los dioses te sean propicios y guíen sabiamente tus pasos el resto de tus días. No sé si volveremos a vernos. Pero creo que podemos sentirnos satisfechos de la amistad que compartimos con Publio. Una amistad pura, sin mácula, basada en la plena confianza y en el respeto mutuo. Esa amistad, ese afecto, será la herencia más preciada que nos ha dejado. El legado de un hombre que lo habría sacrificado todo por su patria, por su amor y por sus amigos.

*Caius Laelius Sapiens. Antiquus consul Rei Publicae et amicus fidelis Publii Cornelii Scipionis Aemiliani*[509](#).

---

[508](#). Cicerón. *Lelio o de la Amistad*. 36-44.

[509](#). Cayo Lelio Sabio. Antiguo cónsul de la República y leal amigo de Publio Cornelio Escipión Emiliano.

## El autor

**JOSÉ ENRIQUE LÓPEZ** nació en Melilla. Se graduó en la Academia Militar de Zaragoza en 1989 y posteriormente se licenció en Sociología y en Ciencias Políticas. Ha escrito varios ensayos sobre la presencia española en el sur de los Estados Unidos. *Memorias de Escipión Emiliano* es su primera novela.